

SABIDURIA para la NUEVA ERA
de EDGAR CAYCE

UNA VIDA DE JESUS EL CRISTO

*Desde sus orígenes
cósmicos hasta
su segunda venida*

RICHARD HENRY DRUMMOND
Charles Thomas Cayce
Editor general



RICHARD HENRY DRUMMOND

**UNA VIDA
DE JESUS EL CRISTO**

Desde sus orígenes cósmicos hasta su segunda venida

EDAF/NUEVA ERA

**Título del original inglés:
A LIFE OF JESUS THE CHRIST**

**Traducción de:
FERNANDO DIEZ**

- © 1989, by Richard Henry Drummond
- © 1991, de la traducción, Editorial EDAF, S. A.
- © 1991, Editorial EDAF, S. A. Jorge Juan, 30. Madrid.
Para la edición en español por acuerdo con HARPER & ROW Publishers, Inc.,
New York, USA.

Nó está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

ISBN: 84-7640-471-9
Depósito Legal: M. 6.454-1995

PRINTED IN SPAIN

IMPRESO EN ESPAÑA

Gráficas Rogar, S. A. - Pol. Ind. Cobo Calleja - FUENLABRADA (Madrid)

INDICE

	<i>Págs.</i>
<i>Prólogo</i> , por Charles Thomas Cayce	9
<i>Prefacio</i>	13
<i>Introducción</i>	21
PARTE I: EL NACIMIENTO Y LOS PRIMEROS AÑOS	
1. Los fundamentos cósmicos	31
2. Los preparativos históricos para el nacimiento de Jesús.	37
3. El nacimiento	43
4. La huida a Egipto	47
5. Los años de educación y preparación	51
PARTE II: EL MINISTERIO PUBLICO	
6. Los comienzos	61
7. Los primeros milagros	65
8. Los milagros mayores	79
9. El pan de los niños	97
10. La experiencia de la transfiguración.....	111
11. Encuentros posteriores	123

PARTE III: EL PRINCIPIO Y EL FIN

12. La última semana	133
13. La resurrección y ascensión	159
14. Su continua presencia	173
15. La segunda venida	181

**PARTE IV: EL MAYOR SIGNIFICADO DE LA VIDA
Y TRABAJO DE JESUS**

16. Interpretaciones bíblicas y teológicas	189
<i>Epílogo</i>	217
<i>Bibliografía</i>	219
<i>Índice de nombres</i>	223

PROLOGO

«Vivimos una época en la tierra en que todo el mundo busca saber más de los misterios de la mente, del alma», dijo mi abuelo, Edgar Cayce, saliendo de un trance inconsciente con el que demostraba una remarcable capacidad para la clarividencia.

Sus palabras, incluso hoy, siguen siendo proféticas, cuando más y más americanos, en estos tiempos inseguros, empiezan a dar una explicación psíquica para los sucesos diarios. Por ejemplo, de acuerdo con un informe nacional hecho por la National Opinion Research Council, cerca de la mitad de los americanos adultos de hoy en día creen haber estado en contacto con alguien que estaba muerto, una cifra doble que hace diez años. Dos tercios de todos los adultos dicen también haber tenido una experiencia extrasensorial (ESP en inglés); hace diez años esa cifra era solamente la mitad.

Todas las culturas a lo largo de la historia han registrado a sus propios miembros dotados con poderes más allá de sus cinco sentidos. Estos extraños individuos tienen un interés especial porque parecen ser capaces de ofrecer soluciones para los problemas agobiantes de la vida. Y América, en el siglo XX, no es una excepción.

Edgar Cayce fue quizá el más famoso y mejor documentado psíquico de nuestro tiempo. Empezó a utilizar sus poco corrientes habilidades cuando era un hombre joven, y a partir de entonces y durante cuarenta años se recostaba, dos veces al día, para entrar en una especie de trance en el que respondía a cuestiones. Más de 14.000 de estos discursos, llamados lecturas, fueron transcritos por

su secretaria y preservados por la Edgar Cayce Foundation en Virginia Beach, Virginia. Estas lecturas psíquicas continúan suministrando inspiración, iluminación y ayuda física a miles y miles de personas.

Teniendo solamente una educación de octavo grado, Edgar Cayce vivió una vida simple y llana para los estándares del mundo. Ya en su infancia en Hopkinsville, Kentucky, sin embargo, percibió sus habilidades psíquicas. Estando solo tuvo la visión de una mujer que le dijo que iba a tener excepcionales habilidades para ayudar a la gente. Otras veces relató experiencias de «ver» a parientes que ya habían muerto. Una vez, luchando con las lecciones de la escuela, se durmió sobre su libro y despertó sabiendo el contenido entero del mismo.

Cuando era un hombre joven experimentó con hipnosis para tratar sus propios problemas de garganta que le causaron perder el habla. Descubrió que, bajo hipnosis, podía diagnosticar y prescribir tratamientos para los problemas físicos de otros, a menudo sin ver ni conocer a la persona con la dolencia. La gente empezó a preguntarle otro tipo de cuestiones y se dio cuenta que también era capaz de contestarlas.

En 1910, el periódico *New York Times* publicó una historia en dos páginas con fotografías acerca de las habilidades psíquicas de Edgar Cayce descritas por un joven médico, Wesley Ketchum, para una sociedad de investigación clínica en Boston. A partir de entonces, personas de todo el país con las más inconcebibles cuestiones buscaron su ayuda.

En adición a sus talentos tan poco corrientes, Cayce fue un hombre profundamente religioso que enseñó en la Escuela Dominical toda su vida adulta y que leía la Biblia entera una vez al año durante toda su vida. Siempre intentó armonizar con la voluntad de Dios estudiando las Escrituras y manteniendo una vida rica en la oración, así como procurando ser de utilidad para aquellos que venían buscando ayuda. Utilizó sus talentos solamente con el propósito de ayudar. La simplicidad y la humildad de Cayce y su compromiso de hacer el bien en el mundo continuaron atrayendo a la gente hacia la historia de su vida y trabajo y a la información tan elevada que dio.

En esta colección esperamos suministrar al lector la iluminación en la búsqueda del entendimiento y del significado de la vida. Cada libro en esta colección explora el tema desde el punto de vista de las

lecturas de Edgar Cayce y compara las perspectivas de otra literatura metafísica y del pensamiento científico actual. El lector interesado no necesita más conocimiento previo de Edgar Cayce. Cuando se menciona alguna de las lecturas de Cayce, el número identificador de esa lectura se incluye para aquellos que deseen leer el texto completo. Cada volumen contiene sugerencias para un estudio más profundo.

Este libro, *UNA VIDA DE JESUS EL CRISTO*, por el doctor Richard Henry Drummond, combina información de las lecturas de Edgar Cayce sobre la vida de Jesús con información de la Biblia, de manera que presente un retrato mucho más profundo de lo que se encuentra en la mayoría de los escritos. Como teólogo, profesor de seminario y misionero cristiano, el doctor Drummond ha dedicado su vida al estudio y enseñanza del ministerio de Jesús. En años recientes, como profesor visitante en la Atlantic University, dirigió la investigación para este libro, con el resultado de que escribe como líder cristiano, extraordinariamente cualificado para presentar esta perspectiva única de las lecturas de Edgar Cayce sobre la vida y ministerio de Jesucristo.

CHARLES THOMAS CAYCE

PREFACIO

¿Por qué un libro de este tipo? No es pequeño el número de libros disponibles sobre la vida y enseñanzas de Jesús, algunos de ellos combinan cuidadosos estudios con una lectura fácil y popular: el *Jesús de Nazaret*, del profesor alemán Günther Bornkamm; *Jesús*, del teólogo holandés Edward Schillebeeckx; *Un experimento en cristología*; o *Una vida de Jesús*, del distinguido novelista católico japonés Shusaku. El moderno estudio histórico-crítico de la Biblia tiene ahora una historia de más de doscientos años, empezando quizá con el profesor alemán J. A. Bengel en el comienzo del siglo XVIII. ¿Que más se necesita?

Se ha gastado una enorme cantidad de tiempo y esfuerzo en estos siglos pasados en estudios bíblicos académicos. Se han visto apoyados por las excavaciones arqueológicas modernas y por el descubrimiento tanto de textos antiguos como de innumerables objetos. Los resultados, supuestamente seguros, de estos estudios, sin embargo, son relativamente escasos, aunque no sean despreciables, especialmente en referencia a establecer un texto de la Biblia hebreo-arameo-griego de garantía. Los enfoques recientes han sido en relación a un «crítico de la redacción», un método de estudio cuyo principal interés radica en identificar la condición teológica y las motivaciones de los autores de diferentes libros de la Biblia. De las varias metodologías de los estudios bíblicos desarrollados, especialmente en el siglo XX, es en ésta donde se han obtenido probable-

mente los mayores éxitos. También debiéramos destacar la seria llamada a ser conscientes por la responsabilidad político-pública de los estudios bíblicos hechos por Elizabeth Schüssler Fiorenza, presidenta de la Society of Biblical Literature en 1987.

No obstante, podemos hablar seguramente de una especie de malestar en los estudios bíblicos en referencia a unas conclusiones más profundas sobre la verdad, especialmente religiosas o cósmicas. De hecho, el enfoque de los más recientes estudios sobre conclusiones de contexto histórico y fundamentos, en cuestiones de formas literarias, y la paternidad y fecha de libros particulares, o partes de ellos, de la Biblia, parece sugerir una callada desesperación en referencia a más conclusiones finales sobre la verdad.

Ha surgido una amplia separación —probablemente más amplia de lo que supone la mayoría— entre los puntos de vista, en sus múltiples variedades, entre estudiosos bíblicos orientados académicamente y el resto, incluso cuando estos últimos son educados y de mayor sentido cultural. Una razón para esta separación ha sido la aparición de puntos de vista de extremo escepticismo entre algunos estudiantes académicos bíblicos, especialmente en Alemania. Por ejemplo, Rudolf Bultmann llegó a la conclusión de que no podemos estar totalmente seguros acerca de una sola palabra, ni de ninguna enseñanza de Jesús en el Nuevo Testamento. Todo lo que podemos saber de cierto, ha dicho él, es que Jesús de Nazaret vivió y murió. La fe piadosa luterana de Bultmann en el Jesús ascendido parece alterada en sus orígenes por sus mismas conclusiones de los estudios bíblicos. De alguna manera, por otro lado, el profesor Joachim Jeremías dedicó mucho tiempo de su vida intentando asegurar y establecer el *ipissima verba* (las palabras reales) de Jesús dentro de las escrituras registradas. El consiguió algún éxito, para estar seguro, pero tuvo que enfrentarse a muchas dificultades contra los superiores de la mayor comunidad académica, especialmente en su propio país.

Un resultado de lo que comentamos ha sido el animar el resurgir del conservadurismo, tanto político como religioso, en todas las partes del mundo en los últimos quince o veinte años. En algunos círculos, este desarrollo ha tomado la forma de varios tipos de fundamentalismo —a veces estridente, virulento, intelectualmente sin razón—, visible tanto en el islamismo histórico como en tierras cristianas. En el contexto cristiano, este desarrollo ha llevado, ad-

mitiéndose como un fenómeno distintivamente minoritario, a un resurgir del concepto-doctrina de la exactitud bíblica y un total rechazo tanto de la metodología como de los resultados del estudio moderno histórico-crítico bíblico. Muchos cristianos y judíos, y evidentemente muchos musulmanes también, se encuentran casi perdidos en el esfuerzo de la guerra entre estos dos extremos, esperando encontrar de alguna manera un significado de oro más cerca al punto medio.

El hecho puede sorprender a algunos, pero es una realidad que el material clarividente derivado de Edgar Cayce y Rudolf Steiner —que han sido llamados los dos más grandes clarividentes en el mundo occidental del siglo XX— respaldan tal punto medio, especialmente en referencia a los temas más importantes de la fe bíblica. Desde luego, si uno tuviera que situar estos materiales dentro del espectro de la teología y de los estudios bíblicos contemporáneos, probablemente tendría que decir que están en algún punto entre el centro y la derecha.

Hay un sitio, sin embargo, para un libro de este tipo, que hace uso de fuentes derivadas de la metodología de la percepción clarividente como una de sus bases en un estudio comparativo. La clarividencia se trata aquí como un elemento potencial legítimo en un proceso de estudios interdisciplinarios, donde los participantes continúan haciendo uso de las disciplinas académicas tradicionales —en este respecto de contenido bíblico, usos lingüísticos en el sentido más amplio de la palabra, uso de criticismos textuales, estudios históricos y antropológicos, sociología, psicología, y continuos contactos con los descubrimientos arqueológicos en el Medio Oriente y en otras partes— en un constante proceso de comparación, comprobaciones y balances. Este proceso, sin embargo, no es solamente académico. Incluye participación continua en la vida de iglesias históricas y sinagogas, en sus cultos, en sus hermandades y servicio a otros.

Como Edgar Cayce en su propia vida (1877-1945), no me atrevería a entrar en una tarea de este tipo sin haber participado también en una vida de disciplina religiosa de muchos años de duración. Ningún trabajo de este tipo, ya sea de Edgar Cayce o del presente autor, puede ser propiamente evaluado sin sopesar el carácter personal de los individuos comprometidos.

Uso aquí el término clarividencia en su sentido amplio, incluyendo la intuición, ensoñamientos, incluso presentimientos u otros

modos de los que llamamos ahora estados alterados de consciencia. Utilizo la palabra incluyendo sueños comprendidos, visiones y la todavía «pequeña voz», los métodos identificados en la Biblia como los primeros medios a través de los cuales los personajes bíblicos recibieron lo que creían ser inspiración divina. Estoy hablando específicamente de la percepción directa, lo que Rudolf Steiner llamaba «realidades supersensibles» por medio de facultades humanas más allá de los cinco sentidos.

La historia entera de la humanidad, en cualquier parte del mundo, nos enseña —y continúa enseñando— ejemplos de esta clase de percepción, o recepción. El éxito de la actividad ha variado claramente, evidentemente dependiendo en no pequeña medida del carácter personal de los individuos involucrados en el proceso y en la naturaleza tanto como al punto hasta el cual han participado en las comparaciones y en las otras disciplinas mencionadas anteriormente. Pero que la metodología es potencialmente válida es lo que sugiere sir James Jeans, distinguido astrónomo británico de la primera mitad de este siglo. Jeans dijo que cualquier ampliación del conocimiento humano, incluso en el reino de la ciencia natural, «se fortalecerá con la evolución o desarrollo de nuevos sentidos de percepción».

El trabajo creativo en muchos campos —no solamente en religión, en arte o en literatura, sino también en negocios y gobiernos, y desde luego en la ciencia natural también— debe sus orígenes en muchos casos a iluminaciones que operan más allá de los niveles de los procesos ordinarios racionales de pensamiento. Uno de los mejores ejemplos conocidos de sueños creativos en la composición de grandes libros de literatura es el poema de Samuel Taylor Coleridge llamado *Kubla Khan*. Coleridge afirma haber percibido todo el conjunto, desde luego lo realizó él mismo, durante un sueño de una hora o más de duración, más tarde, en un día del año de 1797. El bioquímico húngaro Albert Szent-Györgyi, que fue reconocido con el premio Nobel de Medicina y Fisiología en el año 1937, y que emigró a Estados Unidos en 1947, dijo: «Mi trabajo no se acaba cuando abandono el banco de trabajo por la tarde. Yo sigo pensando acerca de mis problemas todo el tiempo, y mi cerebro debe continuar pensando sobre ellos durante el sueño, porque me despierto, algunas veces en medio de la noche, con respuestas sobre las cuestiones que me han estado preocupando.»

El día 1 de marzo de 1869, el joven científico ruso Dmitri Mendeleev percibió, en un estado de consciencia alterada parecido a una ensoñación, lo que se convirtió en la celebrada tabla periódica de los elementos. Mediante una metodología similar, el químico alemán F. A. Kekulé von Stradonitz, en el año 1865, fue capaz de percibir la estructura atómica de un grupo completo de ciclos o anillos compuestos en química orgánica, particularmente el anillo de benceno. En referencia a la percepción bíblica, podemos recordar la habilidad del poeta británico Thomas Traherne de percibir interiormente en detalles muy vívidos muchos eventos de la historia bíblica.

Todos estos hombres eran especialistas en sus áreas, y por eso fueron capaces de entender y evaluar el significado de lo que habían percibido por medios paranormales. Ellos siguieron comprobando sus percepciones mediante el largo y arduo proceso de los métodos ordinarios de la ciencia natural, las ciencias sociales —o los estudios bíblicos—. Hicieron experimentos, cálculos matemáticos, se apoyaron en la lingüística, en la historia y en otros métodos adecuados. Sobre todo, sometieron sus percepciones y los resultados de sus estudios a colegas y amigos para su verificación y posible corrección o suplementación. Las consecuencias de todas las percepciones humanas se comprueban adecuadamente tanto por la aplicación a la experiencia humana diaria como por la coherencia y consistencia interna con factores conocidos por una variedad de metodologías. Usted que lee este libro está invitado a comprobar su contenido por éstos y otros métodos que sea capaz de aportar.

Puede que usted conozca mi libro *Unto the Churches*, escrito hace más de diez años y ahora en su tercera edición. En este libro traté con material similar al que se encuentra en el presente volumen. Me apresuro a decir, sin embargo, que el presente trabajo es más que una revisión. Es el resultado de una completa reescritura. Por supuesto, todas las sentencias han sido reescritas, y se ha añadido mucho material nuevo.

He progresado en estos años tanto personal como académicamente. Académicamente me he concentrado en los estudios bíblicos, tanto en investigación como en enseñanza, hasta a un nivel quizá más allá que en cualquier otro período de mi vida profesional. He continuado enseñando regularmente, impartiendo cursos

en este campo, especialmente en estudios del Nuevo Testamento y en los primeros padres de la Iglesia, en la Universidad de Duquesne Theological Seminary, en Tokio Union Theological Seminary, en Meiji Gakuin University en Tokio, Japón, y en la Atlantic University en Virginia Beach, Virginia. He dado seminarios de estos temas en Corea, Alemania y Suiza. El resultado, creo, es un trabajo académico riguroso, así como de introspección interior, forjado hacia el final de una vida larga y feliz de servicio cristiano.

Quisiera dar gracias especialmente a mi mujer, Pearl Estella Drummond, por su trabajo en la corrección de pruebas, e incluso más por el desafío en la valoración crítica que me ha hecho. Quisiera también dar gracias sinceramente a mi hermana, Eleanor E. Drummond-Meyer, por el cuidadoso trabajo en la lectura de pruebas. A. Robert Smith, editor de la revista *Venture Inward*, merece mi profunda gratitud por su ayuda en la edición básica del manuscrito. También expreso mis efusivas gracias al doctor Charles Thomas Cayce, presidente de la Asociación for Research and Enlightenment (Investigación e Iluminación), por su consistente apoyo y ánimos en el proceso entero de escritura y publicación. También debo sincero agradecimiento al doctor James C. Windsor, presidente de la Atlantic University, por su ayuda en el comienzo original de este libro y por los continuos ánimos durante su escritura. Quiero agradecer su ayuda a Janie West por su cuidadosa mecanografía y su concienzuda estructuración de todo el proceso para introducir el manuscrito en un computador.

También quisiera agradecer, de la manera más efusiva, a mis amigos y colegas que leyeron el manuscrito y escribieron comentarios en la prepublicación. Ellos son, doctor William D. Bray, profesor emérito del Nuevo Testamento, Kwansai Gakuin University, Nishinomiya, Japón; doctor Harmon Hartzell Bro, psicoterapeuta y teólogo, anterior decano, Drake University Divinity School; el reverendo doctor Jhon Foss, ministro decano, Bella Vista Community Church, Bella Vista, Arkansas; doctor Bengt Hoffman, profesor emérito de teología histórica, Lutheran Theological Seminary, Gettysburg, Pensilvania; doctor Geddes MacGregor, profesor emérito distinguido de filosofía, Universidad de Southern, California; reverendo doctor Douglas C. Runnels, ministro decano, Parkridge Community Church, Parkridge, Illinois; doctor

C. Howard Wallace, profesor de literatura e interpretación del Antiguo Testamento, Universidad de Dubuque Theological Seminary, Dubuque, Iowa.

Estoy profundamente en deuda con mi hijo mayor, el reverendo Donald Craig Drummond, que amablemente utilizó su conocimiento y experiencia para preparar el índice de este libro.

INTRODUCCION

Las lecturas de Edgar Cayce son la transcripción estenográfica de los registros verbales de su actividad clarividente. Consisten en las respuestas a cuestiones que le fueron preguntadas y de sugerencias hechas después de haberse puesto a sí mismo en un estado de consciencia alterada a través de autohipnosis. Harmon Hartzell Bro ha sugerido que este estado alterado puede ser llamado apropiadamente una extensión de la vida de oración de Cayce. El entraba en este estado, sin fallar nunca, solamente después de haber rezado personalmente por protección divina y guía. El proceso funcionaba también en la más directa relación con su vida diaria consciente.

En sus lecturas se refería a sus fuentes, algunas veces, como «universales». El instrumento clave era la mente subconsciente del mismo Edgar Cayce, capaz, mediante sugestión, de comunicar verbalmente por medio de su voz natural su propio conocimiento, e incluso más significativamente el conocimiento de las mentes subconscientes de otros mediante lo que Cayce llamaba «memoria alma». Las preguntas de la mente subconsciente de Cayce también buscaron otras fuentes universales de información distintas, los llamados «Registros Akásicos», escritos a propósito sobre la «madeja del tiempo y el espacio». Lo que Harmon Bro ha llamado «cierto tipo de inteligencia rápida», también parecía dirigir el proceso para capacitar al subconsciente de Cayce a moverse a través del espacio, de los reinos del conocimiento presente y de la historia y más allá, dando datos tanto de rango microcósmico como macrocósmico de

medicina, ciencia, política, economía, moral, religión y teología. Algo del material, la más pequeña parte con mucho, era predictivo —predictivo en el sentido de las profecías del Antiguo Testamento—. Es decir, las predicciones no eran, de hecho, absolutamente determinadas. En el caso de advertencias, eran declaraciones con tramas de finales abiertos que se desarrollarían en tales y tales circunstancias a menos que aquellos involucrados cambiaran sus pensamientos y maneras. Si la persona cambiaba, el desarrollo de los acontecimientos también podía cambiar. Otras predicciones eran muy positivas y esperanzadoras. Edgar Cayce, sin embargo, nunca reclamó la infalibilidad, ya fuera para lo que expresó en sus lecturas o por los productos de su mente consciente.

La autenticidad de estos materiales —es decir, la verdad del contenido de las lecturas— necesita, sin embargo, ser comprobada de la misma manera que otras declaraciones de hechos de mayores verdades son comprobados. Es decir, los materiales deben ser comprobados en términos de su propia coherencia interior y consistencia y de su conformidad con hechos y verdades del mismo género pero ya conocidas, comprobadas y encontradas —por cierta medida o consenso entre especialistas responsables— de valor para la consideración pública.

No solamente la verdad científica e histórica, sino también la verdad en el reino de la religión y filosofía, es buscada normalmente con este método de recíproca comparación y comprobación. Podemos recordar que el mismo Jesús está registrado como diciendo a sus oyentes que comprueben la autenticidad de los maestros religiosos por sus frutos en la tierra (Mateo 7:20).

A Gautama el Buda también se le supone haber ofrecido un criterio similar en respuestas a preguntas de cómo distinguir entre un maestro religioso auténtico y uno falso. Su respuesta fue, en efecto, que la gente debiera juzgar por sí mismos, y que su patrón de juicio debiera ser si la enseñanza bajo consideración, «cuando es realizada y ejecutada», lleva a una pérdida y a una angustia moral o, por el contrario, a la degeneración ética de los seres humanos o a su desarrollo espiritual y moral. El criterio de autenticidad en las enseñanzas religiosas del Buda era así la cualidad ética del contenido de las enseñanzas y sus frutos en la vida. Presumiblemente, la autenticidad religiosa de los maestros también se evaluaba con el mismo patrón. Para la mayoría de la gente, no obstante, especialmente en la

comunidad académica, una búsqueda de hechos históricos y de verdades cósmicas por medio de la percepción clarividente es una nueva manera de investigar, ya sea en la historia como en la teología. Y, como ha señalado el japonés Minoru Kasai, sociólogo de la religión, se necesita una nueva epistemología para esta nueva —para la mayoría— metodología. Yo mantengo, sin embargo, que un estudio del conocimiento ganado en este sistema de percepción clarividente vale realmente la pena de intentar en el caso de ciertas personas notables en la historia humana. Yo creo también que la validez de tal conocimiento puede ser asegurada con garantía por las mismas comprobaciones que se aplican a datos de contenido comparable por otros medios. En este libro de investigación sobre Jesucristo intentaremos correlatar, y por tanto comprobar, el material pertinente dado sobre Jesús en las lecturas de Edgar Cayce con los resultados académicos presentes. Sobre todo, intentaremos con especial cuidado compararlos con los testimonios de la misma Biblia.

Bases históricas de la investigación clarividente

Desde el punto de vista de la psicología profunda del siglo xx, la investigación clarividente puede ser considerada como una actividad del inconsciente humano y el material resultante de una serie de historias imaginarias. Pero los terapeutas que trabajan con el inconsciente hablan a menudo de su sabiduría y apuntan que lo que puede ser llamado una historia imaginaria, puede, en algunas casos, resolver los problemas primarios de un paciente. El gran psicólogo Carl Gustav Jung, en *Memorias, sueños y reflexiones*, no dudó en identificar aquello en lo que creía hacía ya tiempo ser los referentes religiosos y cósmicos en la actividad del inconsciente humano.

La clarividencia de Cayce, impregnada como estaba de contenido y asociaciones religiosas, tiene no pocos antecedentes específicos en la historia de la espiritualidad judeo-cristiana. En la misma Biblia solamente tenemos datos limitados a través de los cuales discernir los mecanismos psicológicos por medio de los cuales surgieron las consecuencias de las profecías históricas hebreas. El testigo bíblico identifica, quizá, sólo tres modos de estados alterados de

consciencia por medio de los cuales los profetas recibieron sus comunicados —como ellos creían— del Señor Dios, o de El, pero mediante los ángeles. Estos son sueños, visiones, y la «todavía pequeña voz» (I Reyes 19:12). Pero sería mejor, posiblemente, extender el ámbito de esta terminología añadiéndole lo que podemos llamar inusuales percepciones o intuiciones. Todos los profetas identificados en la Biblia como auténticos parecen haber estado caracterizados por estas dotes de percepción paranormal. Para las personas de fe, todo el proceso podría ser globalizado bajo el término «revelación divina.»

Los profetas del Antiguo Testamento eran considerados como visionarios, adivinos de la palabra de Dios en su tiempo y lugar. Ellos eran, sin embargo, pronosticadores también del futuro en el contexto de las necesidades del tiempo y del lugar. Por supuesto, podemos decir que no hay ningún profeta en el Antiguo Testamento que no fuera, de alguna manera, tanto un adivino del futuro como un adelantador de la palabra de Dios. Para el *Deuteronomio-Isaías*, una marca distintiva de un auténtico profeta parece haber sido esta capacidad de predecir el futuro; era la base de su pretensión de hablar con la autoridad de Yahvé, quien es el único que conoce el futuro pero se lo revela a aquellos que elige (comparar Isaías 41:21-23; 42:9).

Esto, desde luego es el lenguaje de la fe, pero tal lenguaje —la clasificación de la percepción clarividente como revelación— sólo es posible que se legitimize en el ámbito de la fe religiosa, o tradición religiosa, como la herencia de una comunidad religiosa en movimiento, y de un disciplinado estilo de vida por parte del mismo profeta y que es reconocido por la comunidad como auténtico. Examinemos brevemente cómo funciona este proceso.

La necesidad diaria de hacer evaluaciones cualitativas de sucesos y personas, como de cosas, es un punto central en la vida humana. Tal evaluación, desde luego, es más necesaria en maestros espirituales y en supuestos profetas cuyo propósito es comunicar la verdad del significado cósmico. Jesús enseñó a sus discípulos a evaluar a los maestros espirituales por sus frutos y conducta. El no permitió que la aceptación social o profesiones de fe y sinceridad tuvieran un significado primario en el proceso de evaluación (comparar Mateo 7:15-23; 12:33-35; 25:31-46; Lucas 6:43-45; Juan 14:11; 1 Juan 2:29). (Mientras nos movemos de las enseñanzas registradas

de Jesús a los escritos apostólicos del Nuevo Testamento, el criterio de evaluación religiosa viene a incluir tanto los criterios teológicos como los éticos.)

El profeta hebreo Jeremías empleó el mismo criterio como principal en su propia necesidad de evaluar a sus contemporáneos «falsos profetas» en Judea. No solamente le contradijeron y se opusieron a él; además de ser mayores en número, tenían un estatus social y una aceptación superior, y eran en el sentido formal tan «hebreos entre los hebreos» como él (comparar Jeremías 23:14-22).

En el caso de Jeremías, el proceso de evaluación era evidentemente una necesidad primaria en el sentido de establecer su autenticidad como profeta delante de sus propios ojos. Pero el mismo proceso, con el mismo conjunto de criterios, funcionó en el caso de comunidades más grandes. Es decir, que la evaluación final de la autenticidad de un profeta delante de Dios y a la luz de su tradición se hacía en las bases de la cualidad moral de sus enseñanzas y de su vida, tanto como sobre las bases de si ambas, vida y enseñanzas, estuvieran en conformidad esencial con la tradición —incluso cuando se hacían algunas modificaciones o correcciones de la tradición, un aspecto del ministerio profético tanto de Jesús como de Jeremías (comparar Jeremías 31:26-34; Mateo 5:21-48).

Este proceso parece haber funcionado como el medio principal por el cual todos los profetas hebreos incluidos en los registros bíblicos llegaron a ser reconocidos como auténticos por el juicio colectivo de su comunidad de fe. El mismo proceso rige también en el Nuevo Testamento en los frecuentes preceptos apostólicos para discernir los espíritus, una frase utilizada para indicar el discernimiento de la cualidad dominante en el carácter de una persona, o, más específicamente, la cualidad de una fuerza suprema manifestándose en las vidas de unos individuos de una comunidad de fe (comparar 1 Cor. 2:14, 12:10; 1 Tes. 5:19-22; 1 Juan 4:1, también Mateo 16:3; 1 Cor. 11:29; y el extracanónico *Didache* 11:8-12).

No pretendo sugerir que Edgar Cayce haya de ser clasificado como un profeta precisamente en el mismo sentido que los profetas de la tradición Hebrea. Sus propias pretensiones fueron claramente más modestas. En los más de cuarenta años de actividad clarividente, Cayce nunca, o casi nunca, prologó sus instrucciones (ya fueran procedentes de su miente consciente o de un estado alterado de consciencia) con las palabras «Así dijo el Señor». Los profetas men-

cionados en el Antiguo Testamento, por otro lado, usaban a menudo esta frase, o similar, para indicar su creencia de que lo que estaban diciendo era realmente la palabra de Dios. Su aceptación como auténticos profetas, tanto por sus discípulos inmediatos como finalmente por la mayor parte de la comunidad de fe, estaba afirmada sobre la acogida de esta especie de pretensión profética. Cayce, sin embargo, no adelantó la pretensión de ser un representante de la palabra de Dios de esta manera tan directa. Al contrario, una especial modestia y reserva caracterizaron su autodescripción en este sentido.

No obstante, las lecturas pretenden hablar la verdad, a pesar de que frecuentemente pidan a los que escuchan, o lean, aplicar y comprobar esta verdad en la experiencia de sus vidas personales y contrastar el contenido con otros datos apropiados, principalmente con las Escrituras judeo-cristiana. Las lecturas de la *vida* de Cayce, especialmente, han de ser así consideradas propiamente como el material devocional del siglo XX que puede ser utilizado como guía en la vida diaria de la fe en el contexto de una lectura regular de la Biblia y una participación activa en la vida y servicios de una comunidad de fe y culto. Por consiguiente, la metodología de este libro es la de un estudio comparativo.

Entre otros ejemplos de comunicación de un conocimiento específico supuestamente de fuentes más altas, debemos notar la existencia en uno de los apócrifos de la Biblia de un conocimiento médico citado como habiendo sido revelado por un ángel del Señor (Tob. 6:1-8). También podemos recordar apropiadamente sucesos en la historia de la espiritualidad cristiana donde detalles de la vida de Jesús más allá de los registrados en la Biblia han sido dados a través de diferentes tipos de experiencias visionarias. Podemos citar como ejemplo a Santa Catalina de Siena (1347-1380), Ana Catalina Emmerich (1774-1824), Rudolf Steiner (1861-1925) y Teresa Neumann en tiempos más recientes (1898-1962). Ana Catalina Emmerich y Teresa Neumann eran monjas romanas católicas alemanas cuya actividad clarividente ha sido estudiada cuidadosamente por numerosos especialistas con respetuosa atención tanto dentro como fuera de su iglesia. En referencia a una responsable —cautelosa pero considerada— evaluación eclesiástica de datos de este tipo, y de las personas que son el instrumento de su comunicación, no conozco un mejor tratamiento que un ensayo escrito por el abad cató-

lico romano francés de Cazales en el siglo XIX. Este ensayo aparece en inglés como prefacio del libro, *La pasión dolorosa de Nuestro Señor Jesús*, sobre la vida y obra del señor Emmerich.

Solamente tenemos un ejemplo específico similar en procedimiento metodológico al de Edgar Cayce que el de Tomás de Aquino (1225-1274), que está casi considerado universalmente como el más grande teólogo sistemático de la Alta Edad Media en Europa Occidental. Los primeros biógrafos de Tomás de Aquino también se surtieron del testimonio de sus secretarios personales. En el *Fraile Tomás de Aquino, su vida, pensamiento y trabajo*, James A. Weisheipl, O. P., nos da noticias de uno de estos —un bretón llamado Evan Garnit—, en que «Tomás, después de dictarle a él y a otros dos secretarios, se sentaba, a veces, para descansar del trabajo y, cayendo dormido, continuaba dictando durante el sueño. Evan, mientras tanto, continuaba escribiendo de la misma manera».

Una palabra final puede recordarse procedente del trabajo del científico social de Islandia Erlendur Haraldsson, que dedicó diez años de su vida, haciendo diez viajes a la India, a investigar al maestro religioso contemporáneo y supuestamente realizador de milagros Sathya Sai Baba (1926). Haraldsson ha apuntado, en su libro *Milagros modernos*, que en la gran comunidad científica —incluyendo las ciencias sociales y naturales— hay al menos dos maneras de llegar a la verdad. Uno es el camino de la ciencia *experimental*, el otro es de la ciencia *descriptiva*. Haraldsson nos recuerda que nuestros sistemas judiciales han desarrollado una metodología de interrogación y corroboración de testigos, conjuntamente con la investigación de los documentos pertinentes, como una manera de confianza y garantía para definir y establecer evidencias. Esta metodología pertenece, desde luego, a la categoría de ciencia descriptiva, como pertenecen todos los procedimientos de investigación en las ciencias sociales, incluyendo historia y teología.

Nuestra propia investigación sobre las lecturas de Edgar Cayce pertenece a la misma categoría de ciencia descriptiva. Toda investigación científica, tanto en las ciencias naturales como en las sociales, intenta desarrollar sus hipótesis sobre las bases de una cantidad de datos tan grande como sea posible. En el caso de nuestro sistema judicial, debido a la selectiva y a veces predispuesta —así como falible— naturaleza de la memoria humana, los jurados confían normalmente en la cantidad de testimonios y en el consenso de nume-

rosos testigos. Podemos ser capaces de hacer algo parecido a esto. Yo creo en nuestro presente estudio de la vida y enseñanzas de Jesús el Cristo, tal como se dan en las lecturas de Edgar Cayce, porque disponemos de una gran cantidad de lecturas que contrastamos con otros datos registrados.

Edgar Cayce dio un total de 14.256 lecturas, desde la más temprana datada en 1909 hasta su muerte en 3 de enero de 1945. Un punto de primera significación en este gran conjunto de material, aparte de su gran cantidad, es su consistencia interna. Un apreciable número de personas recibieron más de una lectura, algunas veces con un intervalo de tiempo de diez años o más entre un discurso y el siguiente. Sin embargo, los materiales, históricos, cosmológicos y ético-religiosos dados en estas ocasiones —a veces en situaciones personales e históricas muy diferentes, así como distanciadas en el tiempo— muestran tan rigurosa consistencia como para causar sorpresa. Esta sorprendente consistencia del contenido es también evidente cuando las lecturas dadas para una persona en particular se comparan, incluso las alejadas en el tiempo. Pero incluso más significativo que la lógica o la consistencia puntual —por muy importantes que sean— es la moral interna y la cualidad religiosa de estos materiales. Según vaya leyendo este estudio, usted será capaz de juzgar por sí mismo la calidad en el caso del material sobre Jesús el Cristo.

PARTE I

**EL NACIMIENTO
Y LOS PRIMEROS AÑOS**

1

LOS FUNDAMENTOS COSMICOS

La preexistencia de Jesús el Cristo es un tema de fe enfatizado por varios escritores en el Nuevo Testamento. El término «preexistencia» es utilizado para indicar la creencia de que el hombre Jesús de Nazaret no empezó su existencia como un ser en el universo con el nacimiento de la Virgen María en el comienzo de nuestra presente Era común; es más, Jesús existió desde el comienzo del universo en una especial relación con el Dios Padre que es descrita de diversas maneras en el Nuevo Testamento.

Encontramos este concepto en el prólogo del Evangelio de Juan, cuando Jesús es proclamado como el preexistente Logos (la Palabra) que se hizo un verdadero ser humano (Juan 1:1-18). El apóstol Pablo expresa el concepto en forma clásica en su carta a los Filipenses, donde escribe de el Cristo Jesús como habiendo sido de la «forma» de Dios y haberse vaciado a sí mismo para hacerse humano y servir a los propósitos de salvación de Dios hacia la humanidad (*Fil.* 2:1-11). El autor de la carta a los Hebreos ve a Jesús como pionero de la salvación humana, el Hijo a través del cual Dios creó el mundo, quien, sin embargo, «por un pequeño tiempo se hizo más pequeño que los ángeles... de manera que por la gracia de Dios pudiera saborear la muerte de cada uno». (*Heb.* 1:2, 2:9; comparar 1 Pedro 1:20).

No es demasiado conocido que un buen número de los primeros grupos de judíos cristianos abordaron el tema de manera algo dife-

rente. De acuerdo con Epifanio, en *Adversus haereses*, el judío cristiano ebionita enseñó que el espíritu, a quien consideraban superior a los ángeles y, sin embargo, capaz de descender a la tierra de acuerdo con su voluntad, había venido a Adán y fue luego reencarnado como Jesús. La influencia de los ebionitas llegó más allá del área de la Transjordania y se extendió sobre una gran parte del Asia sur-occidental bien entrado el siglo IV d. de C. Hipólito, uno de los primeros escritores cristianos, sugiere que otra secta de judíos cristianos, los elkasaitas, enseñaban que cuando Jesús nació de una virgen no estaba haciendo su primera aparición en la tierra. Había estado encarnado previamente, la misma alma había nacido en diferentes cuerpos y en diferentes tiempos y lugares. Los llamados escritos pseudo-clementinos (que están clasificados normalmente como formas más tardías de auténticos testigos del siglo II de la cristiandad judía) indican creencias en una serie de encarnaciones de Jesús antes de su manifestación como el Cristo en Palestina en el comienzo de nuestra Era.

De acuerdo con las *Homilias* de Clemente, el alma —a quien el apóstol Pablo llama la primer nacida de toda la creación (*Rom.* 8:29; *Col.* 1:15; comparar *Heb.* 2:11)— se encarnó en Adán, después en Enoc, Noé, Abraham, Isaac, Jacob, Moisés, y finalmente en Jesús. Las lecturas de Edgar Cayce, que en muchas formas son teológicamente similares a las de los primeros cristianos judíos, así como a las de los grandes teólogos alejandrinos Clemente y Orígenes, nos dan una lista, similar en principio aunque diferente en detalles. La lista de Cayce es Adán, Enoc, Melquisedec, José, Josué, Jesuá (el escriba responsable, de acuerdo con Cayce, del trabajo de coleccionar los escritos sagrados que llevaron a la última forma de la misma entidad o alma puede experimentar repetidas vidas en la tie-

* Cada una de las lecturas de Edgar Cayce han sido asignadas un número con dos partes para suministrar una fácil referencia. Cada persona que recibía una lectura recibía también un número anónimo; éste es la primera mitad del número de dos partes. Como muchas personas obtuvieron más de una lectura, el segundo designa el número de esa lectura en las series. Lectura número 5749-14 se daba a una persona que era asignada con el número 5749. Esta lectura en particular era la catorce que había recibido esta persona de Cayce. Las referencias a las Escrituras en las lecturas son de la versión en inglés de la Biblia del Rey Jaime.

rra, y, como muchos de los primeros cristianos judíos, aplica el concepto de la preexistencia de Jesús.

Este concepto de reencarnación era ampliamente considerado por la mayoría de la sociedad helenística en los tiempos de Jesús, específicamente en la línea pitagórica y platónica de la tradición filosófica. Muchos judíos también creían en ello de alguna forma. El historiador judío de Alejandría Flavio Josefo, un contemporáneo posterior a Jesús, nos cuenta (*Guerra de los judíos*, III; *Contra Apión*, II, y en *Antigüedades judías*, XVIII) que los fariseos creían que las buenas almas volvían a la tierra en cuerpos. Desde luego, si uno está dispuesto a aceptar el significado literal del texto en Mateo 17:9-13, parece que el mismo Jesús creía que Juan el Bautista era la reencarnación del Elías del Antiguo Testamento (comparar Mateo 11:11-15, Juan 1:21).

El concepto de reencarnación en las lecturas de Edgar Cayce es aplicable a todos los seres humanos. Ello enfatiza la naturaleza educativa y los propósitos de la experiencia humana: «Cada viaje puede ser comparado a... una lección, como una escolarización con el propósito de que cada alma-entidad entre en la experiencia en la tierra» (n.º 1158-5); en *Una búsqueda de Dios*, una frase de una lectura de Cayce dice: «Nuestra entrada en el plano de la tierra en cualquier momento es con el propósito de que otra lección pueda ser aprendida, otra oportunidad para la expresión del alma.»

Este entendimiento es similar al del teólogo de Alejandría Orígenes (ca. 185-253/4), el más sabio estudioso bíblico y probablemente el teólogo más influyente en los primeros seis siglos de la historia de la iglesia cristiana. Orígenes creía que este mundo material es bello y bueno, la creación de un Dios benéfico. «Pero no es confortable ni se supone que lo vaya a ser.» Los seres humanos nacen aquí por propósitos espirituales y morales. Es decir, nos son dadas oportunidades de educarnos para que podamos volver en amistad con nuestro creador para trabajar en armonía con su plan.

Orígenes también enseñó la reencarnación como una «muy plausible opinión». El sintió que las desigualdades y aparentes injusticias de la vida en la tierra podían ser correctamente entendidas solamente con la asunción de que las almas preexisten y reciben cuerpos y circunstancias —que también constituyen nuestras oportunidades apropiadas para una transformación personal y un crecimiento— como consecuencia de las acciones de nuestras vidas pre-

vias. De acuerdo con Henry Chadwick, en su libro *El pensamiento cristiano primitivo y la tradición clásica*, Orígenes mantuvo este concepto como «absolutamente necesario para cualquier teodicea persuasiva».

También debiéramos darnos cuenta que, de acuerdo con una de las cartas de Jerónimo (ca. 340-420, el traductor de la Biblia hebrea y griega al latín), la creencia en la reencarnación era ampliamente mantenida por sus contemporáneos cristianos, especialmente en las iglesias de las áreas de habla griega que bordeaban el Mediterráneo oriental.

No obstante, las lecturas de Edgar Cayce contemplan el evento de Cristo como ocurriendo en un contexto de un panorama lleno de propósito divino y una actividad cósmica muy vasta en su amplitud pero unificada en su naturaleza. Dios es descrito en las lecturas de Cayce con una gran profusión de predicados y epítetos. Los ejemplos típicos incluyen lo siguiente: «Dios, el Padre, la Influencia Universal, la Energía Creativa, el YO SOY LO QUE SOY» (n.º 262-87); «La vida es una esencia del Padre»(n.º 5749-4); «Dios es amor, por tanto ocupa un espacio, un lugar, una condición, y es la fuerza que penetra toda actividad» (n.º 5749-4).

En el comienzo se nos dice Dios se «movió». Dios, desde el principio, pudo ser llamado múltiple, así como unidad; «porque en el principio era la Palabra, la Palabra era Dios, la Palabra estaba con Dios». Al moverse Dios, las almas —partes de El mismo— nacieron al ser» (n.º 262-13; comparar Juan 1:1).

«Somos partes y parcelas de una Consciencia Universal de Dios —y así todo aquello dentro de la Consciencia Universal» (n.º 2974-3). En las lecturas de Cayce, sin embargo, esta percepción de ninguna manera se puede clasificar como constituyente del panteísmo o del monismo filosófico en el sentido estricto del término. La relación distintiva del alma (como una parte) y Dios (como el todo) se manifiesta en el siguiente texto, dado como respuesta a la pregunta sobre el propósito de la existencia de una entidad:

Que ello, la entidad, pueda *saberse* a sí mismo ser sí mismo, y parte de un Todo, no el Todo, sino uno *con* el Todo; y así retener su individualidad, sabiéndose a sí mismo ser sí mismo y, sin embargo, uno con los propósitos de la Primer Causa que lo deseó, la entidad, dentro del *ser*, dentro de la consciencia, dentro de la consciencia de sí mismo. Eso es el propósito, esa es la causa de *ser* (n.º 826-11).

Este concepto de Dios creando almas semejantes a sí mismo en naturaleza y, por tanto, siendo una parte derivada de sí mismo se ofrece en muchas lecturas con alguna expresión variante pero esencialmente idéntica en significado (comparar *Hech.* 17:28). Ello constituye una sutil variación de la doctrina habitual de la creación. No es una emanación, como si el proceso fuera automático y no un acto del propósito consciente divino. Las lecturas enfatizan la divina creación y usan el término. En cierto sentido, hubo un «punto» o «tiempo» cuando las almas, como piezas separadas de consciencia, no existían. Pero desde que ellas participan de la consciencia como elemento primario de su naturaleza, son de la misma naturaleza de Dios, aunque derivadas. Es más, todas las almas individuales o entidades ahora en existencia, ya sea que moren en la tierra o en otros reinos, está establecido que fueron creadas «en el principio» (n.º 5749-14). Tenemos otra declaración de que «el hombre fue creado un poco más elevado que todo el resto del universo entero, y es capaz de aparejar, dirigir, reforzar, las leyes del universo» (n.º 5-2; comparar *Heb.* 2:6-8; *Ps.* 8:4-6).

Esto es entonces la antropología más elevada de las lecturas de Edgar Cayce, la visión elevada de lo que significa ser un ser humano. Con este punto de vista debemos conjuntar también su cristología superior, su punto de vista, verdaderamente exaltado, de la persona y trabajo de Jesús el Cristo. Esta cristología superior incluye otro punto de gran significancia en relación al trabajo más amplio e influencia de Jesús en el plano histórico durante las supuestas primeras encarnaciones. También incluye el trabajo y la influencia desde los reinos espirituales entre encarnaciones, actividad que funciona con mayor efectividad después del nacimiento de Cristo, por el cual, la entidad que nació como Jesús en Belén se hizo una con el Cristo y potencialmente accesible a todo ser humano en cualquier tiempo y lugar. Sabemos que, con anterioridad, «la entidad —como una entidad— influenció, bien directa o indirectamente, todas aquellas formas de filosofía o pensamiento religioso que hablaban de que Dios era Uno» (n.º 364-9); «En todos aquellos períodos en que el principio básico era la Unidad del Padre, El había caminado con los hombres» (n.º 364-8).

Debiéramos notar que este doble modo de influencia —funcionando en el plano de la historia y desde dimensiones más elevadas— no ha sido, de acuerdo con Cayce, confinado a las gentes de Israel y de la iglesia cristiana. Leemos que la entidad que se convirtió en Jesús «se asoció con —en meditación o espíritu— Gautama

el contexto del entendimiento de que la percepción de Buda del Dharma —como elemento central de su objeto-fe y visión del mundo— era tal que podemos incluirlo propiamente en la categoría de aquellos que enseñaron que Dios era Uno. De la misma manera en que muchas cosas han sido añadidas a las expresiones originales del judaísmo, mucho se ha añadido al confucionismo, budismo, platonismo, y al islam «de aquello que fue dado por Jesús en sus andaduras por Galilea y Judea. En todos éstos, entonces, hay el mismo espíritu impulsor» (n.º 364-9). Otra exposición del mismo tema se encuentra en las 262 series de lecturas dadas para el grupo que produjo los dos volúmenes de *A Search for God* («Una búsqueda de Dios»), que han servido muy bien como bases de trabajo para grupos de estudio a lo largo del país y del mundo. Esto es lo que Jesús «ha dirigido en todas las experiencias de pensamiento en *cualquiera* de las formas presentes de verdad en la tierra, y que llega finalmente a la cruz» (n.º 262-34).

Este tema se explica más profundamente en una lectura posterior de la misma serie, que también establece que el alma de Jesús también

a través de varias actividades venció al mundo mediante las *experiencias*, soportando la cruz en cada una y en todas las experiencias, alcanzando la cruz *final* con todo poder, todo *el* conocimiento de haber superado al mundo —y El mismo *aceptó* la cruz—. Por tanto, deshaciéndose del a menudo llamado Karma, que debe ser encontrado por todos (n.º 262-36; comparar Mateo 11:27; 28:18; *Gál.* 6:7).

Es importante para nosotros entender que las lecturas de Cayce, de esta manera, están intentando dar algún contenido específico a la antigua creencia cristiana de la preexistencia de Jesús. El debate es que el gran ser que, como Jesús de Nazaret, se convirtió en el Cristo, fue activo revelando, en enseñar la verdad de Dios desde los reinos más elevados a los corazones y mentes de los seres humanos a través de la historia humana. La afirmación se hace más profunda que en las encarnaciones previas de Jesús en la tierra, en las que, siempre en progresión ascendente en su propio desarrollo espiritual y de servicio a otros, soportó la cruz del sufrimiento, venciendo así los efectos negativos de su pasado y el de otros (comparar n.º 262-82). Esto fue todo hasta el fin de llegar a la «cruz final», donde Jesús venció al mundo totalmente y completó el proceso que suministra la redención, liberación y la reconciliación de todos.

LOS PREPARATIVOS HISTORICOS PARA EL NACIMIENTO DE JESUS

Las lecturas de Edgar Cayce afirman con los términos más claros y con gran énfasis que «el hombre llamado Jesús» vivió una vida humana real. Leemos que «este hombre, como hombre, hace la voluntad del Padre, haciéndose entonces uno con el Padre y modelo para el hombre» (n.º 900-10). Todavía más, se utiliza el lenguaje más fuerte para aseverar la manifestación de Jesús en carne y sangre y la realidad de su sufrimiento, tanto físico como mental, en la cruz, así como también antes (principalmente en el huerto de Getsemaní).

El nacimiento del hombre Jesús es visto en las lecturas de Edgar Cayce como el estado final del desarrollo en la tierra de aquel que se convirtió en el instrumento supremo del trabajo del Padre para la salvación (la reconciliación-restauración de las relaciones personales y el desarrollo y transformación del carácter) de todo el género humano. Este proceso de desarrollo-crecimiento personal, sin embargo, es considerado como uno en el cual deben participar también todos los seres humanos —a través de los reinos tanto terrenales como trans-terrenales—, con una encarnación en la tierra requerida como una parte de cada particular estado de desarrollo (n.º 900-16). Jesús es descrito en las lecturas de Cayce como «la primer alma que atravesó los ciclos de las vidas terrenales para alcanzar la perfección, incluyendo la perfección en las vidas planetarias también» (n.º 5749-14).

Su trabajo como Jesús el Cristo se supone ser «una misión voluntaria (por parte de) Uno que ya era perfecto y retornó a Dios, habiendo realizado Su Unidad en otros planos y sistemas» (n.º 5749-14). [En este contexto podemos recordar propiamente las palabras de la carta a los Hebreos (5:8-9): «Aunque El era un Hijo, aprendió la obediencia mediante lo que sufrió; y siendo hecho perfecto se convirtió en la fuente de la salvación eterna para aquellos que le obedecen, siendo designado por Dios un sumo sacerdote de la orden de Melquisedec».] Estos fundamentos fueron esenciales para «la manifestación en la tierra de la influencia sagrada para la sustentación de un mundo reincidente» (n.º 5749-3). Vino por su propia intención —así como por ser enviado (n.º 5749-7).

Las lecturas de Cayce afirman que se hicieron preparativos en el plano histórico dentro de la historia de Israel. El enfoque primario de estas preparaciones encaminadas a preparar el camino y recibir al que «es Santo» fue visto por Cayce residir dentro de la secta religiosa o escuela de judíos llamada los esenios, que como otras sectas contemporáneas en Israel tenía «sus adeptos y cercanos adeptos» (n.º 1602-4).

Algo de la naturaleza de esta comunidad religiosa ha sido conocida hace tiempo a través de las escrituras de Josefo, que, de hecho, parece haberlos considerado un grupo más noble que los fariseos o saduceos. Esta secta se ha convertido en objeto de considerable interés y estudio, tanto público como académico, desde el descubrimiento de los Manuscritos de Qumran (también llamados del mar Muerto) en 1947, porque los manuscritos son reconocidos como producto de la comunidad esenia. Es significativo que las lecturas de Cayce indicaron, el 22 de junio de 1937, tanto la existencia como la situación de la comunidad de Qumran y les identificó específicamente como los esenios.

De acuerdo con las lecturas de Edgar Cayce, el propósito principal de la actividad espiritual de los esenios era educar a las personas que pudieran ser cauce para el nacimiento del Mesías (n.º 262-61). Se dice que su tradición está en línea directa con los descendientes espirituales de la escuela de los profetas establecida por Elías, aunque, en cierto sentido, esta actividad parece respaldar al anterior profeta carismático Samuel, quien a su vez se supone que recogió las enseñanzas de Melquisedec. Sorprendentemente, las lecturas mantienen que los esenios, por lo menos en el período justo ante-

rior al nacimiento de Jesús, «tomaron tanto a judíos como gentiles como miembros» (n.º 254-109). A los esenios también se les supone haber tenido notables asociaciones internacionales, y por esta razón y por otras fueron considerados poco ortodoxos por los rabinos de aquel período (n.º 2067-11).

También se dice en las lecturas de Cayce que los esenios tuvieron una conexión especial con el Monte Carmelo desde el tiempo de Elías. Es significativo que la actual Orden Carmelita de la Iglesia católica romana ha preservado una tradición de los ortodoxos orientales monásticos que hace mucho tiempo vivieron en el Monte Carmelo y daban la bienvenida como hermanos de fe y de práctica a los monjes que venían de la Europa Occidental con las Cruzadas. De acuerdo con un ensayo de Robert F. Adriance en el libro de Violet M. Shelley *Viaje al Monte Carmelo*, la tradición afirma que su orden había sido fundada por Elías, y que con el nombre de los hijos de los profetas habían hecho los preparativos para el nacimiento del Mesías. Cuando vino el Mesías, en la persona de Jesús, lo aceptaron como tal y continuaron viviendo en el Monte Carmelo, convirtiéndose con el tiempo en una orden reconocida por la Iglesia oriental ortodoxa. Con la unión de este antiguo linaje con los monjes de Occidente, se desarrolló allí, dice la tradición, la actual Orden Carmelita.

Las lecturas de Cayce establecen que María y José, y la prima de María, Isabel, eran todos miembros de la comunidad de fe de los esenios y educaban a sus niños en aquel contexto y manera. Se nos dice que Zacarías, el marido de Isabel, como un miembro de los sacerdotes ortodoxos —es decir, un sacerdote de acuerdo con la línea aarónica— no era un esenio en principio pero se convirtió al menos como simpatizante al final de sus días, como resultado de sus visiones en el templo (comparar Lucas 1:5-23). Las lecturas también identifican al mismo Zacarías, el padre de Juan el Bautista, con el Zacarías que, en los registros bíblicos, se supone haber sido asesinado «entre el santuario y el altar» (Mateo 23:35; Lucas 11:51). Ellos establecen que el asesinato ocurrió precisamente por la proclamación abierta del contenido de sus visiones y, presumiblemente, porque tales proclamaciones significaban un compromiso para la posición esenia (n.º 5749-8). El contenido era evidentemente una profecía de la venida de los sucesos mesiánicos totalmente de acuerdo con las expectativas de los Esenios (n.º 2167-1).

Las lecturas, particularmente las series 5749 preguntadas por Thomas Sugrue, están detalladas muy ricamente en la descripción del proceso de preparación del nacimiento del Niño Cristo. Culminan en una descripción de la selección y preparación de María y, desde luego, de informes del mismo nacimiento. Las lecturas de Cayce no solamente afirman el nacimiento de virgen de Jesús, sino que también establecen —yendo incluso más lejos que la tradición oriental— que la misma María nació de una virgen, que su madre, Ana, la engendró sin un padre humano (n.º 5749-7,8). Esto, en efecto, confirma la exactitud del dogma católico romano de la Inmaculada Concepción de María. Este dogma, como lo definió el Papa Pío IX el 8 de diciembre de 1854, no se refiere al nacimiento de una virgen, sino a la exención del pecado original desde el momento de la concepción.

Las lecturas establecen que, como una parte de los preparativos para la materialización de la venida del Mesías, los líderes esenios determinaban seleccionar y preparar doce muchachas jóvenes como canales potenciales. En el Carmelo —donde estaban los sacerdotes de esta fe (los esenios)— estaban las jóvenes elegidas dedicadas a este propósito (n.º 5749-7). En este tiempo, María sólo tenía cuatro años de edad. Tenía, sin embargo, «entre doce y trece» (n.º 5749-8) cuando fue designada para ser aquella que iba a ser el canal físico específico para la venida del Maestro. La preparación de estas doce muchachas jóvenes comprendía dimensiones físicas, mentales y espirituales, incluyendo «castidad, pureza, amor, paciencia, resistencia» (n.º 5749-8), así como la dieta apropiada.

Era una disciplina que se podía llamar severa en nombre de la fuerza física y mental. El foco de este aprendizaje era el templo de los esenios en el Monte Carmelo.

De acuerdo con Cayce, la decisión esenia de elegir a María fue hecha sobre las bases de una visita angélica de singular belleza una mañana cuando las muchachas iban al altar para la adoración y la quema de incienso (n.º 5749-8). A partir de ese tiempo, María fue «separada y mantenida en una asociación mas cerrada...» (n.º 5749-7) con los maestros y mentores responsables de la preparación. Las lecturas de Cayce aseveran que este evento, o series de eventos, puede ser considerado el comienzo de la iglesia cristiana (n.º 4749-7)

Se supone que María tenía «entre dieciséis y diecisiete años (cuando) fue encontrada con niño» (n.º 5749-8), y así hubo un mayor período de aprendizaje «alrededor de tres o cuatro años»

desde el momento en que fue designada hasta la concepción (n.º 5749-8). A José se le supone tener treinta y seis años en el momento del matrimonio, siendo realizado el rito en el templo esenio del Monte Carmelo. José fue seleccionado entre los sacerdotes de los esenios como «una vasija elegida» para cumplir este papel (n.º 5749-7).

María y José se habían conocido previamente, aunque de una manera normal, como miembros pertenecientes a la misma comunidad religiosa pero de edades diferentes (n.º 5749-9). El matrimonio fue, de algún modo, arreglado; pero, de acuerdo con las lecturas de Cayce, los líderes de la comunidad esenia jugaron un papel en este arreglo más allá de lo que era usual (los parientes de las partes contrayentes eran comúnmente el factor dominante en el proceso de la decisión (n.º 5749-8).

Tanto María como José aceptaron el compromiso, pero las lecturas establecen que José, en principio, puso objeciones a la sugerencia de los líderes esenios de contraer matrimonio con María. Esta vacilación se debía, en parte, al miedo de José, como bien consciente de las expectativas de que María se convirtiera en la madre del Mesías. Para mí, las lecturas de Cayce establecen que los esenios esperaban que el nacimiento de Jesús fuera virginal. De hecho, afirman que no era generalmente creído entre la comunidad esenia el que María hubiera tenido un nacimiento también virginal de su madre Ana (n.º 5749-8, A-2). Por tanto, fue una sorpresa para José, como para otros, el que María quedara embarazada antes de que se hubiera consumado el matrimonio (n.º 5749-8, A-9). Por supuesto, fue una «concepción a través del Espíritu Santo» (n.º 1158-5).

Una parte adicional de la preocupación de José residía en el hecho de que la opinión pública se refiriera a las disparidades de edad. El consintió en la petición esenia, dicen las lecturas, sólo después de haber tenido una confirmación por medio de su propia experiencia religiosa personal —primero en un sueño y luego por una experiencia de «voz directa»— de que el matrimonio se realizaba bajo la voluntad de Dios (n.º 5749-8). Las lecturas también indican que José no sólo tuvo dudas iniciales acerca del plan propuesto, sino como en el relato bíblico, sintió costernación cuando María resultó embarazada siendo todavía una virgen. Aquí, él cooperó también con el programa esenio sólo después de que su propia experiencia religiosa le diera confirmación (comparar Mateo 1:18-25).

Las lecturas de Cayce, mientras afirman inequívocamente el nacimiento virginal tanto de María como de Jesús, no apoyan la idea de la «virginidad perpetua» de María, que fue incluso aprobada por Martín Lutero. Las lecturas afirman que, alrededor de diez años después del nacimiento de Jesús —mientras él estaba todavía bajo el mismo techo y bajo sus cuidados—, José y María no tuvieron relaciones conyugales. Pero después de la marcha de Jesús para ser adiestrado por los esenios y más tarde, como veremos más adelante, en otras tierras, ellos empezaron una vida normal para una pareja casada (n.º 5749-8, A-12,15).

Los esenios, de acuerdo a las lecturas de Cayce, tenían una concepción más elevada acerca de la posición de la mujer en la vida humana que la de los judíos de aquel tiempo (n.º 254-104). Ellos tenían indudablemente profetas femeninos, así como líderes. Este aspecto esenio constituye así una base específica para el mayor desarrollo visto en «las enseñanzas de Jesús, que liberaron a la mujer de aquella esclavitud que había padecido desde que las ideas de los hombres concibieron la caída de Eva o de la primera aceptación de las opiniones» (n.º 2067-11). En conexión con esto, Jesús el Cristo no debe ser considerado como una mera proyección de sus fundamentos esenios. Haciendo una comparación con su primo Juan el Bautista, está establecido claramente que «Juan era más esenio que Jesús. Porque Jesús se atenía al espíritu de la ley, y Juan a la letra de la misma» (n.º 2067-11).

Estos eran, entonces, el entorno del nacimiento de «el Salvador, el Mesías, el Príncipe de la Paz, el Camino, la Verdad, la Luz» (n.º 1010-17); «este Hijo querido, que marcará el camino recto, que sacará al *hombre fuera* de las tinieblas para llevarlo a la luz... este Pastor que debe dirigir a su rebaño, a sus hermanos otra vez a la luz del sustentador, de un Padre misericordioso» (n.º 587-6). El propósito del nacimiento de Jesús fue claramente divino. «El propósito de la entrada del Hijo *en la* tierra fue que el hombre pueda tener el camino más cerca de El, la puerta abierta al mismo corazón del Dios viviente» (n.º 587-6; comparar Marcos 12:29; *Deut.* 6:4).

EL NACIMIENTO

Las lecturas de Edgar Cayce dan dos fechas principales para el nacimiento del Niño Cristo: el 24 o 25 de diciembre (n.º 5749-8) —el nacimiento «ocurrió nada más llegar la medianoche»— (n.º 5949-15); y el 6 de enero. Estas dos fechas han sido históricamente celebradas por las dos ramas más importantes de la Iglesia cristiana, la Occidental (incluyendo las Iglesias cristiana y protestante) y la Iglesia ortodoxa oriental. Las lecturas establecen que cada fecha tiene unas bases legítimas, dependiendo del calendario usado o del período en el cual se hacen los cálculos. (Otra lectura afirma que la fecha del nacimiento de Jesús es el 19 de marzo del año 4 d. de C., un cálculo basado en el calendario juliano, o el año 1899, basado en el calendario mosaico (n.º 587-6). Si estas diferencias se pueden reconciliar, soy incapaz de decirlo).

María y José llegaron a Belén por la tarde, dicen las lecturas, y la temperatura era fresca. Había multitudes de personas en el camino, muchos de las colinas que rodean Judea, otros procedentes del norte. Sus ocupaciones eran variadas, pastores, labradores de otros tipos de grupos, granjeros y diferentes tipos de artesanos. Algunos del grupo de Nazaret se dice que eran «ayudantes de José —ayudantes carpinteros»— (n.º 5749-15). Muchas de las lecturas afirman que José era un carpintero con ciertos medios y posición en la comunidad.

Las lecturas de Cayce sugieren que, en el viaje a Belén —un viaje necesario para los requerimientos romanos de que cada judío volviera a su lugar ancestral de origen para ser registrado por razones de impuestos (comparar Lucas 2:1-5)—, María y José puede que fueran acompañados por algunos de los compañeros esenios. Por lo menos encontraron un buen número de amigos que ya estaban en la posada cuando ellos llegaron, y todos compartieron la pena cuando se supo que no había habitación para la pareja. La lectura 5749-15 nos da este pasaje:

Les dijeron que no había sitio en la posada... empezaron a buscar algún sitio, algún abrigo...

Muchos se unieron a la búsqueda de un lugar. La necesidad demandaba que se encontrara algún sitio rápidamente. Entonces se localizó, bajo la colina, en el establo —encima del cual los pastores estaban juntando los rebaños en el redil.

Allí nació el Salvador, el Niño, quien, a través de la voluntad y de la vida manifestada, se convirtió en el Salvador del mundo —en aquel canal a través del cual los antiguos habían dicho que se cumpliría la promesa hecha a *Eva*— (comparar *Gén.* 3-15), el surgir otra vez de otro como Moisés, como David, y la promesa no se separaría de aquel canal. Pero los conceptos de las necesidades del hombre habían caído más y más bajos.

Entonces —cuando parecía que se perdían las esperanzas— sonó el heraldo de los ángeles. La estrella que causó la admiración de los pastores apareció, la que causó el miedo y la consternación de todos los que estaban alrededor de la posada...

Como en el pasaje del Evangelio de Lucas (2:8-20), las lecturas de Cayce afirman la realidad histórica de la presencia de los pastores en el campo en el momento del nacimiento del Niño Cristo. La lectura n.º 587-6 establece que la experiencia de los pastores al oír «aquel grito de las huestes celestiales» fue un reflejo del hecho de que no sólo las huestes celestiales, sino «toda la naturaleza... proclamó aquel glorioso período para el hombre» (comparar *Isaías* 9:6). Esta lectura, más bien poéticamente, afirma que «toda la naturaleza: la cara en el agua, el rocío sobre los colores y la belleza de la rosa, la canción de las estrellas, el lamento del viento—, todos proclamaron —*ahora*— las poderosas palabras de un Dios amante y misericordioso.»

Los pastores son ahora descritos como aquellos que «oyeron el grito de la “Gloria de Dios en lo más alto: Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad”» (n.º 1815-1; comparar Lucas 2:14); como aquellos que «oyeron la voz, que vieron la luz y que experimentaron el coro de las huestes angélicas que pronunciaban Su advenimiento» (n.º 2562-1).

Las lecturas de Cayce dan informes relativamente detallados de los Hombres Sabios (los magos) que aparecen breve, pero significativamente, en el Evangelio según Mateo (n.º 2:1-23). La riqueza de estos informes es debida a varias razones. Una es que, de acuerdo con las lecturas, los Hombres Sabios eran representantes concretos de los contactos internacionales de los esenios y símbolos del más amplio significado del nacimiento del Niño Cristo. No fue éste un suceso geográficamente restringido, local o étnicamente; fue un evento de significado internacional, histórico y, por supuesto, cósmico.

Los tres Hombres Sabios vinieron «con sus animales o camellos cargados» (n.º 1152-3) de Persia, India y Egipto. Las lecturas insisten, sin embargo, en que luego se les unieron un cuarto y un quinto Hombres Sabios, seguidos por un segundo grupo. Estos hombres eran de los grupos de sabios y personas sagradas que vinieron de Caldea, del área del desierto de Gobi, y de lo que es ahora Oceanía (n.º 2067-7; n.º 587-6). Eran buscadores de la verdad. En particular, estaban buscando «este acontecimiento» (n.º 5749-7), porque «el día, la hora del *gran propósito*, de este evento, iba a ser en la tierra una experiencia literal» (n.º 1908-1). Ellos vinieron «a rendir honores, dar de su sustancia...» (n.º 587-6) y pedir «bendiciones... al Infante en el pesebre» (n.º 5749-2). Encontraron el «lugar donde estaba el Niño» (n.º 5749-7) utilizando aquellas fuerzas que hoy se llamarían psíquicas.

Las lecturas de Cayce también especifican que la tradición de los sabios persas incluía el estudio de matemáticas, de astronomía y astrología y de otras leyes de la naturaleza (n.º 5749-7; n.º 1908-1). En Persia, «los estudios eran de la influencia del espacio estelar o del viaje de las almas en el área alrededor de la tierra que creaban —y crean— los estímulos mentales en las almas de los hombres» (n.º 256-5). Esta sentencia da expresión a un entendimiento de la naturaleza de los seres humanos frecuentemente afirmada en las lecturas de Cayce. Los «estímulos mentales», que parecen ser una

parte de la experiencia de todos los seres humanos, no son los resultados solamente de herencia y ambiente, no de una cración divina arbitraria, no meros estímulos momentáneos o sentimientos sin causas reales. Son, hasta un punto sustancial, decisiones y actividades del pasado de cada entidad, tanto en la tierra como en otros reinos. Debemos tener en cuenta, que en las primeras comunidades budistas, el término *samskara* se usaba para denotar predisposiciones o tendencias habituales del carácter que afectan y condicionan (pero no absoluta e irreparablemente) un determinado estado de ser como resultado de experiencias y hechos pasados.

Las lecturas de Cayce son claras en su insistencia de que los Hombres Sabios habían tenido contacto previos con los judíos, en particular con los esenios. Y los esenios, por su parte, absorbieron las tradiciones espirituales de Persia «según descendieron del antiguo maestro persa Zoroastro» (n.º 1297-1). [Existe casi un consenso universal entre los estudiosos de la Biblia de la presente generación, en que los persas (iraníes) influenciaron el desarrollo del judaísmo, desde el siglo v a. de C. y quizá antes, esto es indudable. Una de las lecturas de Cayce señala que los Hombres Sabios vinieron no solamente con regalos materiales, sino también con enseñanzas espirituales (n.º 1581-1).] También es significativa la aseveración de Cayce de que fueron los romanos quienes dieron la orden de que los Magos fueran conducidos al lugar que buscaban (n.º 1220-1).

Las lecturas de Cayce están de acuerdo con el pasaje en el Evangelio de Mateo en que dice que el rey Herodes estaba profundamente consternado acerca de lo que el nacimiento del niño que estaban buscando los Magos podía pronosticar para la seguridad de su propia posición regia. La historia de Mateo es gráfica en su descripción de la ferocidad y rabia de Herodes, que culminó en la orden de matar a todos los niños varones del área de Belén que tuvieran dos años o menos (Mateo 2:1-23). Las lecturas señalan que los romanos intentaron, aparentemente sin éxito, detener esta matanza de bebés (n.º 1220-1). Esta, entonces, es la temerosa situación que llevó a José y María a coger al niño recién nacido y a huir a Egipto, un viaje específicamente dictado, de acuerdo con los escritos bíblicos, por la aparición de un ángel a José durante un sueño (Mateo 2:13).

LA HUIDA A EGIPTO

Las lecturas de Cayce afirman que la huida de la Sagrada Familia a Egipto fue realizada desde luego en cumplimiento de la profecía del Antiguo Testamento (n.º 5749-16; n.º 1010-23; comparar Mateo 2:13-33; *Hech.* 11:1). Solamente los niños varones del linaje de David en el territorio de Judea fueron asesinados (775-1), y la búsqueda de los soldados de Herodes era para los niños de «seis meses a dos años de edad» (1010-1).

También dicen las lecturas que la decisión de viajar a Egipto fue tomada en consulta con líderes de la comunidad esenia. Como consecuencia, se hicieron planes y preparativos específicos para la protección física y cuidados de la familia. Tanto María como el infante fueron asignados, de acuerdo con Cayce, a los cuidados de una mujer esenia llamada Josie. Para la mayor protección física requerida, «había otros grupos de esenios que precedieron y siguieron» los movimientos de la Sagrada Familia.

El viaje «comenzó una tarde, y el trayecto —a través de partes de Palestina, desde Nazaret a la frontera egipcia— se hizo sólo durante la noche... el período de residencia en Egipto fue en y cerca de lo que era entonces Alejandría», la duración «un período de alrededor de cuatro años —cuatro años, seis meses, tres días...— Josie y María no permanecieron inactivas durante el período de estancia» en Egipto. En atención a los cuidados del niño Jesús,

Josie y los padres dedicaron algún tiempo al estudio de los registros «preservados en porciones en las bibliotecas» de Alejandría (1010-17).

Las bibliotecas de Alejandría eran el resultado de un programa y de un proceso iniciado en el comienzo del siglo III a. de C. por Tolomeo I, uno de los generales de Alejandro el Grande. Fueron destruidas en gran medida en el III y IV siglo d. de C. tanto por accidentes como por movimientos anti-intelectuales. Quizá se incluyeran en las bibliotecas más de medio millón de volúmenes, principalmente en griego, pero probablemente incluyendo libros (pergaminos, papiros, manuscritos) en otras lenguas. La idea original era crear una biblioteca internacional que incluyera traducciones al griego de otras lenguas de las costas del Mediterráneo, el Medio Oriente e incluso India.

Los registros de lo que José y María estudiaron incluían lo que podríamos llamar hoy predicciones astrológicas. Daban detalles significativos en relación con el Mesías esperado, incluso acerca «de la naturaleza del trabajo de los padres... los lugares de residencia y muchas de las características que iban a mostrar estas personas». La misma lectura afirma que el niño Jesús «tuvo, en cualquier sentido, un cuerpo desarrollado normal dispuesto para aquellas actividades propias de los niños de aquel particular período», aunque «las ropas usadas por el Niño curaran a los niños». Esta declaración nos informa de los relatos dados de los milagros hechos por Jesús como niño registrados en los llamados evangelios apócrifos (las lecturas de Cayce no contienen ninguna de las raras historias que se encuentran en estos evangelios). Las lecturas explican el poder sanador en estos fenómenos diciendo simplemente que «siendo el cuerpo perfecto irradiaba lo que es salud, la misma vida», y continúa diciendo que incluso hoy «los individuos pueden irradiar, mediante sus seres espirituales, salud, vida, esa vibración destructiva para la enfermedad en cualquier forma de los cuerpos» (1010-17; ver también 2067-7).

A su vuelta a Palestina desde Egipto, convertida en relativamente segura por la muerte del rey Herodes (comparar Mateo 2:19-23), la Sagrada Familia fue a Cafarnaún, no a Nazaret, la residencia previa de José y María. (Una breve referencia en la lectura n.º 5749-15 sugiere que una multiplicación de comida ocurrió cuando un retraso inesperado sucedió en la ruta cuando la Sagrada

Familia volvía a Palestina desde Egipto.) Esta es una de las muy pocas reseñas en las cuales las lecturas de Cayce se aventuran a corregir declaraciones de hechos dados en la Biblia (comparar Mateo 2:23, Marcos 1:9, Lucas 2:51). Hay una razón para creer, sin embargo, de la referencia bíblica en Marcos 2:1, que Cafarnaún también era casa de Jesús; es así posible que tanto Nazaret como Cafarnaún podrían ser llamadas la casa de Jesús. Las lecturas de Cayce no niegan una cercana relación entre la Sagrada Familia y Nazaret; de hecho, frecuentemente se refieren a Jesús como el Nazareno. Después de su nacimiento en Belén y la purificación de la Madre y la dedicación del Niño en el templo de Jerusalén —donde los sabios fueron presentados a la Madre y autorizados a ver al niño—, la Sagrada Familia se supone que volvió a Nazaret. Desde aquí habían huido a Egipto como resultado del edicto de Herodes (n.º 5749-7).

Las razones dadas por Cayce para que el viaje de la Sagrada Familia a Cafarnaún fuera parcialmente político, son como resultado de la división romana del área administrativa después de la muerte de Herodes el Grande. Pero, quizá más importante, Cafarnaún era evidentemente el lugar más apropiado para las primeras instrucciones de Jesús bajo los auspicios de la comunidad esenia. Sus instrucciones allí se suponen haber sido supervisadas por una mujer llamada Judy. Judy aparece, con considerable importancia en las lecturas de Cayce, como una líder altamente respetada de un grupo de los esenios, cuyas actividades se suponen haber estado enfocadas en el Monte Carmelo y en el templo esenio que se encontraba allí. También se establece que Cafarnaún era el lugar «donde moraban muchos de aquellos que fueron luego los compañeros más cercanos del Maestro» (n.º 5749-7; comparar Marcos 1:29). Esta ciudad era el hogar de Pedro y Andrés, así como de otros de los discípulos de Jesús.

Las lecturas indican que había diferencias o divisiones de pensamiento entre los esenios en cuanto a si la providencia de Dios permite la libertad humana dentro del orden divino o la impide. «Uno mantenía que ello puede pasar, otro que Dios lo hace pasar» (n.º 2072-15; comparar n.º 1472-3; n.º 2072-15). La visión del mundo de las lecturas de Cayce, sin embargo, es de conformidad con aquella de ver a los seres humanos poseyendo libertad de voluntad para hacer elecciones reales, una cierta deriva dentro de un

orden divino estructurado (n.º 3976-29; n.º 262-86, A-1; n.º 5749-14, A-10). El intento divino o esperanza, sin embargo, en consideración de la libertad humana es «que cada hombre viva para los que le rodean» (n.º 3976-29). El otro aspecto de este propósito y plan divino es que cada persona sea «una que utilice ese alma viviente como compañera de Dios. Es decir, del propósito divino. Este debiera ser el propósito del hombre» (n.º 3976-29; comparar Marcos 23:29-31).

LOS AÑOS DE EDUCACION Y PREPARACION

Las lecturas de Cayce manifiestan que Jesús vivió con sus padres hasta que tuvo doce años, y después durante ciertos períodos de tiempo. Casi todo el tiempo después de la vuelta de Egipto, el principal lugar de residencia de la familia fue Cafarnaún. Después de los doce años, sin embargo, [evidentemente después de la experiencia de «discutir o conversar» con los rabinos o maestros en el templo de Jerusalén (n.º 2067-6; comparar Lucas 2:41-52)], Jesús se supone haber empezado estudios en la casa de Judy, que vivía normalmente con su marido y su madre en el área del Monte Carmelo (n.º 2067-11). Estos estudios fueron, evidentemente, seguidos primero en casa de Judy, y después, debido a su estímulo, en otras tierras, desde «los doce a los quince o dieciséis años» (n.º 2067-11).

Las lecturas nos dan una buena cantidad de información acerca de Judy, que fue claramente una persona notable —maestra, sanadora, profeta—. Se dice que fue «la primera mujer elegida como jefe del grupo esenio» (n.º 3175-3). «Este fue el comienzo de un período en el que la mujer era considerada igual al hombre en sus actividades, para formular, para vivir, para ser cauce» (n.º 254-109). «En aquellos tiempos, justo después de la crucifixión, Judy no solamente dio consuelo a los doce, a las santas mujeres —y entendiendo como se redimía una mujer desde un lugar de oscuridad a su sitio en las actividades de la raza, del mundo, o del imperio—, incluso del mismo hogar» (n.º 1472-3).

Este es un pasaje de lo más significativo. Afirma que Judy, como mujer, no sólo instruyó a los doce apóstoles —quienes, sugiere el lenguaje, quizá con referencia al papel de la mujer en los nuevos movimientos cristianos, necesitaba tal instrucción—, sino que fue la persona que ocupó la ya relativamente alta posición de la mujer en la tradición esenia y le dio un nuevo marco teológico y una extensión como resultado de los cósmicamente significativos sucesos de la crucifixión, resurrección y ascensión de Jesús el Cristo. Este desarrollo estaba, desde luego, en relación con las enseñanzas y prácticas del mismo Jesús tal como se mencionan en los evangelios del Nuevo Testamento.

La propia educación de Judy estaba de acuerdo con la práctica esenia e incluía estudios de «las tradiciones de muchas tierras persas y de las fronteras de alrededor» (n.º 1472-3). Continuó estos estudios como adulta, donde una parte de su servicio a la comunidad esenia consistía en hacer y mantener los archivos. En el curso de su trabajo «entró en contacto con los medas, los persas, la influencia india de autoridad», y fue como consecuencia de sopesar las tradiciones de estas tierras con las suyas propias como llegó a tener «aquel nuevo entendimiento» (n.º 1472-3).

La antigua tradición de los griegos de viajar al extranjero —desde Pitágoras y Solón a Herodoto y Estrabón—, así como los recientes hallazgos arqueológicos en el sur de la India de grandes cantidades de monedas romanas del período del primer Imperio, dejan claro que los cruces culturales y comunicaciones de este tipo fueron muy posibles. De acuerdo con el libro de J. Edgar Brun, *El budismo cristiano de San Juan*, hubo emisarios budistas (¿misioneros?) en el Mediterráneo oriental al final del período helenístico.

El contenido primario de las enseñanzas de Judy a Jesús, de acuerdo con las lecturas de Cayce, era todo el campo de literatura profética contenida tanto en las Escrituras hebreas corrientes como en la tradición esenia, con un enfoque especial en las profecías de la vida y trabajo del Mesías (n.º 2067-11). Y Judy fue la responsable primaria de enviar a Jesús al extranjero para completar sus estudios y aprendizaje.

Estos estudios no eran meramente académicos en el moderno sentido de la palabra —aunque no les faltaba esta dimensión—, sino que incluían aprendizaje espiritual del tipo más directo y personal. Judy fue evidentemente una directora espiritual, de alguna ma-

nera, parecida a aquellos posteriores de las Iglesias católica romana y ortodoxa oriental. Ella misma se dice que tuvo una variedad de experiencias religiosas, incluyendo la comunicación con ángeles. Sin embargo, las lecturas afirman con especial énfasis que en su vida diaria se manifestaba a sí misma de una manera totalmente normal, con necesidades físicas y realidades que incluían «las facultades y deseos por asociaciones materiales —como se observa por la falta de celibato» (n.º 2067-11).

Al contrario de la idea mantenida por mucho tiempo, algunas veces convergiendo en lo romántico, de que Jesús, como hijo legal de un pobre, y presumiblemente no muy bien educado carpintero, tuvo pocas oportunidades para una educación formal —se nos dice que Jesús estudió en el extranjero, «primero en India, después en Persia, luego en Egipto», desde los trece a los dieciséis años (n.º 5749-2). (Hay una aparente discrepancia en los diferentes informes de Cayce sobre el orden en que visitó estos países. En un caso se dice, como en nuestro texto, que estudió «primero en India» (n.º 5749-2), y en otro que «fue a Persia y después a India» (n.º 2067-11). Quizá, la última afirmación es meramente descriptiva de la ruta, pero todos los informes están de acuerdo en que Jesús retorno con sus padres desde el este y después continuó a Egipto). Una lectura establece específicamente que «no es, como se considera a menudo, que a la familia del maestro le faltaban oportunidades materiales. Porque desde muchas fuentes habían venido las oportunidades para que aquellos en la casa del Maestro tuvieran el mayor aprendizaje» (n.º 1179-7). No cabe duda de que los más amplios recursos de la comunidad esenia estaban disponibles para este propósito. Se dice de la hermana de Jesús, Ruth —así se la llama en las lecturas de Cayce—, que «se educó no sólo en lo mejor de la tierra de Israel, sino en otras tierras» (n.º 1179-7). La misma educación de Jesús en el contexto de Palestina, sin embargo, como mas tarde Ruth, fue claramente de acuerdo con el estilo esenio, no como la de los Fariseos y Saduceos.

La duración de los estudios de Jesús en India se cifra en tres años; el período en Persia, incluyendo el viaje, un año. El contenido de las enseñanzas que recibió en India fue, evidentemente, en el marco de las enseñanzas religiosas de las gentes no hebreas, tal como habían sido coleccionados e integrados en las escuelas esenias, un proceso en el que había participado la misma Judy; pero las

enseñanzas no habían sido «la verdadera doctrina esenia tal como se practicaba por las asociaciones de judíos y semijudíos en el Carmelo» (n.º 2067-7).

El contenido de las enseñanzas indias tenía más que ver particularmente «con aquellas limpiezas del cuerpo encaminadas a la adquisición de fortaleza tanto en el hombre físico como en el mental» (n.º 5749-2), un régimen evidentemente más disciplinario que religioso en contenido. La intención, leemos, era «que debía completarse el más perfecto conocimiento de las cosas materiales en sus actividades para que se convirtieran en el Camino y en la Verdad» (n.º 1472-3). Una de las mayores preocupaciones de Judy era, sin embargo, que Jesús, en sus estudios en el extranjero, estudiara lo que hoy se llamaría astrología» (n.º 2067-11). Se dice que Jesús en sus viajes educacionales siempre se registró con el nombre de Jesús (¿Yeshua?) (n.º 2067-7).

La naturaleza de la educación de Jesús fuera de Palestina

En Persia, se dice que los estudios y prácticas de Jesús estaban enfocados en «la unisonancia de fuerzas», físicas, mentales y espirituales, de acuerdo con las enseñanzas tradicionales en aquella tierra. De aquí la preocupación por las dimensiones astrológicas del aprendizaje, no en su aspecto supersticioso y fatalista, sino en sus principios primarios de interrelación de todos los fenómenos. Las varias lecturas de Cayce que se refieren a las experiencias educacionales de Jesús, «los viajes del Maestro durante los períodos de preparación» (n.º 5749-7), parecen sugerir un tipo de enseñanza sorprendentemente amplia e inclusive más que una estrecha y sectaria. Sin embargo, estaban dirigidas a la culminación de una profunda experiencia que las lecturas de Cayce llaman iniciación, un suceso que fue experimentado en Egipto.

La preparación de Jesús en el extranjero fue interrumpida por la muerte de José, y volvió a Palestina antes de continuar para Egipto. La cercanía a la familia, de la cuidadora esenia Josie, se revela por la indicación de que ella estaba presente en el lecho de muerte y «cerró los ojos y se puso a descansar» (n.º 1010-12). Fue a Persia, de donde llamaron a Jesús para que volviera a casa a la muerte de José, «y después continuó hacia Egipto para completar su prepara-

ción como maestro» (n.º 5749-7). Fue en este punto cuando las experiencias educacionales de Jesús convergieron de una manera especial con las de su primo Juan, quien se convirtió en el Bautista. «El estuvo con Juan, el mensajero, durante la parte de aprendizaje allí en Egipto» (n.º 5749-7). Leemos que «primero fue Juan a Egipto —donde Jesús se le unió y donde ambos se hicieron iniciados, en la pirámide o en el templo» (n.º 2067-11).

Las lecturas de Cayce afirman que, «tal como se indica a través de este canal, la unificación de las enseñanzas de tantas tierras se llevó a cabo en Egipto, porque era el centro desde el cual se iba a producir la actividad radial o influencia en la tierra» (n.º 2067-7). Ya hemos tomado nota de los viajes al extranjero de los griegos desde un período anterior. Muchos de éstos fueron a Egipto, como el político y legislador Solón en el comienzo del siglo VI a. de Cristo, el filósofo Pitágoras al final de este siglo, y Platón al comienzo del IV. La influencia de la civilización egipcia como un factor importante en la formación de la Grecia clásica, como en la historia de los hebreos, no ha sido generalmente suficientemente reconocida. Podemos recordar provechosamente las palabras del primer mártir cristiano, Esteban, de que «Moisés fue instruido en toda la sabiduría de los egipcios» (*Hech. 7:22*).

Se dice que la iniciación de Jesús en Egipto comprendía un pasaje literal a través de la cámara de la pirámide —evidentemente la Gran Pirámide de la explanada de Gizeh (n.º 5748-5; n.º 5749-2)—, símbolo de la tumba del alma. Esta iniciación era una manifestación externa de lo que pasaba internamente, «la crucifixión de sí mismo en relación a los ideales que servían para llevar adelante aquello que tenía que ser hecho» (n.º 5749-2, comparar Mateo 4:1-11, 10:38-39, 16:25-26). Este vaciarse de uno mismo (comparar *Filisteos 2:1-11*) representaba la completa y total dedicación del ser, al Padre y a su voluntad (comparar Mateo 26:39-44). Era un compromiso que, de acuerdo con las lecturas de Cayce, era de la esencia de la relación con el Padre y formó las bases de su vida entera y de su ministerio público. Este compromiso fue, en un sentido profundo, formalizado y comprendido en esta experiencia de iniciación. El suceso, por tanto, no era uno aislado, separado tanto del aprendizaje previo de Jesús, de los que de hecho era la culminación, como de su subsecuente vida de obediencia y servicio, de la que era la «iniciación».

Las lecturas indican también que el bautismo de Jesús por Juan en el Jordán fue un tipo de realización en forma ritual de «su paso a través de la iniciación» (n.º 2067-7, comparar Marcos 1:1-11). De acuerdo con las lecturas de Cayce, todo el proceso de la educación de Jesús y de su disciplina espiritual era necesaria no sólo para el perfeccionamiento de él mismo para servir los propósitos del Padre en el nombre de otros (comparar Marcos 10-45), sino también para el cumplimiento de sus propias necesidades personales. Fue, en una palabra, la recapitulación en reverso (hacia arriba más que hacia abajo) de su experiencia como Adán (n.º 2067-7; Comparar 1 Cor. 15:21-22). La edad de Jesús en aquel tiempo era evidentemente dieciséis años.

Las lecturas de Cayce continúan diciendo que este tipo de iniciación, similar en clase si no en forma, es «una parte del pasaje a través del cual cada alma debe alcanzar su desarrollo... Cada entidad, cada alma, como un iniciado» (n.º 2067-7), debe pasar a través del mismo tipo de experiencia tumba en orden a obtener su propia liberación y final consecución de su meta de ser un compañero y co-creador de su Hacedor. Las enseñanzas enfatizan, sin embargo, que había un solo aspecto redentivo en la experiencia de la iniciación de Jesús. Es decir, su iniciación constituía también una perfiguración de sus tres últimos días y tres noches en la tumba (comparar Marcos 15:46). Establecen también que sólo Jesús fue capaz de romper el poder de la tumba, o muerte. La tumba vacía «nunca ha sido llenada» desde entonces (n.º 2067-7).

Un buen número de las lecturas de Cayce se refieren a Jesús como al Gran Iniciado, que tomó «aquellos últimos grados de Hermandad con Juan, su precursor, en aquel sitio» (n.º 5748-5), es decir, en la Gran Pirámide de Gizeh. El fue «el Gran Iniciado, el Santo, el Hijo del Hombre, el Unigénito del Padre» (5749-2). Las lecturas, en efecto, reconocen una cierta continuidad entre los llamados Misterios Religiosos de la antigüedad precristiana en su parte mejor, y la vida y experiencia de Jesús el Cristo, en cuanto él participó personalmente en los ritos tradicionales, al mismo tiempo que los realizó hasta el final, de manera que a partir de entonces, con una apariencia transformada, pudieran llevar un significado más profundo y tener efectos mas grandes —y no para unos pocos, sino para todo el género humano.

Estas referencias a grados de iniciación y hermandad puede que sea desagradable a algunos lectores, dados los largos siglos de tensiones

entre algunas iglesias cristianas y varias órdenes religiosas no eclesiásticas, tales como los masones y los rosacruces. No quisiera pronunciarme en favor de una u otra, sino simplemente apuntar que los informes de Cayce nos dan un entendimiento similar al del conocido filósofo austriaco, educador y clarividente místico Rudolf Steiner (1861-1925). En su libro *Bases del Evangelio de San Marcos*, nos dice que había:

En Jesús de Nazaret, en quien el Cristo estaba presente, algo que había sido testificado una vez y otra vez en los misterios, pero nunca como una realidad histórica, sin embargo, era una repetición de los rituales de los templos. La vida de Jesucristo podía, por tanto, haber sido descrita especificando los estados que había pasado en otras circunstancias durante el proceso de iniciación.

María y José no comenzaron una relación conyugal normal hasta que Jesús abandonó el hogar para empezar sus experiencias educacionales bajo la guía y protección de otros. De acuerdo con las lecturas, sus diez largos años de abstinencia no fueron por ningún requerimiento externo; «fue una decisión de ellos dos debido a sus propios sentimientos» (n.º 5749-8).

Pero cuando empezaron unas relaciones normales, los niños «vinieron en sucesión: Jaime, la hija Ruth, Judí» (n.º 5749-8).

Las lecturas de Cayce continúan describiendo algunos de los sentimientos de los niños, especialmente de la hija Ruth, que nació en Cafarnaún (y evidentemente creció allí; ver el n.º 1179-7), y de lo que significaba haber nacido y crecido en tal familia. Las inusuales circunstancias, tanto como la naturaleza del nacimiento de Jesús, eran evidentemente bien conocidas, por lo menos entre aquellos de afiliación esenia, tal como se indica en este extracto:

Había miedo en las mentes de las gentes acerca de lo que había ocurrido en el nacimiento del primer hijo de la madre, o de María.

Por todo ello, la entidad, es decir Ruth, estaba temerosa de las sugerencias, de las insinuaciones que rodeaban a aquella experiencia, y preguntó a su madre acerca de ello.

Mientras, la entidad se convirtió en una doncella, y, después del nacimiento de Judí, la muerte de José trajo a aquel hermano de vuelta a casa —Jesús—. Se produjeron entonces aquellas actividades concernientes a lo desconocido en relación con ese extraño pariente, al que las gentes tenían miedo, y, a pesar de ello, dijeron muchas cosas desagradables sobre ella (1158-4).

Las lecturas de Cayce también registran algunas de las dudas y preguntas de Ruth concernientes a su hermano Jesús. Se dice que preguntaba a María a menudo: «¿Cómo *puede* ocurrir tal cosa? ¿Cómo es *posible* que El, sin padre, haya venido al mundo?» (n.º 1158-9). En el tiempo de la muerte de su padre José, cuando Jesús vino a verla por primera vez «como un extraño», Ruth preguntó, esta vez más hacia sí misma, ¿«Si El cura, por qué dejó que muriera nuestro padre? ¿Si El es tal como muchos proclaman, *por qué* ha estado tanto tiempo fuera? ¿*Por qué* El continúa yendo aquí y allá? ¿Por qué las autoridades parecen estar contra El»? (n.º 1158-9).

Las referencias a Jaime en las lecturas de Cayce, el hermano pequeño de Jesús y el hermano mayor de Ruth, son relativamente escasas y de poco contenido. El es, sin embargo, identificado como uno de aquellos que se «pusieron a la cabeza de lo que se llamaba la iglesia» (n.º 1158-5; comparar *Hech.* 15:12-21; *Gal.* 1:19, 2:9, 12). También se hacen pocas referencias a Jude, el hermano más pequeño de la familia, excepto que tuvo fe en «el Maestro de los Maestros de la entidad» por primera vez alrededor de un año o año y medio después de la muerte de Jesús (n.º 137-64). Entonces tenía solamente diecinueve años. Las lecturas también afirman que el pequeño libro del Nuevo Testamento atribuido a Jude fue, de hecho, compuesto por él, evidentemente cuando «estuvo en confinamiento en aquel lugar que ahora se llama Achaia (Grecia)» (n.º 137-121).

PARTE II
EL MINISTERIO PUBLICO

6

LOS COMIENZOS

El ministerio público de Jesús comenzó en cierto sentido con los sucesos que precedieron inmediatamente su aparición pública, es decir, con su bautismo en el río Jordán de las manos de su primo Juan, y la subsiguiente experiencia de las tentaciones en el desierto. (comparar Marcos 1:1-13; Mateo 3:1-4:11). El hecho de que Jesús viniera a ser bautizado por él, parece indicar su elección de Juan como el más auténtico eslabón con el pasado profético de Israel. Y Jesús, evidentemente, creyó que la sumisión a la forma bautismal del arrepentimiento, enseñada y ofrecida por Juan, era la manera más apropiada de comenzar su propia misión profética.

Las lecturas de Edgar Cayce, sin embargo, encarecen nuestro entendimiento de estos eventos. Tienen que decir mucho acerca de Juan, como el «pariente que había estado hablando y manteniendo en el miedo a su madre por haber sido elegida como portadora por los sumos sacerdotes de los judíos, y él, Juan, ser descendiente directo de los sumos sacerdotes de los judíos» (n.º 1158-4; comparar Lucas 1:5). Este último pasaje se refiere al linaje sacerdotal del padre de Juan, Zacarías.

A Juan se le describe como «uno que había renunciado a su posición como sacerdote que podía servir en el templo, para convertirse en un fuera de casta y maestro en el desierto» (n.º 1158-4). Ahora las lecturas identifican al padre de Juan con el «Zacarías, el hijo de

Barachiah», brevemente mencionado en el Evangelio de Mateo por el mismo Jesús al haber sido injustificadamente «asesinado entre el santuario y el altar» (Mateo 23:35). (En el Antiguo Testamento, Zacarías, el hijo de Barachiah, es el profeta de ese nombre que empezó su carrera profética en el 520 a. de C., el segundo año de reinado del rey persa Darío (Zacarías 1:1). El profeta Zacarías, al que se describe como habiendo sido apedreado hasta la muerte en el templo por orden del rey de Judá, Joás, es citado como el hijo de Jehodía (2 Cró. 24:21); su muerte ocurrió, quizá, poco después del 805 a. de C. En Mateo, sin embargo, la referencia se parece más a otra persona que a ninguno de estos dos). Las lecturas también afirman que la razón para su asesinato fue la proclamación pública de su experiencia religiosa y su compromiso subsiguiente a la causa esenia (comparar Lucas 1:8-23, 57-80).

Así aparecería, por lo menos en parte, el resultado de unos profundos sentimientos personales el que Juan renunciara a su esperado papel de sacerdote, por su propio padre, quien, como leemos en Lucas, fue un sacerdote de la «división de Abijah», y, por tanto, de la línea aarónica, quien había sido tan mal tratado por la organización religiosa. El que Jesús iniciara su ministerio público con el bautismo a manos de Juan, es indicativo también, simbólicamente, de la dirección de sus preferencias en el espectro religioso de Israel de aquel tiempo. Esta acción debe haber sido vista por la organización religiosa —las familias de los sumos sacerdotes, los saduceos, los fariseos— como indicando que la principal dirección del ministerio de Jesús podía ser, desde su punto de vista, sectaria e incluso heterodoxa.

Lo mencionado anteriormente, no obstante, no quiere decir que las lecturas de Cayce afirmen que las enseñanzas de Jesús o su estilo de vida estuvieran de conformidad total con las de Juan. Juan enseñaba y practicaba un sistema radical de abstinencia física en el nombre de la purificación del cuerpo. En contraste, Jesús permitía la libertad «en algunas cosas que para algunos parecerían cuestionables», sin embargo, de tal manera que mantuvieran «el cuerpo para aquellos solos propósitos que El había llamado hermosos en sus relaciones» (n.º 609-1; comparar Marcos 1:6, 2:18-22; Mateo 11:18-19). Como ya hemos mencionado, las lecturas establecen que «Juan era más de los esenios que Jesús. Porque Jesús se acercaba más al espíritu de la ley, y Juan a la letra de la misma» (n.º 2067-11).

Las lecturas de Edgar Cayce, como las percepciones de Rudolf Steiner, entienden la experiencia del bautismo de Jesús como de importancia crítica en su ministerio público en el más profundo sentido espiritual. Leemos que Jesús, en este tiempo, «recibió aquellos reconocimientos del Padre de que era alguien que podría, y se convertiría, mediante aquellas actividades, en el Salvador del hombre» (n.º 262-29, A-3; comparar Marcos 1:9-10). Es decir, Jesús se hizo consciente entonces, de una manera muy notable, de que Dios, el Padre, le había hecho instrumento primario para la salvación (reconciliación, restauración, completa transformación) de toda la humanidad. El oír las palabras «en quien tengo mi complacencia» en el momento del bautismo, y «éste es mi Hijo, escuchadle», más tarde con ocasión de su transfiguración, se convirtió para Jesús, de acuerdo con las lecturas, en señal del desarrollo de su consciencia tanto de la misión como de su relación con el Padre (n.º 262-29, A-3; comparar Marcos 1:11; 9:7).

Las lecturas establecen que el bautismo de Jesús fue también el cumplimiento y terminación de su iniciación (n.º 2067-7). Desde allí se marchó al desierto a realizar lo que las lecturas llaman «la comprobación en el desierto» (n.º 1158-4). El propósito, sin embargo, de esta posterior actividad, también se describe como haber sido «encontrar aquello que había constituido su aflicción en el comienzo» (n.º 2067-7). Esto es, señalamos de nuevo, referencia de la necesidad de Jesús de recapitular o resumir, como segundo y victorioso Adán, la anterior experiencia de ser tentado y haber caído como primer Adán (comparar 1 *Cor.* 15:20-22).

Las lecturas hablan después de la vuelta de Jesús de estas experiencias a la ciudad de Cafarnaún en Galilea (n.º 1158-4; comparar Lucas 4:14-15; Marcos 1:21). El capítulo cuarto de Lucas dice que volvió del desierto de Judea a Galilea, donde enseñó «en sus sinagogas». Jesús es descrito después por Lucas, como yendo a Nazaret, «donde había sido educado». El contenido de su sermón en la sinagoga de Nazaret es dado, junto con la airada respuesta de muchos de sus oyentes (Lucas 4:16-30). Lucas escribe después de Jesús yendo (¿de nuevo?) a Cafarnaún, donde curó y predicó en sábado, y donde sanó a la madre política de Pedro en su casa (Lucas 4:31-41). En Marcos 1:21, la primer sentencia donde se cita a Jesús predicando en una sinagoga es en Cafarnaún.

El primer sermón de Jesús, de acuerdo con las lecturas, en una sinagoga de Cafarnaún, es descrito como refiriéndose «a las profecías de Isaías, Jeremías, a las enseñanzas de los profetas menores, y cómo se aplicaban a las experiencias de ese día» (n.º 1158-4). Esta declaración nos ayuda a entender el fuerte y consistente énfasis de las lecturas de Cayce en la aplicación de la verdad a la vida diaria por ser un aspecto central de las enseñanzas y prácticas de Jesús. El resultado de su primer sermón después de la vuelta del desierto se menciona como «un tumulto que se levantó debido a las palabras de aquel nuevo maestro» (n.º 1158-4).

LOS PRIMEROS MILAGROS

Las lecturas de Cayce afirman que mientras que «el primer milagro de curación hacia el exterior» (n.º 3175-1; comparar Marcos 1:29-31) fue el de la madre política de Pedro, el primer milagro registrado fue el de la conversión de agua en vino en Caná de Galilea, que se supone estar a una «noche de Cafarnaún» (n.º 5749-16; comparar Juan 2:1-12). Esta es una de las muchas sentencias de las lecturas de Cayce en la que prefiere el orden de acontecimientos del ministerio público de Jesús tal como se da en el Evangelio de Juan. El milagro de Caná —las lecturas no dudan en denominar cualquiera de estos sucesos o las curaciones físicas con el término «milagros»— se supone haber ocurrido «poco después de la vuelta del Maestro del Jordán, de su estancia cerca del mar, su conversación con Pedro —después de que Andrés hubiera contado a éste los sucesos en el Jordán; y tener lugar la boda en Caná de Galilea» (n.º 5749-15; comparar Juan 1:35-42).

Las lecturas incluyen sugestivamente este suceso en el contexto de varias preguntas hechas a Jesús por su madre, «con su hijo volviendo a casa como un hombre que empieza su misión» (n.º 5749-15). María había continuado reflexionando sobre los sucesos que rodearon el nacimiento de Jesús —la anunciación del ángel Gabriel, las extrañas experiencias sucedidas en su visita a Isabel (comparar Lucas 1:26-56)— y los poco frecuentes acontecimientos posteriores

en Egipto y en la vuelta a Palestina (comparar Mateo 2:13-23). «Este se puede llamar un primer período de pruebas. Porque, ¿es que no hacía solamente diez días que había expulsado a Satán y recibido el sacerdocio de los ángeles?» (n.º 5749-15).

Evidentemente, María ya había oído de estos asuntos a través de otras personas, y su primer encuentro con su hijo después de la experiencia de las tentaciones fue en ese día de la fiesta de boda en Caná. El propósito primario de Jesús al venir a Caná era, evidentemente, hablar con su madre, que tenía esta «pregunta natural de la madre amorosa sobre los propósitos; este hijo —extraño en muchas maneras— había elegido vivir en el desierto durante cuarenta días para después volver con la gente sencilla, los pescadores» (n.º 5749-15; comparar Lucas 5:1-11), para cumplir su vocación de una forma que todavía la confundían.

Otra lectura, describe el milagro de Caná en un lenguaje poético, «cuando el agua vio a su maestro, se ruborizó, y se convirtió en vino, incluso mediante la actividad. Recuerden, mientras se vertía se iba convirtiendo en vino» (n.º 3361-1). Aquí también, como tan a menudo en las lecturas de Cayce, se hacen elocuentes afirmaciones de la manera en que Jesús enseña de ese modo para que sirva de modelo para nuestra vida diaria. El mayor significado del suceso de Caná, no obstante, se sugiere por la afirmación en una lectura posterior que se refiere a «la bendición de tener al Maestro presente en la boda». Esta lectura continúa hablando del significado divino del matrimonio humano, que se describe como involucrando propiamente «la unión de corazones, mentes y cuerpos...» La lectura concluye diciendo, dirigiéndose directamente a la persona para quien se daba, «sabe que, en el corazón de los corazones, cuando los cuerpos y la mentes se unen, no sucede sin ningún propósito, sino al contrario, lleno de él, la gloria de Dios se puede hacer manifiesta» (n.º 2946-3).

Encuentros con personas

El siguiente suceso en el ministerio público de Jesús al que se da alguna prominencia en las lecturas de Cayce es la curación de la fiebre de la madre de la mujer de Pedro (comparar Marcos 1:29-31). Este suceso es señalado como «uno de los pocos casos en que realizó curacio-

nes entre su propia gente, entre sus familiares» (n.º 5749-16). Estas palabras parecen referirse a la realización de curaciones de una manera muy limitada dentro de su extensa familia.

Quizá deba mencionarse en este punto lo que las lecturas dicen acerca de Marta, citada como la hermana más pequeña de la madre política de Pedro. Esta Marta, que no se debe confundir como la Marta hermana de María y Lázaro (comparar Lucas 10:38-41; Juan 11:1-44), se casó con Nicodemo, el distinguido fariseo y miembro del consejo de los judíos llamado el Sanedrín. El es descrito en un famoso pasaje del Evangelio de Juan como viniendo a Jesús secretamente por las noches para recibir las enseñanzas, tanto para él como para todo el género humano (Juan 3:1-21). «Aunque Marta era una esenia, Nicodemo nunca aceptó completamente la doctrina o enseñanza del grupo esenio. Estos eran una parte de los principios y dedicación de Marta» (n.º 3175-3).

Este, por tanto, era el contexto particular de las actividades y desarrollos dentro de los cuales «Nicodemo iba al Maestro por la noche, y así nacieron aquellas discusiones en el hogar; Nicodemo y Marta, iniciaron allí la comunión como hombre y esposa y no como hombre y su sierva. Estaban más sobre la base de la igualdad» (n.º 3175-3). Aquí, como en cualquier otro lugar de las lecturas de Cayce, encontramos información indicando específicamente cómo Jesús y sus enseñanzas trabajaron para elevar el estatus de la mujer y efectuar la purificación y ennoblecimiento de las relaciones dentro de la familia.

De esta Marta se dice haber sido «particularmente distinguida incluso por el maestro» (n.º 3175-3). Ella fue uno de los líderes entre los primeros discípulos, y estuvo presente en la crucifixión de Jesús como «una de aquellas al lado derecho de María, la madre de Jesús» (comparar Marcos 15:40-41). En la fiesta de Pentecostés, cuando el Espíritu Santo se hizo manifiesto, ella estaba «entre aquellos que oyeron, siendo todos de varios lugares, anunciar que habían oído a Pedro en su propia lengua» (comparar *Hech.* 2:1-42). Marta, «se encontraba más tarde entre aquellos que atendieron a Esteban y a Felipe, así como a otros de diferentes tierras» (comparar *Hech.* 6-8).

Ella se convirtió en consejera y maestra, así como en auxiliadora de los ministros y miembros más jóvenes del comienzo de la iglesia. Su «casa se convirtió más y más en un lugar de refugio y ayuda para

todos los jóvenes de la iglesia», y aparentemente sus dos hijos y una hija se hicieron ministros en la iglesia de Antioquía en Siria. Esta hija, leemos, fue casada más tarde con Silas, uno de los compañeros misioneros del apóstol Pablo. La misma Marta «llegó a ser una persona bastante mayor, algo así como de setenta y nueve años de experiencia, y nunca estuvo entre aquellos golpeados o encarcelados» (n.º 3175-3), aunque sufrió la persecución de otras maneras.

Encontramos varias referencias en las lecturas de Cayce del encuentro de Jesús con la mujer samaritana junto al pozo de Jacob, tal como se describe en el famoso pasaje del Evangelio de Juan (4:1-42). Incidentalmente, aprendemos de una lectura que había también samaritanos que eran «de la tierra de los galileos» (n.º 5328-1). Es decir, como uno normalmente esperaría de la relativa movilidad de la sociedad en aquel tiempo y lugar, aquellos de fe samaritana no estaban confinados a los límites geográficos de Samaria. Las lecturas enfatizan lo individual, y después las importantes consecuencias del encuentro del Maestro con esta mujer, contrastando la calidad de su vida antes y después del encuentro.

Tal como la entidad había dirigido su influencia sobre lo que trajo a aquellos individuos de emociones e ideas distorsionadas en las mentes durante aquel período, así, con el despertar del agua de la vida fluyendo de nuevo en los corazones y almas de aquellos que le hacían su ideal, la entidad trajo a las mentes, corazones y almas de los primeros de su propia parentela, después de las multitudes, más tarde de las grandes masas, aquello de la belleza de la vida en él, de la gloria del Padre en él, como puede estar manifiesta en las vidas de los individuos que lo tienen por ideal, ya sea que pertenezcan a las cosas seculares de la vida o de otra manera —porque la costra del pan por él glorificada alimenta en el cuerpo físico aquellas cosas que traen gloria a los corazones y mentes de los individuos, mientras la suntuosa mesa de los que se extravían lejos tiene que traer el oscurecimiento del ojo, la solemnidad del sentimiento, la necesidad y el deseo en los corazones de aquellos que siguen tal... (n.º 451-2).

Algunos lectores puede que recuerden en este contexto la más que larga controversia (especialmente entre los protestantes cristianos de Norteamérica y de cualquier otro lugar) de si el significado primario de la persona y trabajo de Jesús consiste en ser Salvador o ser ideal. En este asunto, las lecturas de Cayce mantienen consis-

tentamente una posición de «ambos y». Es decir, Jesús es tanto ideal como salvador, tanto el ejemplo para todos como el redentor.

También leemos que, tiempo después, miembros de la familia inmediata de esta mujer samaritana «se hicieron mensajeros y conocedores de aquello que se enseñaba» (n.º 451-2). Se dice de su hermana que el reflejo añadido, «con la fe que se implantaba en este encuentro trajo paz, gozo, entendimiento y la capacidad de sufrir, incluso en silencio, ya fuera física, mentalmente o en las cosas materiales de la vida» (n.º 428-4). Esta hermana se dice que dio mucho a los demás en ese período, «trayendo paz a su propia familia, calma a aquellos perturbados en cuerpo y mente» (n.º 428-2).

Las lecturas de Cayce nos hablan de otra persona que «vino en contacto cercano con el Maestro cuando éste habló a la mujer en el pozo y a muchos de aquellos de la ciudad que vinieron para verle» (n.º 1552-1). Esta persona, «aunque entonces joven en años... fue conquistada por la amabilidad y gentileza de los discípulos, especialmente por el Maestro (n.º 1552-1). Aprendemos en el mismo contexto que, «mientras sus enseñanzas habían avanzado» (n.º 1552-1), los samaritanos que les aceptaron vinieron a participar más y más en los grandes festivales en Jerusalén, afectando evidentemente de una manera considerable la reconciliación entre judíos y samaritanos durante el tiempo de vida de Jesús.

Una afirmación todavía más fuerte de los mayores efectos del encuentro de Jesús con la mujer samaritana aparece en otra lectura, donde se hacen referencias a «aquella ciudad que más tarde cambiaría una gran parte de su actividad debido a la visita del Maestro a la mujer en el pozo» (n.º 1592-1). Esta fue la visita «del hombre de Galilea, del hombre que anduvo entre sus compañeros de viaje para que otros pudieran conocer el camino para un más perfecto entendimiento» (n.º 379-3), de «aquel que también vino al mundo como el cordero» (n.º 933-1). Este es aquel que también dijo: «No de mí mismo... sino del Padre que trabaja dentro y a través de mí, yo os traigo salud, os traigo esperanza, os traigo el agua de vida» (n.º 1152-4; comparar Juan 4:10-14; 5:19; 14:10). Las lecturas de Cayce suman la calidad de la vida diaria de Jesús con la sentencia «el amor en su esencia se manifiesta en cada palabra, en cada acto, en cada pensamiento y en cada experiencia del cuerpo» (n.º 262-25).

Entre los reportajes de las actividades del comienzo del ministerio público de Jesús encontramos varias referencias, fragmentadas en su mayor parte, de los primeros discípulos. Algunas veces encontramos historias de los seguidores del Maestro, como cuando «el sosegado Andrés» es contrastado con «el bullicioso Pedro» (n.º 4016-1). Un miembro de los setenta, enviado por Jesús en un viaje misionero dentro de Israel, encontró que discutía con Pedro y razonaba con Andrés» (n.º 4016-1).

Apariencia física de Jesús

La apariencia física de Jesús se describe brevemente en al menos dos de las lecturas de Cayce, una importante contribución, ya que ni el Nuevo Testamento ni ninguna otra literatura del comienzo del cristianismo nos da una pista de esta naturaleza. Una lectura habla del perfil de Jesús como no siendo distintivamente ni ario ni semita. Su apariencia, aprendemos, era de «tez clara, limpia, rojiza, pelo casi como el de David, marrón dorado, amarillo-rojizo, pero unos ojos azules (se describe en la lectura n.º 5749-1 como siendo «azul o gris-acero») que eran penetrantes; y la barba, sin cortar, pero mantenida en las proporciones de la cara, y la cabeza era casi perfecta» (n.º 5354-1). En una lectura requerida por un miembro en la Cena del Señor (que consideraremos más adelante más detalladamente), Cayce dio la siguiente descripción de la apariencia física de Jesús: «El pelo del Maestro es mayoritariamente rojo, tendiendo a ser rizado por porciones; sin embargo, sin aparecer femenino ni débil: fuerte, con ojos pesados y penetrantes de color azul o gris-acero. Su peso sería por lo menos setenta y siete kilogramos, dedos cónicos y largos, uñas cuidadas. La uña del dedo pequeño izquierdo era larga» (n.º 5749-1).

Algunos lectores puede que reflexionen leyendo esta descripción pensando que suena como si fuera el producto de un novelista histórico hábilmente imaginativo. Por supuesto que sí; pero también es cierto que la descripción, incluso como literatura imaginativa, parece acercarse a las probabilidades de la situación histórica hasta el punto en que la conocemos. De acuerdo con las lecturas de Cayce, por tanto, ésta era la manera en que Jesús se mostraba a «aquellas multitudes que se reunían a veces para escuchar las nue-

vas enseñanzas y para contemplar la aplicación en su experiencia, que dio tal esperanza al mundo» (n.º 3360-1).

Aquí leemos que las multitudes observaban para ver cómo Jesús practicaba lo que predicaba. Este tema de la aplicación, sin embargo, es un asunto de fundamental importancia en la percepción de la actividad de Jesús en las lecturas de Cayce al considerarlo el motivo central de sus enseñanzas. Debemos notar que la enseñanza de Jesús, se dice, trata fundamentalmente con principios más que con casos de problemas individuales —aunque él nunca vaciló para recibir a los individuos—. Un breve resumen del más profundo significado de la persona y trabajo de Jesús el Cristo es que «en él está la luz y la vida, y que toda su conducta es sinceridad y amor» (n.º 2025-3; comparar Juan 15:12). Pero cuando una persona preguntaba al durmiente Cayce: «¿Cómo puedo ser de la máxima utilidad para Jesucristo?», la respuesta era: «Aplicando principios... en la vida diaria, tratando con la gente» (n.º 1646-2).

Otra lectura se refiere a la historia del Evangelio de Lucas de los diez leprosos que pidieron a Jesús que les sanara. Todos fueron curados, pero sólo uno volvió a expresar su gratitud (Lucas 17:11-19). La lectura añade que uno de los nueve que no volvieron a dar las gracias se supone haber «ganado y perdido mediante la experiencia», una expresión frecuente en las lecturas de Cayce. El ganó en consciencia, pero «perdió por no hacer ninguna aplicación práctica de ello en su experiencia entre las personas, no siendo ejemplo de aquel ánimo, de aquellas experiencias, en su actividad» (n.º 2181-1).

Los viajes en el comienzo de su ministerio

Las lecturas de Cayce hacen varias referencias a los viajes de Jesús en la primera etapa de su ministerio público, no solamente en el sector norte de la Palestina judía, sino también para «educación de las gentes en las áreas fuera de Palestina» (n.º 3640-1). Algunas personas de estas áreas experimentaron y «siempre agradecieron la manera con la que el Maestro mostró su interés por otros, por sus penas, sus alegrías, sus pequeñeces, y sus habilidades para apreciarlos» (n.º 3640-1). Con este espíritu y maneras, el «Príncipe de la Paz penetró dentro (del país de los gadarenos —o gesarenos)» (n.º 2481-1); comparar Marcos 5:1-20; Mateo 8:28-34), y viajó en los territorios

de Tiro y Sidón, «la más elevada costa de la tierra» (n.º 513-1; comparar Marcos 7:24-31).

Algunos recorrían largas distancias, es decir, desde fuera de la Palestina judía, «oyendo de las curaciones y de las actividades del Maestro en algunas zonas del territorio» (n.º 3640-1; comparar Mateo 4:24-25; Marcos 3:7-8; Lucas 6:17). Algunos «trajeron a sus seres queridos al Maestro para que fueran curados» y encontraron que «El suministraba aquello que trae felicidad y gozo; no gratificación, sino satisfacción y paz a los corazones y almas de aquellos que buscaban conocer sus mandatos» (n.º 3216-1).

Jesús, «el Maestro de maestros, el Señor de los señores, el Hermano del hombre» (n.º 2035-1), el que «era... es la vida, la luz en este mundo material...», también residió en lo que se llama «la tierra de los sarracenos» (n.º 2661-1). Los sarracenos, un término raramente usado en el inglés contemporáneo, se deriva de una palabra griega posterior que venía a designar a los árabes en general y finalmente a todos los sujetos musulmanes del Califato. De forma más limitada, no obstante, el término sarraceno parece haber sido usado para una gente nómada de origen semítico que vivía en los desiertos entre Siria y la península Arábiga. La terminología de las lecturas de Cayce parece estar más de acuerdo con este estrecho uso geográfico e indica un área específica fuera de la Palestina judía donde Jesús enseñó y curó.

La misión de los setenta

Hay varias referencias en las lecturas de Cayce a la misión de los setenta, quienes, de acuerdo con los testigos del Evangelio de Lucas, fueron enviados por Jesús con la misión de enseñar y curar, como preparación para su propia llegada más tarde a los diversos lugares (Lucas 10:1-12; comparar 9:1-2, 51-52). Aprendemos de Cayce cómo «el Maestro bendijo a los setenta que tenían que marchar al extranjero para enseñar a otros a predicar el arrepentimiento, porque el día del Señor estaba cerca» (n.º 1529-1).

Como más detallada expresión de esta «escatología verificada», otra lectura establece que los miembros de los setenta eran «capaces, mediante la bendición del Maestro, de curar física y mentalmente» (n.º 5328-1). También leemos de «cada individuo era comisionado

por el mismo Maestro Jesús» (n.º 3395-3). En algún otro sitio se nos dice que «aquellos que se habían convertido en líderes y maestros... fueron probados, preparados, enseñados por El» (n.º 857-1). Una sentencia describe cómo eran «enviados como misioneros a través del territorio para proclamar los períodos en que habría actividad del Maestro combinada con las enseñanzas y ministerio de muchos de los apóstoles» (n.º 2285-1). Aprendemos en otra lectura que los apóstoles, al principio, sólo eran llamados discípulos. El término «apóstol», evidentemente, fue dado más tarde cuando algunos de los discípulos fueron asignados a tareas específicamente misioneras (n.º 2459-1). Ello indicaría, sin embargo, que el término discípulo, o conocedores de Dios a través de Jesús, era la principal designación de sus seguidores.

También leemos que los setenta fueron enviados al menos en dos ocasiones diferentes, «durante su ministerio en Galilea, así como en el de Judea» (n.º 622-4; ver también n.º 3347-1). Las lecturas de Cayce sugieren que la misión de los setenta es algo que debiera repetirse una y otra vez por los seguidores de Jesús, también en los tiempos presentes. La naturaleza de la misión es

traer a los corazones de los hombres, una y otra vez, la esperanza, el coraje, y sembrar repetidas veces la semilla que abriga a los frutos del espíritu: paciencia, gentileza, amabilidad, hermandad. Porque contra ellos no hay ninguna ley (comparar *Gal.* 5:22-23).

Porque es la ley que aquello que siembres, aquello recogerás (comparar *Gal.* 6:7). Y tú eres el sembrador; pero deja al Padre lo que puedan ser los resultados.

Porque él sólo puede incrementar. Porque, a menos que las almas estén vivificadas por el precepto y el ejemplo, y el Padre las llame, ¿cómo pueden ellas conocerlo? (n.º 1529-1).

Las lecturas de Cayce usan frecuentemente la palabra «ley» para denotar la completa integridad y regularidad esencial del camino de Dios en el universo, de manera que el proceso de la naturaleza y el curso de la historia humana sean vistos bajo el control último de Dios, incluso considerando a los seres humanos dotados con libertad de voluntad —dentro de límites—. Las lecturas, algunas veces, utilizan el término «ley» en el sentido de la ley de Dios (Torah) tal

como se creía y practicaba en la tradición judía. En referencia a este último significado, las lecturas enfatizan que la postura de Jesús era selectiva pero constructiva; se concentraba en la esencia de la ley (judía), no la abolió.

Con referencia a la cuestión tan debatida del juicio divino basado en la ley, encontramos en las lecturas de Cayce que «El, Jesús, no condenó». Pero también aprendemos que él dijo más de una vez que «en verdad os digo, las ofensas pueden venir, pero ay de aquel por quien vengan» (n.º 2031-1; comparar Mateo 18:7). Mediante esta conjunción de términos aparentemente contradictoria, las lecturas, aquí, como en otros sitios, insisten en que Jesús nunca condenó a nadie en el sentido de cerrar su futuro, pero al mismo tiempo dejó claro que la ley de sembrar y cosechar, de causa-efecto, continúa operando —tanto en los reinos espiritual y moral como en el físico del universo—. Esto es afirmar, por tanto, que la manera de operar de la ley causal es de final abierto, que el poder transcendente de la piedad de Dios toma precedente sobre todas las otras leyes y funciones de manera que capacite a aquellos que colaboran con El a ser liberados, controlar y, finalmente, superar todas las experiencias de separación y fallo (pecado).

El informe de Cayce sobre la naturaleza de la misión de los seguidores de Jesús parece maravillosamente apropiada a cualquier tiempo y lugar, aplicable tanto al clérigo como al laico. Los misioneros han de enseñar y servir de ejemplos, todo dentro del contexto del trabajo continuado del Padre (comparar Juan 5:17). Las lecturas de Cayce enfatizan que el mismo Jesús enseñó tanto como sirvió de ejemplo, diciéndonos que «la verdad que El de tal manera ejemplarizó en las experiencias de los hombres: es decir, amar al señor tu Dios con todo tu corazón, toda tu mente y todo tu cuerpo, y al prójimo como a ti mismo, es toda la ley» (n.º 2031-1; comparar Marcos 12:28-31).

Esta misma lectura continúa diciendo que un apropiado resurgir contemporáneo de la actividad de los setenta sería «mantener esta experiencia (como uno de los setenta), de tal manera que día tras día —no tanto proclamándose uno a sí mismo, sino mediante la gentileza, la amabilidad, la ternura de palabras, la esperanza, la alegría, o mediante ese continuo ofrecimiento de fuerzas creativas en las experiencias— otros puedan ser llevados a conocer que uno anda y habla con El».

Intimaciones del Señor de la Cena

Las lecturas de Cayce afirman que fue después de la vuelta de los setenta de su actividad misionera cuando Jesús enseñó lo que el Evangelio de Juan identifica como una declaración ofensiva, es decir, que las personas deban beber la sangre y comer la carne si quieren conocer al Señor» (comparar Juan 6:35-71). A la persona a quien fue dada esta lectura le dijeron que él mismo había estado presente en aquel momento y lugar y

como muchos otros, la entidad se marchó, pero se mantuvo en contacto con las actividades; y en el día de Pentecostés, cuando había muchos reunidos, la entidad se hizo otra vez uno de aquellos asociado con un trabajo organizado. Porque entonces la entidad comprendió, cuando allí fue explicado cómo en la noche en que fue traicionado tomó un pedazo de pan y, partiéndolo, dijo: «Este es mi cuerpo», y tomando la copa: «Esta es mi sangre.» (n.º 5328-1; comparar Marcos 14:22-24).

A otra persona también le dijeron que había estado «entre aquellos que no pudieron interpretar sobre su vuelta: “Hasta que no comas de mi cuerpo, no tendrás parte dentro de mí”» (n.º 4016-1; comparar Juan 6:53). La explicación fue dada entonces: «Literalmente, se hace molesto. Mentalmente y en sentido espiritual, se puede interpretar.»

La naturaleza de lo que de hecho está involucrado en la Cena del Señor como un sacramento de la Iglesia y la realidad de la comunión espiritual se explica más adelante en las lecturas de Cayce en un sentido que incluye tanto dimensiones espirituales como físicas.

Porque el Cristo, manifestado en Jesús, fue el primero, es el más importante (comparar Juan 1:1-2,15), es la esencia tanto del pan como del vino. Porque ese elemento, el pan, que es el dador de vida, o esa fuerza dada al vino, es la fuente de la misma vida. Así, participando, uno participa literalmente del cuerpo y de la sangre en esa comunión (n.º 5328-1).

Esta declaración parece significar que el elemento «dador de vida» en el pan o en el vino —presumiblemente cualquier tipo de pan o de vino, ya esté consagrado o no— es su esencia, es también la

fuente de la misma vida y ha de ser identificado con el Cristo Universal, la Segunda Persona de la Trinidad, que se manifestó en Jesús de Nazaret. Tal cosa significaría evidentemente que la «Presencia Real» no está confinada al pan y al vino consagrados sacramentalmente, sino que puede ser experimentada en asociación con cualquiera y con todas las cosas «dadoras de vida».

Deberíamos añadir, no obstante, que la declaración no debe entenderse panteísticamente, como si todo fuera Dios sin distinción. Tal no es la enseñanza de las lecturas de Cayce, en las que, por ejemplo, se afirma consistentemente la consciencia individual y la libertad de voluntad en los seres humanos. Las lecturas hablan repetidamente de una cierta solidaridad dentro de toda vida, pero tal como para permitir distinciones significativas de funcionamiento de la consciencia que constituye y capacita para la libertad humana. Así leemos:

Se debería entender que la Vida es Una, que cada alma, cada entidad es una parte del todo, suficiente, y capaz de ser uno con la Fuente, o con el Poder Universal, o con Dios, y todavía ser capaz como ser individual, entidades independientes en ellas mismas. Como él ha dado, a aquellos a quienes llama, así él da el poder de convertirse en hijos de Dios (n.º 294-155; comparar Juan 1:12-13).

Aparentemente, en el misterio de la relación de los seres humanos como personas con Dios, su Hacedor y Sustentador, hay elementos tanto de dependencia como de libertad. Pero, para que esa relación alcance su propia forma o destino, la reciprocidad del diálogo de la divina llamada y la respuesta humana, de atracción particular y cooperación voluntariosa, es necesario. «Abre entonces tu corazón, tu consciencia, porque él se detendrá contigo» (n.º 5755-1).

Tanto el factor humano de la libertad como las posibles variaciones de las consecuencias del hecho, son frecuentemente afirmadas en las lecturas. Así: «Nosotros somos herederos unidos con esa Fuerza Universal que llamamos Dios: si buscamos cumplir sus preceptos. Si nuestros propósitos no están de acuerdo con esa Fuerza Creativa, o Dios, podemos convertirnos en un estorbo» (n.º 5755-2). Leemos: «Solamente los que buscan encontrarán» (n.º 5755-1). Otra lectura lo explica así: «El no viene por sorpresa, pero si buscas, encontrarás; si llamas a la puerta, se abrirá. Tal como vives tu vida

es la consciencia de su cercanía, de su presencia» (n.º 5749-10; comparar Mateo 7:7-8).

Por tanto, la participación de los elementos pan y vino en el sacramento de la Cena del Señor es, desde luego, una participación en la fuente de la misma vida, en el Cristo de la Divinidad. Pero, para que esta participación tenga significado moral y espiritual —excepto poder transformado éticamente—, buscar y rebuscar las aspiraciones humanas hacia la divinidad (un aspecto de esta aspiración se puede llamar propiamente fe) es necesario.

En otras ocasiones, no obstante, las lecturas de Cayce prefieren hablar de la parte humana como respuesta a la iniciativa divina, como en el párrafo siguiente: «Sabe que El permanece a la puerta de tu corazón y de tu mente y que llama, y que entraría a cenar contigo si tú le invitaras» (n.º 1641-1; comparar *Rev.* 3:20). Hay frecuentes referencias en las lecturas de Cayce acerca del famoso pasaje de *Rev.* 3:20 y a su hermosa imaginación denotativa de la llamada divina y de la respuesta humana. Podemos leer: «Aquel que conozca su propio camino, su propia relación con las Fuerzas Creativas o Dios, puede buscar mediante las promesas suyas, como establecidas en Jesús de Nazaret. Si El pasara por tu lado, ¿No le invitarías a entrar y cenar contigo?» (n.º 5755-1).

LOS MILAGROS MAYORES

En el caso de las curaciones de Jesús de enfermos e inválidos, las lecturas de Cayce hacen a veces una distinción entre los aspectos físico y moral-espiritual del proceso. Así, en el caso del «leproso en la puerta» que fue curado por Jesús (comparar Marcos 1:40-45), se hace la afirmación de que «la entidad fue *curada* (físicamente), purificada (moralmente)... (de manera que él pudiera) adquirir un mejor entendimiento de sí mismo; mediante estas lecciones enseñaba el Maestro» (n.º 2842-1).

Las lecturas indican un buen número de casos donde la moral equivocada o el pecado podía ser la causa primaria de la enfermedad física. En una de las 5.749 series de lecturas, encontramos una descripción de la curación hecha por Jesús del paralítico que fue llevado a su casa en Cafarnaún y descendido por sus amigos delante de Jesús a través de un agujero en el techo (comparar Marcos 2:1-12). Cayce apunta que esta fue una de las muchas curaciones realizadas por Jesús que resultó instantánea, pero, como en el informe bíblico, las lecturas establecen que Jesús inició el proceso de curación diciéndole al paralítico: «Hijo, los pecados te son perdonados.»

Quando llegaron las preguntas (El sabía que las habría), respondió: «¿Qué es mas fácil decir tus pecados te son perdonados, o levántate, coge tu cama y vete a tu casa?» *Inmediatamente* el hombre se

levantó, tomó su cama y se fue a su casa ¡Aquí encontramos que no fue por la orden, sino por su propia persona. Porque la cuestión no era si El podía curar, sino si tenía el poder para perdonar los pecados! La conclusión fue que el pecado había causado la enfermedad física (n.º 5749-16).

De este pasaje se pueden sacar varias conclusiones, una es que Jesús se dirigió al estado interior del hombre como primera necesidad. Otro aspecto de la interpretación que da Cayce es que mientras la curación física fue instantánea, y por supuesto milagrosa, el suceso entero no fue afectado por el mero pronunciamiento. Es más, involucró particularmente la influencia de la persona de Jesús sobre el hombre, al punto que éste respondió tanto con fe como con obediencia, cooperando plenamente en el proceso de la curación. La importancia de este tipo de respuesta humana a la iniciativa divina se indica en otra lectura: «Aquel que es llamado al servicio, debe responder» (n.º 294-155).

En otra lectura, Cayce fue preguntado para «explicar por qué el Maestro, en muchos casos, perdonaba los pecados de las personas que curaba». La respuesta fue: «Los pecados son comisiones u omisiones. Los pecados de comisión eran perdonados, mientras que los pecados de omisión eran llamados a consideración —incluso por el Maestro» (n.º 281-2). (Una provechosa discusión sobre la relación entre la curación y el perdón de los pecados en el ministerio de Jesús se da en el libro del académico bíblico alemán Otto Betz *¿Qué sabemos acerca de Jesús?*)

En las lecturas se hacen varias referencias acerca de la restauración de la vida al hijo de una viuda en una ciudad llamada Naín (comparar Lucas 7:11-17), «cuando la viuda de Naín fue detenida por el Maestro» (n.º 5248-1). En algún otro lugar leemos que «la madre recuperó a su hijo vivo —cuando andaban desde Naín en aquellos períodos de su ministerio» (n.º 601-2), y «el hijo fue devuelto otra vez a su madre» (n.º 2454-3).

También se hace referencia a una persona que estaba «entre aquellos grupos elegidos como compañeros en muchas de las misiones que emprendió el Maestro». Esta persona asegura haber estado presente en la ocasión en que Jesús detuvo una tormenta, porque «la persona vio la experiencia del viento, de la tormenta —los elementos, el trueno, el rayo— obedeciendo la voz del Maestro». En el

mismo contexto se habla de Jesús en los términos más exaltados: «El, el Dios de la tormenta, Dios de paz, Dios del viento, Dios de la lluvia, el Señor de la tierra, de quien los discípulos dijeron, qué tipo de hombre es éste, que incluso el viento y la lluvia, el mar y los elementos, obedecen su voz» (n.º 5276-1; comparar Marcos 4:35-41).

En las lecturas se hacen breves referencias a los escritos bíblicos sobre la expulsión de los demonios de dos hombres del país de los gadarenos, un área que ya hemos mencionado y que estaba fuera de la Palestina judía (comparar Mateo 8:28-34). Este incidente es citado como otra instancia, cuando Jesús vino a aquellos «en las costas exteriores del territorio» (n.º 1934-1). Una lectura describe el evento como aquel «cuando las influencias fueron extraídas del hombre en la tierra de Gadarene» (1616-1). Aquí encontramos sólo referencias al exorcismo de un hombre, como en la versión de Mateo del Nuevo Testamento (Marcos 5:1-20). Si se toman las lecturas como un todo, sin embargo, parecen armonizar las diferentes versiones, de Mateo y de Marcos, sugiriendo que, mientras había dos hombres afectados, solamente uno podía ser descrito como habiendo sido «poseído» (1934-1; 1616-1).

Este suceso del exorcismo, de acuerdo con una lectura, se convirtió en la ocasión para que Jesús enseñara con un énfasis especial que Dios debe ser conocido y llamado «Dios Padre» (n.º 1616-1). Otra lectura indica que el suceso tuvo profundos efectos sobre otros además de sobre los curados, como en el caso de uno que «aprendió gentileza, amabilidad, paciencia —tal como fue mostrado en la gentil manera en la cual todos fueron contestados cuando levantaron su voz con criticismos sobre las actividades de aquella particular experiencia» (n.º 1934-1).

Las críticas aquí mencionadas se refieren, desde luego, a los informes de las Escrituras de cómo a los demonios expulsados por Jesús les fue permitido morar en un rebaño de cerdos que pastaban cerca, y que se tornaron tan agitados que se precipitaron por un bancal en cuesta y se ahogaron en el mar (de Galilea). Esta pérdida de propiedad, evidentemente, sacudió a la comunidad entera, y sus habitantes requirieron a Jesús para que abandonara el área (comparar Mateo 8:34; Marcos 5:17; Lucas 8:37).

En las lecturas se hacen varias referencias a Jesús llamando a la hija muerta de un hombre llamado Jairo, uno de los administradores de una sinagoga local en Galilea (comparar Marcos 5:21-43). En

una lectura se habla del suceso como de aquel en el cual ocurrió que «uno fue llamado otra vez, por el Maestro, de su sueño profundo —la hija de Jairo— (n.º 559-7). En otra se dice que sus padres «recibieron otra vez a su querida hija como ejemplo *viviente* de resurrección» (n.º 1968-4). Todavía, en otra lectura, la madre es llamada y le dice cómo ella era capaz de ver «en cuerpo, el amor en la carne presentado en sus brazos por el amor del Hijo del Dios Padre» (n.º 1968-1).

En la misma lectura, mientras se hace referencia «a la paciencia del hombre de Galilea», se nos dice «que austero debía ser El cuando puso a la persona fuera de la habitación, igual que a aquellos de la familia, debido a la duda» (comparar Marcos 5:40). La lección a sacar de aquella experiencia era, y es, se nos dice, poner «toda la confianza en la fe de El, que es el camino, la luz y la verdad y el entendimiento». Y de nuevo, en referencia a la naturaleza y ámbito de las curaciones de Jesús, esta lectura establece que «su presencia (era) para curar el cuerpo, mente y alma». También se nos dice aquí «del amor de Jesús por el hombre, de su manera de llenar toda la vida del hombre de propósito» (n.º 1968-1).

Una lectura posterior para la misma persona se refiere otra vez a la curación de la hija de Jairo y habla de «las bendiciones de ser material y mentalmente abrazado por aquellos principios y doctrinas del Maestro» (n.º 1968-4). Este punto de lo práctico de la enseñanza de Jesús se correlaciona con la frecuente afirmación en las lecturas de Cayce de que Jesús estaba interesado por todos los aspectos de la vida humana, y que actuaba y enseñaba de acuerdo con ello. La misma lectura indica que Jairo había sido influenciado previamente por las enseñanzas tanto de Juan el Bautista como por las de Jesús. Una consecuencia de tal apertura de carácter fue que Jairo fue alabado por el Maestro debido a que había mostrado un «inusual interés del hombre por su compañera y por la descendiente en aquel período de tiempo». Esta actitud y práctica de Jairo también atrajo «la admiración de sus asociados y compañeros de trabajo» (n.º 1968-4).

La llamada a la hija de Jairo para volver a la vida en la tierra fue una llamada «a volver a servir de tal manera» (n.º 421-5). Ella misma fue llamada, se nos dice, de la siguiente manera: «Despierta, hija mía, a tus habilidades, a través del poder de la Fuerza de Dios dentro de ti» (n.º 1246-2; comparar Marcos 5:41). «El hombre de

fuerza y poder a través de Galilea» le dijo a ella: «Levántate y sirve» (n.º 1246-2). Ella, como otros, se convirtió en «otra persona en aquellos días debido a lo que ocurrió allí» (n.º 3307-1).

La curación hecha por Jesús de la mujer que había tenido hemorragias de sangre durante doce años es un incidente que se menciona en los escritos bíblicos en conexión con la resurrección de la hija de Jairo (Marcos 5:24-34 y paralelos).

Una lectura de Cayce describe a la mujer con cierto detalle como «una persona delgada y pálida, con ojos y pelo muy negros —y un vestido gris y morado con bandas parecidas, moradas, mientras que el vestido sería de un gris más claro.» Ella es vista como «arrodillándose sobre una rodilla y cogiendo el dobladillo de la túnica del Maestro —y El volviéndose hacia la izquierda para ver la figura arrodillada— (n.º 585-10). La misma lectura añade también más detalles descriptivos acerca del mismo Jesús. Se le describe como «el Maestro con la túnica gris, la barba escasa, el pelo ni rojo ni dorado, sino rojizo dorado, bendiciendo y curando a la mujer».

Dando de comer a las multitudes

El milagro de Jesús alimentando a las grandes multitudes con unos cuantos panes y unos peces es mencionado a menudo en las lecturas de Cayce, a menudo en conexión con la bendición de niños. Como en los escritos del Nuevo Testamento, las lecturas mencionan dos sucesos diferentes, uno alimentando a cinco mil personas, otro alimentando a cuatro mil (comparar Marcos 6:30-44; 8:1-10 y paralelos). (En el Evangelio de Mateo, las cifras citadas, cuatro o cinco mil, son seguidas en cada caso con una frase adicional, «además de mujeres y niños» (Mateo 14:21; 15:38). Lucas menciona solamente la alimentación de cinco mil «hombres» (Lucas 9:14). La lectura de Cayce que se refiere a la alimentación de cuatro mil es la n.º 3183-1.)

El suceso de dar de comer a cinco mil en particular es señalado como aquella ocasión en que el Maestro bendijo a muchos, notablemente a las personas jóvenes presentes. Una lectura, dirigida a una mujer que se dice haber estado entre los niños bendecidos en «aquel día cuando los cinco mil recibieron comida», explica cómo el resultado de aquella experiencia «toda la confianza en la fe de aquellas

promesas hizo manifiesto en El como llevó a la entidad a una experiencia de esperanza en otros.» La lectura continúa diciendo a esta persona: «El te bendijo en la carne. El te bendecirá de nuevo si te mantienes en el propósito, desechando la disputa, los celos, la malicia, el juicio. No juzgues y no serás juzgado» (n.º 1614-2; comparar Mateo 7:1-2).

Las lecturas afirman insistentemente que los sucesos fueron hechos históricos y físicos, y ofrecen un buen número de revelaciones y lecciones. Una lectura establece que la entidad que pidió la lectura había participado en el evento, y en particular había aprendido paciencia de aquella relatada experiencia. «Porque El no perdió la paciencia con sus discípulos cuando ellos dijeron: ¿Deberíamos ir a buscar pan para alimentar a esta multitud?» Dando expresión concreta a un tema enfatizado a menudo en los materiales de Cayce —la necesidad de empezar donde uno está, y utilizar lo que tiene uno a mano—, esta lectura remite al mismo Jesús diciendo a los discípulos: «¿Qué tenemos aquí? ¿Qué tenéis aquí?» (comparar Marcos 6:38; 8:5). El informe continua diciendo:

¿Habéis oído alguna vez usar esto con individuos? ¡Intentarlo! Es una de las más molestas, sin embargo, una de las más tranquilizantes palabras que pueden ser utilizadas, incluso con una multitud. «¿Qué tenemos aquí?» Solamente unos cuantos panes, unos cuantos peces, sin embargo, en las manos de aquellos que se den cuenta, como se puede, «de mí mismo, no puedo hacer nada, sino a través de su poder» (comparar Juan 5:1), multiplicarlo en bendiciones. Y recordar, ello puede ser multiplicado en maldiciones, también, si no se utilizan las habilidades correctamente (n.º 5089-2).

Las lecturas de Cayce, por tanto, ven el suceso de Jesús dando de comer a las multitudes como actividades que pueden ser aplicadas en un grado significativo en las experiencias de todas las personas, pero al mismo tiempo afirman una cierta exclusividad. Así, la declaración afirma que «los miles fueron alimentados como solamente puede alimentar el Maestro, con los pocos panes y peces» (n.º 5002-1). Otra lectura establece que la participación en la experiencia «trajo la consciencia de la singularidad y divinidad del Maestro». En este sentido, otro factor contribuyente a tal consciencia fue «la admiración al verle reunirse con sus discípulos, sin ningún medio de transporte, en la barca» (n.º 2845-2; comparar Mar-

cos 6:45-52). Este suceso posterior es mencionado en otra lectura como «su caminar en el agua... y su mandato a Pedro para que se acercara a El» (n.º 2829-1).

Las lecturas interpretan estos eventos de Jesús dando de comer a las multitudes como ilustrativos de los principios generales o cósmicos de suministro divino e incremento tanto en cosas materiales como de cualquier otro tipo, principios aplicables a la vida de cada persona en cualquier situación. En una lectura, por ejemplo, se nos dice específicamente: «No consideréis ninguna situación perdida. Haced de cada una de ellas una piedra angular para mayores cosas, recordar que Dios no permite que seamos tentados más allá de lo que somos capaces de oír o comprender, si hacemos nuestra voluntad una con la suya» (n.º 900-44; compara 1 *Cor.* 10:13). Otra lectura dice: «¡Siempre hay oportunidades! Las oportunidades nunca desaparecen» (n.º 333-6).

Las lecturas de Cayce, sin embargo, afirman insistentemente la realidad de la materia, y la ven tan buena en sí misma como en Dios. La materia, sin embargo, aunque derivada del Espíritu y creada por el Más Alto, se percibe en un sentido subordinado, incluso aunque sea exponente de la dimensión espiritual: «Cuando se movió el Espíritu, incluso la materia recibió el ser» (n.º 1770-2).

La alta consideración de la materia en las lecturas se puede percibir más profundamente en las frecuentes analogías antropológicas usadas para explicar la naturaleza e interrelación de la Divina Trinidad. En esta analogía, la divinidad se «explica» equiparando al Padre con el cuerpo humano; Al Cristo, el Hijo, con la mente; al Espíritu Santo, «a través del cual se realiza toda aproximación» (n.º 1770-2), con el alma. Leemos que el Hijo, como mente, se convirtió en el camino, la verdad, la luz en lo material» (n.º 1770-2).

Las lecturas también afirman el principio y el hecho de lo que puede ser llamada segunda creación, porque no todas las cosas del mundo material son vistas como resultado de una creación primaria u original de parte de Dios Padre. Algunas cosas, tales como «aquellas que corrompen un buen terreno, aquellas que corrompen a los elementos» —«elementales y pestes», por ejemplo— son percibidos como componentes o consecuencias derivadas de los seres y almas creados en la divina creación primaria (n.º 364-7). Esta visión del mundo contempla la posibilidad de la creación humana en común con la creatividad de otros seres espirituales en su esencia, que pue-

den dirigir su potencialidad tanto en direcciones constructivas como destructivas. Tales posibilidades son la consecuencia inevitable de la genuina libertad de la voluntad, libertad afirmada frecuentemente en las lecturas de Cayce como nuestro derecho divino de nacimiento.

Este principio de la creación secundaria puede tener, desde luego, las más amplias interpretaciones y aplicaciones en la vida social y en la individual, así como en la esferas cultural, económica y política de actividades. Ello significa que los seres humanos, que como almas son producto de la creación divina primaria, son considerados como capaces de un amplio campo de actividades creativas reales. Esta actividad se dice tener su origen en la dimensión espiritual, su dirección o cualidad establecida en lo mental, su manifestación en lo material o físico. Así, en una lectura en la cual el contexto de referencia es la alimentación, por ejemplo, de cinco mil personas, se hace la declaración: «Pero sabe que aquello que es material debe haber tenido primero su comienzo en lo espiritual y ha crecido de acuerdo a aplicaciones *mentales*» (n.º 1743-1). En la misma lectura se da la propia aplicación religiosa de este principio cósmico: «Como el propósito de cada alma es ser un canal a través del cual aquello que ha sido su ideal se tiene que hacer manifiesto, y que la gloria de Dios se ha mantenido como primera y más importante —tan viva como para ser consistente en tus pensamiento, tus actos, tus expresiones—. No solamente de palabra, sino de hecho. Porque siendo verdadero a ti mismo, no te harás falso para nadie.» Esta frase de Shakespeare (*Hamlet* I, 3,78), que Cayce no había leído evidentemente en su vida consciente —aunque puede que haya oído hablar de ella—, es mencionada un buen número de veces en las lecturas. Así, en algún otro sitio se nos dice «sé verdadero a ti mismo —ello no podrá ser falso para nadie» (n.º 2135-1). En todo esto, uno no puede olvidar la Fuente espiritual de «todo el poder que se pueda manifestar en la tierra» (n.º 1743-1).

La afirmación del suministro divino de todas las necesidades se hace frecuentemente en las lecturas de Cayce. El, en quien vivimos y movemos y tenemos nuestro ser, «es el suministrador —ya sea en lo material, lo mental, lo espiritual—» (n.º 1770-2; comparar *Hechos* 17:28). En un nivel de la experiencia humana, el dar de comer a los cinco mil fue «para el alivio de las necesidades físicas del hombre material» (n.º 2549-1). Pero también fue la ocasión en la cual

«las bendiciones espirituales llegaron a muchos» (n.º 2549-1). Por supuesto, «las bendiciones de Jesús y su manera de traer abundancia a otros» eran la manera de expresar su amor y mostrar «la luz de la vida de el Cristo» (n.º 1770-2). Estas expresiones de amor, luz y vida son consideradas como manifestación del corazón y la profundidad de la compasión del Padre por toda su creación, «¿por qué no iba el Padre a suministrar a aquellos que valen la pena y también a los que no?» (n.º 5398-1).

No obstante, en relación con esta reafirmación de las enseñanzas de Jesús del cuidado del Padre por toda su creación —el Padre que «hace levantarse al sol para el malvado tanto como para el bueno, y envía lluvia lo mismo para el justo que para el injusto» (Mateo 5:45)—, las lecturas no vacilan en advertir contra la presunción humana hacia la generosa compasión y cuidados de Dios. De esta manera, el mismo «muchacho de quien obtuvo Andrés los panes y los peces para dar de comer a los cinco mil» —ésta fue realmente una importante contribución, porque aunque pequeña en cantidad y talla, éstos fueron precisamente los materiales a mano que pudieron ser usados por el Maestro para la multiplicación— ganó en su crecimiento personal de «esta influencia de incrementar, no un gran ganador, sin embargo, en la experiencia de aquellas lecciones, fácilmente viene, fácilmente se va, se hizo una experiencia demasiado grande en aquella estancia» (n.º 1821-1). Esta persona, a quien se dirigió en su corriente expresión de vida, fue advertida en su lectura que la participación en tan grande suceso de bendición no impide el hecho de que «hay necesidades diarias de cada alma para elegir el bien, que hay hoy, como todos los días, un conjunto delante tuyo de bien y de mal, de vida y muerte. ¡Tú tienes que elegir!» (comparar José 24:15).

Las elecciones así hechas en la dirección de lo material o temporal, «hasta el punto de cegar las necesidades espirituales y mentales», traen las consecuencias adecuadas. «Porque a menos que el propósito, el ideal, se funda en la espiritualidad, el aumento y el crecimiento —tal como experimentaste viendo manifiestamente cómo se alimentaba a las *hordas* aquel día—, no puedes ser ni serás una parte de la experiencia» (n.º 1821-1). Como ejemplo de Jesús advirtiendo a otros —nunca amenazó—, encontramos en una lectura lo que puede ser considerado como uno de sus dichos extracanonicos: «Como él dijo, siendo advertido, ármate de antemano y no

permitas que nadie penetre forzosamente en tu casa» (n.º 1602-4; comparar Marcos 3:20-27).

Es decir, el tener las necesidades materiales cubiertas se convierte en una parte positiva de la experiencia total de uno solamente cuando se da a la materia su lugar y proporción adecuada en la jerarquía de la realidad y valor existente tanto en el cosmos como un todo como en el ser humano en particular. En este contexto de entendimiento se ofreció el siguiente consejo. «Tal como él dijo, y tú has oído tan a menudo, el Reino está dentro. Vuélvete hacia allí, porque el templo de tu propio cuerpo es el templo del Dios viviente, donde él prometió conocerte, comunicarse contigo y suministrarte de todo lo que puedas necesitar en tu experiencia» (n.º 1770-2; comparar Lucas 17:20-21; *Cor.* 3:16; 6:19; 2 *Cor.* 6:16).

En relación a la afirmación que se hace muy frecuentemente en las lecturas de Cayce acerca de que el Reino de Dios está dentro del ser humano, también debíamos notar lo siguiente: «¡Es *dentro* donde está el reino de los cielos! El reino de Dios está fuera, pero se manifiesta en cómo reacciona sobre ti —por la manera en que repartes con tus asociados día tras día ese concepto de la luz que se levanta dentro de ti»— (n.º 877-27; comparar Lucas 11:35). Esta distinción entre el reino de los cielos (como la utiliza el Evangelio de Mateo) y el reino de Dios (tal como lo utilizan Marcos, Lucas, Juan, Pablo y la primera iglesia cristiana en general) intenta evidentemente, aquí como en cualquier otra parte de las lecturas de Cayce, indicar que el propio reino de control divino es tanto dentro como fuera, interno y externo, comprendiendo el espectro total de la existencia humana —y cósmica—. Incidentalmente, debemos notar que la traducción correcta del griego original de Lucas 17:21 es: «El reino de Dios está dentro de ti», y *no*: «El reino de Dios está entre vosotros».

De esta manera, el principio y el proceso divino de suministro no deben ser considerados como funcionando automática o mecánicamente, independiente del tipo o calidad de la respuesta humana. La participación humana —mental, física y espiritualmente— es necesaria para el proceso de mantenerse correctamente en el camino. Leemos: «Aquel que sigue sus huellas... es El, quien dijo: “Toma mi yugo sobre ti y aprende de mí”, y aquellos que hagan así nunca —ni sus semillas— suplicarán por pan» (n.º 457-3; comparar Mateo 11:29; *Ps.* 37:25). Hay también maneras equivocadas de utilizar los

dones divinos: «Existe el camino que puede parecer correcto a un hombre, pero el final puede ser la muerte» (n.º 1770-2; comparar *Prov.* 14:12). La manera correcta se advierte en un consejo dado a una persona que se supone había estado presente en el momento de dar de comer Jesús a las multitudes.

En el presente anda más cerca del Maestro. Deja que los hechos de tus manos se multipliquen por y a través de El, y no de ti mismo. Porque éstas son las maneras en las cuales puedes realizar lo mejor, dejando a ese poder —que viste tan bien demostrado— fluir a través de ti; por la fe, sí, por el trabajo, sí; por la buena voluntad que una parte del ser total —pero siempre el poder en El (n.º 3183-1).

Los lectores que hayan seguido hasta cierto punto los intentos de los modernos estudiosos bíblicos para discernir la fuente del material de los escritos del Nuevo Testamento estarán interesados en las siguientes declaraciones de esta lectura. La persona a quien se dirigió se supone haber estado entre los primeros discípulos de Jesús y haber servido tanto de maestro como de escritor con el nombre de Tadeo (incluido como Tadeo en la lista de los doce apóstoles dada por Mateo y Marcos —Mateo 10:3; Marcos 3:18—, pero no en Lucas —Lucas 6:12-16; *Hech.* 1:13). Este Tadeo se supone haber tomado notas que se convirtieron «en una parte de los registros de Marcos y Mateo, de Lucas o Juan» y haber sido un conocido personal del apóstol Juan (n.º 3183-1). Se hacen referencias en otra lectura sobre una mujer llamada Ester, que había «ayudado a recopilar muchas de las cartas escritas por los escritores de los Evangelios en ese período en particular» (n.º 3667-2). Otra lectura más menciona a una persona que estuvo presente en la ciudad galilea de Betsaida durante el ministerio de Jesús allí. De esta persona se dice que «ayudó a otros registrando en sus propios términos, en su propio lenguaje (¿arameo?), los dichos y hechos del Maestro» y que «incitó a Mateo para escribir el Evangelio» (n.º 3395-2).

La respuesta humana a la generosidad de la ayuda divina se sugiere también en la sentencia: «Si pones la confianza en el Señor de los Señores, adquirirás la consciencia de que el Señor se ocupará de muchos, si cumples sus mandamientos» (n.º 5002-1). A esta declaración de condiciones al proceso de llamada en una relación responsable éticamente con nuestro Hacedor se le da una gran aplicación

en los siguientes textos procedentes de una lectura que trató precisamente con el tema del papel humano, el hecho de la administración, como obtener la ayuda divina que se necesita:

¿Se dará cuenta el género humano de que él es el hermano mantenedor (comparar *Gén.* 4:9)? Esta es la manera en la cual el hombre puede responder a la cuestión. No habrá necesidad de pan para el género humano cuando éste comprenda y se dé cuenta de que él es en verdad el hermano sustentador. Porque la tierra es del Señor, y su totalidad (*Ps.* 24:1), y la generosidad de la tierra se presta al hombre para que pueda dar a su hermano. ¿Quién es su hermano? «Padre Nuestro» (decimos) —cada uno de cada tierra, de cada color, de cada credo es hermano de aquellos que buscan al Dios-Padre (n.º 5398-1).

Esta última lectura, que fue dada el 24 de agosto de 1944 —menos de seis meses antes de la muerte de Edgar Cayce el 3 de enero de 1945—, nos revela en un lenguaje inolvidable no solamente el principio de administración aplicado a la posesión humana de cosas materiales. Pone las bases de todo el proceso sobre el principio de solidaridad humana en aspiración potencial espiritual ante Dios de todos nosotros, solidaridad que trasciende toda distinción de lugar, raza o credo religioso. Todo aquel que aspira a lo Más Alto —incluso cuando él o ella perciben lo mismo— es hermano o hermana.

Puede señalarse un punto final en relación a la alimentación por Jesús de las multitudes. Como mencionamos anteriormente, el suceso ocurrió dentro del más amplio contexto de una bendición para muchos, especialmente en el caso de niños y jóvenes. Una lectura de Cayce interpreta las enseñanzas bíblicas registradas de Jesús como la necesidad de todos nosotros de hacernos como niños en un sentido que parece provechoso tanto para nuestro entendimiento como para nuestra práctica. En relación a «la multiplicación de cosas y experiencias a mano», una mujer joven, que presumiblemente había sido uno de los niños bendecidos en aquella ocasión tan lejana, fue advertida: «No dejes que estas cosas se conviertan en algo egoísta. Deja que sean como él dijo cuando os bendijo —“Hasta que no os hagáis como niños no entraréis de ninguna manera”—, a menos que perdones, a menos que seas generoso, a menos que seas tan dependiente como un niño pequeño...» (n.º 1523-1); ver también

n.º 3395-2; comparar Mateo 18:1-5). (Vale la pena mencionar que esta lectura de Cayce sigue el texto del Evangelio de Mateo más estrechamente que el de Marcos (9:33-37) o Lucas (9:46-48).

Otra lectura de Cayce describe:

Lo a menudo que utilizo a los niños, a la gente joven, como la esperanza del mundo, como cada individuo desecha aquellos deseos egoístas que se manifiestan y se hacen como niños, (o) puede que uno nunca entienda del todo la sencillez de la fe de Cristo: Cristo como la fe, Cristo como la sencillez, Cristo como perdón, Cristo como amor, Cristo como entrega al prójimo (n.º 1223-9).

Otra lectura nos da todavía más detalles las enseñanzas de Jesús en este tema:

El enseñó a sus seguidores, a sus queridos discípulos, que la humildad de corazón, la rectitud y singularidad del propósito, con la verdadera expresión de ser como niños: que el daño debe ser perdonado, que el desdén debe ser pasado por alto, que las disensiones deben durar poco tiempo, que tales cosas son aceptables a su vista, y que éstos estarán con Él y Él *estará* con ellos delante del trono de la gracia (n.º 702-1).

En algún otro sitio se establece que Jesús sabía cómo hablar y enseñar a los niños en «aquellas lecciones que El daba y en las que hablaba a los niños en la manera infantil *de entender*» (n.º 665-1). Aparentemente, en tales ocasiones las lecciones de Jesús se ilustraban con historias «del cordero y... de los animales domésticos» (n.º 665-1).

En las lecturas se hace un buen número de referencias a los efectos hacía adelante en el tiempo, alcanzando incluso a encarnaciones en el siglo XX, de las bendiciones de Jesús, y de su más general influencia, a las personas en su ministerio palestino. A una mujer la dijeron:

Cuando te cobijó en sus brazos, materialmente, tal fue así —tú moraste en la presencia de su amor— que te trajo la seguridad. Porque como la bondad, como el amor viviente, así pueda el alma-cuerpo darse cuenta... de que la bendición se puede ampliar —en el trato con el vecino y compañero—. «Así como hagáis a los más pequeños de éstos, así me lo hacéis a mí» (n.º 1877-1; comparar Mateo 25:40,45).

El tema bíblico de la solidaridad de todos los humanos en su ser espiritual y en la potencial influencia de unos sobre otros, como si fuera sobre el Hacedor se afirma repetidamente en las lecturas de Cayce, como el hecho de que el amor y la bondad se nutren, que su efecto no se pierde en la marcha del proceso del universo de Dios. Veremos más adelante con más detalle cómo la maldad se transfiere.

Otra lectura, dada a una señora que se supone estuvo entre los niños a quienes Jesús mantuvo «físicamente en brazos», habla de la sonrisa de Jesús: «¡Tú estuviste allí, mi niña! Tú sentiste su mano en tu frente. Sí, tú viste la sonrisa en la cara del Maestro. Sí, tú sentiste dentro de lo más profundo de tu alma aquella fuerza que tan a menudo te mantiene —en tus problemas— en aquel mismo día» (n.º 702-1).

Jesús en Betsaida

Las lecturas de Cayce incluyen un considerable número de pasajes que se pueden agrupar juntos como las experiencias y enseñanzas que Jesús tuvo en la ciudad de Betsaida, al lado del mar de Galilea. Se dice que Betsaida estuvo «entre aquellos sitios que el Maestro visitó muy a menudo... este sitio donde a Jesús le gustaba descansar» (n.º 1223-9).

Se hace un buen número de referencias sobre personas, incluyendo a algunas en posiciones de autoridad, que entretuvieron a Jesús o que «hicieron de su casa su lugar de descanso» (n.º 1223-4). Se describe a una mujer que abre su casa generosamente «para el placer, el confort, de un hombre cansado —el Hijo de Dios» (n.º 1223-4). La misma lectura habla de «su cara —cansada a veces» — con palabras que indican el precio de la extenuante actividad física de Jesús y del darse constantemente, desde lo más profundo de su ser mental y espiritual, en su ministerio itinerante. En este contexto, sin embargo, se hace mención también de «aquella sonrisa, aquella expresión que traía la esperanza tan necesaria a los corazones de los humanos —que hay un camino mejor, que hay seguridad en su presencia, en la consciencia de la constante fe en El» — (n.º 1223-4). Para esta mujer, Jesús fue un amigo a la vez que un Salvador. Se dice que esta mujer se hizo «tan estrechamente asociada con Jesús como para llamarle por su nombre, Jesús, no Maestro, hasta después de su crucifixión» (n.º 1223-9).

Las lecturas de Cayce describen frecuentemente, con un gran sentimiento de compasión y de comprensión, las necesidades existenciales de la gente y de los problemas comunes que tienen que enfrentar en sus vidas. Así, aquellos que escucharon a Jesús en Bet-saida son mencionados como gente «que buscaron, que llegaron esperando algo, en algún sitio, que Dios pudiera oír su clamor y respondiera a aquellos atribulados por alguna enfermedad del cuerpo, inquietos por las luchas de la vida, por los enfrentamientos con las pasiones del cuerpo, por los gritos de socorro de los jóvenes, por ayuda, sí, por pan» (n.º 3660-1). Fue por esto por lo que «él hablaba con palabras amables —el sembrador disponiéndose a la siembra—. ¿Qué estáis distribuyendo por el terreno de la vida para aquellos que os encontráis? Sobre qué tipo de suelo estáis trabajando, incluso en vuestra propia vida, en vuestro corazón y en vuestro cuerpo» (n.º 360-1; comparar Marcos 4:1-20).

La relativamente libre manera de interpretar los pasajes bíblicos, como se puede observar en la interpretación de la parábola de Jesús «de los terrenos», parafraseando el lenguaje —algunas veces en gran variedad de expresiones—, dando la esencia del significado y varios modos de aplicación, es normal en las lecturas de Cayce. Ya hemos visto que ellas no dudan en citar dichos de Jesús extracanánicos. Una expresión de tal tipo de citas, que ya hemos mencionado, es: «Como él dijo, aquellos que están preparados no permiten que sus casas, ellos mismos, o sus habilidades mentales, sean asaltadas» (n.º 1968-1; comparar Mateo 7:24-27; 12:25-29). En alguna ocasión se juntan pasajes separados de la Biblia para crear un nuevo enfoque del significado: «El dijo tan a menudo, un poco aquí, otro poco allá, línea sobre línea, precepto sobre precepto; sembrando los frutos del espíritu, *dejando* a algunos en el gozo de Dios» (1877-2; comparar Isaías 28:10,13; Gal. 5:22-23; 6:8-9; Mateo 13:24-30).

En otras ocasiones se dan citas de la Biblia, como ocurre en los padres de la primera Iglesia, ya sea literalmente del texto estándar disponible o como una paráfrasis parecida. Así, leemos: «Tal como el Maestro se dio a sí mismo, busca en las escrituras, porque en ellas encontrarás la vida eterna, ellas son las que hablan de mí» (n.º 5373-1; comparar Juan 5:39). Incluso aquí, no obstante, la descripción de hechos tal como se da en la Biblia es cambiada sutilmente en forma de admonición constructiva. Las lecturas de Cayce

no parecen aspirar a ser verbalmente literales, incluso cuando hablan de las enseñanzas de Jesús. La esencia del significado, o el intento, se aprecia evidentemente como corazón del asunto.

Otras enseñanzas identificadas en las lecturas como dadas por Jesús en Betsaida incluyen «aquellas que el Maestro dio sobre la amistad, la comunicación, el perdón, las murmuraciones sobre otros... aquellas advertencias que eran una parte de la experiencia con Jesús de Nazaret» (n.º 1223-9). El, «el humilde nazareno» (1177-1), enseñó humildad de una manera muy especial «a aquellos que se convertirían en maestros y ministros en la experiencia de otros» (1958-1). Las lecturas también son francas en la identificación de las limitaciones sociales y personales de los discípulos de Jesús en aquel tiempo, una situación, que este escritor recuerda muy agudamente, no tan diferente comparándola con los tiempos presentes. En cierto caso, nos contaron, una persona contemporánea se inclinó a despedir a estos discípulos por su falta de interés, «debido al carácter y manera de vivir de muchos de aquellos que fueron proclamados como discípulos o allegados a aquellas enseñanzas» (n.º 1877-2).

No cabe duda que hubo «en el material muchas cosas que trajeron disensiones y luchas incluso entre los mismos elegidos, debido a la satisfacción de los deseos materiales», incluso entre aquellos de los que se dice «qué glorioso haber estado entre ellos... que estaban presentes cuando el Maestro de los hombres, el Hermano, el Salvador, el Intercesor delante del trono de la gracia, como hombre —caminó en la tierra» (n.º 702-1).

Las lecturas de Cayce hacen muchas referencias a «el elegido», un término que parece denotar primariamente a aquellos llamados a cumplir papeles importantes en el servicio del reino de Dios. No parece tener sentido en absoluto un concepto exclusivo de salvación última y eterna, el que algunas personas —desde el punto de vista agustiniano— fueran elegidas por decreto divino, delante de toda la creación, para la salvación eterna, y otros para eterna codenación (ver San Agustín, *Enchiridion*, 107). No obstante, encontramos referencias a aquellos que fueron «los más cercanos seguidores del Maestro» (n.º 3667-2); ver también n.º 1223-4). En las lecturas de Cayce se enfatiza repetidamente el hecho de que el Señor Dios «llamó a todos, a cualquiera que pudiera venir» (n.º 262-27, A-1), y que Israel, que «es la elegida del Señor», «significa aquellos que

buscan» (n.º 262-28, A-11). «No olvides que aquellos que encuentras en tu camino también son buscadores, y que son el Israel del Señor» (262-30, A-6). «El desea que todos vengan al conocimiento de su presencia, que habita dentro de todo» (n.º 262-33, A-2; comparar 1 Tim. 2:4; 4:10; 2 Pet. 3:9). Es decir, «su amor que llama para que todo el mundo le oiga, le conozca, le entienda» (262-44).

También leemos cómo «se hizo necesario (para Jesús) reprobar a los discípulos por su intención de reprobar a las gentes» (n.º 5373-1). No obstante, la austeridad de Jesús no se disociaba a veces de «su risa, su atención, su consideración de los demás» (n.º 3342-1). Más adelante veremos la habilidad de Jesús para reír incluso en medio del sufrimiento de la última semana de su vida en la tierra. Desde luego, este aspecto del carácter personal de Jesús —su humor, su sonrisa, su risa— es una importante contribución de las lecturas de Cayce para nuestra comprensión de la figura de Jesús el Cristo. Es más, las verdades espirituales que él enseñó, junto con la influencia de su persona, «trajeron a las vidas de aquellos que siguieron su camino el gozo —gozo en el servicio; gozo en el esfuerzo; gozo aunque fuera en la persecución por una causa y un propósito»— (n.º 2043-1).

En otra lectura se afirma que: «Sus promesas son seguras, “si me buscas, yo permaneceré en la puerta y llamaré”» (n.º 3089-1).

Una admonición sigue inmediatamente: «Esto no significa poner la cara larga, sino la felicidad, cuando las penas» ocupen su lugar en las vidas de aquellos que siguen «el Camino, la Verdad y la Luz... El, en la piedad, en la gracia, venció al mundo» (n.º 4065-1; comparar Juan 16-33). La misma lectura establece que la afirmación de Jesús de haber vencido al mundo era una parte de la enseñanza de Jesús en este período de su ministerio público. Una admonición frecuente en las lecturas de Cayce es la de «mantener el corazón cantando», porque «debiera haber jovialidad, alegría en el corazón, en la palabra... de cada individuo» (n.º 262-46, A-3; 246-42).

EL PAN DE LOS NIÑOS

Un pasaje del Nuevo Testamento que desde hace tiempo trajo de cabeza a los comentaristas es el de Jesús curando a la hija de una mujer en la región de Tiro y Sidón (el área del Líbano moderno). La mujer es llamada griega, «siriofenicia por nacimiento, por Marcos (7:24-30); canaíta por Mateo (15:21-28). El suceso ocurrió en una de las varias veces en que Jesús llevó a sus discípulos con él en los viajes fuera de la Palestina judía. En la versión de Marcos leemos que, en respuesta a la petición de la madre para que Jesús cure a su hija pequeña, que estaba poseída por un espíritu impuro, Jesús dice: «Dejar a los niños que se alimenten primero, por que no es justo quitar el pan a los niños y tirárselo a los perros.» En Mateo, el lenguaje es todavía más duro: «No es justo tomar el pan de los niños y arrojárselo a los perros.»

Este lenguaje parece achacarse al extremo prejuicio étnico de Jesús, una desdeñosa evaluación de los no judíos respecto a las bases antropológicas y teológicas. Un intento singularmente inepto para «explicar» la contradicción —porque Jesús, como ya hemos visto, aceptaba amablemente a las personas de los gentiles en otros pasajes del Nuevo Testamento— se encuentra en Jerónimo, que al final del IV y comienzo del siglo V tradujo al latín el Antiguo y Nuevo Testamento, que se convertiría en la *Vulgata* o versión oficial de la Iglesia católica romana. Jerónimo, como romano y gentil, co-

mentó: «¡O mira rerum conversio! Israel quondam filius, nos canes» (¡Oh maravillosa reversión de cosas! Israel anteriormente el hijo, nosotros los perros). Esta afirmación de una posterior reversión de los objetos de desprecio no es desde luego solución para el problema del entendimiento de la mente de Jesús en esta ocasión.

En las lecturas de Edgar Cayce hay por lo menos seis diferentes referencias a este incidente. En ningún caso se usa la palabra «perro» por Jesús para designar a la mujer siriofenicia o a sus compatriotas. De acuerdo con una lectura, la pregunta que Jesús hace a sus discípulos —todos judíos— fue: «¿Debo dar a aquellos que no sean de nuestra casa?» (n.º 585-2). La palabra «casa» se refiere evidentemente a la casa de Israel; más tarde, este término vino a utilizarse por la Iglesia cristiana como casa de la fe (*Gál.* 6:10), o más ampliamente como la casa de Dios (*Ef.* 2:19). De acuerdo con el testimonio del Evangelio de Mateo, en el comienzo de su ministerio público, Jesús entendió su misión como enfocada hacia «la oveja perdida de la casa de Israel», aunque encontremos en Mateo incluso una anterior referencia a la curación por Jesús de los no judíos gadarenos fuera de los límites de la Palestina judía (Mateo 8:28-34). Algunos estudiosos creen que este punto de vista expresado de preocupación representó la intención de Jesús de convocar a la gente de Israel como un todo a la antigua llamada de ser una bendición para toda la humanidad, tal como se revela en la invocación de Abraham (*Gén.* 12:1-3). Tal enfoque no es, desde luego, justificación para utilizar el término «perros» para designar a aquellos que uno intenta ayudar en el nombre de Dios.

En la misma lectura de Cayce, no obstante, la iniciativa y la atracción surgen no solamente de la madre siriofenicia, como en las versiones de Marcos y Mateo, donde ella responde: «Sí, Señor; incluso los perros, debajo de la mesa, comen las migajas de los niños» (Marcos 7:28, o como en Mateo 15:27: «Sí, Señor, incluso los perros comen las migajas que caen de la mesa del maestro»). En la versión del Nuevo Testamento, el diálogo forma un todo consistente; pero en las lecturas de Cayce surge un nuevo tono por parte de Jesús, porque se dice, «el Maestro pone sus manos sobre la persona y ama a la persona» (n.º 585-2).

En todas las lecturas que se refieren a este incidente, la palabra «perros» se utiliza solamente por la madre, como en mi caso: «Sí, Señor, pero incluso los perros comen de las migajas que caen de la

mesa del maestro» (n.º 1159-1); o en otra: «¿Es que los sirvientes—incluso los perros— no comen en la mesa del maestro?» (n.º 2364-1). En ambas lecturas, la respuesta Jesús es similar: «Yo no he encontrado otra fe tan grande, no, no en Israel» (n.º 1159-1; 2364-1; comparar Mateo 8:10, Lucas 7:9). En Mateo 15:218 se describe a Jesús respondiéndole a la madre de la manera más afectuosa: «¡Oh mujer, grande es tu fe!, que se haga como tú deseas.»

Marcos 7:29 nos da un lenguaje de alguna manera menos entusiasta. «Por esta palabra puedes seguir tu camino; el demonio ha abandonado a tu hija.» El consenso de los estudiosos bíblicos contemporáneos parece atribuir el severo lenguaje de estos pasajes al hecho de que había una fuerte tendencia en la primera Iglesia palestina a restringir la misión de Jesús a judíos y prosélitos judíos (comparar *Hechos* 10:1-48, donde la conversión de la mentalidad de Pedro se describe gráficamente).

Todas las lecturas están de acuerdo con los informes bíblicos en que la hija fue curada instantáneamente por Jesús. Estas lecturas se refieren dos veces a Jesús como «el Sagrado» (n.º 2364-1; n.º 105-2). Y se hace un gran énfasis sobre el constante efecto de su ministerio en este lugar entre las gentes que son descritas en una lectura como siendo de «razas mezcladas» (n.º 1159-1). Se dice de Jesús que bendijo a toda la familia de la mujer, y se hace una breve referencia al hecho de que los informes históricos de estos sucesos «han sido desviados de los de muchos de los escritores del tema» (n.º 105-2). En la misma lectura, inmediatamente después de esta afirmación, encontramos una directa acotación de Jesús: «Aquel que cree en mí, o viene a mí, no despediré en modo alguno, porque yo estoy con el Padre y El está en mí, somos entonces uno con el Padre, que hace su voluntad» (comparar Juan 6:35,37; 17:21).

El intento de toda la lectura es claramente el rechazar la adjudicación a Jesús de cualquier tipo de parcialidad racial, cultural o religiosa. Las lecturas de Cayce se refieren frecuentemente a Jesús como a aquella «gente peculiar» en el antiguo sentido que significa «distintivo» y que indica, por tanto, algo de los aspectos distintivos de la convocatoria divina y misión de «las gentes de los hebreos». Pero las lecturas son uno con lo mejor de los escritos bíblicos contemporáneos que afirman la universal conveniencia de Dios para toda la humanidad, por supuesto, «entre Dios y todas las criaturas vivientes en la carne que hay sobre la tierra» (comparar *Gén.* 3:15;

9:8-19; 12:1-3). De acuerdo con mi conocimiento, las lecturas nunca hablan de los judíos como único objeto del amor de Dios y de sus cuidados, o como los exclusivos beneficiarios de su salvación; sin embargo, este último término debe ser definido.

Significativamente, un entendimiento similar de este informe bíblico se puede encontrar en el libro *The Aquarian Gospel of Jesus the Christ* («El Evangelio Aquariano de Jesús el Cristo»), escrito en los Estados Unidos alrededor del comienzo de este siglo. El significado surge no meramente del contenido en sí mismo, sino (en conexión con la consideración de Edgar Cayce) también por el hecho de que el autor, Levi H. Dowling, reclamó haber recibido el contenido de su libro a través de medios clarividentes. En cualquier caso, en el informe de Dowling sobre Jesús, éste responde a la súplica de la mujer —había venido principalmente para rezar, no para enseñar— que recuerda inicialmente un proverbio común: «No es normal que se dé el pan de los niños a los perros.» Esta respuesta de la mujer se cita como en los contenidos bíblicos, y entonces, antes de curar a la hija «obsesionada», Jesús dice: «No he visto tal fe, no, no entre los judíos; ella no es sirvienta ni perro.»

Ya hemos tomado nota de la mención en las lecturas de Cayce de la bendición de Jesús a los niños y cómo los utiliza después como «objetos de sermón» al enseñar a los adultos: «Hasta que no os hagáis como niños pequeños, no entraréis de ninguna manera» (n.º 1532-1); comparar Marcos 10:15, y paralelos). Parece apropiado en este punto reintroducir el tema, parcialmente debido a las numerosas referencias al incidente en las lecturas y parcialmente debido al hecho de que las enseñanzas que se supone dio Jesús en este contexto son particularmente apropiadas como introducción a las declaraciones de Cayce sobre la manera en que Jesús trató a María Magdalena.

Las lecturas, en este contexto, enfatizan particularmente, como modelo para los adultos, la rapidez de los niños para perdonar y olvidar. Así se describe a Jesús como aquel «que atrajo a los niños hacia él y que hizo de ellos y de sus vidas una ilustración de la manera en que las gentes —hombres, mujeres, en todas partes— deben aceptar las actividades de sus vecinos y asociados. Porque si uno es perdonado como un niño, debe perdonar a aquellos que se equivocan contra él» (n.º 857-1). El significado de la frase, citado como una condición de nuestra propia aceptación: «A menos que uno se haga tan pequeño como un niño», se explica en otra lectura:

«A menos que uno se haga abierto de mente, a menos que uno sea capaz de enfadarse y luchar para después perdonar y olvidar —porque es la naturaleza del hombre luchar, mientras es la naturaleza de Dios el perdonar... «Así como perdones serás perdonado.» Tal como trates al prójimo estás tratando al Hacedor (n.º 3395-3; comparar Lucas 3:37). [Las lecturas, desde luego, no significan que este tipo de frase —«es de la naturaleza de Dios el perdonar»— sea entendido a la luz, incluso petulante, del sentido del libro de Heinrich Heine, donde dice: *Dieu me pardonnera. C'est son métier* («Dios me perdonará, es su negocio»).]

El punto de responsabilidad recíproca es entonces repetido en las lecturas para enfatizar el hecho de que el perdón, por Dios o por el prójimo, no se debe asumir como operando automáticamente independiente de nuestra respuesta, sino que es solamente operativo y funcional cuando es acompañado por nuestro deseo de perdonar a otros, por nuestra disposición para corregir y cambiar de carácter o de estilo de vida.

Las lecturas de Cayce enfatizan que Jesús no enseñó «influencias dogmáticas de una actividad ortodoxa» (n.º 1401-1), sino «principios» que son de hecho descriptivos de procesos cósmicos incluso cuando son expresiones de la voluntad divina. Las lecturas no vacilan, por tanto, en dar todo su valor a los llamados «severos» dichos de Jesús. Por ejemplo, en compañía de muchas citas o frases como «aquello que el hombre siembra, aquello cosechará» (*Gál.* 6:7), hay frecuentes referencias a la enseñanza de Jesús, «con la medida que utilices, así serás medido. De la manera en que El, el Maestro, dijo, las faltas que encontramos en otros se reflejan en nuestro propio espejo de la vida. Y como El dijo, quita la viga de tu ojo para que puedas ver al quitar la mota del ojo de tu hermano» (n.º 3395-2); comparar Mateo 7:1-5).

El principio de sembrar y cosechar, o de compensación como Ralph Waldo Emerson prefiere llamarlo, o karma, como se oye frecuentemente en estos días, es, por supuesto, considerado en las lecturas de Cayce como un principio cósmico y divino. Su operación, sin embargo, no se percibe como una ley de acero que es irrompible o de la cual no se tiene escape. Tal como mostraremos con más detalle más adelante, la ley de la gracia tiene su precedente en la ley del karma. Así, en una lectura que se refiere a la parábola de Jesús de la semilla sembrada en diferentes suelos (comparar Marcos 4:1-25),

al individuo al cual se dirige lo es dicho directamente que en una encarnación previa él había estado entre aquellos cuyos «ideales y persecuciones fueron asfixiados» como resultado de las persecuciones y fatigas sufridas en relación a las cosas materiales (n.º 3308-1). Los efectos de esta respuesta todavía están presentes en alguna medida, pero han de tomarse como base para una lección a aprender. Y como parte del camino de salida se dio la admonición, «menos y menos de ego, y más y más del espíritu de la verdad (comparar Juan 14:17) debe haber en el ministerio, en el intento de dirigir a otros».

En referencia al significado del sufrimiento humano, la persona fue instruida para recordar la experiencia del mismo Jesús: «Aunque él era el Hijo, sin embargo, aprendió obediencia mediante las cosas que sufrió» (comparar *Heb.* 5:8). En adición al desarrollo de carácter que se gana a través de tales experiencias, se señala el profundo sentido de que la relación con nuestro Hacedor cubre nuestra participación en todo el proceso, «considérate a ti mismo más como siendo recordado, cuando sufres en su nombre» (n.º 3308-1).

En adición a los dichos llamados «severos», el Nuevo Testamento muestra a Jesús como conociendo la cólera (por ejemplo, Marcos 3:5), que quizá se pueda describir apropiadamente como cólera impregnada con la pena de la compasión. Las lecturas de Cayce enfatizan, sin embargo, la sobre todo positiva y constructiva naturaleza tanto como el efecto de la enseñanza de Jesús. Así leemos de uno «no sólo emocionándose por la presencia, sino por las palabras del Maestro cuando dijo lo que se llama las Beatitudes» (Mateo 5:1-12). A la misma persona se le dice que la respuesta adecuada al oír aquellas palabras de Jesús es «la palabra amable, la palabra paciente, la presión de la mano sobre la frente de los que están con fiebre, a aquellos que están atribulados en el corazón se les puede traer confort con las mismas palabras» (5089-2).

La mujer cogida en el acto de adulterio

Hay un famoso pasaje en el Evangelio de Juan (7:53-8:11) acerca de una mujer cogida en acto de adulterio. Cuando es traída a Jesús como un acto de prueba, ella fue tratada con extraordinaria compasión en presencia de críticos hostiles tanto a él como a ella. Aunque esta historia se encuentra en unos cuantos textos latinos an-

tiguos del Nuevo Testamento, no aparece en ningún manuscrito griego anterior al siglo VI. También varía su localización en los manuscritos; algunas veces se coloca al final del Evangelio de Juan, en vez de en los capítulos siete y ocho, o después de Lucas 21:38. Hay, sin embargo, un amplio consenso académico en que este pasaje es auténtico. La mujer, no obstante, no está identificada.

Las lecturas de Cayce dicen que este pasaje está basado realmente en dos incidentes en el ministerio de Jesús, y que en un caso la mujer involucrada es María Magdalena. También se dice que ella es la María hermana de Lázaro y Marta (comparar Juan 11:2; 12:3; Lucas 7:36-50). Esta identificación puede, desde luego, ser deducida de los Evangelios del Nuevo Testamento, pero no está explícita en ellos. La otra mujer, de acuerdo con Cayce, había estado asociada inicialmente con los soldados romanos. Nosotros consideraremos estos incidentes separadamente, dando, tal como hacen las lecturas, peso a los informes que se refieren a María, cuyo papel se hizo muy significativo en los crecientes movimientos cristianos.

De acuerdo con las lecturas de Cayce, María Magdalena era una cortesana que ofrecía sus servicios a los oficiales romanos y civiles, así como a los judíos (n.º 295-8); las prostitutas de este tipo utilizaban sus mañas, algunas veces, «para ganar información de varios tipos y naturalezas» (n.º 5749-9). Ya que el texto de Cayce dice específicamente que tal *no* era el caso con la otra mujer (que también fue ayudada por Jesús con piedad), y evita el hacer tal declaración en el caso de María, debemos deducir propiamente que María estaba envuelta en cierto tipo de actividad relacionada con el espionaje, en nombre de los judíos, como una parte de su profesión en aquel tiempo. En ningún caso las lecturas dicen que, debido a sus actividades, María fuera separada de su familia en Betania, y solamente después de su experiencia con Jesús se reunió con ellos (n.º 295-8).

La situación de la familia de María parece que era de considerable distinción en aquel tiempo y lugar. Ella, junto con su hermano y hermana, se dice que estuvieron muy relacionados con los discípulos —los posteriores apóstoles— Jaime y Juan (n.º 5749-9). En este contexto debemos notar que las lecturas de Cayce establecen que Juan «era el más rico de los discípulos de Cristo. Su patrimonio ascendería en el presente (1933 d. de. C.), en dinero americano, a cerca de un cuarto de millón de dólares... tenía poder» tanto entre los romanos como entre los judíos (n.º 295-8; Jaime, el hermano de

Juan fue asesinado por el rey Herodes en el 42 d. de C. Comparar *Hech.* 12:1-2).

La lectura establece que el incidente con María ocurrió inicialmente en la primera parte del ministerio público de Jesús. El segundo caso, el de la mujer más joven, «cogida en el acto con un soldado romano», ocurrió «después de la reunión de Marta, Lázaro y María» (n.º 5749-9). Se dice que María fue llevada delante del tribunal judío, o Sanedrín, y «todos los jueces se pronunciaron, de acuerdo con la ley, en el sentido de que debía ser lapidada» (n.º 295-8). De acuerdo con el Antiguo Testamento (*Lev.* 20:10, y *Deut.* 22:22), ambos culpables en el caso de adulterio debían ser condenados a muerte. Es importante notar que en el Nuevo Testamento (Juan 7:53-8:11) los acusadores de la mujer no pueden responsabilizar en absoluto a la otra parte, o partes. Si María, de hecho, había servido los intereses de los judíos como espía, quizá tengamos que deducir que algo había pasado para forzar su decisión, para obligarles a hacer cargos contra María contra su voluntad.

María se dice que tenía «veintitrés años cuando la limpió Cristo de los siete demonios: avaricia, odio, sensualidad, y aquellos del egoísmo familiar, desesperanza y blasfemia» (n.º 295-8). Este lenguaje constituye una identificación específica de la María de este incidente con «María, llamada la Magdalena», tal como se cita en el Evangelio de Lucas (8:2). Se describe a María con un «cuerpo de uno sesenta de estatura, y de cincuenta y cinco kilos de peso. El cabello casi pelirrojo. Los ojos azules. Los rasgos motivados por sus antepasados griegos y judíos» (n.º 295-8).

La lectura continúa diciendo que Jesús, en aquel momento, escribió en la arena «aquello que condenó a cada individuo, así cada uno miró sobre su brazo —o así El escribió» (n.º 295-8; comparar Juan 8:6). Los lectores más viejos puede que recuerden que mientras los escritos de Juan no especifican lo que Jesús escribió en la arena, en *El Rey de Reyes*, la famosa película épica de la vida de Jesús dirigida por Cecil B. de Mille hace dos generaciones, muestra este incidente con la misma visión en el contenido de los escritos de Jesús que hace la lectura de Cayce. Esta lectura establece después que lo que Jesús dijo a María fue: «Ni yo te condeno - ni yo te condeno». Este suceso se convirtió para María en una experiencia de «limpieza del cuerpo-mente», «un despertar». La experiencia está

también relacionada en la lectura con el problema de autocondenación, y la mujer que pidió a Cayce la lectura y fue advertida haber sido María Magdalena fue recomendada específicamente debido a sus presentes necesidades: «No te condenes a ti misma» (n.º 295-8).

Las lecturas de Cayce se refieren frecuentemente a la autocondenación como un problema moral y mental tan serio como la condenación de otros. En este caso, la persona a quien se dirigía la lectura fue advertida: «La autocondenación es la condenación de las habilidades del Maestro... el Cristo, quien manifestó la vida en la tierra» (n.º 295-8). En esta lectura, el modo de manifestación de vida de Jesús —que está dado en el contexto de afirmación de que «¡Dios es el Dios de lo *vivo*, NO de la muerte!... La vida, por tanto, es Dios»— fue «mediante no sólo las manifestaciones que fueron dadas en el ministerio, sino en dejar la vida aparte. Tal como El dijo: «Yo *doy* mi vida, la doy de mí mismo, y la tomo de mí mismo» (n.º 295-8; comparar Juan 10:17-18).

Como hemos visto, las lecturas de Cayce no ofrecen una visión del mundo totalmente monística, como si todo fuera uno sin distinción. Ellas afirman frecuentemente el hecho de la distinción de consciencia de cada ser humano, incluso si esa distinción no es absoluta. La vida, sin embargo, que hace tal consciencia posible —esta última se ve también como idéntica con nuestra alma, que está hecha a imagen de Dios (comparar *Gén.* 1:26-27)—, es creada por Dios, una emanación de Dios, de manera que haga posible decir que Dios es vida (comparar Juan 14:6).

La mujer americana, de treinta años, que requirió estas series de lecturas, fue respondida en la primera, en relación con la autocondenación: «Borra *esto* de tu experiencia, a *través* de El que hace todas las cosas posibles» (n.º 295-1). Más tarde ella preguntó, en relación con su propio papel: «¿Devolvió la persona alguna fracción de la deuda contraída con el Maestro mientras El estaba en la tierra?» La respuesta llegó en términos muy honestos:

¡Eso es imposible!...

Lo mismo ocurre con cualquier intento de devolución —no puede haberla! Pero cuando uno vive la vida que *manifiesta* la vida de Jesús, amor, paz, armonía, gracia, gloria, el gozo está en la vida del Maestro cuando se manifiesta —y manifestado— vida en la tierra (n.º 295-8).

Después de esta experiencia «de la gracia salvadora en el amor de Cristo, el Salvador del hombre» (n.º 295-8), María volvió, dicen las lecturas, con su familia en Betania, cerca de Jerusalén, donde «aquellas dos fuerzas vitales de tan diferente naturaleza —María y Marta— y Lázaro» (n.º 2787-1) hicieron de su hogar «el centro en donde se realizaron la mayoría de las actividades de los discípulos...» en aquel tiempo y en aquella área (n.º 295-8). Con referencia al «poder purificador» manifestado tanto en la resurrección de Lázaro (que veremos más adelante) y la restauración de María, se nos dice que «Todos aquellos que fueron purificados por El han sido llamados —son llamados— para misiones especiales, para actividades en cada experiencia y entre los hombres para que puedan demostrar, puedan dar, las bendiciones a muchos» (295-8).

Entonces, ésta es la María de quien «dijo el Maestro, “ella ha elegido la parte mejor”» (295-1; comparar Lucas 10:42). Las lecturas de Cayce siguen la tradición del Evangelio de Juan identificando a María con la mujer que perfumó los pies de Jesús con costosos aceites y que permanece sin nombre en los Evangelios (comparar Juan 12:1-8, Mateo 26:6-13, Marcos 14:3-9, Lucas 7:36-50). En referencia a las palabras de Jesús «En cualquier sitio donde se predique mi Evangelio, se hablará de sus trabajos» (comparar Marcos 14:9 y paralelos), esta lectura comenta: «¡Vaya herencia!» (n.º 295-1).

Las lecturas establecen que la casa de María y Marta se convirtió en un centro de ayuda para las actividades de los discípulos, particularmente de los de raíces judías, en contraste con el quizá más grande grupo de discípulos galileos. También, después de la vuelta de Galilea siguiendo la ascensión de Jesús, cuando María, la madre de Jesús, se convirtió en «una residente en la casa u hogar de Juan...», este Juan, el discípulo amado, se dice que se «reunió con aquellos en Betania...» «A partir de entonces, la asociación de María y Juan se hizo de lo más cercana (estamos hablando de María, la hermana de Marta)». Si esta afirmación significa que María, la hermana de Marta, se casó con Juan, es algo que no está claro, pero por lo menos es posible, ya que la misma lectura habla más tarde de María Magdalena como siendo parte de la familia de Juan, lo mismo que María, la madre de Jesús, y la hermana de la madre de Jaime y Juan (n.º 295-8).

En este contexto se hace referencia a un viaje a «lo que se podría llamar la casa de verano...» en las orillas del mar de Galilea, que

también se convirtió en un centro de apoyo para los trabajadores cristianos de cualquier tipo que «iban y venían» en aquel tiempo (n.º 295-8). En la misma lectura, María, la hermana de Marta, se dice que vivió «alrededor de veintidós años» después de su purificación.

El otro incidente ocurrió más tarde en el ministerio público de Jesús, y es similar en esencia a la experiencia de María. Una mujer joven fue llevada «delante del Maestro en el templo... condenada como alguien cogido en adulterio; y debido al juicio realizado de acuerdo con la ley sobre aquella mujer, el pueblo, el sumo sacerdote o los miembros del Sanedrín declararon que El debía dictar una sentencia» (n.º 1436-2). Esta lectura, en particular, está de acuerdo con el estudioso alemán del Nuevo Testamento Joachim Jeremías en que la mujer ya había sido juzgada y condenada por el Sanedrín y se quería que Jesús diera su opinión sobre el castigo apropiado. En cualquier caso, Jesús tenía que enfrentarse aquí con un dilema diferente. Existe alguna evidencia de que alrededor del año 30 d. de C. los romanos quitaron al Sanedrín el derecho legal de ejecutar, distinguiendo de recomendar, la pena capital. Este es el punto de vista del autor del Cuarto Evangelio en el momento en que lo escribió (Juan 18:31). Si tal es el caso, los líderes judíos podían estar disimulando un plan para saltarse la prohibición romana mediante un linchamiento público, como ocurrió más tarde con el lapidamiento del primer mártir cristiano, Esteban (*Hech.* 6:1-7:60). El dilema de Jesús, sin embargo, residía en el hecho de que si él perdonaba a la mujer y pedía su libertad, violaría la tajante ordenanza de la ley de Moisés (*Lev.* 20:10; *Deut.* 22:22), aunque la misma ley requería que ambas partes culpables fueran apedreadas. Si él ordenaba que la mujer fuera lapidada, se buscaría problemas con los romanos (como en el caso de la moneda romana descrito en Marcos 12:13-17).

Esta lectura dice que «El se pronunció: “Dejar a aquel sin pecado lanzar la primera piedra.” Dejar a aquel que no sienta ninguna culpabilidad dar el primer paso para el cumplimiento de la *letra* de la ley» (1436-2; comparar Juan 8:7). Los lectores perceptivos se darán cuenta que la primera sentencia de esta última acotación es casi literal de la de Juan 8:7, mientras que la segunda da esencialmente el mismo significado en lenguaje alterado a la manera tradicional hebrea de paralelismo poético. La segunda sentencia también se puede considerar como la auténtica palabra de Jesús.

Las lecturas de Cayce dicen que en ambos casos de la mujer cogida en adulterio, Jesús se apartó y escribió sobre la tierra. En la posterior estancia en el templo, Jesús escribió palabras que apelaban a la «expresión de piedad y no de sacrificio» (n.º 5749-9; comparar Mateo 9:13; *Hos.* 6:6), palabras que también trajeron «el despertar de la esperanza en el corazón de la mujer» (n.º 1436-2). En la instancia anterior, «lo escrito fue lo que hizo reconocer a los acusadores *sus* propias actividades» (n.º 5749-9). Aquí en el templo, con este despertar de la esperanza, «cuando se oyó el grito: “¿Qué has dicho Maestro?”», se oyó la respuesta: “Yo no te condeno hija mía, vete y no peques más”» (n.º 1436-2; comparar Juan 8:11).

Esta lectura continúa diciendo: «¿No es una maravilla que aquellos días que siguieron hicieran una remodelación de la mujer? Aunque la mujer se mantuvo lejos, y hasta después de aquellos períodos en que comenzó la persecución no se aventuró a acercarse a aquellos clasificados o llamados de la familia de la fe» (n.º 1436-2). Esta muchacha aparentemente sentía que aquellos de la familia de la fe creada por Jesús mismo no eran suficientemente abiertos para admitirla en su hermandad hasta que ellos también se hubieran rebajado a los ojos del mundo. Una lectura, refiriéndose a María Magdalena, expresa muy claramente la actitud que prevalecía inicialmente al menos entre algunos de los discípulos. «Con la vuelta de María después de la conversión y de la expulsión de los demonios —esto trajo más confusión todavía a la mujer—. Porque la mujer, cómo podía alguien que había sido *tal* persona —o que no había considerado a las personas excepto por sus ganancias materiales— convertirse en alguien distinguido entre aquellos, o en asociación con una familia de personas tales como Marta y Lázaro» (n.º 993-5).

La lectura número 1436-2 continúa: «Pero el haber tenido la palabra directa del Maestro de maestros, el Profesor de los profesores, “no te condeno”, significó, y significa, en la experiencia de la entidad, aquello que las palabras no pueden reflejar.» La única respuesta adecuada a tal gracia, dicen las lecturas, es expresar lo mismo en relación a otros, mediante «los hechos del cuerpo, el deseo de la mente, para traer esperanza, fe, *en* el Señor, en el Maestro, capaz de salvar al máximo, y que dijo a todos: “Mi paz os dejo, mi paz os doy”». También se afirma que después de negarse a condenar a la mujer, Jesús la dijo: «Ten piedad, como la que yo te he

dado y te he enseñado». Siguiendo a esta admonición, se da un consejo que es válido hoy tanto como lo era durante el tiempo del Maestro:

En esa vida de intolerancia, ¿la entidad no puede encontrar en el corazón el decir, incluso como El, «No saben lo que hacen», y dar la copa de agua, dar la curación en las manos, dar el cariño a aquellos que están tristes?

A aquellos que están contentos dales más gozo, en esa alabanza que se le da a El que hizo la vida para todos los que buscan conocer su cara (n.º 1436-2; comparar Lucas 23:34; Mateo 10:42).

Las lecturas establecen que Jesús fue cuestionado en diferentes ocasiones por diferentes grupos en el espectro contemporáneo de las escuelas judías de fe y práctica, ya fuera por los fariseos o por los saduceos, o «por las autoridades romanas» (n.º 5749-9). Una lectura describe la escena en el templo con vívidos contrastes, mostrando a Jesús enfrentándose al interrogatorio de los saduceos, «la experiencia cuando delante de aquellos en autoridad o ley penal, aquellos con la pompa y la gloria —¡El en toda su gloria, brillando su cara, como solamente desde el Padre Dios mismo!» (n.º 1436-2).

El uso del pronombre personal neutro con referencia al Padre-Dios no debe entenderse como significando que las lecturas de Cayce afirmen que sea impersonal. Como ya hemos visto en esta colección de materiales, las lecturas enseñan que Dios es sublimemente personal, que él es a la vez autoconsciente y consciente de nosotros, y que él busca el compañerismo como el Hacedor con su creación, sobre todo con las almas que él creó en el principio (comparar n.º 1567-2; n.º 1458-1; n.º 5064-1). «¡El se preocupa!» (n.º 1567-2). Uno encuentra ocasionalmente el uso del género neutro en referencia a Dios entre los más importantes teólogos de la primera Iglesia cristiana, tal como en Gregorio de Nisa en su trabajo *Sobre el alma y la resurrección*, compuesto en el 380 d. de C., con la intención de sugerir dimensiones «transpersonales» de la divinidad que trascienden nuestra limitada experiencia de lo personal. En las lecturas de Cayce, el pronombre personal masculino se utiliza mucho más frecuentemente que el neutro, la palabra Padre se utiliza especialmente, aunque como hemos visto, el término Fuerza Creativa (comparar el uso plural hebreo de Elohim por Dios, como

en *Gén.* 1:1-2:4a; 12:1 y ss.), se encuentra frecuentemente. Las lecturas, significativamente, como algunos de los cristianos gnósticos en la primera Iglesia, usan también el término «la Madre-Dios» o «Padre-Madre Dios», como otras designaciones apropiadas para lo Más Alto, que es siempre visto como uno finalmente (n.º 945-1; n.º 281-39). (Ver *Los Evangelios Gnósticos*, de Elaine Pagel, especialmente *El Apócrifo de Juan*). Otra lectura expone el asunto de la siguiente manera: «¿Cuán personal es tu Dios? ¡Tan personal como tú le dejes ser! ¿Qué cerca está Cristo tal como se manifestó en el cuerpo físico de Jesús? ¡Tan cerca y tan querido como le dejes estar!» (n.º 1158-9).

«Este fue El Divino, quien honró a la mujer para que pudiera, también, ser igual al hombre en la redención del hombre (genérico) de los engaños del demonio, o de los engaños de aquel que hace al hombre errar en cualquier manera» (n.º 5231-1).

LA EXPERIENCIA DE LA TRANSFIGURACION

En las lecturas de Cayce se dan relativamente pocos detalles en relación a la experiencia de Jesús y de tres discípulos que conversaron de una manera visionaria en el monte de la transfiguración con las dos más grandes figuras de la tradición religiosa hebrea, el legislador Moisés y el profeta Elías. Una declaración es que: «El se había retirado a la montaña para que pudiera ser evidencia material en la carne de sus tres fieles discípulos (Pedro, Jaime y Juan)» (n.º 3216-1; comparar Marcos 9:2-13 y paralelos). También se establece que después de esta experiencia fue difícil para los discípulos entender por qué ellos mismos no podían curar como Jesús. Otra lectura pregunta: «¿Moisés y Elías, le dieron fortaleza a El, o la ganaron de El?». El contexto de esta pregunta enfatiza que Jesús enseñó y manifestó el hecho de que el reino de Dios está dentro y que «¡no es una dependencia sobre los poderes exteriores!»

Esta lectura tiene también otra declaración acerca de la interioridad humana como de principal importancia pero requiriendo, no obstante, expresión externa. «Es *dentro* donde está el reino de los cielos ¡El reino de *Dios* está fuera pero se manifiesta en cómo reacciona sobre *ti* —por la manera en la cual repartes con tus asociados día tras día ese concepto de que la luz se levanta dentro!» (n.º 877-27). Esta lectura, como un todo, deja claro que la fuente del poder de Jesús estaba en el Padre habitando dentro y no en poderes munda-

nos o espíritus supernaturales, aunque puedan ser mundanos de por sí (n.º 877-27).

Un punto de considerable importancia es que otra lectura parafrasea a Marcos 9:1-2 como sigue: «Hay aquí algunos que me verán venir en mi gloria. Y El tomó consigo a Pedro, Juan y Jaime y se fueron a la montaña, y allí se transfiguró delante de ellos» (n.º 478-4; comparar n.º 877-27). Ya que Marcos 9:1 contiene la afirmación: «Algunos de los que están aquí no conocerán la muerte antes de ver el reino de Dios venir con poder», esta lectura de Cayce puede indicar que Jesús entendió la experiencia de la transfiguración como un modo de su glorificación.

La misma lectura tiene una discusión constructiva sobre el papel de «de los nueve dejados en el valle», cuando Jesús se llevó solamente a tres de los doce discípulos principales (llamados posteriormente apóstoles) para compartir con él la experiencia en el monte de la transfiguración. La cuestión se plantea: «¿Es que no eran ellos grandes predicadores, grandes ministros? ¿Es que no tenían un contacto muy directo con la Verdad y la Vida misma? Sin embargo, no significa que El se hubiera marchado, tampoco que El se hubiera retirado.» Tenemos aquí una afirmación del significado y valor de la vida y trabajo de aquellos de los doce que no fueron llevados para participar en aquella trascendental experiencia. No se les debe tener en menor consideración, ya sea como personas o como efectividad en el ministerio del Evangelio porque no estuvieran entre los tres. Se hace una breve declaración de por qué ellos, por cualquier razón, no tuvieron en ese momento, en particular, el poder efectivo para curar que habían tenido anteriormente o que tendrían después. El punto de este argumento, no obstante, parece ser que Pedro, Jaime y Juan fueron elegidos para compartir la experiencia por «razones estratégicas» o «funcionales» que no pueden ser entendidas como implicando valor personal en los tres superior al de los otros «dejados en el valle».

Una cuestión posterior se plantea en la misma lectura en referencia a los resultados en sus vidas personales, Pedro, Jaime y Juan, habiendo tenido el privilegio de compartir la experiencia: «¿Tomó ella de sus actividades o añadieron a las actividades de Pedro, Juan y Jaime el estar en la Presencia? Pedro negó. Juan se mantuvo en sí mismo. Jaime por su propio esfuerzo —Herodes colocó sus manos sobre él» (comparar Marcos 14:66-72; Juan 21:20-24; *Hech.* 12:1-2).

Esta lectura dice al hombre de cuarenta y cinco años a quien se dirige que estos asuntos debieran ser lecciones en la propia experiencia de su vida, que no debiera perturbarle el que él «hubiera estado en el monte en la experiencia con El, o en el valle con los nueve», porque él era todavía «de El» (n.º 478-4). El más alto significado de la vida, se nos dice aparentemente, no está en sublimes experiencias religiosas ni en llamadas exaltadas, sino en la fidelidad al trabajo entre manos, cualquier cosa que sea, y en cualquier lugar que se encuentre. El Señor de la vida está presente con su gracia y gloria en comparable autenticidad tanto en el valle como en la montaña.

Otra lectura, hablando de la declaración de Pedro en el monte de la transfiguración: «Hagamos aquí un tabernáculo» —continúa preguntando: «¿Qué es en verdad un tabernáculo? ¡Es el cuerpo, la mente, el alma! ¡Preséntalos, por tanto, como cosas sagradas, aceptables por El que es dador de todos los regalos buenos y perfectos!» Esto, en cambio, es para que el «que pensó que no es un robo ser igual a Dios, haciéndose a sí mismo, sin embargo, de *no*-estado... pueda entrar en el santo de los santos con él en su *propio* tabernáculo!» (n.º 877-27; comparar 1 *Cor.* 3:16; *Rom.* 12:1; *Ja.* 1:17; *Fel.* 2:6). En otra lectura encontramos una breve indicación del mensaje de la experiencia de la transfiguración: «¿Qué vieron ellos? ¿Un cuerpo glorificado? ¿Que trajo la gloria del cuerpo? ¡La comunión de los santos! (n.º 262-87). Estas palabras nos recuerdan que «la comunión de los santos» incluye un tipo de relación con aquellos que han muerto y con los que habló Jesús, con «los muertos» en el monte de la transfiguración (comparar 2 Pedro 2:15).

La resurrección de Lázaro

Hay muchos informes y referencias en las lecturas de Cayce al despertar de Lázaro desde la muerte. Este acontecimiento es descrito en el Nuevo Testamento solamente en el Evangelio de Juan, pero con considerable detalle (Juan 11:1-57). La relación de Jesús con esta familia de Betania, una ciudad situada a corta distancia de Jerusalén, fue claramente especial (comparar Lucas 10:38-42).

Las lecturas establecen que Jesús fue allí a menudo, al «lugar de descanso en Betania» (n.º 966-1; ver también n.º 993-5). Esta especial relación se afirma incluso en el contexto de las declaraciones

reveladoras de la universalidad «del amor mostrado en aquella experiencia a aquellas gentes, donde quiera que fue el *Maestro*» (n.º 2466-1). Lázaro es llamado «el hermano de aquellos a quien amó el Señor» (n.º 1924-1), una declaración que nos recuerda la sentencia bíblica: «Ahora Jesús amó a Marta, a su hermana y a Lázaro» (Juan 11:5). Las lecturas contienen varias referencias al hecho de que Jesús «lloró con María, Marta y aquella familia» (n.º 993-5); él —el amigo— lloró con aquellos de sus amigos por culpa de las críticas, en la compañía del grande y del casi grande... (n.º 2787-1; comparar Juan 11:33-36).

La familia de Lázaro era, evidentemente, distinguida en la sociedad de entonces, aunque quizá no muy rica, ya que oímos de «la pequeña casa en Betania» (n.º 2466-1; ver también n.º 1924-1). No se hace referencia al padre en las lecturas, al menos que yo sepa, ni tampoco en la Biblia. Su madre, no obstante, se dice que fue «una cercana partidaria del pensamiento esenio, del grupo ortodoxo» (n.º 993-5). Esta afirmación parece significar que las asociaciones formales de su madre fueron con la sociedad religiosa de aquel tiempo, pero que su fe personal y visión del mundo estaba más cerca de la expresión esenia de la fe tradicional de Israel. Toda la familia, sin embargo, llegó a ser, como Lázaro, «el amigo, el compañero, de aquellos que amaban el nombre de Jesús, que amaban sus maneras» (n.º 1924-1). Se dice de Lázaro haber estado «enfermo de fiebre —lo que hoy llamaríamos fiebre lenta, o tifus— y eventualmente ocurrió la muerte» (n.º 993-5).

Las lecturas de Cayce están de acuerdo con los estudios bíblicos de que Lázaro estuvo «cuatro días en la tumba» (n.º 3656-1; ver también n.º 5148-2; comparar Juan 11:17). El resucitar de Lázaro se describe —y se interpreta— con varias frases y declaraciones: «El llamó a Lázaro, ¡levántate!» (n.º 1158-14; comparar Juan 11:43). Una aplicación contemporánea es ofrecida por el durmiente Cayce: «El permanece en la puerta y llama (comparar *Rev.* 3:20), incluso como El hizo en la tumba, cuando dijo a Lázaro que se levantara. Porque El venció a la muerte, al infierno y a la tumba mediante su total confianza en el amor del Padre» (n.º 993-5).

Se dice que Lázaro vivió, después de levantarse de la muerte «hasta que surgió la primera rebelión» (n.º 295-8), quizá en referencia al alzamiento contra los romanos llevado a cabo por un hombre llamado Theudas alrededor de diez años después de la crucifixión de

Jesús (comparar *Hech.* 5:34-39; Josefo, *Antigüedades judaicas*, XX, 5,1).

La lectura n.º 993-5, que explica el significado no solamente del despertar de Lázaro, sino de la misma resurrección de Jesús, da una declaración representativa de Cayce acerca de la relación entre cuerpo, mente y alma, o espíritu, en la vida humana en la tierra. «El espíritu es voluntarioso, la carne débil (comparar Marcos 14:38) —pero no odies a la carne por su debilidad; y sabe que en materialidad son una, que debe coordinar el cuerpo, la mente y el alma, si uno quiere ser creativo en cuerpo, mente o espíritu... Es solamente aplicando lo que conoces como creces»(n.º 993-5).

La actitud positiva de Cayce hacia la materialidad (¡no hacia el materialismo!) es revelada en una interesante y sugestiva lectura dada en el año 1937. Una mujer había preguntado al durmiente Cayce: «Si yo creo que el Dios interior es capaz de satisfacer todas mis necesidades, ¿cómo puedo yo justificar el ir a ver a un osteópata para un tratamiento?» La respuesta fue:

¿Cómo Jesús, el Hijo, el Cristo, se justificó a Sí mismo diciendo al hombre que había curado de lepra el «ir, mostrarse a sí mismo al sacerdote y ofrecer el sacrificio establecido por Moisés» (comparar Marcos 1:40-45)?

¿Fue curado el hombre debido al acto o porque Jesús habló y fue suficiente?

Cuando Lázaro estaba muerto, cuando la hija de Jairo yacía muerta, El habló y se levantaron. El *la* tomó de la mano y ordenó que le dieran comida y bebida (comparar Marcos 5:35-43).

Porque en el mundo material, las respuestas materiales deben aplicarse a los seres materiales.

A Lázaro, El le ordenó, «¡Levántate!» Sin embargo, él (Lázaro) no era capaz de desatarse a sí mismo (n.º 1158-14).

Este énfasis sobre lo apropiado en la tierra del uso de medios materiales y medidas junto a la total confianza en Dios, es visto en otra lectura, que también enfatiza la necesidad de cooperación humana, tanto individual como corporativa, con lo divino, de manera que se pueda alcanzar verdaderos resultados positivos. Esta lectura describe la resurrección de Lázaro de la siguiente manera:

Cuando El habló, la misma muerte cedió lo que había reclamado, incluso aunque la hermana advirtiera que no había habido embalsamamiento como era el propósito de muchos. Instantáneamente la actividad trajo la vida. ¡Porque El *es* la vida. El *es* la salud, El *es* la belleza, El *es* —no era ni será— sino que *es*! Porque habiendo vencido a la muerte, al infierno y a la tumba, El está justificado ante Dios dándole lo que cree, lo que está de acuerdo, ya que «Si pides en mi nombre, creyendo», siendo lo que pides, ello te será dado (comparar Juan 14:13-14; 16:23-24).

Sin embargo, con el rompimiento de los lazos de la muerte, el rompimiento de los lazos materiales, la atadura alrededor de la cabeza, las necesidades deben ser realizadas por otros (n.º 5749-16).

La misma lectura prosigue después ofreciendo más comentarios acerca de lo apropiado de la cooperación humana, así como de la cooperación con los medios materiales en este plano de la tierra: «Hay siempre, por tanto —en las asociaciones materiales, en la búsqueda de ayuda, de amor, de salud, de entendimiento hacia el hermano— algo, algún esfuerzo de su parte, así como de la tuya. Pero en donde se reúnen dos o tres en mi nombre, allí estaré Yo en medio de ellos» (n.º 5749-16; comparar Mateo 18:20).

Es importante notar que las hermanas de Lázaro se habían negado al embalsamamiento de su hermano, un proceso que sin duda hubiera involucrado la eliminación de la sangre y, hablando humanamente, hubiera hecho mucho más difícil la restauración de la vida. El informe bíblico solamente alude a las condiciones del cuerpo de Lázaro, que en el momento de la llegada de Jesús a la tumba ya estaba produciendo un olor muy peculiar (Juan 11:39). Este rechazo de parte de las hermanas sugiere que tenían fe y esperanza en que Jesús, de alguna manera, podría ser capaz de ayudar a su hermano (comparar Juan 11:3, 22).

Otra lectura nos ofrece más información sobre la interrelación entre los aspectos físico, mental y espiritual de la vida.

Aunque existen aplicaciones mecánicas o medicinales para el bienestar del cuerpo físico, éstos son para afinar el cuerpo a aquella consciencia que hace o trae conocimiento de su relación a lo espiritual, o fuerza de Dios. Igual que el barro, la saliva sobre los ojos del ciego tuvo el efecto de traer la consciencia de la Fuerza Creativa, o Dios, a aquellos párpados granulados en la experiencia de aquel individuo (n.º 2812-1; comparar Juan 9:1-41).

En el conjunto de lecturas que se refieren a Lázaro, encontramos varios comentarios acerca de Judas Iscariote que arrojan luz sobre la postura de Jesús hacia las actividades políticas, sociales y económicas de su tiempo. Judas no estaba solo en sus actividades, tenía un buen número de ayudantes en el programa particular que aparentemente buscó llevarse a Jesús. Una lectura establece que: «Aquellos grupos alrededor de Judas buscaron proclamar a Jesús como el liberador de las gentes de aquellas ataduras (de los romanos), de los impuestos» (n.º 1179-7). La misma lectura nos da la respuesta de Jesús a aquellos planes citando su «repulsa de las gentes que estaban especialmente alrededor de Judas en aquel tiempo». Esto es afirmar, desde luego, que Jesús rechazó claramente los planes de revolución política con violencia física. Los informes de los Evangelios del Nuevo Testamento, podemos recordar, revelan el consistente énfasis de Jesús sobre la mayor importancia de la interioridad de los seres humanos. El pidió claramente justicia para todos, social, económica y política; pero quizá sintió que los judíos podían estar peor bajo su propio gobierno —como eran en aquel tiempo (Caifás, Anás y otros)— que bajo los romanos (comparar Lucas 13:31-32; Marcos 14:15, y paralelos).

Más luz sobre este tema se da en la misma lectura, que enfatiza en relación a «El —que es el Camino, la Verdad y la Luz—», es decir, es «la verdad que hizo al hombre libre, aunque éste debe estar bajo la sombra del servicio a un poder más alto materialmente». Esta afirmación profundamente significativa del poder del Cristo resucitado para liberar —ser real y significativamente efectivo, sustentador de las vidas de los seres humanos no importa cuáles puedan ser sus circunstancias políticas, económicas o sociales, incluso, evidentemente, sin cambios estructurales en estas circunstancias— aparece en la misma lectura como una declaración del propósito primario por el cual Jesús entró en el mundo: «Los propósitos por los cuales entró en el mundo fueron, como El dijo, no por mí, no por ganancias materiales, sino para que todos conocieran la verdad que hace a todos los hombres libres bajo cualquier circunstancia en el plano material» (n.º 1179-7). «Su habilidad para dejar la muerte atrás, incluso de desafiarla y dar a otros una mayor esperanza» (n.º 2519-8).

Estas declaraciones nos dan una sucinta forma de afirmación en relación con el entendimiento de la divina providencia que se en-

cuentra en las lecturas de Cayce. Esto es, que hay oportunidades específicas —insignificantes, sin embargo, o incluso pueden parecer invisibles en cierto momento o lugar— que continúan siendo dadas en las vidas de todo ser humano, o grupo corporativo, en este plano de la tierra o en otros reinos. Así leemos en algún otro sitio: «No des ninguna condición por perdida. Haz de cada una un escalón para cosas más altas, recuerda que Dios no nos permite ser tentados más allá de lo que somos capaces de soportar y comprender, si hacemos nuestra voluntad una con la suya» (n.º 900-44; comparar 1 *Cor.* 10:13).

Este extracto es un ejemplo de las relativamente frecuentes instancias en las lecturas de Cayce, donde un verso o más es acotado de la Biblia —algunas veces literalmente, otras veces con variaciones sobre el texto tradicional, como hicieron a menudo los padres de la Iglesia—, de tal manera que pueda dar al mismo tiempo una explicación de su significado o sugerir un modo de aplicación de esa verdad. Por ejemplo, este verso de Pablo (1 *Cor.* 10:13) es a menudo citado, pero con una variedad de frases concluyentes, o en combinación con otros versos: «Dios no había deseado que ningún alma pereciera, pero tuvo con cada tentación, cada prueba, con cada disgusto, un camino de escape o de corrección» (n.º 1567-2; comparar 1 *Timoteo* 2:4, 4:10; 2 *Pedro* 3:9); «El no deseó que ningún alma pereciera, sino que tiene con cada tentación, con cada prueba, un camino preparado de entendimiento o escape» (n.º 2081-1). «El no había deseado que ningún alma pereciera, sino que tuvo preparada con cada tentación una manera en la cual cada alma pudiera encontrarse a sí misma» (n.º 1663-2). «El no había deseado que ningún alma pereciera, y así, una y otra vez llegan las oportunidades» (n.º 3581-1). «Porque el Padre no había deseado que ningún alma pereciera, y así, conscientemente, es que cada alma tiene una y otra vez —y todavía otra vez— la oportunidad de hacer su camino recto» (n.º 2021-1). «Porque cuando las almas del mundo vagaban alejadas, El —no deseando que ningún alma pereciera— preparó un camino a través del cual, por el cual, cada uno pueda encontrar su camino, otra vez, hacia esa hermandad, esa relación con las Fuerzas Creativas» (n.º 1458-1; comparar 2 *Cor.* 5:18-20). «El no deseó que ningún alma pereciera, sino que con cada tentación tuvo preparado un camino, una manera, a través de la cual cada alma pueda hacerse consciente de sus faltas, sus virtudes —magnificando las virtudes, minimizando las faltas (de sí mismos como de otros)— que uno

pueda llegar al perfecto conocimiento de la relación con las Influencias Creativas, llamadas Dios» (n.º 2397-1). «Conoce primero, el Señor tu Dios no tienta a ningún alma, no ha dado ningún alma que no pueda encontrar. Y El ha preparado un camino de escape para cada alma si ella simplemente escucha a la profunda voz interior» (n.º 417-8; comparar Jas. 1:13-15; Reyes 19:12).

Se da una buena declaración de estos principios en el bien conocido volumen que intenta resumir las lecturas de Cayce como una guía para el crecimiento personal y una vida diaria efectiva, *Una búsqueda de Dios*: «Que no tengamos nunca que pensar que la oportunidad ha pasado, porque la piedad de Dios no tiene límites... ¡Hoy es un día aceptable para el Señor! Para empezar nunca es tarde para nosotros.» O como lo pone la lectura n.º 333-6: «¡Siempre hay oportunidades! Las oportunidades *nunca* se retiran.» Y la manera de hacer uso de las oportunidades se da una y otra vez en las lecturas de Cayce. «Si aplicarás lo *conocido* de tu ser, entonces puede que te sea dado el siguiente paso» (n.º 262-69).

No hay quizá en el mundo moderno otro asunto acerca del cual encontremos más confusión que este del entendimiento de la naturaleza de las responsabilidades personales dentro de la vasta matriz de las circunstancias humanas que nos rodean y de las que somos parte. A lo largo de muchos siglos, tanto en Occidente como en Oriente, el pensamiento humano y los sentimientos relacionados han oscilado entre los puntos de vista del determinismo y el de la libertad, entre opiniones muy abiertas sobre las posibilidades humanas y percepciones estrechas de sus limitaciones, con muchas variaciones entre los dos extremos. En particular, la experiencia de nuestro siglo XX, con gobiernos totalitarios de varias ideologías, ha llevado a muchos pensadores contemporáneos de nuestras sociedades a concluir que no hay esperanza para las personas situadas en las tensas circunstancias económico-políticas, excepto a través de la liberación por fuerzas externas. Tal ha sido la doctrina tanto del comunismo marxista como del nacional socialismo, y ello parece ser una premisa al menos de algunas formas de la teología de la liberación contemporánea.

Las lecturas de Cayce difieren agudamente de este tipo de visión del mundo. Ellas ven a la vida humana como «una distribución de gracia» y nos empujan a «contar las dificultades, los problemas, incluso los disgustos, como un peldaño para conocer mejor su camino. Sé feliz en *su amor*. Porque El nos ama, incluso cuando estamos

alejados. ¡Cuanto más cuando intentamos, aunque tropecemos y caigamos! Por el esfuerzo, por la prueba, la *determinación* crea aquello que se levantará como fidelidad, verdad, y como la honestidad delante del Trono de la gracia» (n.º 262-83).

Esta percepción de la situación humana a la vez grande y pequeña, no quiere decir que los individuos acepten pasiva e indolentemente sus circunstancias tal como las encuentren, sin esperanza de cambiar y sin hacer ningún esfuerzo de su parte para efectuar el cambio, tanto externa como internamente. Todo lo contrario; las lecturas de Cayce, repetidamente, apelan al esfuerzo humano, tanto como sea posible, en cualquier situación. Tales admoniciones descansan en el contexto de una visión del mundo que propone una estructura divina aunque con un orden de circunstancias flexiblemente abierto. Este orden permite, y por supuesto anima, al esfuerzo humano —por muy insignificante que el esfuerzo pueda parecer a alguien en cualquier oportunidad o lugar—. Otra afirmación es que, para Dios, tal esfuerzo es realmente efectivo y dará buenos frutos a la larga. Las lecturas describen frecuentemente el crecimiento espiritual de los seres humanos en términos de escalón tras escalón —incluso en las más desfavorables circunstancias—, «día tras día, escalón tras escalón». «Cuando aplicamos aquello que conocemos, se nos da el siguiente escalón», es la frase en el libro *Una búsqueda de Dios*. En este contexto de significado, los versos de Isaías se citan o parafrasean a menudo: «Precepto sobre precepto, precepto sobre precepto, línea sobre línea, línea sobre línea, aquí un poco, allí otro poco» (n.º 922-1; n.º 3416-1; n.º 262-12; comparar Isaías 28:10-13).

Esta es una visión de la vida como una escalera ascendente, una visión mucho más afín con el apóstol Pablo cuando escribió a la iglesia de los filipenses (en Grecia) hacia el final de su vida: «Yo avanzo hacia la meta de la ascendente llamada de Dios en Cristo Jesús» (*Fil.* 3:14). Todo esto es en el contexto de la fe «la voluntad del Padre no es el que tu alma perezca, sino que haya una quema de la escoria, que se pueda cambiar en trigo, que se pueda purificar incluso como El a través del sufrimiento en las cosas materiales que son para la edificación del alma» (n.º 262-77; comparar 2 Pet. 3:9; 1 Cor. 3:10-15; Lucas 22:31 —ver los pronombres en plural en griego—, *Heb.* 5:7-10).

No obstante, esta visión de la vida humana no debe considerarse como llena de esperanza meramente en un sentido ceñudo. Las lec-

turas de Cayce nos dicen trabajar pacientemente, asegurarnos: «Aprender paciencia de nuevo, paciencia persistente, paciencia activa —no meramente pasiva—. La paciencia no quiere decir meramente esperar... obedece con las leyes de la paciencia, trabajando junto con amor, propósito, fe, esperanza y caridad» (n.º 1968-5). Sin embargo, esta tarea de la paciencia, como se sugiere, debe ser realizada con espíritu noble en el contexto de grandes expectativas: «Si los problemas de la experiencia de hoy, de ahora, se toman como una expectativa por lo inusual y por aquello que ha de ser creativo y esperanzador y animoso, la vida se convierte más en una canción creativa de un trabajador alegre» (n.º 1968-5). «Mantente siempre creativo en las actividades. Esto también. Alégrate de tener la oportunidad de estar vivo en este momento, y de ser una parte de aquella preparación para la venida de las influencias de naturaleza espiritual que *deben* regir el mundo... Sé feliz, feliz por ello, y da gracias diariamente por ello» (n.º 2376-3). (Una insinuación de la escatología de las lecturas de Cayce se da también en esta cita). Otras bases para la esperanza humana se dan en la siguiente breve descripción de las estructuras de la vida humana en este universo de Dios en el libro *Una búsqueda de Dios*: «De cualquier manera en que nos preparemos, el tiempo y lugar para utilizar lo preparado llegará.»

Desde aquí las lecturas de Cayce nos empujan: «No te canses haciendo el bien; si ello necesita años, da años; pero dale a Dios continuamente servicio y agradecimiento» (n.º 3684-1). Se nos dice que dejemos a la Luz «que se tome su tiempo» (n.º 2072-4). Aunque estemos separados de nuestros seres queridos, «aprendemos más y más que las separaciones no son más que andar a través de las habitaciones, como si fueran, de la casa de Dios...» (n.º 1391-1; comparar Juan 14:2). La muerte física es solamente «la otra puerta de Dios» (n.º 5749-3). «Porque no es toda la vida para vivir, ni tampoco toda la muerte para morir, porque una es el nacimiento de otra, cuando se observa desde el centro o todo» (n.º 369-3).

De acuerdo con las lecturas de Cayce, el conjunto de este panorama humano, y cósmico, debe ser considerado como supremo en el contexto de las relaciones. Aunque el camino sea largo y a veces duro, no caminamos solos. Se nos dice: «No puedes llevar la carga solo, pero El ha prometido —¡Y El es fiel!—: Si apoyas tu carga sobre mí, Yo te guiaré» (n.º 262-77; comparar Mateo 11:29-30).

«Ya que, como Él nos ha sido dado como la mayor promesa desde la fundación del mundo, “Si me llamas, lo oiré, y responderé rápidamente —aunque estés lejos, te oiré—, Yo te responderé”» (n.º 1747-5; comparar *Ps.* 3:4; 4:3; 6:8-9; 10:17; 18:6; 22:24; 28:6; 31:22; y más; también *Lucas* 18:8). En *Una búsqueda de Dios* la declaración es: «Su constante presencia está dentro y con nosotros.» (Una de las mayores contribuciones de las Lecturas de Cayce es reafirmar la importancia central de la oración en la vida humana, así como, a partir de ello, ofrecer modos nuevos). No hay razón, incluso, para temer «al último enemigo», como llamaba el apóstol Pablo a la muerte, «cuando la confianza del alma y del corazón del hombre está en el Señor, que hace buenas todas las cosas» (n.º 5195-1; *1 Cor.* 15:26). De acuerdo con el libro de P. Franklin Chambers *Juliana of Norwich*, una percepción similar de la providencia divina, «Él hace buenas todas las cosas», se encuentra en la mística y ermitaña inglesa del siglo XIV.

Considerando el suceso del despertar de Lázaro desde la muerte por la acción de Jesús, se deben añadir uno o dos puntos. Lázaro, como ya hemos señalado, se supone que vivió «solamente hasta que se produjo la primera rebelión» (n.º 295-8). Varias lecturas se refieren a la «gran fiesta... dada por Lázaro y el Maestro con sus discípulos» (n.º 2791-1); «las hermanas —Marta y María— hicieron preparativos para la cena, después de la resurrección o la vuelta a la vida del hermano» (n.º 1179-2). Esto también se describe como «la gran fiesta dada a los amigos y a Jesús y sus discípulos» (n.º 2787-1). Otra lectura identifica este suceso como «la fiesta de acción de gracias de aquellas gentes de Jerusalén, así como de Betania, cuando la cena fue dada a Lázaro» (n.º 2519-8; comparar *Juan* 12:1-12).

Hay varias referencias en las lecturas acerca de la costumbre, entonces corriente en Palestina, de alquilar plañideras en los funerales. Se hacen menciones específicas de haberse realizado este alquiler a la muerte de Lázaro (n.º 2787-1; n.º 3179-1; n.º 5148-2). Ya hemos visto que hubo algunos entre los discípulos de Jesús que tomaron notas y mantuvieron ficheros durante su ministerio público (n.º 5148-2). También hay referencias al arte pictórico (frescos) en la vida de la iglesia temprana. Una lectura habla de aquellos que intentaron «hacer o dibujar sobre las paredes de los lugares de reunión de algunos de aquellos grupos las actividades de aquel Maestro». Aparentemente, «la primera que fue dibujada se refiere al levantamiento de Lázaro» (n.º 2398-2).

ENCUENTROS POSTERIORES

Las lecturas de Cayce ofrecen adiciones sumamente sugestivas a los informes bíblicos del hombre joven rico (llamado un «gobernante» solamente en Lucas 18:18) que fue desafiado por Jesús en relación con sus riquezas y —solamente por una vez, dicen las lecturas— penosamente rechazó seguir la llamada a convertirse en discípulo (comparar Marcos 10:17-31 y paralelos). Se dice que el hombre joven era un «estudiante de leyes, que significa un estudiante de lo tradicional y de la interpretación de los códigos de lo penal, de lo espiritual y de lo marital» (n.º 2677-1). Esta lectura es importante porque se refiere a posteriores, y algunas veces excesivas, interpretaciones de informes bíblicos; porque se dice que el hombre joven era «alguien alrededor del cual había mucha especulación mental en las mentes de muchos; sobre lo que está escrito en los registros, concerniente a lo cual un orador palabrero proclama mucho sobre lo que sabe muy poco». La lectura continúa describiendo:

El joven gobernante declaró: «Estos (mandamientos) he guardado desde mi juventud. ¿De qué estoy faltó todavía?» «Vende (responde Jesús) todo lo que tienes y sígueme». Y se fue afligido.

Pero recuerda otra línea: «El Maestro amaba al joven» (comparar Marcos 10:21).

Aquel que ha sido favorecido por el Maestro, en mente o en propósito, puede contar que su alma es en verdad afortunada. Recuerda una de esas leyes eternas: «El no desoó que ningún alma pereciera» (n.º 2677-1; comparar 1 Timoteo 2:4; 4:10; 2 Pedro 3:9).

La lectura continúa estableciendo que el joven, más tarde, reconsideró y volvió para seguir a Jesús, que él estaba entre aquellos influyentes en estimular la búsqueda del Señor del fariseo Nicodemo (comparar Juan 3:1-15), y que contribuyó al cuidado del cuerpo de Jesús después de que fuera descendido de la cruz: «El vino más tarde, y siguió. ¿Quién impulsó el que Nicodemo buscara al Señor? ¿Quién incitó para que se cuidara el cuerpo cuando fue puesto en una tumba nueva todavía sin usar?» (n.º 2677-1; comparar Mateo 27:60).

La experiencia del joven con Jesús, afirma también la lectura, se convirtió en una fuente en su caso particular de la tolerancia, que «es la base de la paciencia, y con paciencia, hijo mío, como El dijo, tú te hiciste consciente de tu alma y su relación al propósito de lo Infinito con lo finito» (comparar Lucas 21:19). (Podemos muy bien cuestionar la traducción de RSV del término «paciencia» (en griego *hypomone*, en latín *patientia*) en este pasaje de Lucas como «resistencia» (también en *Rom.* 5:3-4 y algún otro sitio). Debido a una variedad de razones históricas y literarias, la vieja palabra del paciente rey Jaime es preferida en este caso, como en Lucas 17:21 la traducción preferida es «dentro de ti».) Las lecturas de Cayce tienen mucho que decir de la importancia de la paciencia, tanto como elemento significativo en las enseñanzas de Jesús como en los escritos apostólicos y como una parte indispensable de una vida sabia y equilibrada delante de Dios. Se cita a la paciencia, con el tiempo y el espacio, como uno de los tres elementos integrales en la estructura del cosmos experimentado por el ser humano en el plano tridimensional (n.º 4035-1).

La lectura recién citada añade que ninguno de los tres conceptos de «tiempo, espacio y paciencia... existe de hecho, excepto en el concepto individual cuando (el o ella) puede aplicarlo al tiempo, al espacio o a la paciencia». La adición de Cayce de la «paciencia» a la dualidad de espacio y tiempo es particularmente interesante en esta era post Einstein de pensamiento cosmológico. En las lecturas de Cayce, tanto el tiempo como el espacio son mantenidos como sien-

do conceptos humanos o modos de organizar la percepción humana, pero su papel se ve realizado propiamente cuando a la actitud mental-espiritual se añade la práctica de la paciencia.

Otra lectura, hablando del joven rico, enfatiza que «verdaderamente bendita es la persona a quien, o acerca de quien, se dijo, cuando el Maestro le miró, le amó» (n.º 1416-1). Esta lectura da un consejo contemporáneo que puede suministrar luz en el más preciso significado de qué es lo que intentó Jesús con su llamada original. La lectura incita a la persona que la requirió «a mantenerse firme en aquello que oyó», y afirma específicamente la corrección de seguir los mandamientos que el joven gobernante había seguido fielmente. Dice después: «Da lo que tienes; no todos tus bienes materiales, sino aquello que has alcanzado, por traer esperanza y ayuda en las experiencias de aquellos que han perdido la perspectiva, que han perdido el camino». (Este par de lecturas dadas para dos diferentes personas ofrecen una discrepancia que sólo se ve raramente en todo el conjunto de las lecturas de Cayce. Uno (n.º 1416) era un hombre de treinta y cuatro años en el tiempo en que se dio esta lectura en 1937. El otro hombre (n.º 2677) tenía veintiún años cuando se dio la lectura en 1942. Cada uno de estos hombres estaba identificado como habiendo sido el hombre rico de los evangelios. Este aparente error en la información, o contradicción, no fue explicado).

Esta sugerencia para una aplicación contemporánea parece significar que el dar la riqueza material a otros es solamente una parte —quizá la menos importante— del servicio a otros a que son llamados los discípulos por Jesús. Podemos recordar que solamente en Lucas es el gobernante dirigido a vender todo lo que tiene para dárselo a los pobres (Lucas 18:22). En Mateo leemos que Jesús dice: «Si eres perfecto, ve, vende lo que posees y dáselo a los pobres» (Mateo 19:21). Marcos meramente dice: «Vete, vende lo que tienes y dáselo a los pobres (Marcos 10:21). El lenguaje de Lucas en este punto está de acuerdo con la fraseología del autor en otros pasajes (comparar *Hech.* 2:44-45).

No obstante, se debe añadir un punto finalmente. Otra lectura afirma que, en el caso original, el problema del joven no era tanto el ansia de lujo, o por la riqueza en sí misma, sino por el miedo a la falta: «El (Jesús) lloró con el joven cuando se marchó... Tenía pena por el... el miedo de la necesidad, el miedo a la falta al medio de cambio —o de riqueza— posterior» (n.º 2533-7).

Bartimaeus

Encontramos en las lecturas de Cayce varias referencias al mendigo ciego Bartimaeus, a quien Jesús devolvió la vista en Jericó, una ciudad en las orillas del río Jordán (comparar Marcos 10:46-52 y paralelos). Dos lecturas hablan de Bartimaeus como habiendo sido un hombre fuerte físicamente, que perdió la vista mientras trabajaba en su taller como artesano del metal (n.º 2124-3; n.º 688-2).

Aunque el Nuevo Testamento no nos da información acerca de Bartimaeus después de la curación, las lecturas enfatizan que su servicio y su influencia entre sus contemporáneos fue grande. En particular, buscó «traer el despertar del hombre interior, a las habilidades de aquel contacto tal como puede ser realizado por la llamada en su nombre (de Cristo)» (n.º 2124-3). Originalmente empujado a ello por su ceguera. La respuesta de Bartimaeus a su curación fue categóricamente aquella de uno ahora «consciente de aquellos sin ayuda... zánganos sobre las buenas gracias de aquellos que pueden ayudar» (n.º 2124-3; ver también n.º 5277-1). En otras palabras, Bartimaeus creía que él fue curado de la ceguera física de manera que pudiera convertirse en una persona plenamente consciente en su sociedad.

En una de las lecturas relacionadas con Bartimaeus encontramos una breve descripción del movimiento concentrado en Jesús de Nazaret como una causa que «llegó dentro y despertó todas aquellas promesas (de Dios) que habían sido lanzadas desde el principio» (n.º 688-2). Esto es otra manera de decir que en Jesús el Cristo encontramos la recapitulación, así como el cumplimiento de todo lo que había ocurrido históricamente en la experiencia de la humanidad dentro de la economía de Dios. En esta misma lectura encontramos una elevada cristología que afirma, en el contexto del entendimiento de las lecturas de Cayce de un énfasis en el Cristo cósmico, el más amplio trabajo de Dios en el mundo, la indispensabilidad del papel de Cristo en toda actividad espiritual auténtica en la historia de la humanidad.

Esta percepción de Cayce la resumo en algún otro sitio con la declaración de que cada persona, en todo lugar, tiene acceso a los canales espirituales que pueden ser utilizados y bendecidos por el Espíritu de Cristo, por el Espíritu Santo, el Espíritu universal del Padre, lleven o no lleven estos canales el nombre de cristiano. En el

caso de esta lectura, la presencia divina universal y trabajo se coloca en el contexto de la afirmación de Jesús de su vuelta al Padre, desde tal «lugar» de trabajo su relación protectora se puede hacer disponible a todos, «...tal como El ha dado: “Yo voy a preparar el lugar, que donde Yo estoy, tú también puedes estar”» (n.º 688-2; comparar Juan 14:2-3).

En este contexto de entendimiento leemos: «Solamente de El puede venir la purificación... porque su nombre está por encima de todo nombre, porque a través de tal nombre puedes acercarte al Trono de la gracia misma» (n.º 688-2; comparar *Fil.* 2:9-10). En esta lectura se intima algo del significado de la experiencia de sufrimiento de Bartimaeus durante el período de ceguera con la declaración de que él «aprendió la habilidad de sufrir en el cuerpo de manera que su alma pudiera hacerse viva en El». En otra lectura se hace una breve mención de la curación por Jesús del hijo del gobernador romano Poncio Pilato después de la curación de Bartimaeus (n.º 324-5; comparar Mateo 27:19).

En la lectura de Bartimaeus encontramos más material de las enseñanzas de Jesús sobre la adecuada relación de uno con Dios y con los otros. Utilizando el término «uno» en el sentido de egoísmo, una lectura dice que se puede hacer mucho «si el ego se pone completamente aparte» (n.º 5277-1; comparar Mateo 10:38-39; 16:24-25; Marcos 8:34-35; Juan 12:25). En las lecturas de Cayce se define al pecado como simple egoísmo, especialmente en el sentido de egocentrismo (comparar n.º 262-29; 262-64). En verdad que es el egoísmo lo que nos asusta (n.º 262-29), y por tanto, ego en este sentido, aunque pueda ser «la cosa más interesante de la vida... sin embargo, debe anularse y vaciarse, como *perdiendo* el ser en el amor por otro (n.º 262-2; comparar Mateo 10:38-39 y paralelos). Pero el ego como tal, como *foco* de la autoconsciencia dada a nosotros por nuestro Hacedor y, por tanto, constituyente de nuestra realidad —nuestra alma— a imagen de Dios, por supuesto, que no debe ser aniquilado.

El lenguaje de perderse es metafórico. Y en las lecturas de Cayce nunca se dice que el ego sea malvado en sí mismo, aunque, sin embargo, puede ser utilizado malvadamente. Las lecturas insisten repetidamente que en un sentido primario —no solamente, sino en un sentido primario— encontramos a Dios, o al Cristo ascendido, interior. «La lección del Maestro, el Cristo, es mirar dentro de uno mismo». Esto es en parte conocerse uno mismo y supremamen-

te las necesidades de relación consciente de uno con el Hacedor: «¡De mí mismo no puedo hacer *nada*, sino es Dios quien trabaja dentro!» (n.º 688-4; comparar Juan 5:19; 1 *Cor.* 4:16-17; 6:15,19; 2 *Cor.* 6:16). [Se debe notar otra vez en este contexto que las lecturas de Cayce enfatizan de la manera más decidida que el reino de Dios está dentro, como en el texto griego de Lucas 17:20-21. Por ejemplo, leemos: «La consciencia de su constante presencia es interior, incluso como El dijo: “El reino de Dios está también fuera” (comparar 262-28); esta es la realidad que algunas veces es mencionada como el reino del Padre» (n.º 262-27)]. Al mismo tiempo se nos dice «Yo, el Cristo, te encontraré en tus propias actividades hacia el prójimo» (n.º 688-2). Esto quiere decir que nuestro encuentro con el Maestro «interno» es propiamente un suceso no solamente interior en lo que se llama experiencia religiosa, es decir, en la oración y en la meditación, en visiones y sueños, sino también en la hermandad que se ejercita en medio de las actividades relacionadas con las personas que nos rodean.

Estas lecturas sobre Bartimaeus también enfatizan que en nuestra relación con otros nuestra postura más persistente debiera ser aquella de «no condenar a nadie, porque tu mismo ser te condenaría. Lo que haces para tu propio engrandecimiento mediante estas relaciones, en esto o en aquello, con tu prójimo, tendrá su recompensa... así es que vas a recoger aquello que sembraste» (n.º 688-2; comparar Mateo 6:1-4, 16-18; 7:1-2). Este principio de sembrar y cosechar es, desde luego, un principio básico en las enseñanzas de toda la Biblia, del Antiguo y del Nuevo Testamento; es tan central en los escritos apostólicos como en las enseñanzas de Jesús (comparar Mateo 7:2,21; 10:26; 16:27; Lucas 12:47-48; Juan 5:14; 8:34; *Hech.* 24:25; *Rom.* 2:6; 2 *Cor.* 5:10; 9:6, 10; *Gál.* 5:15; 6:7; *Ef.* 6:8; *Cor.* 3:25; 2 *Tes.* 1:6; Ja. 1:13; 3:16; 5:4; 1 Pedro 1:17; 3:12; 2 Pedro 2:13, 16; *Rev.* 2:23; 14:8,13; 18:6; 20:12, 13; 22:12).

Este principio de encontrar otra vez en la economía de Dios aquello que uno ha sembrado es una verdad afirmada frecuentemente en las lecturas de Cayce, incluso hasta el punto —en conformidad con la fuerte declaración de Jesús en Mateo 12:36— de que «Es posible que te encuentres cada palabra que has pronunciado en tu experiencia» (n.º 688-2). Más adelante consideraremos en mayor detalle *cómo* vamos a encontrarnos nosotros mismos y a las consecuencias de los actos de nuestro ego. En este punto, mencionemos

simplemente que lo mejor para nosotros es encontrarnos en «El», en el contexto de hermandad con el Dios viviente, por la dependencia en su amor y piedad, en su poder purificador y sanador. Tal como se establece en *Una búsqueda de Dios*: «Ningún alma se quedará sin acceso al trono de la piedad y de la gracia.»

En las lecturas sobre Bartimaeus hay un tema que se enfatiza también profundamente en el Nuevo Testamento: humildad, un tema que no es demasiado popular en la mayoría de los países industrializados del mundo moderno. Una lectura analiza este tema primero con el consejo «mantente firme en el amor que El dio, y encontrarás paz y armonía, fuerza y poder» (n.º 688-4). Después se dan más palabras para indicar que la humildad es necesaria para obtener los resultados, porque «el amor que El dio» se manifiesta «;solamente en la *humildad* del ego y de sus propias emociones, en el mismo ser del ser!» A la mujer que se supone ser la madre de Bartimaeus se le dijo: «En las aplicaciones del presente, por tanto, no pienses en cosas elevadas; sé más bien condescendiente con las cosas de bajo nivel. Sé humilde con uno y con otro, como hiciste mediante aquellas experiencias y, por tanto, te manifestaste en El: como es que el Rey, incluso de reyes, sufrió de aquellos que iban a traicionar incluso a sus compañeros» (n.º 688-4; comparar *Rom.* 12:16; *Fil.* 2:1-11; *Marcos* 14:10-72). En este agudo contexto, quizá severo, se añade una advertencia: «Si se toma crédito aquí, o si se busca que otros agradezcan o alaben por los esfuerzos que se haya realizado, entonces estás buscando autoglorificarte; ¡el ego del ser está buscando expresión! (n.º 688-4).

Otra lectura habla del tema de la humildad en conexión con la enseñanza de Jesús: «Aquel que sea grande entre vosotros será el sirviente de todos. Aprende, por tanto, *humildad* y *Cree*» (n.º 1265-2; comparar *Marcos* 10:43 y paralelos). Esta lectura continúa dando lo siguiente como una aplicación específica del principio, «hasta que cada entidad pueda ver en el individuo que es su enemigo, o en aquel que le disgusta en el mismo o en sus maneras, como a la imagen (*imago dei*) de aquel a quien rinde culto en el Padre, no podrá conocer el camino ni en hechos ni en verdad».

En las lecturas se hacen unas cuantas breves declaraciones acerca de la conversión del recaudador de impuestos Zacchaeus, un suceso que también ocurrió en Jericó pero que se refleja en el Nuevo Testamento solamente en el Evangelio de Lucas (19:1-10). El

hecho de que «Zacchaeus fuera llamado desde el árbol», y que «Zacchaeus hiciera una fiesta para el Maestro y sus discípulos» está debidamente mencionado (n.º 3377-1). El «entusiasmo de Zacchaeus» se cita como si fuera algo excesivo y no acompañado del debido entendimiento. Sin embargo, aunque la respuesta de Zacchaeus excedía de alguna manera los límites adecuados, con amorosa paciencia «aquel día el Señor cenó con él» (n.º 254-54). Otra lectura nos da, en pocas y chocantes palabras, insinuación del más profundo significado del suceso: «Zacchaeus escaló más alto para tener una visión más amplia, y aquel día cenó con la Verdad» (n.º 307-4).

PARTE III

EL PRINCIPIO Y EL FIN

12

LA ULTIMA SEMANA

Para los escritores de los evangelios del Nuevo Testamento, los sucesos de la última semana de la vida de Jesús en la tierra constituyen claramente el clímax de aquella vida y juegan un papel preponderante en el todo. Las lecturas de Cayce no son en modo alguno diferentes. Podemos empezar propiamente sus informes con una declaración acerca del preludio de los eventos:

En los días que precedieron a la entrada en Jerusalén, encontramos períodos de gran confusión entre los discípulos que eran de Galilea y del ministerio de Jerusalén. Estaban enzarzados en discusiones acerca de lo que iba a pasar cuando El, Jesús, fuera a Jerusalén (comparar Marcos 8:31-33; 10:32-34 y paralelos).

Sin embargo, El eligió ir, después del período de descanso en Betania, con María, Marta y Lázaro; y allí (Jerusalén) fue la entrada triunfal, y se dio el mensaje a las multitudes allí reunidas (n.º 5749-10; comparar Marcos 11:1-11 y paralelos).

La distinción entre los discípulos de origen galileo y los de origen judeo, aquí mencionados con diferencias concomitantes en aspecto externo, es una realidad fácilmente imaginable pero solamente inferida de los evangelios del Nuevo Testamento. Los primeros tres, o evangelios sinópticos, aparte de los sucesos de la última semana, enfocados en el ministerio galileo de Jesús. Solamente el

Evangelio de Juan nos da una imagen en cierta manera diferente, indicando que Jesús hizo al menos tres viajes a Jerusalén para celebrar la Pascua durante su ministerio público (Juan 2:23; 6:4; 11:55); y, si la fiesta sin nombre mencionada en Juan 5:1 era un festival de Pascua, cuatro. En términos cronológicos, el Cuarto Evangelio coloca la limpieza del templo en el comienzo del ministerio de Jesús en vez de al final (comparar 2:13-22; Marcos 11:15-19 y paralelos). El Evangelio de Juan también identifica y nos da más detalles acerca de los discípulos judeos tales como Nicodemo, Marta, María, Lázaro y José de Arimatea (comparar Juan 3:1-15; 9:1-41; 11:1-12, 19; 19:38-42; 20:1-18). De hecho, las lecturas de Cayce como un todo tienden a seguir la tradición según Juan más que según los sinópticos, tanto biográfica como teológicamente.

La decisión de Jesús de ir a Jerusalén para lo que iba a ser la última semana de su ministerio en la Tierra se describe en otra lectura que puede constituir una declaración extracanónica del Señor: «Cuando El dijo, Yo debo subir para que pueda ser ofrecido como sacrificio viviente» (n.º 897-1). Esta declaración, si es auténtica, está en conformidad esencial con la versión de Marcos de la «intención» de Jesús (comparar Marcos 10:45; 1 Timoteo 2:5-6).

También leemos, que en esta ocasión, precediendo inmediatamente a la celebración de la Pascua, «había reuniones (en Jerusalén) de aquellos procedentes de muchas tierras...» (n.º 681-1), incluyendo «todas las tierras hasta cerca de Galilea, los fenicios o siriofenicios, de Tiro y Sidón (desde el cual)... todas las gentes habían venido como si fueran *uno* para aquellos días que se denominaban sagrados» (n.º 1301-1). En algún otro sitio leemos que la gente vino desde muy lejos de Jerusalén no solamente con el propósito de rezar, sino también «para las sociables y amigables actividades durante tales fiestas» (n.º 1456-1).

Tal como hemos visto, las lecturas de Cayce enfatizan en muchos puntos las relaciones internacionales y actividades de por lo menos parte del espectro de los grupos o escuelas religiosas judías en tiempos de Jesús, especialmente de los esenios. Presumiblemente, estas personas eran todas Judías en algún sentido, es decir, judíos étnicamente totales, prosélitos, o al menos gentiles «rezadores de Dios» —para usar la terminología y categorías de los *Hechos de los Apóstoles*—. De acuerdo con las lecturas, no obstante, muchos habían oído hablar de Jesús —algunos por sus visitas a Tiro y

Sidón— y había diferencias de opinión entre ellos, como entre los judíos palestinos, sobre si «había de ser establecido el reino material por aquel hombre, o si había que concentrarse sobre el entendimiento de lo que aquellas enseñanzas iban a traer en la experiencia de otros» (n.º 681-1). La referencia aquí parecería señalar diferencias en la interpretación y en las expectativas acerca de si el propósito primario y significado del ministerio de Jesús era político, religioso, o una combinación de los dos.

Una lectura que utiliza la frase «la entrada triunfal en la ciudad» comenta, en relación a la «masa de gente» que dio la bienvenida a Jesús, que «aunque un hombre nos hubiera hecho creer que había grandes multitudes, ellas eran mayormente mujeres y niños» —una declaración gentilmente crítica de los informes bíblicos pero bastante creíble sobre las bases de nuestra experiencia humana, histórica y contemporánea— (n.º 3615-1; comparar Marcos 11:1-10 y paralelos; ver también Lucas 8:1-3). Otra lectura establece que «el pollino que montaba el Maestro, era... una manifestación física de realeza, de señorío» (n.º 5257-1). Esta interpretación del significado de los sucesos está de acuerdo con el entendimiento de los Evangelios de Mateo y Juan, siguiendo al profeta hebreo Zacarías (comparar Mateo 21:1-11; Juan 12:12-15; Zac. 9:9). La acotación de Zacarías no se encuentra en Marcos o Lucas.

Esta última lectura se refiere brevemente al singular efecto de «la luz de los ojos del Maestro» (n.º 5257-1). Otra también habla de «los ojos del Maestro cuando pasaba por la carretera en su camino a la ciudad en aquel día de los días» (n.º 1301-1). Esta fue la ocasión «cuando dijo aquello que si no fuera por el grito de las gentes, las mismas colinas y montañas hubieran gritado, «Hosana, Gloria en lo más Alto... porque el Príncipe de la Paz viene a hacer que las decisiones de los hombres tengan otra vez una relación más cercana con su Hacedor...» (n.º 1301-1; comparar Marcos 11:9-10 y paralelos; ver también 2 Cor. 5:17-21). Esta última declaración nos da una breve expresión del entendimiento en las lecturas de Cayce del propósito primario de la vida y ministerio de Jesús —supremamente de su muerte en la cruz, su resurrección y ascensión—, de la reconciliación de personas, de la restauración y curación de relaciones personales, primero con nuestro Hacedor, después con cada uno, y por supuesto con toda la creación.

La lectura 1301-1 también nos da una sugestiva interpretación de una declaración de Jesús registrada en el Evangelio de Juan, en la cual Jesús, refiriéndose al Salmo 82:6, afirma la verdad de la frase del salmo: «Vosotros sois dioses... a quien ha venido la palabra de Dios» (Juan 10:34-36). Las lecturas de Cayce, en este punto, interpretan «que el hombre como hombre puede que esté lejos de Dios, pero el hombre como Dios y actuando santamente puede estar cerca de la divinidad» (n.º 1301-1). Esto es, desde luego, cambiar la intención del discurso de una preocupación primaria en cuestiones ontológicas a un asunto ético y de relaciones. Todo el *corpus* de las lecturas de Cayce, no obstante, parecen ser una en su entendimiento antropológico, contemplando a cada ser humano como la *imago Dei*, creada en esencia, como alma, a la imagen de Dios (n.º 1265-2, A-1; comparar *Gén.* 1:26-27; 5:1).

Otra lectura describe la escena de la entrada triunfal tal como sigue:

Tal como El dijo en aquel memorable día... si la gente no hubiera gritado ¡Hosana!, las mismas rocas, los mismos árboles, toda la naturaleza alrededor, hubieran gritado *contra* aquellas oportunidades perdidas por los hijos de los hombres (oportunidades) ¡para proclamar el gran día del Señor!... (para que esto fuera) El trajo la esperanza y la alegría a aquellos enfermos en el cuerpo, a aquellos que habían perdido la esperanza debido al apego a las cosas materiales y a los viejos dogmas de la tradición (n.º 1468-1).

Siguiendo estas palabras que hablan tan oportuna y esperanzadoramente tanto a nuestra situación moderna como a la antigua, las lecturas continúan indicando cómo las multitudes incluían gentes de toda clase y condición, hablando de «la gran muchedumbre cuando extendieron sus ropas... incluyendo a aquellos tanto de alta como baja condición y estado», aunque como hemos visto eran mujeres y niños mayormente.

La Última Cena

La Última Cena se cita específicamente en las lecturas de Cayce como de «la Pascua —que El celebró con sus discípulos— y como «la Última Cena con sus queridos discípulos» (n.º 2794-3). Una lec-

tura en particular nos da una imagen sorprendentemente detallada del evento. Nadie había pedido esta lectura pero fue dada por el durmiente Cayce voluntariamente al final de la lectura (n.º 1315-3), aunque la sugerencia de despertarse le hubiera sido dada tres veces.

La cena del Señor —aquí con el Maestro— observa lo que tenían para cenar, pescado hervido, arroz, con puerros, vino y barras de pan. Uno de los jarros en que se servía se rompió —el asa estaba rota y los bordes del mismo también.

Toda la túnica del Maestro no era blanca, sino gris perla —combinado en uno (comparar Juan 19:23)—, el regalo de Nicodemo al Señor.

El mejor parecido de los doce, por supuesto, era Judas, mientras que el más joven era Juan —cara oval, pelo oscuro, cara suave—, el único con pelo corto. Pedro, el toscó y prevenido —siempre con barba corta, tosca y no demasiado limpia—; Andrés justo lo opuesto —barba rala, inclinándose a ser más larga en los lados y debajo de la barbilla— larga en el labio superior —su túnica era siempre gris o negra, mientras que los calzones eran de rayas; las de Felipe y Bartolomeo eran rojas y marrones.

El pelo del Maestro era mayormente pelirrojo, tendiendo a rizar-se por partes, no obstante sin ser femenino o débil; *fuerte*, con ojos penetrantes azules gris metálico.

Su peso debía ser al menos setenta y ocho kilos. Dedos largos y apuntados, uñas bien cuidadas. La del dedo pequeño izquierdo más larga.

Feliz —incluso en la hora de la prueba—. De broma —incluso en el momento de la traición.

El saco está vacío. Judas se marcha.

Lo último es el pan y el vino, con lo cual El da el emblema que va a ser tan querido por todos sus seguidores. Deja a un lado su túnica, que es toda de una pieza, se enrolla la toalla alrededor de la cintura, de lino azul y blanca. Enrolla los pliegues, se arrodilla primero delante de Juan, Jaime, después Pedro —que se niega— (comparar Juan 13:3-11).

Después la disertación: «Aquel que sea el más grande será el sirviente de todos.»

Tomó la jofaina como si no tuviera asa, y está hecha de madera. El agua es de las calabazas de boca ancha (grandes jarras de agua) que hay en la casa del padre de Juan Zebedeo.

Y ahora viene: «Se ha terminado.»

Cantan el salmo noventa y uno: «Aquel que mora en el lugar secreto de lo Más Alto, morará bajo la sombra del Todopoderoso. Yo cantaré al Señor, El es mi refugio y mi fortaleza, mi Dios, en el Yo confiaré».

El también es el músico, porque El usa el arpa.

Ellos salen al jardín (n.º 5749-1; comparar Marcos 14:12-31 y paralelos).

Es interesante que mientras en el primer día de la fiesta del pan ácimo se descubre en el Nuevo Testamento como el tiempo «cuando se sacrifica el cordero de Pascua» (Marcos 14:12 y paralelos), en ningún sitio de las escrituras se menciona que Jesús y sus discípulos lo comieran realmente en la cena.

En relación a la enseñanza de Jesús, «Aquel que sea el más grande será el sirviente de todos», la lectura está de acuerdo con los Evangelios de Lucas y Juan (Lucas 22:26-27; Juan 13:12-17), que, a diferencia de Marcos y Mateo (Marcos 10:43-44; Mateo 23:11-12), asignan esta enseñanza al momento de la Última Cena. Otra lectura está de acuerdo en el siguiente contexto: Esa fe, esa esperanza que trae el gozo a la experiencia presente en el servicio a otros —aquella lección ganada de las palabras que El pronunció en la Última Cena—, aquel que sea el más grande entre vosotros será el ministro, el sirviente, en el servicio a otros» (n.º 2778-2).

El pasaje del Nuevo Testamento sobre la declaración de Jesús «se ha terminado» lo cita como una de las palabras pronunciadas mientras estaba colgado en la cruz (Juan 19:30; comparar Juan 4:34; 17:4).

En otra lectura encontramos una referencia a la Última Cena que enfatiza el significado de Jesús «lavando los pies a sus discípulos»

en la cámara superior con sus discípulos, y la humildad que quedó manifiesta.

Aunque El era su líder, su profeta, su Señor, su Maestro, El significaba —mediante la humildad del acto— la actitud a que uno llegaría, si supiera la verdadera relación con Dios, su compañero (n.º 5749-10; comparar Juan 13:1-20).

La inauguración de Jesús de la Cena del Señor como un constante rito a ser realizado por sus seguidores, un rito que sería parte de sus actos de culto público, es brevemente señalado en las palabras «el establecimiento de emblemas como su cuerpo y su sangre, como un ritual para aquellos que honran y traen al recuerdo aquellas experiencias a través de la cual cada alma pasa a ponerse la armadura del Cristo» (n.º 5749-10; comparar Lucas 22:19: 19 RSV pie de página; *Ef.* 6:11, 13; *Rom.* 13:12). (Lectura n.º 3615-1 describe esta parte de la experiencia de la Última Cena tal como sigue: «En la hora en que se había establecido el emblema del cuerpo roto y de la sangre vertida, de manera que el hombre pudiera recordarlo siempre».) La acotación de la lectura 5749-10 no da, de una manera quizá sorprendente por el contexto, el familiar énfasis de las lecturas de Cayce sobre la necesidad de practicar en la vida diaria los mandamientos y rituales de fe. Es también otra declaración de la frecuente afirmación encontrada en las lecturas de que, aunque la escala y *orden* de cosas sea diferente en algún grado, los eventos y experiencias de la vida de Jesús el Cristo constituyen la verdad y el correcto modelo para la vida de todo ser humano.

Otra lectura parece afirmar la «Presencia Real» en el sacramento de la Cena del Señor, «¡y en el reparto del pan puedes conocerle a El!» (n.º 1158-9). El más grande contexto de esta lectura afirma la continua presencia del Cristo ascendido en varios modos de la experiencia humana. «Tú, que le has visto a El a menudo en los actos de otros, y en la personalidad que él llamó con otro nombre, tú puedes verle. Y cuando El habla, no tengas miedo, él es Yo, sabe que El está cerca. Y en el reparto del pan puedes conocerle a El» (n.º 1158-9; comparar Mateo 25:31-46). También es posible, desde luego, interpretar esta última sentencia como indicativo de la presencia potencial del Señor resucitado en todo suceso de hermandad humana en la mesa.

Después, otra vez, como sucede frecuentemente en las lecturas de Cayce, se enfatiza el papel de la cooperación humana en el proceso de relaciones. «Aquel que conozca su propio camino, su propia relación con las Fuerzas Creativas, o Dios, puede buscar a través de sus promesas —como establecido en Jesús de Nazaret—. El pasa cerca, ¿le invitarás a entrar y cenar contigo? ¡Abre, por tanto, tu corazón, tu consciencia, porque El se quedará contigo!» (n.º 5755-1).

Se hace frecuente mención, en gran variedad de contextos, de los capítulos catorce, quince, dieciséis y diecisiete del Evangelio de Juan como constituyentes del corazón del evangelio cristiano, de la esencia de la enseñanza de Jesús, y de las escrituras judeo-cristianas que también hablan de que aquellos que quieran crecer en fe, entendimiento, y obediencia, deberían leer especial y frecuentemente. «Lee, por tanto, los capítulos catorce, quince, dieciséis y diecisiete de Juan. ¡Y leyéndolos, no maquinalmente, encontrarás que El habla, y que te habla a ti!» (n.º 1010-12). Direcciones tales como ésta se encuentran no solamente en lecturas donde se preguntó específicamente acerca de la vida y enseñanza de Jesús, sino que están ampliamente distribuidas a lo largo de todo el *corpus* de las lecturas y dirigidas a muchas personas. Vale la pena notar que el conocido cristiano hindú, evangelista y místico, de la primera parte de este siglo, Sundar Singh, puso un énfasis comparable, en el Evangelio de Juan, tanto de su significado intrínseco y valor teológico como por su importancia en su propia vida devocional.

Encontramos en las lecturas declaraciones de que el apóstol Juan frecuentemente relacionó a María, la madre de Jesús, «y a la otra María» (n.º 2946-3), con los sucesos y palabras «de las últimas horas del Maestro» (n.º 2946-2). Esta última frase se refiere no solamente a «aquellos pronunciamientos realizados en la cruz... (y) en la última hora del jardín, en el camino al jardín» (n.º 2946-3), sino también en la Última Cena

éstas (palabras) tienen un significado especial: «No dejes que tu corazón se apene: tú crees en Dios, cree también en mí; porque en la casa de mi Padre hay muchas mansiones. Si ello no fuera así, no te lo hubiera dicho. Yo voy a preparar un lugar para ti, para que donde Yo esté tú también puedas estar. Tú conoces el *camino*». El, por tanto, es en verdad el Camino, la Verdad, la Luz (n.º 2946-3; comparar Juan 14:1-6).

Una frase significativa de estas palabras —cercana a los temas de Cayce— se encuentra en otra lectura. «Si ello no fuera así, no te lo hubiera dicho. Yo preparo un lugar para aquellos que son fieles, pacientes, para que ellos —también— puedan estar conmigo como desde las fundaciones de la Tierra» (n.º 1158-5).

Se hacen frecuentes menciones en las lecturas de la siguiente acotación de Juan de las palabras de Jesús, «tal como El dijo, si tú

me amas, respetarás mis mandamientos, y mis mandamientos no son gravosos, solamente que os améis unos a otros» (n.º 2620-2; comparar Juan 14:15; 1 Juan 5:3). También se hacen frecuentes referencias a lo que está registrado en Juan RSV como la regla del «Consejero, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él te enseñará todas las cosas, y traerá a tu recuerdo todo lo que Yo os he dicho». Este dicho se encuentra con fraseología variable, pero casi siempre con una perspectiva amplia, tal como: «Yo te traeré recuerdo de todo lo que es necesario para que entiendas desde las fundaciones de la Tierra, si tú guardas mis mandamientos» (n.º 518-1).

Los lectores perceptivos no dudarán en discernir de lo mencionado anteriormente, que las lecturas de Cayce toman como verdadero con toda seriedad, *ipsissima verba* de Jesús, el largo informe de la experiencia de la Última Cena tal como se da en el Evangelio de Juan. Como ya hemos mencionado, la perspectiva de fe de las lecturas de Edgar Cayce están generalmente más cerca de Juan que de otros escritores evangélicos —en tanto como puede haber diferencia de registro o de interpretación.

Judas Iscariote

En relación a la traición de Jesús por Judas, que en cierto sentido llega al clímax en el momento de la Última Cena, encontramos las siguientes preguntas y respuestas en una lectura,

P-27. ¿Fue la idea de Judas Iscariote de traicionar a Jesús para forzarle a afirmarse como rey y establecer entonces su reinado?

R-27. Más fue el deseo del hombre a forzar lo mismo, y el cumplimiento de aquello tal como Jesús habló de lo mismo en la cena (n.º 2067-7; comparar Marcos 14:17-21, y paralelos).

Las lecturas de Cayce insisten en que Judas era un agente libre en toda la serie de sucesos: «¿Es que acaso El no encomendó el cuidado de las cosas mundanas a Judas? (comparar Juan 12:4-6; 13:29). ¿Es que no le dio El el poder, la posibilidad de encontrarse a sí mismo?» (n.º 1265-2). Esta última sentencia, desde luego, incluye a Judas en el mismo contexto del orden de la providencia divina

—fin-abierto, corazón abierto— que las lecturas ven como establecido para todos los seres humanos.

En la misma lectura, dada a una persona que creía haber sido Judas Iscariote en una encarnación previa (una creencia errónea de acuerdo con la lectura), la declaración dice que había un «culto» judío en aquel tiempo que había predicho que Judas traicionaría a su Señor y cometería otros crímenes. Por tanto, se observaba con especial interés por algunos el hecho de que Jesús, en el comienzo de su ministerio público, hubiese aceptado a Judas, «aceptado por alguien que otros proclamaban ser un maestro, un profesor». La lectura, no obstante, continúa y enfatiza —aunque no estaba dirigida a Judas— que nadie debe desesperarse, ¡ni Judas incluso! (n.º 1265-2; comparar 137:125).

Porque sabe dentro, que el Maestro, el Señor tu Dios, pasa por alto lo que has hecho y dado, «Cualquiera puede tomar la copa...» Sabe que El ha querido que cada alma conozca el camino, y ha preparado un camino. Entonces no mires hacia atrás sobre las asociaciones, esas fuerzas ambientales, no debido a tu curiosidad, sino que mira hacia arriba, ¡a El, que puede llamarte para que tú conozcas y veas su cara! (n.º 1265-2; comparar Juan 14:4-6).

Getsemaní

Las lecturas de Cayce ponen un interés singular en la experiencia interna de Jesús en el huerto de Getsemaní. Este momento se ve entre los más críticos en el ministerio público de Jesús, como un punto de clímax y también de lo más doloroso interiormente. «Aquellos momentos en el huerto —en los que se muestra un gran esfuerzo, y la aparente indiferencia de los discípulos, y el sentimiento de la pérdida de alguien en quien se había depositado la confianza y la esperanza—, y el cumplimiento de todo aquello que había estado en el propósito y en la voluntad en la entrada en el mundo» (n.º 5749-10; comparar Marcos 14:32-52 y paralelos). Así, las lecturas establecen que la elección de Judas por Jesús fue sincera, y que la posterior deserción y traición es un asunto de total libre albedrío, no el cumplimiento automático de una profecía cósmicamente determinada.

También notamos que «la prueba real fue en el huerto... en la comprensión de que se había encontrado con todas las pruebas y

que todavía debía conocer la angustia de la muerte» (n.º 5777-1). Otra lectura establece que «El se lamentó con la misma sangre de su cuerpo en Getsemaní» (n.º 1158-5). Debemos inferir, por tanto, que las lecturas parecen incluir el total de la última semana, y la vida entera de Jesús, como, en cierto sentido, parte de su «pasión».

Otra dimensión diferente, sin embargo, se añade a estas experiencias en una lectura en la cual se dice a la persona a quien se dirige: «Ve el lado gracioso (de la vida), no seas demasiado serio. Recuerda, El incluso dijo un chiste en el camino hacia el huerto para ser traicionado. Recuerda, El miró con amor a sus discípulos que le habían negado, incluso cuando se quedó solo» (n.º 2448-2).

Otra lectura establece: «La sonrisa es como aquella mirada que el Maestro dirigió a Pedro, y éste se fue fuera y lloró, porque se encontró a sí mismo» (n.º 3578-1; comparar Lucas 22:61; Mateo 10:39). Esta percepción del humor de Jesús, de su sonrisa piadosa y llena de esperanza, incluso en el momento más crítico y arriesgado de su vida, es una de las contribuciones más originales y significativas de las lecturas de Cayce a la comprensión de la persona y trabajo de Jesús.

También se dice, en otra lectura, que Jesús, en el camino hacía la cruz, «El se rió incluso en el camino del Calvario; no como una pintura, sino que se rió incluso de aquellos que le atormentaban. Esto es lo que más les enfureció» (n.º 3003-1). Hay insinuaciones claras en los Evangelios del Nuevo Testamento de que Jesús mantuvo toda su dignidad personal, también una cierta seguridad, junto con la compasión personal por otros, durante los sucesos de la última semana (Marcos 14:9, 25, 62; Lucas 23:28-31, 39-43). La posibilidad, sin embargo, de que todo esto fuera manejado con humor piadoso es desde luego una percepción de gran valor.

En las lecturas de Cayce sólo se dan unos pocos detalles del procesamiento de Jesús delante del Sanedrín o de su aparición delante del gobernador (procurador) Poncio Pilatos. Ya hemos mencionado que Jesús curó al hijo de Poncio Pilatos (n.º 1207-1; 1151-10), y en otro sitio leemos que la mujer de Pilatos sufrió en su posición como su mujer (n.º 764-1; comparar Mateo 27:19). Ello fue debido a que había sido persuadida por alguien de su misma familia «a buscar ayuda en aquellos períodos previos a la crucifixión» (n.º 2513-1). Su hijo, se nos dice, sufría de epilepsia (n.º 1754), y acompañada por un soldado romano de la guardia personal de Pilatos «llevó a su hijo afligido o epiléptico al Maestro» (n.º 1217-1).

Las lecturas relatan que, siguiendo la crucifixión de Jesús, el emperador romano Tiberio hizo una investigación que resultó muy favorable a la comunidad cristiana de fe, y que, como resultado, Pilatos fue llamado a Roma «y que alguien en cercana asociación o simpatía con el movimiento cristiano... declaró en su favor —tal como se observa y registra en la historia profana, así como se insinúa en la historia sagrada» (n.º 1151-10; ver también n.º 1158-4, n.º 3006-1 y n.º 2021-1). Se dice que Pilatos fue cuestionado personalmente «por el César para relatar las cosas que habían ocurrido» (n.º 877-27).

De fuentes históricas, primariamente de Josefo y Filón, aprendemos que como resultado de una serie de actos arbitrarios, Pilatos fue ordenado regresar a Roma para someterse a juicio. De acuerdo con Filón, en *De Legatione ad Gaium*, se describía a Pilatos, en una carta enviada por Herodes Agripa I, el hermano de Herodías y sobrino de Herodes Antipas (comparar Lucas 13:1; 23:12), al emperador romano Cayo Calígula, como inflexible, cruel y corrupto. Se le acusaba en particular de ejecutar a personas sin un proceso adecuado.

Las lecturas de Cayce dicen que, en el momento de la aparición de Jesús ante Pilatos, se podía percibir, en la cara del Maestro, «aquella ternura con la que sintió y experimentó su soledad cuando fue abandonado por aquellos que habían estado cerca de El» (n.º 2620-2). Durante esta sucesión de eventos, no obstante, se dice que Jesús dijo a una mujer, que sentía simpatía por El y que tenía amigos entre los guardias del templo, «No tengas miedo, ni por mí ni por ti misma: Todo está bien contigo» (n.º 2620-2). Se hace referencia también a lo «injusto de su proceso, al acosamiento de su cuerpo, que hizo (a pesar de todo) el camino para el género humano, para sus hermanos, para ti mismo, para tener y conocer el camino que lleva a «Mi paz os dejo; no a la palabra conocida como paz, sino a mi paz» (n.º 1504-1; comparar 1 Pedro 2:24; Juan 14:27).

No solamente Pilatos, no obstante, es responsable de la muerte de Jesús. También leemos del papel «del sumo sacerdote en la condena» (n.º 332-2). El «sacerdote que primero condenó al Maestro» delante del Sanedrín se dice que era hijo político del sumo sacerdote Caifás (n.º 2934-1). Las lecturas de Cayce, sin embargo, aunque reconocen totalmente las dimensiones del sufrimiento físico de Jesús en el huerto de Getsemaní, en el proceso, y en la misma cruz, tienden a enfocar el significado del todo, y al mismo tiempo sugerir

que había ciertos factores cualificatorios y compensatorios funcionando. Esto quiere decir que las lecturas no ven el sufrimiento físico y mental de Jesús como una experiencia de total e irremediable agonia. La percepción de Jesús del significado cósmico de su sufrimiento también sirvió para tomar consciencia de la «gloria» de la experiencia. Por eso leemos:

La prueba —no era la angustia del dolor como se cita frecuentemente, sino más la gloria de la oportunidad de tomar sobre sí mismo aquello que traería la correcta relación del hombre con el Padre— en aquel hombre, mediante su libre voluntad, había traído el pecado en las actividades de los niños de Dios. Aquí, *su Hijo*, iba a traer la redención mediante el derramamiento de sangre, para que ellos puedan ser libres (n.º 5749-10; comparar Marcos 10:45; 2 *Cor.* 5:18-21; *Ef.* 1:7).

Esto quiere decir que la pasión de Jesús el Cristo —con su clímax en el sufrimiento en la cruz— fue cósmicamente redentora (liberadora, restauradora de la correcta relación, sanadora) en el más profundo y amplio sentido de la palabra: «El se dio a sí mismo como rescate para todos» (n.º 5749-10; comparar Marcos 10:45; Mateo 20:38; 1 Timoteo 2:6). Pero esta serie de acontecimientos se refleja en las lecturas de Cayce como ocurriendo en el contexto de la consciencia personal de Jesús tal como se dice en la *Carta a los hebreos* en el Nuevo Testamento: «Jesús, el pionero y perfeccionador de nuestra fe, que por el gozo que se establecía delante de él soportó la cruz, despreciando la afrenta, está sentado a la diestra del trono de Dios» (*Heb.* 12:2).

Otra lectura, hablando del «Rey en la cruz», se pregunta quién, de todos aquellos que estaban en la ciudad de Jerusalén, pensó o sintió, que vendría el día en que sus palabras «Mi paz os dejo» cambiarían el mundo entero, y que el *tiempo*, incluso, se contaría a partir de aquella muerte, de aquella vida» (n.º 262-71; comparar Juan 14:27).

En la misma serie de lecturas 5749 se pone énfasis en otro tema del libro de los hebreos. En respuesta a una pregunta sobre la explicación de una frase del Evangelio de Juan 19:34: «Sangre y agua salieron», una frase que aparece en la versión RSV como «uno de los soldados le penetró el costado con su lanza, y en el acto salió sangre y agua», una lectura dice que esto es «el cumplimiento de, “sin de-

rramamiento de sangre no hay remisión de los pecados”. Por tanto, su sangre fue derramada como el sacrificio del justo por el injusto para que todos puedan estar en la misma luz con el Padre» (n.º 5749-10; *Heb.* 9:22; comparar *Rom.* 5:15-21).

Las lecturas de Edgar Cayce, aquí como en otros sitios, siguen directamente la tradición del Nuevo Testamento en su percepción de la pasión de Jesús el Cristo, así como con su resurrección y ascensión, como albergando una eficacia sustitutoria en el más amplio e inclusivo sentido de la palabra. Esto quiere decir que era, y es, para otros (comparar Marcos 10:45; Mateo 20:28; 1 Timoteo 2:5-6). Están igualmente preocupados, sin embargo, para enfatizar que los efectos de este gran y cosmológicamente importante trabajo no han de confinarse para el futuro, o para otros reinos (como el «cielo»). El trabajo redentor de Jesús debe aplicarse personalmente y en el presente de una manera decidida que desarrolle el camino de las vidas diarias de todos aquellos que le miran como Señor y Salvador. Así, precisamente donde leemos: «El se dio a sí mismo como rescate para todos», encontramos que esta gran actividad cósmica es en nombre de que nosotros «nos hermanemos con El... de que cualquiera que tome su cruz y a través de El conozca el gozo de entrar al reino donde se cambian los celos, el odio y el egoísmo por amor, y por gozo y bienestar» (n.º 5749-10; comparar Marcos 8:34-35).

Se ven más aplicaciones prácticas en la admonición que sigue a la acotación anterior. «Estáte contento, sé alegre cuando llegan aquellas cosas que son tu suerte y que molestarían a la persona materialista. Como El, mira hacia arriba, levanta tu corazón, tu mente hacia el dador de todo regalo bueno y perfecto, y grita, alto incluso, hacia El, “¡Dios mío, Dios mío! Estáte cerca de mí”» (n.º 5749-10; comparar Lucas 21:28; Jas. 1:17; 3:17).

Esta última acotación no debe entenderse como si las lecturas de Cayce no tomaran seriamente la emoción en el grito de Jesús desde la cruz: «Elí, Elí, ¿lemá sabactani?», que significa «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (Marcos 15:34 y paralelos). En algún otro sitio leemos así de la muerte de Jesús: «No solamente murió El en cuerpo, sino que su alma fue separada de tal cuerpo. Cuando todas las fases del hombre en la tierra se manifiestan, el cuerpo físico, el cuerpo mental, el alma se hace dependiente de su propia experiencia. ¿Es acaso un milagro que el hombre grite: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»» (n.º 5749-6).

La emoción de este grito de Jesús, de acuerdo con las lecturas de Cayce, no debe interpretarse superficialmente como meramente las palabras de comienzo del salmo 22 con sus fuertes conclusiones de fe y alabanza. Las profundidades del misterio del grito de Jesús en la cruz, no obstante, no se nos dan, que yo sepa, más allá de lo que vemos aquí.

La victoria cósmica ganada por Jesús en y mediante su pasión, resurrección y ascensión, fue también una victoria para y en sí mismo. Los esfuerzos no fueron solamente posteriores y para otros, sino también en la persona de Jesús. Esta es la razón por la cual las lecturas de Cayce ofrecen una aplicación para el presente del «trabajo terminado» de Jesús en las palabras «en aquellos períodos de transición desde, está terminado, viene aquello que es para cada corazón la determinación de que él, también, puede conocer la bendita esperanza que surge de ver, conocer, experimentar la cruz en el corazón, el cuerpo, la mente» (n.º 5749-10; comparar Juan 19:30; Marcos 8:34-35 y paralelos). Es decir, nosotros mismos podemos conocer una bendita esperanza en el mismo acto de experimentar los sufrimientos multidimensionales de nuestra propia cruz, porque el mismo Jesús lo hizo, y perfectamente.

Los informes de Cayce, en este contexto, acotan lo que puede ser una palabra extracanónica de Jesús: «Sé alegre en el servicio del Señor» (n.º 518-1). Por supuesto las lecturas hablan frecuentemente de «el gozo, del *placer* en el servicio» (n.º 262-3; n.º 262-33, y más). El servicio también se define frecuentemente en los siguientes términos: «El más grande servicio que se puede hacer es la pequeña palabra aquí y allí, el pensamiento cariñoso, los pequeños actos que agradan al corazón, y el brillo del Hijo que llega en las vidas de todos» (n.º 262-13; comparar n.º 262-33). Las lecturas de Cayce en esta y en cualquier otra manera posible enfatizan repetidamente la importancia delante de Dios, y, como consecuencia cósmica, de las llamadas «casas pequeñas» de la vida humana, las aparentemente insignificantes pequeñas palabras, hechos y actitudes de la gente normal en la vida de cada día. Por tanto se nos dice: «En vuestro ministerio, entonces (dirigiéndose a la gente normal), ver que cada línea, cada pensamiento sea una cosa *práctica, viviente*, que tiene su ser en El.» En verdad, todo el trabajo de Edgar Cayce y sus asociados se describe como «religión práctica en acción» (n.º 262-3; comparar Mateo 12:36-37).

Encontramos, por tanto, una alternación continuada, o acción recíproca, en las lecturas de Cayce, entre el sufrimiento de Jesús y su esperanza y gozo, entre nuestras cruces y nuestras esperanzas y alegrías. Su victoria en ese punto de la historia humana —perfecta y completa— hizo posible, se nos dice, nuestra presente apropiación y aplicación —incluso si imperfecta pero en desarrollo—. Es en este contexto de pensamiento por lo que leemos:

¡Su corazón dolía, su cuerpo estaba dolorido y cansado; su cuerpo sangraba y no solamente de las señales de los clavos en sus manos y pies, sino también por el golpe de la lanza en el corazón de los corazones! Porque la sangre del hombre perfecto estaba derramada, no por razón de El mismo, sino para poder convertirse en ofrenda de una vez y por todas (n.º 1504-1; comparar *Heb.* 9:26-28; ver también Mateo 20:28; 26:28; Marcos 10:45; 1 Timoteo 2:5-6; Tito 2:14; 1 Pedro 1:18-21).

En la misma lectura encontramos énfasis en que aquí dentro podemos ver «el amor que el Padre ha mostrado a los hijos de los hombres (una frase frecuente en las lecturas), mediante la misma entrega de El, el Hermano, el Cristo». Se nos dice que toda «vida en verdad es una expresión externa del amor del Padre» que llega a la expresión «mediante la individualidad de toda y cada alma». Esta visión tan elevada del origen de toda vida, y en particular de la vida humana, se acompaña del franco reconocimiento de nuestra presente debilidad como manifestación material. Sin embargo, «encontramos la fuerza en el Señor» hasta el punto de que podemos ser transformados y experimentar «las glorias (de) su generoso propósito en cada alma, el propósito de que uno pueda ser el compañero, uno con El».

Esta finalidad relacional, o propósito de nuestra existencia, como compañeros y cocreadores con nuestro Hacedor, como trabajadores en armonía con el Todo, también se describe en el siguiente lenguaje bíblico: «Porque seremos herederos unidos a El, como uno con El (el Cristo), no extraños, no ajenos, sino herederos conjuntos con el Cristo del reino del Padre, es decir, de lo que era —de lo que siempre será—, incluso desde antes de que se establecieran los cimientos de la Tierra» (n.º 1504-1; comparar *Rom.* 8:17; Mateo 25:34).

La comprensión de que el propósito final de Dios el Padre sea que todas las almas puedan unirse con él en activa compañía creativa —que cada alma pueda retener su propia individualidad en la relación— es un tema central en las lecturas de Edgar Cayce. La meta de cada entidad es «hacerse uno con, en consciencia de su propia identidad, la Fuerza Creativa (n.º 261-15; ver también n.º 1456-1). Por esta razón, también encontramos en las lecturas una alternación entre el uso de la palabra expiación, en el sentido de una expiación delegada —el trabajo de Dios a través de Cristo hasta el final de la restauración de las relaciones personales, un trabajo que en sentido fundamental debe ser realizado por nosotros— y la palabra expiación en el sentido de unidad espiritual, una realidad de relación para la que se necesita nuestra cooperación consciente. Ambas dimensiones se ven como operativas dentro de la estructura de la ley divina o cósmica. Así, vemos que: «Su actividad que es en verdad libre» está de acuerdo con «la ley del amor, de causación, de piedad, de justicia, de todo lo que hace a uno convertirse en una unidad de relación (evidentemente se considera un proceso), en el cumplimiento del propósito a que uno es llamado en materialidad» (n.º 5749-10). Esta percepción del trabajo y la vida de Jesús como estando de acuerdo con la ley universal se describe en algún sitio: «Aunque Él estaba en el mundo, no era del mundo; sin embargo, estaba sujeto a las leyes de la materialidad» (n.º 1504-1; comparar Juan 17:14-18).

En este contexto de comprensión de la palabra expiación, se nos ofrece otra dimensión de la verdad. De esto se habla como de «la necesidad del Hijo de sufrir la muerte en la cruz, para darse a sí mismo como sacrificio». Es decir, «El no la ofreció solamente para ella (la persona a quien se dirigía la lectura), para el mundo, por las almas de los hombres, sino por su ¡*propio ser!*» (n.º 877-29). El contexto de esta lectura deja claro que lo bueno, la esencia, de la salvación, es relacional, y el trabajo redentivo de Jesús el Cristo, visto también como el trabajo del Padre, constituye un regalo en el nombre de otros, un trabajo designado a restituir las relaciones, primero (en prioridad teológica, no temporal) con nuestro Hacedor, después con cada uno y con toda la creación. Este trabajo, aunque hecho por nosotros —otra vez en prioridad teológica—, requiere nuestra cooperación para ser realmente efectiva; ¡ninguna relación interpersonal es auténtica sin reciprocidad!

Quizá es en conexión con este principio que las lecturas de Cayce toman lo que hemos visto como una comprensión de fe de la primera cristiandad judía, que el trabajo de Jesús sirvió también para profundizar en su propia relación con el Padre. Aunque en este nivel de su ser y del curso de sus peregrinajes por la Tierra, Jesús en verdad se había hecho perfecto —y, por tanto, el sacrificio era perfecto— y la recapitulación como Jesús de Nazaret del total de su pasado completó o cumplió todos los aspectos de su relación con Dios Padre (comparar n.º 5749-10; *Heb.* 5:8-9; 9:24-26).

La perfecta relación de Jesús con el Padre es así entendida para hacer posible la restauración de nuestra relación con el Padre, no para quitarle el puesto. «Esa (relación de cada alma con su Hacedor) no puede ser suplida por ninguna» (n.º 877-29). Cada uno de nosotros tiene que conocer a Dios y relacionarse personalmente con El —primariamente, aunque no exclusivamente— «interiormente». «Porque el cuerpo es en verdad el templo del Dios viviente. Allí ha prometido encontrarte. Allí ha prometido darse a conocer a ti su voluntad, su propósito contigo» (n.º 877-29; comparar *1 Cor.* 3:16; 6:15, 19; *2 Cor.* 6:16). Leemos que «la voluntad del Padre (es) que ningún alma debe perecer, sino que debe quemarse la escoria, que se convierta en trigo, que ella se pueda purificar incluso como El a través del sufrimiento en las cosas materiales que son para la edificación del alma» (n.º 262-77; comparar *2 Pedro* 3:9; *1 Cor.* 3:10-17; *Lucas* 22:31-32; *Tito* 2:14).

Las santas mujeres

Según continuamos considerando las percepciones de la pasión de Jesús encontradas en las lecturas de Cayce, llegamos al papel de las «santas mujeres», un término que se usaba como tal, se nos dice, solamente después de la resurrección de Jesús. Estas son las mujeres que contribuyeron tanto con sus medios como con sus servicios al ministerio público de Jesús y sus discípulos (comparar *Marcos* 15:40-41; *Lucas* 8:1-3; *Mateo* 27:55-56). Ellas fueron quienes trajeron las especies para ungir el cuerpo de Jesús para el entierro y quienes sirvieron a los discípulos también en los días de persecución que siguieron a su muerte (n.º 5112-1; n.º 2794-3; comparar *Marcos* 16:1 y paralelos). Y en aquel «día, cuando el sol se oscureció,

y no sólo por un eclipse, y hubo una sacudida de la tierra y el velo del templo se desgarró» (n.º 333-2; comparar Mateo 27:45-54 y paralelos), un buen número de ellas «permanecieron al lado de la cruz... (de) el Maestro, el humilde, el GRAN YO SOY, sin embargo» (n.º 1463-2; ver también 3006-1; comparar Marcos 15:40-41 y paralelos).

En otra lectura la cuestión fue específicamente planteada: «¿Quiénes eran las mujeres de la cruz?» La respuesta que se dio fue: «Había muchas allí. Aquellas de su propia familia, María Magdalena, la madre de Juan y Jaime, y muchas de las que pertenecían a aquel grupo estaban entre las mujeres de la cruz» (n.º 5749-10).

Ese día, «cuando se oscureció la tierra y se rompieron los cielos de lo profundo, por el Hijo del hombre, el Hijo de Dios, fue suspendido entre la tierra y el cielo» (n.º 518-1), llegó a tener un significado especial para algunos de los soldados romanos que estaban presentes. Hubo algunos «de la guardia romana que quedaron impresionados por la sinceridad del *hombre* y de sus seguidores, como hombre» (n.º 2365-2; comparar Marcos 15:39). Se hacen en las lecturas varias referencias a estos hombres —ellos «*vieron* al Príncipe de la Paz morir en la cruz» (n.º 333-2; comparar Juan 19:32-33)— y a miembros de sus familias que más tarde prestaron, directa o indirectamente, ayuda a los primeros movimientos cristianos en Roma y en otros sitios. Algunos contribuyeron personalmente a la propagación de la enseñanza.

El nombre de uno de los soldados que «estaban en la cruz cuando el Hijo del Hombre fue allí colocado» (n.º 405-1) es citado como Marcelo. Se dice que la mujer de Marcelo estuvo más tarde «en la posición de ser capaz de dar ayuda a los perseguidos y fuerza a aquellos cuya obligación les exigía a menudo actuar en la condición de perseguidores» (n.º 405-1). La lectura no continúa para resolver el dilema teológico, práctico y ético involucrado en la conducta de las mujeres y las de los otros, excepto para implicar que lo que hizo en ambos lados fue correcto.

Esparcidos a lo largo de las lecturas de Cayce hay muchas declaraciones que iluminan el significado de la cruz de «El, que se dio a sí mismo como rescate en la tierra, despreciado de los hombres sin tener falta, mostrando siempre su amor» (n.º 518-1; comparar Marcos 10:45; *Heb.* 4:15), «El, que bendijo y nunca maldijo, que dio a aquellos aunque magullaran su cuerpo, aunque buscaran hacer desaparecer aquellos principios» (n.º 1058-1; comparar Lucas 6:28;

Rom. 12:14). En otra lectura encontramos lo que es, si no una de las llamadas «palabras de la cruz», una expresión del intento de Jesús de comunicar «a aquellos reunidos alrededor de la cruz, “La paz os dejo, no lo que los hombres consideran paz”, sino el propósito que en el corazón esta seguro en el Señor: Yo os he enseñado el camino» (n.º 649-1; comparar *Juan* 14:5-6,27).

En otra lectura encontramos una declaración singularmente indicativa de los pensamientos de Jesús en ese momento tan crítico:

Así, mientras estaba colgado de la cruz, llamó a aquellos a quienes amaba y recordó no solamente sus propósitos espirituales, sino sus vidas materiales. Porque, en verdad, el sufrimiento en la cruz se convirtió en el todo, en el camino —el camino, la vida, el entendimiento— para que los que creemos en El podamos, también, tener la vida eterna. Porque El confió a sus hermanos no solamente el cuidado de la vida espiritual del mundo, sino la vida material de aquellos de su misma carne, su misma sangre. (n.º 5749-6; comparar *Juan* 19:26-27)

Un ejemplo concreto de esta preocupación de Jesús por el bienestar material de los más cercanos a El, se expresa en una lectura dirigida a la mujer que se supone haber sido la hermana de Jesús, Ruth, en una vida anterior: «El miró a su madre y a sus amigos y dijo: “Contempla a la mujer, y al primo y a los amigos dijo, ella te es dada a ti, sé un hijo para ella en mi lugar”» (n.º 1158-5; comparar *Juan* 19:26-27). Estas palabras también sugieren que Juan, el apóstol, el hijo de Zebedeo y hermano de Jaime, era primo de Ruth y por tanto de Jesús.

En la percepción de las lecturas de Cayce de la persona y trabajo de Jesús, es típica la preocupación tanto por los factores y detalles materiales humanos como por las necesidades espirituales. Nosotros deberíamos, no obstante, tomar nota, particularmente, de la frase «el cuidado de la vida espiritual del mundo», como una indicación de la naturaleza de la misión en marcha de «aquellos sus hermanos».

La misión de los seguidores de Jesús, sus hermanos, se describe en otra lectura. «El te encomendó a ti —a aquellos que le aman— la redención del mundo, el hacer conocida su voluntad, sus cuidados, su promesa que puede ser la actividad de cada una y de todas las almas (n.º 5749-13). También notamos que «la rededicación del ser» es una apropiada característica para ser «un verdadero mensa-

jero suyo entre los hombres» (n.º 5749-6; comparar *Rom.* 12:1-2). En algún otro sitio leemos en los términos más fuertes del espíritu de dedicación y autosacrificio que pertenece propiamente a aquellos que aman al Señor Cristo y sirven en su misión universal.

Aquellos que le alaban, aquellos que le aman, incluso como El amó al mundo (comparar Juan 3:16; 17:23), darían, y dan, la sangre de sus mismos corazones para que el mundo pueda conocer que El vive y que está a la derecha del Padre (comparar Marcos 12:36; 14:62; 16:19 y paralelos), que tú —el hermano, el amigo, el enemigo— puedes tener tu abogado delante del trono de la gracia, defendiendo la causa del descarriado, oyendo el grito de los perseguidos (comparar 1 Juan 2:1-2), y diciendo: «Sé paciente, sé paciente, hijo mío, porque en la paciencia conoces a tu propia alma (comparar Lucas 21:19) y ella se hace consciente de que Yo soy capaz de sostenerla, aunque andes a través de los valles y de las sombras de la muerte» (comparar Ps. 23:4). Porque la muerte no tiene aguijón, no tiene poder sobre aquellos que conocen la resurrección (comparar 1 *Cor.* 15:55-57) (n.º 1158-5).

En otra lectura encontramos una admonición que da más luz para analizar la mente y el pensamiento de Jesús mientras estaba colgado de la cruz. «Deja a esa mente que siempre esté en ti como estaba en El mientras se ofreció, “Padre, perdónales —no saben lo que se hacen. Padre, todo está terminado—. Yo vengo a ti. Da a tu siervo la gloria que tú prometiste”» (n.º 5749-13; comparar Lucas 23:34; Juan 17:5; 19:30).

Algo del significado de todo el suceso de la pasión de Jesús, de toda su vida, se da en el siguiente extracto:

Porque en verdad El es el Creador, El es el Hacedor de todo lo que aparece (comparar Juan 1:3, 10; *Col.* 1:15-16). Porque todo el poder del cielo y de la tierra ha sido dado a su cuidado mediante la fe que El guardó con los seres humanos (comparar Mateo 11:27; 28:18; Juan 3:35; 13:3), a través del bien hacer en todas las maneras, en todas las ocasiones, en todas las circunstancias (comparar *Hech.* 10:38; Marcos 10:18). Sin injuriar —a nadie— aunque quisieran su vida en lo material, aunque ellos le abofetearan, aunque blasfemarán y escupieran sobre El, aunque le coronaran con espinas, aunque abusaran de El en todas las maneras, sin embargo, El no abrió su boca, aunque fuera su Señor, su Maestro (n.º 1499-1; comparar Marcos 15:1-39 y paralelos; Isaías 53:1-12; *Hech.* 8:26-40).

La centralidad del significado de la cruz de Jesús, tanto en su sentido cósmico como personal o individual, se indica también en el siguiente consejo: «No intentéis dejar caer, o sobrepasar o bagar alrededor de la cruz. Esto quiere decir que sobre la cual, cada una y todas las almas deben mirar y saber que hay que soportarla dentro con El» (n.º 5749-14). Aquí, otra vez, las lecturas de Cayce enfatizan que la persona y el trabajo de Jesús el Cristo tiene una objetiva, y delegada eficacia para otros, y al mismo tiempo constituye el verdadero y correcto modelo para la vida de todo ser humano, un modelo, sin embargo, que debe ser copiado (seguido), no en soledad, no a manera de autoayuda, sino «con El» (comparar Marcos 8:34-35 y paralelos. *Rom.* 8:17; *Col.* 1:24; *Heb.* 5:8-9; Pedro 2:20-21).

Tal como ha sido ya insinuado, el significado central de la cruz de Jesús el Cristo en las lecturas de Cayce no se ve primariamente en la naturaleza heroica del sufrimiento físico, aunque no debe dejarse de considerar esta dimensión, por supuesto. Las lecturas ponen el énfasis más bien en el hacer de Jesús, de su voluntad, una con el Padre, en la perfección de su obediencia, a pesar de todo lo que el poder del mal fue capaz de hacer —físicamente, mentalmente, o espiritualmente—. Por eso leemos:

Jesús se convirtió en el ejemplo de la carne, manifiesta en el mundo, y de la unificación con la voluntad del Padre, El se convirtió en el primer ejemplo manifiesto en el mundo material. Así, desde el punto de vista del hombre, se convirtió en el único, en el primero, el engendrado del Padre, y en ejemplo para el mundo, ya sea para judíos, gentiles o de cualquier otra fuerza religiosa. En El encontramos el verdadero abogado ante el Padre, en que El, como hombre, manifestó en la carne la habilidad de ésta para tener deseos que se unan con la voluntad del espíritu. Porque Dios es espíritu, y los que le rinden culto deben hacerlo en espíritu y verdad (n.º 900-17; comparar *Fil.* 2:5-11; *Rom.* 8:29; *Col.* 1:15-20; Juan 4:23-24).

La misma lectura continúa haciendo más explícito la relación de Jesús el Cristo con otras tradiciones religiosas de la historia del mundo. Es decir, él afirma el positivo significado religioso de la gran economía de Dios en el mundo, incluso su progresivo desarrollo en la dirección de servir al cumplimiento del propósito final de Dios para su creación, y al mismo tiempo (la persona que pidió esta lectura era judía) insiste en la singularidad y supremacía de la perso-

na y papel de Jesús. «Tal como hemos visto en todas las religiones del mundo, encontramos a todas aproximándose a aquellas condiciones donde el hombre puede convertirse en la ley en su conexión con el Divino, el Supremo, la Unidad, de la manifestación del mundo. En Jesús encontramos la respuesta» (n.º 900-17).

El significado del lenguaje anterior no es totalmente claro, pero no le falta claridad cuando considera su enfoque sobre Jesús de Nazaret como la solución de todas las cuestiones humanas. En otro sitio leemos: «¡Jesús, el *hombre*, ERA el Hijo, *era* el Salvador, es la manifestación de la Consciencia de Dios materialmente!» (n.º 1527-1).

Esta última lectura continúa diciendo: «Sin embargo, ello debía necesitar que El, también, sufriera las pruebas de ser abofeteado, de ser probado —por aquellos que bajo la ley del hombre estaban en posiciones de autoridad, pero que bajo la ley espiritual eran sus inferiores, sus súbditos— y murió, incluso, de muerte en la cruz» (n.º 1527-1). Quizá podamos encontrar aquí alguna pista del significado de la acotación previa de la lectura n.º 900-17. Un aspecto de nuestro destino como seres humanos puede ser cambiar nuestra fijación sobre la ley humana y acostumbrarnos a la libertad de cooperación con la ley divina.

Acabando en el comienzo

Las lecturas de Cayce enfatizan, como hemos visto, que fueron las llamadas santas mujeres quienes trajeron las especias y otros materiales (ungüentos y aceites) para ungir el cuerpo de Jesús después de su muerte, de acuerdo con la costumbre de aquel tiempo y lugar. También se hace mención de una mujer que «no podía traer especias debido al valor, por tanto, trajo flores del campo que eran tan aceptables como la minucia de la viuda, de quien dijo el Señor: «Ella ha dado más que nadie» (n.º 5122-1; comparar Lucas 21:1-4). Los Evangelios de Marcos y Lucas establecen que la mujer trajo las especias. En Juan, se dice que Nicodemo trajo los materiales, una gran cantidad de mirra y aloe (Marcos 16:1; Lucas 23:55-56; Mateo 27:55-61; Juan 19:38-42).

También se hace la declaración que la preparación del cuerpo de Jesús se hizo «apresuradamente, porque el día iba a terminar cuando (el cuerpo de Jesús) fue entregado a José de Arimatea y a los que

se encargaron del mismo» (n.º 897-1; comparar Juan 19:38-42). Las lecturas siguen la tradición de Juan declarando que Nicodemo estaba también entre aquellos «que se encargaron del cuerpo cuando llegó la hora del enterramiento» (n.º 1402-1). En este contexto se añade el comentario «sabe que Nicodemo estaba en lo cierto; El (Jesús) tenía, *tiene*, *El es* las palabras de la vida. El es la palabra que hace de nuevo las cosas» (n.º 1402-1; comparar Juan 3:1-15; *Rev.* 21:5). También se hace mención de «los preparativos de los lienzos alrededor de la cabeza del Maestro cuando fue sepultado por Josefo y los amigos» (n.º 1801-1; comparar Juan 19:38).

En una de las lecturas que se refiere a las actividades de este tiempo encontramos un pasaje que habla de Jesús como representativo de la «Ley del Uno». Esta expresión se utiliza frecuentemente en las lecturas de Cayce para denotar el principio básicamente unitivo que se dice ser característico de la Divinidad. Este es el principio dentro del cual se incluye la dimensión trinitaria.

El, el hombre representado en esa enseñanza era la Ley del Uno, que cada alma es una porción —su propia porción de la Fuerza Creativa que podemos hacer manifiesta en la manera en que nos relacionamos con aquellos que entramos en contacto en cualquier camino, en todas las maneras, ya sean de alta posición o de aquellos que luchan a lo largo de la carretera del miedo y de la duda, o aquellos que se han caído por la cuneta—. Porque toda alma es preciosa a su vista, y El no quiso que ningún alma pereciera, sino que todos —mediante aquella *voluntad* que se manifestó en el hombre que la entidad... vio colgado en el árbol sobre la colina— puedan tener la vida eterna en El (n.º 897-1; comparar *Hech.* 17:28-29; Mateo 10:31; 12:12; Lucas 12:7;1; Timoteo 2:3-4; 4:10; 2 Pedro 3:9).

Otra lectura resume la impresión básica y la consecuente elección en relación a la persona y trabajo de Jesús de Nazaret tal como eran percibidas por muchos de sus contemporáneos, una impresión y elección que confronta a gentes de todo tiempo y lugar. Había «cuestiones acerca de si aquel proclamado por los pescadores, o aquel proclamado por aquellos en el poder o autoridad, iba a convertirse en la regla para las gentes». Estas eran las «dos influencias, las dos fuerzas» entre las cuales muchos se colocaban y por las que se sintieron atraídos —entre las cuales también tenían que elegir, como hacemos nosotros— (n.º 1402-1). La misma lectura contiene

la observación de que «Aquel sin un ideal es digno de pena en verdad; aquel sin un ideal y faltándole el coraje para vivir es todavía más digno de pena».

Esto, entonces, es el final de la historia de esta extraordinaria vida humana en su manifestación en carne y sangre en el plano de la historia humana. Todo el Nuevo Testamento, sin embargo, es uno en su triunfante insistencia en que la historia continúa en otras formas. Tanto los evangelios como los otros escritos apostólicos son unánimes en su testimonio de que Jesús se levantó desde la muerte en una manera discernible y que después de cuarenta días ascendió a los cielos. A los ojos de los discípulos de la fe, esta ascensión de su Señor significó no una marcha de su experiencia, sino una más ancha, y en verdad universal, disponibilidad de su presencia y poder. Las lecturas de Edgar Cayce siguen la corriente principal de esta tradición de fe con su propia intuición y modos de interpretación. Pasemos ahora a considerarlos.

LA RESURRECCION Y ASCENSION

Las lecturas de Cayce son en verdad ricas en materias y referencias a la resurrección de Jesús. También incluyen introspecciones muy útiles para clarificar los asuntos sobre los cuales ha habido tanta disputa durante tanto tiempo.

Acerca del hecho de la resurrección de Jesús, sin embargo —como suceso de dimensiones tanto históricas como transhistóricas—, no hay dudas o cuestiones. «El período de la resurrección, encontramos aquí aquello en lo cual *todo* se glorifica. Porque sin el hecho de su triunfo sobre la muerte, toda la experiencia no hubiera significado nada» (n.º 5749-10). Igual que en las *Cartas a los hebreos* del Nuevo Testamento, las lecturas retratan a Jesús el Cristo, aunque fuera «el Hacedor de la tierra, el Dador de vida» (n.º 518-1; comparar 1:1-5; 5:26; 11:25; 14:6), como «el hombre Jesús, que se convirtió en el Cristo mediante todo lo que sufrió, y a través de demostrar en la tierra las habilidades para vencer a la *muerte*, a la ley de la muerte» (n.º 1877-2; comparar *Heb.* 1:1-2; 2:10-18).

Entonces, aunque El fuera el primero de los hombres, el primero de los hijos de Dios en espíritu, en carne, se hizo necesario que El cumpliera *todas* aquellas asociaciones, aquellas conexiones que harían desaparecer de la experiencia del hombre lo que le separa de su Hacedor (comparar *Col.* 1:15; *Rom.* 8:29).

... tal como él dio su sangre física, aquella duda y miedo pudo desaparecer, así venció a la muerte —no solamente en cuerpo físico, sino en cuerpo espiritual— para hacerse *uno* con El (Dios el Padre), en aquella mañana de la resurrección que se llama la Eastertide (n.º 5749-6).

Esta percepción de la necesidad —y del hecho— de vencer a la muerte, tanto en la dimensión espiritual como en la física, está en armonía con la antropología de las lecturas de Cayce, la visión tripartita de la naturaleza de la humanidad como cuerpo, mente y alma (o espíritu). [El apóstol Pablo, a diferencia de la dual (cuerpo y alma, *corpus et anima*) antropología de la mayoría de la tradición occidental europea, también parece enseñar una visión tripartita de la naturaleza de la humanidad. Ver *Rom.* 1:9; 7:6 (en el griego); *1 Cor.* 2:11; 5:3-5; *Rom.* 2:9; *Tes.* 5:23]. Está también de acuerdo con el fuerte énfasis de la iglesia cristiana en los primeros siglos en el concepto del descenso del Cristo ascendido al Hades, que es también una percepción de un poderoso trabajo realizado en reinos espirituales (comparar Pedro 3:18-22). (La presencia de este tipo de fe en el credo de los apóstoles es desde luego altamente significativa como indicación de su importancia para los primeros cristianos. Su temprana presencia en el credo parece innegable).

Las lecturas añaden que algunos aspectos de esta experiencia de Jesús después de su muerte física son parecidas a las que todo ser humano debe experimentar. «Cada alma permanecerá como El delante del trono de su Hacedor, con los hechos que haya cometido con el cuerpo, con la mente, presentando el cuerpo espiritual delante del trono de la Piedad, delante del trono del Hacedor, del Creador, de Dios» (n.º 5749-6; comparar *Rom.* 14:12; *Heb.* 13:17; *1 Pedro* 4:5).

Encontramos en las lecturas de Cayce varias insinuaciones de la naturaleza del evento o proceso involucrado en la resurrección de Jesús. El paso de la vida material a la vida espiritual trajo el cuerpo *glorificado*, permitiendo así al cuerpo *perfecto* materializarse en vida material: un cuerpo glorificado hecho perfecto» (n.º 5749-10). Esta declaración nos recuerda al instante el lenguaje del apóstol Pablo en su *Primera Carta a los Corintios* (*1 Cor.* 15:35-57). La nueva condición de Jesús como resultado del paso de una dimensión de vida material a otra de vida espiritual involucró un nuevo tipo de

cuerpo, perfecto en su clase, glorificado. Esta era una condición de ser, sin embargo, de tal flexibilidad como para ser capaz de rematerializarse en vida material de acuerdo con su voluntad y no quedar confinado dentro de ella. Tal como veremos en otras acotaciones, la ausencia de confinamiento, la falta de las limitaciones y restricciones de la vida material ordinaria, de tiempo y espacio, es una de las características principales de este cuerpo espiritual glorificado.

Por un lado, las lecturas de Cayce utilizan el lenguaje tradicional tal como en lo que sigue. «Es que... saltando desde el sueño, que él se pueda levantar como El, curando en su misma vida, para traer todas las fases de la experiencia del hombre a su consciencia, que en verdad se convierta entonces en el cumplimiento de la ley» (n.º 5749-6). Aquí encontramos el énfasis sobre la resurrección de Jesús como el clímax de su cumplimiento de la ley divina —de la ley histórica de Israel—. Su cualidad y efecto sobre otros, sin embargo, son para traer «curación en su misma vida», como son para traer ahora la consciencia trascendente de Jesús a un conocimiento total de la experiencia humana, hasta el final de que él pueda ser el instrumento del Padre para ayudarnos a todos nosotros.

Por otro lado, hay intentos para describir el fenómeno en un lenguaje más técnico. En respuesta a una cuestión sobre si el misterio de la resurrección involucraba «la transmutación de la carne humana a carne divina», el durmiente Cayce negó que ello fuera así. «No transmutación de la carne, sino creación.»

No hay misterio en la transmutación del cuerpo de Jesús. Porque habiendo alcanzado en consciencia física el afinamiento con Padre-Madre-Dios, la totalidad era tal que con la desintegración del cuerpo —indicado por la manera en que estaban la mortaja, la túnica y el pañuelo— ocurrió entonces en el levantamiento del cuerpo en forma física. Esta fue la manera. No se trataba de una transmutación, como si fuera un cambio de una cosa a otra (comparar Juan 20:6-7).

Indicado por la manera en la cual el cuerpo físico entró en la habitación de arriba con las puertas cerradas, no habiendo una parte en la madera a través de la cual el cuerpo pasara, sino formando con las ondas de éter que había dentro de la habitación, debido a una reunión preparada por la fe. Porque, tal como dijo, «Detente en Jerusalén —en la cámara de arriba— hasta que estés dotado del poder de lo alto» (n.º 2533-8; comparar Lucas 24:49).

Este lenguaje parece decir que, como consecuencia de la consecución de Jesús de una entera y completa unidad de consciencia con «el Padre-Madre-Dios», su cuerpo físico se desintegró y un nuevo cuerpo espiritual, un instrumento más apropiado para su ahora consciencia universal, fue creado para él. La lectura también parece decir que la materialización de Jesús dentro de la habitación se hizo más fácil y posible debido a la presencia de «ondas de éter» producidas por una reunión de sus discípulos en el espíritu de la fe y de la oración (comparar 24:33-49).

Otra lectura, sin embargo, utiliza la palabra «revivificar» en referencia a la muerte del cuerpo físico de Jesús, como si tuviéramos que entender que la esencia del suceso era dar nueva vida, nueva luz al cuerpo, resultando en un renovado instrumento del ser.

Cuando el Príncipe de la Paz vino a la Tierra para completar Su propio desarrollo en la Tierra (comparar *Heb.* 5:8-9), El venció a la carne y a la tentación. Por tanto, se convirtió en el primero de aquellos que vencieron a la muerte en el cuerpo, permitiéndole a El iluminar así, y revivificar el cuerpo para levantarlo otra vez, incluso cuando los fluidos del cuerpo se habían secado debido a los agujeros de los clavos en sus manos y por la lanzada en el costado (n.º 1152-1).

Si continuamos con la lectura acotada previamente a la anterior, nos encontramos con el uso de la palabra «transformación» como término preferido a «transmutación». No está claro cómo estas dos palabras pueden diferenciar sus significados, pero hay pocas dudas acerca del significado del discurso globalmente. Esto quiere decir, que el suceso de la resurrección de Jesús involucró la acción creativa de Dios Padre, dando nueva vida y luz, hasta el punto de que el cuerpo de Jesús se transformó en un cuerpo espiritual con cualidades trascendiendo claramente a las físicas conocidas. La misma lectura también sugiere que estuvo involucrado un cierto proceso, incluyendo incluso dimensiones temporales, tal como encontramos implícitamente en el Evangelio de Juan.

Como se indica en las palabras dirigidas a María en el huerto, «No me toques, porque todavía no he ascendido al Padre». El cuerpo (la carne) que formaba aquello, visto por el ojo normal o carnal de María, era tal que no podía ser manejado hasta que se hubiera producido la unión consciente con la fuente de todo poder, de toda fuerza (comparar Juan 20:17).

Pero después —cuando se produjo el primero, el segundo, el tercero, el cuarto, e incluso el sexto encuentro—, El dijo entonces: «adelanta tu mano y toca la señal de los clavos en mis manos, en mis pies. Introduce tu mano en mi costado y cree.» Esto indicó la transformación (n.º 2533-8; comparar Juan 20:27).

La misma lectura desarrolla el tema todavía más:

Tal como ocurrió con el cuerpo de Cristo, «Niños, ¿tenéis algo para comer?» Esto indicaba a los discípulos y a los apóstoles presentes que aquello no era una transmutación, sino una regeneración, una recreación de los átomos y células del cuerpo para que pudiera, mediante el deseo, masticar cosas materiales: pescado y miel fueron dados (comparar Lucas 24:41-43; *Hech.* 10:41).

Como también se indica más adelante, cuando El estaba en el mar y los discípulos y apóstoles que le veían desde la distancia no podían, en la luz temprana de la mañana, discernir; pero cuando El habló, la voz hizo tal impresión en las mentes de sus queridos discípulos que El dijo: «Es el Señor» (comparar Juan 21:7). El cuerpo había preparado fuego sobre la tierra —fuego, agua, los elementos que sirven para la creación— (comparar Lucas 12:49; *Gén.* 1:2). Porque tal como el espíritu es lo primero, el agua, combinada con los elementos, es la madre de la creación.

No transmutación de la carne, sino creación, en el modelo indicado.

Más detalles de los sucesos de la resurrección se dan en el siguiente pasaje.

Después, cuando aquellos de sus seres queridos y de sus hermanos vinieron en aquella alegre mañana al llegarles las noticias, los que estaban preparados y en guardia oyeron un terrible ruido y vieron una luz, y «¡la piedra había sido quitada!» Entonces entraron al jardín, y allí María fue la primera en ver a su Señor *ascendido*. Después vinieron sus hermanos con las fieles mujeres, aquellas que amaban a su madre, quienes fueron sus compañeras en la angustia, aquellas que hacían preparativos para mantener la ley, para que incluso allí no hubiera profanación alrededor de su tumba. Otros también, amigos suyos, sus seres queridos, sus hermanos, vieron a los ángeles. [Se debiera tomar nota de la afectuosa consideración con que ayudaron, a la madre de Jesús, María, las mujeres que le siguieron en su ministerio público, ayudándole a El y a sus discípulos en sus necesidades (comparar Marcos 15:40-41; Lucas 8:1-3)].

¿Cómo, por qué, tomaron forma los ángeles? Para que pudiera implantarse en sus corazones (de los discípulos) y almas aquel *cumplimiento* de las promesas (n.º 5749-6; comparar Marcos 16:9-11; Juan 20:11-18).

La lectura 3615-1 habla de alguien que «contempló aquellas visiones y supo del movimiento de la Tierra, y supo de aquellos que se levantaron de las tumbas» (n.º 3615-1; comparar Mateo 27:52-53).

En una de las lecturas se había preguntado acerca de un suceso en particular en el primer encuentro de Jesús con sus discípulos en la cámara superior después de la resurrección.

P-4. Por favor explique: «El respiró sobre ellos, y les dijo: “Recibid al Espíritu Santo”.»

R-4. El cambio de las dudas y del miedo que nació en las mentes y corazones de los allí reunidos en la habitación. El respiró debido a sus miedos (de los discípulos) en la interpretación de los fenómenos que estaban experimentando. Cuando el hálito de vida fue respirado en el cuerpo del hombre, ver, así El respiró el amor y la esperanza en la experiencia de aquellos que iban a ser testigos de El en el mundo material (n.º 5749-10; comparar Juan 20:19-23; *Gén.* 2:7).

En otro sitio encontramos una referencia de uno que «le vio bendiciendo a aquellos alrededor suyo, después de la resurrección» (n.º 2620-2). Esta lectura, también, como la inmediatamente anterior, se refiere a la necesaria equipación espiritual de aquellos que iban, y van, a servir a la misión en marcha y trabajo de Jesús en el mundo.

Otra lectura menciona a uno que «estaba con el grupo cuando ocurrió la proclamación por Pedro, Juan y Jaime de que “El Maestro va delante de vosotros a Galilea”» (n.º 3615-1; comparar Mateo 26:32; 28:7, 10, 16). Esta declaración es, en efecto, para afirmar la comprensión que se nos da en el Evangelio de Mateo de un encuentro, después de la resurrección, de Jesús con sus discípulos en Galilea (comparar Lucas 24:49; *Hech.* 1:4, pasajes que parecen sugerir que los discípulos permanecieron en Jerusalén. Juan, 21:1-23, habla de otro encuentro, más tarde, después de la resurrección en Galilea). Pero la misma lectura continúa describiendo el tema de Lucas de la resurrección de Jesús hablando de uno que «estaba entre los quinientos que le contemplaron al entrar en la gloria y vie-

ron a los ángeles, y oyeron el anuncio del suceso que debe ocurrir algún día —solamente para los que creen, que tienen fe, que buscan y esperan poder verle tal como El es—» (comparar Lucas 24:44-53; *Hech.* 1:6-11; Marcos 16:15-20; 1 *Cor.* 15:3-8).

Esta lectura, puede notarse, hace mención de la «segunda venida» de Jesús, un tema que consideraremos más adelante con más detalle. Deberíamos observar, no obstante, en este punto, que la interpretación dada en la lectura tiende a seguir lo que se encuentra en el Nuevo Testamento de Lucas (Lucas 17:20-212; *Hech.* 1:6-11), más que en las primeras cartas del apóstol Pablo (1 *Tes.* 4:16-17; 2 *Tes.* 1:7) o en el *Libro de la Revelación* (*Rev.* 1:7). Es decir, los últimos pasajes parecen indicar una manifestación públicamente visible a todos los seres humanos, como también se implica en los versos de algún evangelio (Mateo 24:30-31; posiblemente Marcos 13:26). Los pasajes de Lucas sugieren más que la segunda manifestación de Jesús será «en la misma manera en que le visteis entrar en el cielo» (*Hech.* 1:11), es decir, perceptible solamente a aquellos que creen y están suficientemente abiertos para aceptar el suceso.

Las lecturas de Cayce procuran explicar de varias maneras tanto el más grande significado cósmico de la resurrección de Jesús como los modos apropiados de la presente aplicación de ese significado en nuestras vidas humanas diarias. Un tema recurrente de las lecturas es el valor personal de Jesús delante de Dios y de la humanidad para experimentar la resurrección. «En el solitario estado del hombre en la cruz, en la tumba, cuando toda esperanza parecía abandonada, igual que cuando en la posada no pudo albergar su nacimiento, tampoco pudo la tumba contener su cuerpo, porque El estaba purificado —en amor, en servicio, en armonía con la voluntad de Dios— (n.º 1152-4; comparar *Hech.* 10:38). Las lecturas de Cayce, aunque a veces retorcidas en estilo y difíciles de entender, pueden también, como en estos pasajes, elevarse a alturas de belleza y poder dignas de Shakespeare o Bunyan.

El tema del valer personal de Jesús se expresa también en la siguiente lectura:

Uno debiera recordar que —aunque doblado bajo el peso de la cruz, aunque su sangre hubiera sido derramada, aunque fuera sepultado— mediante aquel poder, aquella habilidad, aquel amor, tal

como se manifestó en El mismo entre sus compañeros —El rompió las ataduras de la muerte, proclamando en aquel acto *que no hay muerte* cuando el individuo, el alma, pone, tiene su confianza en El...

Mediante tal habilidad para hacerse a sí mismo uno con el Padre, ganó el derecho, el honor de mostrarse a sí mismo a tantos como le escuchen (n.º 5749-13; comparar 1 *Cor.* 15:51-56; 1 Timoteo 6:16; *Heb.* 1:9; 2 Pedro 1:17; *Rev.* 5:12-14)

Inmediatamente después de este pasaje encontramos palabras de significado contemporáneo (12 de marzo de 1941), palabras de entendimiento, de compasión y esperanza, dirigidas a la persona que solicitó la lectura y a las otras presentes.

En esta hora de desesperación en el mundo, cuando las acciones indican odio, injusticia, tiranía, deseos de esclavizar o de impeler a otros a someterse a los dictados de cualquier poder —sepamos todos que esto también, como la hora del Calvario, es algo que debe pasar, y que sobre las alas de la mañana llega la nueva esperanza, el nuevo deseo, a los corazones y mentes de todos aquellos que buscan conocer su rostro.

Después, en su manera característica, el durmiente Cayce cambió a su modo más directo para dirigirse a cada persona presente, y para ampliar círculos también, diciendo:

Esto debe empezar dentro de tu propio corazón. Después examinemos todos los corazones para desechar la duda y el miedo, expulsando al odio y a la malicia, los celos y aquellas cosas que impulsan al hombre a equivocarse. Reemplazar a éstas con el deseo de ayudar, con esperanza, con voluntad de dividir al ego y someterse a aquellos menos afortunados, vistiéndose uno con la armadura de Dios —en la virtud— (comparar *Gál.* 5:16-26; *Ef.* 6:10-20).

Uno de los temas más característicos de las lecturas de Cayce es su énfasis en la necesidad de aplicación de la verdad tanto en cosas personales como en asociaciones. La teología, la teoría, incluso la fe, nunca existen por sí solas, sino que deben servir para el encarecimiento de la calidad relacional, tanto interior como exterior, de la vida humana de cada día. Así, «la resurrección de Jesús el Cristo es un hecho significativo para cada individuo solamente de acuerdo a cómo la aplica en su vida diaria, en la experiencia y en la conversación con su prójimo» (n.º 5749-12; comparar *Rom.* 11:1-2).

En este contexto de fe-entendimiento, las lecturas nos dan varias admoniciones y exhortaciones. Así fue mostrada la cuestión a varias personas presentes en la lectura 5749-12:

Por tanto, ¿en un mundo material —un mundo de odio y de opiniones divididas—, cuál es el curso que cada uno debe buscar en relación con el prójimo?

¿Es el curso fijado por la doctrina, por los principios que El, el Maestro de maestros, dio en relación a la manera de vivir, de actuar, lo que cada uno debiera mostrar en sus tratos y relaciones con el prójimo?

Esta referencia al «el curso mostrado por las doctrinas, los principios» enseñados por Jesús, es una expresión del consistente entendimiento en las lecturas de Cayce de la manera de enseñar de Jesús. Es decir, el énfasis de la enseñanza de Jesús es visto sobre los principios más amplios de conducta, tal como la Regla de Oro (Mateo 7:12; Lucas 6:31) del resumen de Jesús de la ley de los profetas (Marcos 12:28-34 y paralelos). La aplicación de estos principios en situaciones concretas de la vida diaria debe hacerse por cada individuo, él o ella, hasta el punto en que su afinamiento con el Espíritu de Dios percibe la voluntad de Dios y las características de su guía.

Aunque, sin embargo, las lecturas de Cayce no proclaman ninguna forma de individualismo desenfrenado, las decisiones éticas hechas por estos medios se ven como emergiendo propiamente en el contexto de participación en la hermandad con todos, especialmente con aquellos de la «familia de la fe» (n.º 518-1; comparar *Gál.* 6:10; *Ef.* 2:19). El mismo Cayce combinó tal participación en la hermandad de la gente de Dios con la lectura diaria de al menos tres capítulos de la Biblia, una práctica que realizó toda su vida desde la edad de doce años. Las referencias subsiguientes al «*tempo... modo y manera*» enseñados y manifestados por Jesús (n.º 5749-12) dejan claro que el proceso involucrado pone todo el énfasis en la sensibilidad espiritual, es su más amplio y profundo sentido, más que sobre los meros procesos racionales. La delicadeza y la capacidad artística involucradas en esta actividad de discernimiento y aplicación de los principios básicos de conducta se sugieren en la siguiente acotación: «Magnificarle, glorificarle en cada palabra, en cada actividad, en todos los tratos con el prójimo. Por cada paso, cada mirada, por

cada palabra, crear la *esperanza* en los corazones, en la mentes y vidas de otros (n.º 5749-13; comparar 1 *Cor.* 13).

La lectura 5749-12 (comparar Lucas 11:1-13 y paralelos) continúa:

Sabemos, y sólo necesitamos ser recordados, que toda la ley está en El. Porque El dio lo que es la base, el principio, del intento, deseo y propósito que debiera promover nuestra actividad, así nosotros en el mundo —como vivimos, como hablamos, como rezamos— debemos funcionar en ese *tempo*, en ese modo y manera promovidos por El, en la manera en que El enseñó a sus discípulos a rezar.

Por tanto, al analizar esta oración en nuestra experiencia, vemos lo que la muerte, la vida, la resurrección de Jesús el Cristo —que es el Camino, la Verdad, la Luz— debe significar en este período de experiencia humana.

Las lecturas de Cayce afirman frecuentemente que la meditación es un elemento integral del ámbito más amplio de la oración, que uno debe escuchar a Dios tanto como hablarle (n.º 262-127; n.º 5265-1; n.º 2051-5; n.º 987-2; n.º 282-4; n.º 262-89). Una lectura nos da la siguiente versión de la llamada Oración del Señor:

Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre. Que venga tu reino. Hágase tu voluntad —en el cielo y en la tierra—. Danos las necesidades del cuerpo para mañana. Perdona a los transgresores como nosotros perdonamos a los que nos ofendieron y ofenden. Sé nuestro guía en los tiempos difíciles, de angustias y tentaciones. Condúcenos al camino de la virtud para gloria de tu nombre (n.º 378-44).

Esta oración fue presentada con las palabras «No dejes que las cosas materiales te cieguen tanto que puedan convertirse en un bloque contra el que tropieces en tu experiencia. Alaba a tu Hacedor en su nombre, en el de quien te enseñó a rezar».

Más introspecciones sobre el significado cósmico de la resurrección de Jesús, junto con aspectos de su adecuada aplicación en la vida contemporánea, se dan en el texto siguiente: «Por tanto, según meditas sobre el significado de la resurrección de este hombre de Dios, sabe que el camino está abierto para que te aproximes al trono de Dios —no como una excusa, no como una justificación—, sino más bien con amor, en armonía, la cual trae la esperanza para

este mundo enfermo y pecaminoso» (n.º 5749-12). A la gente presente en la lectura se la recordó que esta manera de vivir significa también «tales modos como para traer paz y armonía incluso entre aquellos que *parecen* estar en desavenencia con la causa de Cristo en el mundo material».

Las personas cercanas a Edgar Cayce, cooperadoras en su trabajo, escucharon una lectura dada el 5 de abril de 1936:

¡Abre tus ojos y contempla la gloria, incluso la del Cristo aquí presente, ahora, en el medio, incluso como aparecía ante ellos en aquel día!...

Tú también dudas a menudo, tú también tienes miedo a menudo. Sin embargo, seguro que El está contigo. Y cuando tú, en esta agradable estación, redediques tu vida, tu cuerpo, tu mente a su servicio, tú, también, podrás saber, como ellos, que El *vive* — y que está a la derecha de Dios para interceder por *tí*— si tú crees, si crees que El está, tú también lo experimentarás.

... (El es) tu hermano, tu Salvador, tu Jesús, tu Cristo, que vendrá y morará en los corazones y vidas de todos vosotros, simplemente con que le dejes, que le invites, que abras tu propio corazón, cada uno de vosotros, para que El pueda entrar y morar contigo...

No le crucifiques ni en tu mente ni en las actividades de tu cuerpo. No te dejes vencer por las cosas que son de la tierra —terrenas—. Mejor viste tu cuerpo, tu mente, con los pensamientos, los hechos, con los privilegios que su sufrimiento como hombre te trajeron (n.º 5749-6; comparar *Heb.* 6:6; *Fil.* 2:1-11).

En otra parte de la misma lectura, este tema de la delegación o expiación substitutoria de Jesús el Cristo —el significado para otros de su sufrimiento, muerte y resurrección— se desarrolla más profundamente haciendo una larga pregunta y recibiendo respuesta inmediata a ello.

¿Por qué se hizo El carne y vino a la Tierra en forma de hombre? Para ser uno con el Padre, para enseñar al hombre su (la del hombre) *divinidad* (derivada), la relación del hombre con su Hacedor, para enseñar al hombre lo que en verdad el Padre significó cuando El dijo: «Si me llamas, te escucharé. Aunque estés lejos, aunque estés cubierto de pecado, si te limpias en la sangre del Cordero, puedes volver» (comparar *Isaías* 1:18; 65:24; *Rev.* 7:33; 11:11).

[Ya hemos mencionado que en las lecturas de Cayce, la «divinidad» de los seres humanos es más bien un resultado moral y espiritual que uno ontológico, «El hombre, como hombre de Dios puede estar más cerca de lo divino» (n.º 1301-1; comparar Juan 10:34-36).]

Por tanto, en todas las maneras posibles, las lecturas de Cayce enfatizan el significado presente, los efectos y la realidad de la resurrección de Jesús, de El que es el Señor ascendido y está presente con aquellos que le recibirán. «Yo soy la resurrección y la vida» (n.º 1747-3; comparar Juan 11:25-26). (Esta misma lectura continúa con una declaración, dicha como palabra de Jesús, que se refiere a un encuentro durante el ministerio público de Jesús: «Yo les dije que destruiría el cuerpo y que en tres días lo levantaré otra vez» (n.º 1747-3; comparar Juan 2:19). Esta palabra parece ser una instancia del mismo Jesús interpretando su propia declaración previa dada en lenguaje metafórico). «El trajo una luz para el corazón y el alma que no falló, un agua que es vida, una casa que es eterna, un pan que es en verdad la ¡sustancia de la vida! Porque EL ES esa vida —la VIDA»— (n.º 1152-4; comparar Juan 1:4-5, 9; 3:19; 8:12; 4:14; 6:35; 11:25; 14:6). El es «Vida, Luz e Inmortalidad para el mundo de hoy —de siempre—. Porque El no ha cambiado» (n.º 1290-1; comparar 2 Tim. 1:10; Jas. 1:17).

Otra manera de aplicación presente de la realidad de la resurrección de Jesús se da en lo siguiente:

Porque la muerte no clavó su aguijón, no tenía poder sobre aquellos que sabían que la resurrección trajo a la consciencia del hombre aquel poder que Dios le había dado, que puede reconstruir, resucitar, incluso cada átomo de un cuerpo físico enfermo, que puede resucitar incluso cada átomo de un alma enferma de pecado, que puede resucitar al alma para que viva en la gloria de un Cristo resucitado y regenerado en las almas y corazones de los hombres (n.º 1158-5; comparar 1 Cor. 15:55-57).

Un pasaje muy sugestivo de las lecturas habla de la experiencia de Jesús —y de todos nosotros también— en términos de cierto principio universal de reciprocidad,

Porque siempre ha sido y es, incluso en materialidad, un mundo recíproco. «Si vosotros sois mi gente, Yo seré vuestro Dios» (comparar Ex. 6:7; Lev. 26:3-13; Jeremías 7:23). Si tú conoces el bien, harás

el bien. Si tienes vida darás vida. Si conoces a Jesús el Cristo, entonces sé como El, que murió por una causa —sin culpa (de su parte)— muriendo, sin embargo, y a través de ello hacer posible lo que esta estación (la lectura se dio en tiempo de Pascua, 1937) representa —¡resurrección!

¿Qué quiere decir resurrección? Es recíproca de aquello que ha sido expresado. ¿Cómo fue establecida por El otra vez sobre quien conocía pero disgustaba (porque El amaba a Pedro más)? [Las lecturas de Cayce, en sus relativamente extensivas referencias al período de la primera iglesia, especialmente aquella de la primera generación apostólica, son claras y específicas en su recuento de los criticismos contemporáneos de la persona y estilo de vida del apóstol Pablo (n.º 1151-10; n.º 1541-11; comparar *Hech.* 15:1-29; *Gál.* 2:1-21).] «No hay vida sin muerte; no hay renovación sin la muerte de lo viejo» (comparar *2 Cor.* 4:10-11; 6:9). La muerte no es desaparecer; es una transición. Y puedes conocer la transición por tal como viene en la experiencia por las mismas actividades, que «con la medida que midas serás medido» (comparar *Mateo* 7:2; *Gál.* 6:7). Esa fue su vida, esta es tu vida, la vida de cada uno.

¡El desechó al ego, dejando que fuera crucificado en la cruz, para que conociera lo *nuevo*, la renovación, el cumplimiento, el *ser* la ley, convertirse en la ley! (comparar *Fil.* 2:1-11; *Rom.* 10:4; *1 Cor.* 9:21).

¡Porque es la ley SER la ley, y la ley es amor! Como El lo mostró en todas sus manifestaciones en las experiencias materiales en la Tierra (comparar *Juan* 13:34; *Rom.* 13:8).

¿No es en verdad un mundo recíproco? Lo que siembras cosechas (n.º 1158-9; comparar *Gál.* 6:7).

Observamos unas cuantas referencias en las lecturas al paseo de dos de los discípulos a la aldea cercana de Emaús, poco después de la muerte de Jesús, cuando le encontraron en el camino y le reconocieron troceando el pan en la casa de uno de ellos (n.º 1158-2; comparar *Lucas* 24:13-35). Sin embargo, no se dan detalles. Leemos en otro sitio que «hubo alrededor de cinco mil que vieron y oyeron las palabras del Maestro después de la resurrección» (n.º 1877-2). Esta declaración indica evidentemente un número global y puede que incluya a los quinientos citados como aquellos que contemplaron la ascensión de Jesús (n.º 3615-1). El apóstol Pablo habla de Jesús

como habiendo aparecido, en una manifestación posterior a su muerte, «a más de quinientos hermanos (en masculino en griego) en una vez» (1 *Cor.* 15:6).

La resurrección y ascensión de Jesús fue claramente pensada por los escritores del Antiguo Testamento como sucesos experimentados por seres humanos en cierto momento en tiempo y lugar de la historia humana. Estas mismas personas, y las comunidades de fe a quienes representaban, estaban igualmente convencidas de que los eventos tendrían efectos de momentáneo significado y poder en el subsiguiente curso de la historia humana. Estos esfuerzos, creían ellos, se derivaban no solamente de su impulso original, sino que eran, y son, continuamente renovados por lo que ellos experimentaban como «la continua presencia» del Señor Jesús. Consideremos ahora lo que las lecturas de Edgar Cayce dicen acerca de este grandioso tema.

SU CONTINUA PRESENCIA

Un tema central de la fe del Nuevo Testamento es la continua presencia de Jesús, como el Cristo ascendido, en sus seguidores. Esta presencia, como hemos visto, fue experimentada primero mediante numerosas apariciones de Jesús después de la resurrección. Después de su ascensión, que se describe de la manera más notable en el primer capítulo de los *Hechos de los Apóstoles*, la presencia de Jesús viene a ser especialmente asociada con la venida del Espíritu de Dios, citado a menudo en el Nuevo Testamento como el Espíritu Santo.

La más dramática expresión de la venida del Espíritu Santo a los seguidores de Jesús es aquella del suceso en la fiesta de Pentecostés, donde hubo evidentes manifestaciones externas tales como un sonido «como la embestida de un poderoso viento». También aparecieron allí «lenguas como de fuego, distribuidas y colocadas sobre cada uno de ellos». Se dice que los discípulos se quedaron «todos llenos del Espíritu Santo y comenzaron a hablar en otras lenguas, ya que el Espíritu les dio la pronunciación» (*Hech. 2:1-4*).

Lo que puede haber sido una manera alternativa, menos dramática, de recibir al Espíritu Santo se describe en el Evangelio de Juan, donde Jesús comunica el Espíritu durante una aparición después de la resurrección simplemente respirando sobre sus discípulos. Leemos aquí: «Jesús les dijo otra vez: “La paz sea con vosotros.

Como el Padre me ha enviado, así os lo envío Yo". Y cuando hubo dicho esto, respiró sobre ellos y les dijo: "Recibid al Espíritu Santo"» (Juan 20:21-22; comparar Juan 17:18; 4:35-38. Este Espíritu también es denominado el Espíritu del Cristo Ascendido (comparar *Rom.* 8:2, 9; *1 Cor.* 15:45; *Gál.* 4:6; *Fil.* 1:19; *1 Pedro* 1:11), el Espíritu, quien tal como se menciona en la acotación de la Primera Carta de Pedro (1:11), inspiró a los profetas del Antiguo Testamento antes de su manifestación terrenal como Jesús de Nazaret.

Ya hemos visto que muchas de las lecturas de Edgar Cayce citadas en conexión con otros eventos de la vida de Jesús tienen mucho que decir también acerca de su continua presencia en la vida de la humanidad como Cristo ascendido, así como de su trabajo en el mundo antes de su manifestación en Palestina como Jesús. Esto sólo se puede esperar a la luz de la gran preocupación de las lecturas por la presente aplicación y apropiación de la verdad, así como del Espíritu de Dios.

En conexión con una acotación del propósito de la Gran Comisión de misioneros universales, citada en el Evangelio de Mateo como el clímax de la aparición de Jesús después de la resurrección, leemos: «La posición, el poder, la riqueza y la fama pueden convertirse en nada si se compara con la paz que vino y es el entendimiento de aquellos que han visto, conocido y se han hecho conscientes de su continua presencia, tal como fue prometido, Yo siempre estoy con vosotros, incluso hasta el fin del mundo» (n.º 1602-4; comparar Mateo 28:20). «¡Yo siempre moraré en vosotros! ¡Sabed que esto significa en vuestro mismo ser! Porque El no os ha dejado sin confort, sino que el Espíritu de la verdad habita para siempre en vosotros» (n.º 1904-2; comparar Juan 14:15-18). «Aquellos de la Tierra a quienes he dado el mensaje, Yo siempre estaré con vosotros —*siempre!*— A vosotros, que habéis pronunciado, y pronunciáis su nombre, os ha sido dado el mensaje. Alimentad mis ovejas, cuidad de mis corderos» (n.º 1158-5; comparar Juan 21:15-17). Aquí, en la típica manera de Cayce, la promesa de la continua presencia del Señor se une con una declaración sobre las responsabilidades humanas que siguen propiamente al creer, al aceptar la consciencia de esa presencia. También se desprende de la frase, «a aquellos de la Tierra a quienes he dado el mensaje», que la continua presencia de Jesús puede tocar a más personas y vidas con su influencia de lo que ordinariamente se entiende por el término «los seguidores de Jesús».

En la siguiente lectura encontramos un fuerte recordatorio de que la continua presencia de el Cristo ascendido no está divorciada, de ninguna manera, del Jesús humano. Jesús y el Cristo son totalmente uno. La aparente derrota se ha tornado en victoria. «Aunque El lloró profundamente sobre Jerusalén, aunque él se lamentó con la misma sangre de su cuerpo en Getsemaní, El sonrió en la cruz —tal como El te sonrío y te dice: “Yo estoy contigo; no tengas miedo, soy Yo—. ¡Incluso Yo que soy la vida, el camino, el mundo!”» (n.º 1158-5; comparar Marcos 6:50 y paralelos; Juan 1:1; 14:6). Esta afirmación sobre la sonrisa de Jesús incluso estando colgado de la cruz, a pesar de lo sorprendente que pueda parecer a primera vista, está de acuerdo con otras percepciones de Cayce de la victoria interior de Jesús incluso en medio del sufrimiento físico y mental durante la última semana de su vida en la Tierra.

En referencia a la adecuada respuesta humana a las promesas de la constante presencia del Señor ascendido, las lecturas de Cayce dan importantes especificaciones. Esta respuesta no es solamente una de obediencia externa y actividad, como cuando se nos dice: «Aquellos que le conocerán (a Dios Padre) deben creer que El es, y sobre todo que ¡ACTUA de esa manera!» (n.º 1158-9; comparar *Heb.* 11:6). Las dimensiones interna, personal y racional de la respuesta son igual y sorprendentemente remarcadas.

¿Cuán personal es tu Dios? ¡Tan personal como El se deje ser!
¿Qué cerca está el Cristo tal como se manifestó en el cuerpo físico de Jesús? ¡Justo tan cerca y tan querido como le dejes estar!...

En el amor de tus propios niños, ¿son aquellos que piden, o los que no piden los que dan la respuesta? El no ama a uno más que al otro, ¡no por la impunidad, sino por una acción recíproca! (n.º 1158-9).

Esta acotación nos da una visión de la percepción en las lecturas de Cayce de la naturaleza personal de Dios Padre. Esto no quiere decir, como hemos visto, que la personalidad de Dios esté limitada como la personalidad de los seres humanos, o que no existen aspectos transpersonales de Dios que puedan parecer, desde nuestra perspectiva humana, ser impersonales. Esto afirma, en la manera más fuerte, que Dios es profundamente personal en su autoconsciencia y en la consciencia de otros —como su propia creación— y en su deseo de relaciones interpersonales con su creación que resul-

ta en un amor mutuo, compañerismo, y en una creciente armonía y trabajo cooperativo. Esta lectura también nos dice que Dios desea nuestra respuesta de amor afectuoso —no que nuestro amor y nuestra fe vayan dirigidos primariamente a ganar una exención del castigo o del daño— (impunidad, tal como dicen las lecturas); ellas son más bien el camino a unas más profundas y nobles relaciones personales. Y las lecturas de Cayce siguen fielmente las enseñanzas de Jesús en que nuestro amor a Dios debe también resultar en el amor a nuestro «prójimo» (comparar Marcos 12:28-34 y paralelos).

Leemos del papel y trabajo de Jesús el Cristo para poner en efecto el tipo de relaciones personales aquí descritas. «El prometió permanecer al lado de los desanimados, de los desconsolados, de quienes han perdido la perspectiva y la esperanza» (n.º 2156-1; comparar Marcos 10-45; 1 *Cor.* 15:3).

Esto es una reafirmación del histórico tema teológico del trabajo redentivo de Jesús el Cristo, de su papel bajo Dios Padre —enviado y representante del Padre— para la liberación de otros de las ataduras de ellos mismos y de su pasado, para llegar a una relación creativa y restaurada con su Hacedor. El significado y los efectos —y realidad en relaciones interpersonales— de la labor de Jesús el Cristo se indica en la siguiente lectura. «El humilde nazareno fue el cumplimiento de aquel sacerdocio (el sacerdocio de Israel) en su ofrecimiento de sí mismo como el cordero que no iba a guardar, sino a llevarse los pecados de la gente. No como un escape, sino como un afinamiento en el cual cada alma encuentra, y encontrará, al Cordero permaneciendo para siempre como esa ofrenda en sus relaciones como individuo con sus compañeros humanos» (n.º 1000-14; comparar Juan 1:29, 36; 1 Pedro 1:18-21; *Heb.* 4:14-16; *Rev.* 7:14; 12:11). «Si el corazón está abierto, El vendrá y habitará contigo» (n.º 1770-2). No solamente fue Jesús resucitado, «El es en verdad la resurrección. El es en verdad consciente de la angustia y de las alegrías del género humano» (n.º 993-5; comparar Juan 11:25-27; 1 Pedro 5:7).

Las lecturas de Cayce, no obstante, dejan claro que esta labor redentiva y la continua presencia de Jesús el Cristo no están limitadas en sus efectos al Israel histórico y a la Iglesia cristiana. Estamos tratando con más realidades universales. «Porque El en verdad permanece en la puerta de toda consciencia del hombre que busca conocer —y entrará tan pronto como el hombre abra—» (n.º 1842-1;

comparar Mateo 5:6; 6:33; 7:7-12). Esto es para que «los individuos se den cuenta de la Consciencia de Cristo y se hagan uno con las fuerzas operativas del Espíritu de Cristo en la tierra» (n.º 262-29). «Cristo es la fuerza dominadora en el mundo... todo el poder del cielo, de la tierra, ha sido dado a Aquel que venció» (n.º 5749-4; comparar Mateo 11:27; 28:18; Juan 3:35; 13:3; 16:15; 17:2).

Esta afirmación, sin embargo, del presente dominio del Cristo ascendido se ve en las lecturas de Cayce como efectiva en relación a toda la gente en todo lugar en potencialidad real y estructurada, pero auténtica e interiormente efectiva sólo para aquellos que la dejen ser así. «El dio a sus ángeles capacidad en lo concerniente a aquellos que buscaban ser un canal de bendición para sus hermanos, que purificaron sus corazones, sus cuerpos, de todo motivo egoísta y dieron al Cristo —crucificado, purificado— un lugar en su estabilidad» (n.º 696-3; comparar *Rom.* 12:1-2; *1 Cor.* 9:27; *2 Cor.* 10:5). «El es de sí mismo en espacio, en la fuerza que le impele a través de la fe, a través de la creencia, en la entidad individual. Como entidad espiritual, por tanto, no en un cuerpo en la tierra... (El) puede venir a su voluntad a aquel que desea ser uno con El y actúa en el amor para hacerlo posible» (n.º 5749-4). «En el mundo del espíritu, El busca hacer manifiesto aquello buscado por quienes cumplen sus mandamientos» (n.º 5749-4; comparar Juan 14:15, 21, 23; 15:10, 12-14). «¿Está El hoy en presencia en el mundo? Sí, en aquellos que le llaman desde cada esquina» (n.º 5749-5; comparar Lucas 18:7-8).

En este punto podemos adecuadamente preguntar lo que las lecturas de Cayce quieren decir con el término Consciencia Crística. Leemos que: «La Consciencia Crística es la consciencia universal del Espíritu del Padre (n.º 5749-4). Hay que distinguir este término de «consciencia de Jesús», que es una frase utilizada para denotar la apropiación y aplicación de la Consciencia Crística en el cuerpo físico, en la vida en la tierra, considerada como perfecta en Jesús de Nazaret, y como imperfecta en todos los demás (n.º 5749-4). Al mismo tiempo, sin embargo, leemos que la consciencia de Cristo está en todo ser humano en potencialidad estructurada, en forma embriónica. Esta es otra manera en la cual las lecturas de Cayce sugieren aspectos concretos del concepto de creación de los seres humanos a imagen de Dios. La Consciencia Crística se describe también, por tanto, como «la consciencia dentro de cada alma, impresa

en el marco de la mente y esperando ser despertada por la voluntad, de la unidad del alma con Dios» (n.º 5749-14; comparar *Gén.* 1:26-27; 5:1; *Rom.* 2:15).

Por tanto, leemos: «No tanto el autodesarrollo, sino más bien el desarrollo de la Consciencia Crística, como ausencia de egoísmo, para que El pueda encontrar su camino hacia ti, para que El —el Cristo— pueda dirigir tu camino y guiarte en las cosas que haces y en las cosas que dices» (n.º 281-20; comparar Marcos 8:34-35 y paralelos). La expresión de la Consciencia Crística se describe en otra parte como la manifestación de los frutos del espíritu. Tales como «practicar, después, amor fraternal, cariño, paciencia, resistencia, amabilidad» (n.º 3580-1; comparar *Gál.* 5:22-23). Otro punto de gran significancia para la vida de cada día se da en la siguiente declaración sobre el posible y adecuado papel protector del Cristo, manifestado como la sobrepujante influencia de la Consciencia Crística funcionando en el mundo. «Ninguna influencia, interior o exterior, puede ser una fuerza dañina para el ser —siempre que el ser se rodee con el pensamiento y la habilidad de la Consciencia Crística, y además la practique en sus tratos con la gente que le rodea— (n.º 2081-2; comparar 1 *Cor.* 10:12-13). Otra lectura, debemos señalar, identifica específicamente a la Consciencia Crística con el Maestro Jesús (n.º 3459-1).

Si preguntáramos cómo podemos nosotros recibir o participar en esta Realidad, como podemos abrirnos nosotros mismos correctamente, la respuesta sería: «Mediante la búsqueda, y el humilde acercamiento al trono de la gracia y de la piedad, tal como se manifestó en El; reconociéndole como tu Señor, tu Maestro, tu Hermano Mayor. El ha dicho también: “Si tú abres, Yo vendré a morar contigo”» (n.º 2845-1; comparar *Rev.* 3:20; Juan 14:18; 15:4). «Aquellos que le buscan con sinceridad y honestidad pueden aproximarse a El —y ser guiados por El—. Tal como El ha dicho, por la fe todas las cosas se hacen posibles, por la creencia en su nombre» (n.º 5749-4; comparar Marcos 10:27; Juan 14:13-14; 16:23; Mateo 21:22).

En varias instancias las lecturas dan respuesta a cuestiones específicas del tipo que acabamos de señalar. Por ejemplo, el durmiente Cayce fue preguntado: «¿Cómo puedo entrar en contacto con El de manera que pueda verle y oírle hablar?» La respuesta fue: «El hacer la voluntad del ser una con El, hará un completo afinamiento con El.

El, con la estructura del ser de acuerdo con el propósito, hablará contigo, no tengas miedo, soy Yo» (n.º 5749-4; comparar Marcos 6:50 y paralelos). En otra parte de la misma lectura se pone igual énfasis en la fe, deseo y sincero esfuerzo para armonizar los propósitos y la voluntad de uno con la de Dios Padre —todos los propósitos enfocados sobre Jesús el Cristo como el canal supremo hacia el Padre—. «Haciendo la voluntad, el deseo del corazón, uno con El, creyendo con fe, con paciencia, todo se hace posible en El —a través de El hacia el Padre, porque El lo dijo así» (n.º 5749-4; comparar Mateo 21-22).

En sorprendente, incluso poético, lenguaje, encontramos el mismo tema, repetido y enfatizado, en otro sitio. «El viene otra vez a los corazones, almas y mentes de aquellos que buscan conocer sus caminos... aquellos que acuden a El no se irán con las manos vacías... incluso *aquí*, El puede oír el anillo de oro del cetro —anillo— en los corazones de los que buscan su rostro» (n.º 5749-5; comparar 1 Cro. 16:11; Ps. 105-4; Rom. 10:12-13). Aquí, como en cualquier otro lugar de las lecturas de Cayce, la continua presencia del Cristo ascendido, experimentada en la fe creyente, se trata como una manera de «venir otra vez». «Tu Hermano, tu Salvador, tu Jesús, tu Cristo... volverá y habitará en los corazones y vidas de todos vosotros —si tú le dejas simplemente, si le invitas, si abres tu corazón, cada uno de vosotros, para que El pueda entrar y habitar con vosotros» (n.º 5749-6; comparar Rev. 3:20).

Otra lectura expresa el tema sucintamente:

Invítale, por su nombre, con propósito, con deseo, a ser tu compañero en todo lo que haces, todo lo que dices. El nunca rechaza a los que con voluntad, honestamente, sinceramente, le invitan a permanecer con ellos. Tal como El nunca rechazó ninguna invitación de nadie cuando anduvo en la tierra como un individuo, tampoco rechaza nunca la invitación de un alma que busca —con sinceridad— su compañía» (n.º 622-6; comparar Juan 6:37; Mateo 11:28-30).

Tal como hemos visto, las lecturas de Cayce afirman que el propósito primario de la creación divina de las almas que conocemos en la tierra como seres humanos, es que podamos ser compañeros de nuestro Hacedor. Esto, desde luego, expresa con un sinónimo el deseo de Jesús, citado en el Evangelio de Juan, donde prefiere llamar a sus discípulos «amigos» (Juan 15:14-15). Este es también el

tema de una de las más profundas corrientes en la historia de la espiritualidad cristiana, que se ve, por ejemplo, en el movimiento antes de la Reforma, conocido como los Amigos de Dios, en el valle del Rin. El nombre propio, de ese maravilloso movimiento iniciado en el siglo xvii en Inglaterra por George Fox y llamado popularmente Quáquero, es el de Sociedad de Amigos.

Otra lectura expresa el mismo tema de la manera siguiente: «Deja que el tema del cuerpo mental sea siempre Jesús, el Salvador, el piadoso compañero de aquellos que buscan conocer los caminos de Dios con el hombre. Porque El es ese amigo que siempre te guiará, dirigirá y *acompañará* en las desgracias, tentaciones, en los placeres como en las angustias» (n.º 1173-10; comparar Juan 14:18, 21, 26; 17:12).

LA SEGUNDA VENIDA

Las lecturas de Cayce afirman claramente la segunda venida de Jesús el Cristo. «¿Cómo habló el ángel? “Tal como le habéis visto marchar le veréis volver”. ¿Eran esto sólo palabras? ¡No!» (n.º 1158-9; comparar *Hech.* 1:1-11).

La manera de esta vuelta se sugiere ser similar a la de la ascensión de Jesús, como se describe en los *Hechos de los Apóstoles* de la Biblia. Encontramos otra explicación de esta interpretación en la declaración de que ello «será sólo para aquellos que le busquen y esperen verle a El tal como es» (n.º 3615-1; comparar Mateo 24:29-31; Marcos 13:26; 1 *Tes.* 4:16-17). Este lenguaje parece implicar un modo de manifestación no necesariamente público o perceptible en ese momento a todas las personas de la tierra. Rudolf Steiner afirmó, mediante su propia actividad claravidente, una comprensión similar de la vuelta de Jesús a la encontrada en las lecturas de Edgar Cayce. De acuerdo con el libro de Johannes Hemleben, *Rudolf Steiner*, en 1923 Steiner afirmó: «Cristo volverá, pero en una forma que trascenderá la realidad física, en una forma que sólo podrá ser vista por aquel que haya llegado a entender la vida espiritual.»

Sin embargo, la manifestación no hay que entenderla, nos dice Cayce, como meramente una vaga influencia. «El volverá tal como le habéis visto partir, en el *cuerpo* que El ocupó en Galilea. En el cuerpo que El formó, que fue crucificado en la cruz, que se levantó

de la tumba, que anduvo en el mar, que se apareció a Simón, que se apareció a Felipe, que se apareció incluso a mí, Juan» (n.º 5749-4; comparar Juan 21:1-25; 1 *Cor.* 15:3-8). Este lenguaje parece implicar claramente una manifestación de Jesús que será reconocible por aquellos que de alguna manera le conozcan. [Esta referencia en primera persona del apóstol Juan en esta acotación es una de las pocas ocasiones en que en las lecturas, la «fuente» revela su identidad. Otras fuentes, también identificadas, son el arcángel Miguel (n.º 254-42, 66; n.º 294-100; 262-27, 28, 29, 33), el ángel Halalíel (n.º 4976-15; n.º 262-56) y posiblemente el mismo Jesús (n.º 993-3; n.º 137-125). Hay que reconocer, sin embargo, que este tipo de fenómeno es raro en todo el *corpus* de las 14.256 lecturas de Cayce registradas. Aquello que se llama normalmente «hacer de médium» es casi totalmente inexistente. Una excepción, posiblemente, es la lectura 5756-5, y esta experiencia no fue intencionada ni solicitada por Cayce.]

En varias lecturas se establece que «en verdad, el día del Señor está cercano» (n.º 2156-1). Esta declaración se explica en las siguientes preguntas y respuestas dadas en otra lectura.

P-3. ¿Qué quiere decir «el día del Señor está cercano»?

R-3. Que tal como ha sido prometido a través de los profetas y de los sabios antiguos, el tiempo —y medio tiempo (comparar Dan. 7:25)— se ha cumplido y se está cumpliendo en este día y en esta generación (fecha de la lectura, 9 de julio de 1933), y que pronto aparecerá otra vez en la tierra aquel a través del cual muchos serán llamados a conocer a aquellos que están preparando el camino para su día en la tierra. El Señor, entonces, volverá, «incluso tal como le habéis visto marchar» (comparar *Hech.* 1:11).

P-4. ¿Cuándo será?

R-4. Cuando aquellos que son de El hayan limpiado el camino, y hecho transitable, para que El venga (n.º 262-49).

La referencia en la lectura aquí acotada a «aquel», aparentemente significa la misma persona descrita en algún otro sitio como «aquel que va a ser el precursor de la influencia en la tierra conocida como Consciencia Crística, cuya llegada, de tal fuerza y poder, en la tierra, ha sido comentada a través de los tiempos» (n.º 5749-5). (La frase «la influencia en la tierra conocida como Consciencia Crística», es probablemente similar a aquella frecuentemente identifica-

da por Rudolf Steiner como «Impulso Crístico»). El nombre de este «precursor» no se da en esta lectura. La misma lectura, no obstante, continúa usando un lenguaje más convencional en lo concerniente a la segunda venida del Cristo, hablando de «aquellos días cuando El vino en la carne, en la tierra, para llamar a sus propios por su nombre». Este lenguaje implica algún tipo de manifestación corpórea. Otra lectura habla de la vuelta del Señor tal como sigue. «Entonces, el Espíritu de Cristo se hará manifiesto en el mundo» (n.º 262-29).

Volviendo a la cuestión del momento del suceso: «Nadie conoce el momento. Incluso tal como El dijo, ni el mismo Hijo, *solamente* el Padre. No hasta que sus enemigos —y la tierra— estén sometidos totalmente a su voluntad, a sus poderes» (n.º 5749-2; comparar Mateo 24:36; *Hech.* 1:6-7; 1 *Cor.* 15:20-28). Pero después, en respuesta a la siguiente cuestión, «¿Estamos entrando en el período de preparación de su venida?», la misma lectura dice: «Más bien entrando en el período de comprobación» (la fecha de esta lectura es el 28 de junio de 1932, con ocasión del primer Congreso Anual de la Asociación para la Investigación e Iluminación). Otra lectura, dada en el contexto de considerar los posibles cambios en la estructura de la superficie de la tierra previstos para la segunda mitad del siglo xx, establece: «Estos empezarán en aquellos períodos entre 58 a 98, cuando esto se proclame como los períodos en que su luz será vista otra vez en las nubes» (n.º 3976-15; comparar Marcos 13:26 y paralelos). Aquí encontramos una referencia aparente a un suceso visible, por lo menos para algunos, y de gran alcance.

Notamos aquí, en relación al tiempo de la segunda venida, varios comentarios en una de las 2.623 series de lecturas que hablan de muchas personas que sienten que el Padre ha retrasado la vuelta del Cristo —debido a la piadosa amabilidad del Padre—. En este contexto, se dan otras palabras que hablan también emocionadamente de la gran importancia de las responsabilidades humanas y de su contribución al suceso, especialmente de la misión de los seguidores de Jesús.

Sin embargo, tal como El dijo, con paciencia, escuchando, teniendo calma, puedes conocer que el Señor hace bien todas las cosas. No os desaniméis porque El, aparentemente, prolongue su tiempo, porque, como dijo el Maestro: «En cuanto al día, ningún hombre lo sabe, ni incluso el Hijo, sino el Padre, y aquellos a quienes el Padre revele al Hijo, preparar el camino para que todos los hombres puedan conocer el amor del Padre» (comparar Mateo 24:36; 11:27; Juan 14:1-3).

Y seréis el canal para acelerar el glorioso día de la venida del Señor, después poner toda la fuerza para que vuestras manos encuentren qué hacer para la gran manifestación del amor del Padre en la tierra. Porque en vuestra custodia, y en la de sus niños e hijos, ha confiado El la salvaguardia del mundo, de las almas de los hombres... Como El dijo: «Os dejo, pero volveré otra vez a recibir a tantos como, hayan vivificado, mediante la manifestación en la vida, la voluntad del Padre en la tierra.» Por tanto, saber que mientras vuestras mentes, vuestras actividades, ansíen más y más la glorificación del Señor en la tierra, la llegada del día del Señor a la tierra, El se colocará muy cerca de vosotros (n.º 262-58, dada en 11 de febrero de 1934).

Aquí, como frecuentemente en otras partes de las lecturas de Cayce, la misión de los seguidores del Cristo ascendido se ve como íntima e inextricablemente asociada con la manifestación de sus seguidores, en sus propias vidas, de la voluntad del Padre, tanto en sus pensamientos y sentimientos como en sus actividades.

También encontramos en una de las lecturas de Cayce lo que podemos llamar, usando la terminología histórica cristiana, un tipo de visión milenaria. Esta fe mantiene que la vuelta de Jesús el Cristo a la tierra en forma visible resultará en un reinado glorioso de mil años. Al final de este período las fuerzas del mal serán desatadas, y se entablará una batalla de alcance cósmico entre las fuerzas del bien y del mal. Dios, el Padre, y su Cristo tendrán una victoria total sobre todas las voluntades opositoras, y una experiencia de completa armonía y felicidad ocurrirá para todos aquellos que esten en el lado de Dios (comparar *Rev.* 20:1-22:21).

Se hizo una pregunta: «¿Cuándo Jesús vuelva la segunda vez, establecerá en la tierra su reino, y será uno para siempre?» El durmiente Cayce respondió: «Leer sus promesas en lo que está escrito de sus palabras, tal como El dijo, El reinará por mil años» (n.º 5749-4; comparar *Rev.* 20:7-10). Este es uno de los pocos casos en las lecturas de Cayce en las cuales el que habla revela ser otro que el subconsciente del mismo Cayce. Aquí, el que habla parece ser Juan, quien fue el autor del libro del Antiguo Testamento, la *Revelación* de Juan. En consideración, sin embargo, del asunto más grande del fenómeno milenario, no se da más información. La lectura, en este caso, es la única que ofrece esta posición de fe, y es adecuado añadir que en relación a las particularidades de tiempo, la visión milenaria ha jugado sólo un papel minoritario en la historia

de la fe cristiana. Es apropiado notar en la lectura recién mencionada, que la palabra «promesas» es más usada que «predicciones». Este uso es común en las lecturas de Cayce, donde las enseñanzas de Jesús, y la Escritura como un todo, es frecuentemente mencionada como repleta de promesas divinas positivas para la salvación, para el bienestar de la humanidad.

La postura general de las lecturas de Cayce es combinar útilmente la anticipación del futuro con un énfasis positivo sobre las posibilidades presentes dentro de este mundo y del siguiente. Así leemos:

Si tú crees que El es, podrás experimentar. Porque tantos como hayan pronunciado el nombre, y actuado con sus hermanos con los hechos que traen a ellos, a ti (también) esa cercanía, esa unidad de propósitos con El, podrán conocer (tú también) en cuerpo, en mente, aquello donde El está, allí tú también puedes estar...

Porque el Cristo, tu Señor, tu Jesús está muy cerca de ti —¡justo ahora! (n.º 5749-6; comparar *Heb.* 11:6; *Mateo* 25:31-46; *Juan* 14:3).

Este énfasis dual se revela en otra lectura, una lectura que también habla de la venida otra vez del señor Jesús como posible en diferentes maneras, tanto interna como externamente.

Después, otra vez, El podrá venir en cuerpo para reclamar a los suyos. ¿Está El hoy fuera de la tierra? Está en aquellos que gritan hacia El desde cada esquina. Porque El, el Padre, no ha hecho sufrir a su alma al ver la corrupción, tampoco se ha agarrado a aquellas cosas que asustan al alma. Porque El es el Hijo de la Luz, de Dios, y es sagrado delante de El. Y El llega otra vez a los corazones, almas y mentes de aquellos que buscan conocer su camino.

Esto es duro de entender por aquellos en la carne, donde el prejuicio, la avaricia, el vicio de todo tipo se apodera de la carne. ¡Sin embargo, aquellos que le llaman no se irán con las manos vacías! (n.º 5749-5; comparar *Hech.* 2:27, 31 y parecidos; *Gál.* 5:19-21; *Rom.* 10:12-13).

PARTE IV

**EL MAYOR SIGNIFICADO DE LA VIDA
Y TRABAJO DE JESUS**

INTERPRETACIONES BÍBLICAS Y TEOLOGICAS

Las lecturas de Cayce no dudan en hacer las interpretaciones teológicas más extensas o comprensivas cuando se consideran apropiadas para la persona o personas que solicitan una lectura. Así encontramos un intento de resumir los Evangelios, las enseñanzas de Jesús, de la manera siguiente. «Recordar que todo el Evangelio de Jesús el Cristo es: “Amarás al Señor tu Dios con toda tu mente, todo tu corazón y todo tu cuerpo, y a tu prójimo como a ti mismo.” Haced esto y tendréis vida eterna» (n.º 2072-14; comparar Marcos 12:28-34 y paralelos). Podemos recordar que en los evangelios sinópticos del Nuevo Testamento se cita la respuesta de Jesús como su propio resumen de la ley del «viejo reparto», verdad igualmente aplicable a su tiempo y a cualquier otro. También podemos señalar adecuadamente que esta identificación de «todo el Evangelio de Jesús el Cristo» con el propio resumen de Jesús de la tradición hebrea en su mejor expresión, pone el énfasis sobre una respuesta humana activa más que pasiva, a la iniciativa divina y a la gracia.

En la siguiente lectura encontramos un resumen de lo que se llama «todo el deber del hombre»: «Todo el deber del hombre en cualquier experiencia es mostrar el amor que el Padre ha mostrado, en el modo y manera de traer esperanza a aquellos que —desde las cosas materiales— han perdido de vista las promesas hechas a los

hijos de los hombres» (n.º 1469-1; comparar *Heb.* 6:10-12). Señalemos aquí, otra vez, el uso del término «promesas», visto desde luego como promesas divinas, como resumen del significado de la Biblia como un todo.

En el curso de este comentario se han acotado muchas lecturas que contienen interpretaciones teológicas —breves normalmente— del mayor significado de la persona y trabajo de Jesús el Cristo. En esta sección intentaré enfocar a éstas más claramente y con mayor orden, especialmente correlatando lecturas o declaraciones de lecturas que se proponen hacer esto mismo. Consideremos primero las declaraciones que nos dan la más amplia perspectiva que las lecturas de Cayce ofrecen del suceso de Cristo.

La lectura n.º 587-6 combina en pocas palabras el espacio cósmico del significado de aquel gran suceso y de sus efectos en las vidas personales de los individuos. Señalamos la referencia a «aquella actividad (de Jesús el Cristo) que *cambió*, tal como fue, el curso de las estrellas en su movimiento alrededor de la tierra, y que se hizo en los corazones y almas de los hombres la esperanza que *vivifica* como el agua de la vida, que cura como lo hace la palabra hablada a aquellos que están en dudas y con miedo» (comparar Juan 4:13-14; Marcos 1:41; 10:13-16; Lucas 12:7, 32). [Como lo que hemos visto ser una práctica común en las lecturas de Cayce, esta declaración, refiriéndose al mayor significado teológico de la persona y trabajo de Jesús el Cristo, es seguida inmediatamente por una interpretación de su significado que avisa de una comparable vida activa de sus seguidores, incluso cuando ello también involucra a la hermandad personal con él. Esta metodología está a menudo ceñida a frecuentes acotaciones al principio bíblico de solidaridad, de relación recíproca, del Cristo ascendido con toda su creación. «Porque esta es su enseñanza, lo que haces al más pequeño de mis hermanos, me lo haces a mí» (n.º 578-6; comparar Mateo 25:40; *Prov.* 19:17).] También hemos de señalar que el nacimiento del Niño Cristo fue «para todas las gentes» (n.º 1152-3; comparar Lucas 2:30-32).

En otra lectura encontramos la declaración de que «en El en verdad está la luz que ilumina al mundo» (n.º 1010-12; comparar Juan 1:9). Esta afirmación del significado universal y efectos de la persona y papel del Cristo, de conformidad con las percepciones de fe del prólogo del Evangelio de Juan, es inmediatamente seguida, sin embargo, a la manera típica de Cayce, por su corolario de aplica-

ción humana. «Solamente viviendo a su manera podemos ser en verdad como El. Solamente puede venir la consciencia siendo ese tipo de carácter, con ese propósito, con esa actitud que El siempre manifestó» (comparar *Hech.* 10:38), una clara llamada a la *imitatio Christi* (comparar *Fil.* 2:1-11). Después se nos da en forma de breve viñeta un resumen del carácter de Jesús, su consistente cualidad de vida en acción. Aunque El vino a los suyos, los suyos nunca le recibieron, ¡y nunca El murmuró contra ellos! El nunca manifestó nada más que gentileza, amabilidad, amor fraternal, paciencia, con aquellos que fueron de lo más desagradables» (n.º 1010-12; comparar Juan 1:11).

Como dijo un misionero canadiense amigo mío, Ian MacLeod, más de una vez en mi audiencia en los años de servicio en Japón: «Jesús advirtió a la gente. El nunca les amenazó» —una buena redeclaración, creo, de la afirmación de Cayce mencionada—. Deberíamos señalar en adición que las últimas palabras de la acotación en la frase anterior pueden ser referidas a la lista del apóstol Pablo de los frutos del Espíritu en Gálatas 5:22-23. Las lecturas de Cayce, en adición a la frecuente acotación, con variaciones menores, de esta lista paulina, también tratan de especificar algunos de los efectos en la vida humana de la manifestación de estos frutos.

Ellos traen la esperanza adonde no la ha habido, traen la alegría adonde existe la confusión, traen el ansia de paz adonde existe la confrontación y el desacuerdo —y el resultado se hace más y más... la paz que hace al corazón contentarse, que trae la renovación de la esperanza, que trae el entendimiento completo del gozo en las vidas y en los corazones de todos los que vienen a tomar libremente del agua de la vida. Porque el Espíritu y la desposada dicen: «Ven, y quienquiera que sea, déjale que tome libremente del agua de la vida» (n.º 1158-10; comparar *Rev.* 22:17).

Hemos visto en la sección de la crucifixión y resurrección de Jesús el Cristo que las lecturas de Cayce identifican el significado central de este enfoque de la vida de Jesús, por supuesto de toda su vida, como residiendo en su carácter redentivo, su significado para otros. Es decir, aunque ciertos aspectos de esta vida y trabajo fueron por el beneficio del mismo Jesús, su significado primario residía, y reside, en su valor y poder de suministrar una expiación delegada (o sustitutoria): la liberación de los seres humanos de ellos

mismos y de su pasado, o de poderes hostiles, para que puedan reconciliarse con su Hacedor, y entre ellos, y tener garantizada la oportunidad de empezar una vida nueva, tener un comienzo limpio, incluso diariamente. Es más, la vida y trabajo de Jesús forman un modelo, el modelo ideal, para toda la vida humana. Y hemos visto que los efectos de esa vida y trabajo del «Cristo que se echó sobre sí mismo la carga del mundo» (n.º 262-3; comparar *Gál.* 6:2, 5), fueron y son universales en su espacio y alcance. Por esta y otras razones, las lecturas de Cayce también se refieren específicamente a Jesús como Dios, «Porque Jesús el Cristo, como Dios, es el mismo ayer, hoy y siempre» (n.º 1152-3; comparar *Juan* 20:28-29; *Heb.* 13:8). (Los lectores perceptivos pueden haber notado ya que la fe-entendimiento teológico manifestado en las lecturas de Cayce es especialmente cercano al pensamiento del autor, autores, de la literatura de Juan del Nuevo Testamento, como lo es a aquel de la *Carta a los Hebreos*).

Al mismo tiempo, las lecturas de Cayce —sin reconciliar totalmente las posibles inconsistencias teológicas o lógicas— afirman que Jesús «se convirtió en verdad en el Hijo —mediante las cosas que El experimentó en los varios planos (en la tierra y en los reinos supernaturales) mientras llegó a la unidad en la posición que puede denominarse la Trinidad»— (n.º 5749-3; comparar *Rom.* 1:4). Este fue el resultado del «desarrollo de aquella primera entidad de carne y sangre a través de la tierra» (n.º 5749-3; comparar *Lucas* 3:38; *1 Cor.* 15:45-50), una afirmación de Cayce de la identidad del primer Pablo y del segundo Adán. Esto es decir, que estamos tratando aquí con el concepto de un proceso, desde Adán —que es llamado Hijo de Dios en la genealogía de Lucas de Jesús (*Lucas* 3:38)— a Jesús de Nazaret, un proceso de desarrollo moral y espiritual para llegar al final en que la entidad llamada Jesús «se convirtió... en el Hijo» y, por tanto, en una parte de la Trinidad Divina. (Está bien resaltar que el término «Trinidad» no se observa en el Nuevo Testamento y aparece conceptualmente por primera vez en el credo de la iglesia cristiana en el siglo cuarto). «El, a través de todo, creció hasta donde (el Padre diría de El), “Este es mi hijo muy amado”; oírle, porque El tiene las palabras de la vida» (n.º 262-82; comparar *Marcos* 1:11; *Juan* 6:68). [Leemos en otro sitio: «El alma es individual, individualidad, que puede crecer para ser una con, o separada de, el Todo.» Jesús de Nazaret es contemplado en las lecturas de

Cayce como la primer alma nacida, de los hijos de Dios, y como el primero que «creció para ser uno con... el Todo» (n.º 5749-3; comparar *Rom.* 8:29; *Col.* 1:15).]

El énfasis sobre el valor de Jesús para ser llamado el Hijo porque se «desarrolló» o «creció» hasta el punto de manifestar total y perfectamente las cualidades de vida de aquel estatus, es por lo menos reminiscencia en parte del énfasis en el entendimiento de la *Carta a los Hebreos* del Nuevo Testamento, cuyo autor escribió de Jesús: «Aunque El era el Hijo, aprendió obediencia a través de lo que sufrió, y habiéndose hecho perfecto, se convirtió en la fuente de salvación eterna para todos los que le obedecen, siendo designado por Dios sumo sacerdote de la orden de Melquisedec» (*Heb.* 5:8; comparar *Heb.* 2:10, 12:2).

El apóstol Pablo puede también haber tenido algo del mismo pensamiento en la mente; tal puede estar indicado en su uso del lenguaje de «designación», después de que ciertas condiciones hayan sido cumplidas. Así leemos en el comienzo de esta *Carta a los romanos*: «El evangelio concerniente a su Hijo, que era descendiente de David de acuerdo con la carne y designado Hijo de Dios en poder de acuerdo con el Espíritu de la santidad por su resurrección desde la muerte, Jesús el Cristo nuestro Señor» (*Rom.* 1:3-4). Pablo, en otro sitio, habla de Jesús como «la imagen del Dios invisible, el primer nacido de toda la creación» (*Col.* 1:15; comparar *Rom.* 8:29; *Heb.* 12:23). El lenguaje de Pablo —tanto en *Rom.* 8:29, como en *Col.* 1:15— parece corresponder precisamente con los temas centrales de la cristología de las lecturas Edgar Cayce.

Esta es entonces la base de la fe-entendimiento para muchas de las declaraciones en las lecturas de Edgar Cayce que enfatizan lo único de la persona de Jesús, estatus y papel de Dios en el universo. Leemos repetidamente: «El es el Camino, El es la Verdad, la Luz, y no se da otro nombre bajo el cielo donde el hombre pueda hacerse completo, o donde el hombre pueda conocer su verdadera relación con Dios» (n.º 1152-3; comparar *Juan* 14:6; *Hech.* 4:12). Como ya hemos visto, este tipo de declaración en las lecturas de Cayce, incluso cuando depende del mismo Nuevo Testamento, no se puede entender de una manera mecánica, como la repetición verbal de un nombre, o cualquier otro acto externo, constituye una auténtica y efectiva actividad religiosa aparte de la correspondiente interioridad de las personas. En su acometida esencial es la misma Biblia,

tanto en el Nuevo como en el Antiguo Testamento, con su uso hebraico del «nombre» como designativo de toda la persona, honestamente rechaza tal interpretación.

La afirmación de Cayce (acotando a Juan 14:6 y *Hech.* 4:12) tampoco se puede entender de una manera exclusiva, como si el fallo al pronunciar verbalmente el nombre de Jesús quitara a la persona la posibilidad de salvación última. Esta no era, por ejemplo, la intención del autor de los *Hechos de los Apóstoles*, ni probablemente la del apóstol Pedro, que es acotado como diciendo más tarde en el mismo libro: «Verdaderamente, Yo percibo que Dios no muestra parcialidad, sino que en cada nación, cualquiera que le tema (a Dios) y haga lo que deba, es aceptable para El» (*Hech.* 10:34-35; comparar *Hech.* 14:15-17; 17:24-30).

Las lecturas de Cayce insisten con el mismo tono en que «Dios visita al hombre en cualquier sitio para buscar su rostro, para que a través de ese canal pueda ser bendecido por el Espíritu del Hijo —en cualquier esfera en que este pueda tomar forma» (n.º 364-9). Este lenguaje parece querer decir claramente que el Dios viviente, «el Padre de nuestro Señor Jesucristo», está presente y trabajando a través de toda su creación. Ello significa también que el Hijo participa en este «amplio trabajo de Dios en el mundo» y que puede trabajar mediante «bendición» en una variedad de canales espirituales aunque ellos no representen el nombre de cristiano. La declaración de Cayce significa también que para todo ser humano siempre hay un canal disponible, un canal —presumiblemente, se indican primariamente, con este lenguaje, personajes religiosos y tradiciones, pero no deben ser excluidas otras influencias personales y culturales— a través del cual Dios se dirige a todo ser humano y dentro de ellos utiliza a su Hijo para «bendecir», es decir, purificar, corregir y enriquecer ese mismo canal. Es en este contexto de comprensión donde leemos la frecuente declaración de Cayce de que «Sólo hay un Maestro» (n.º 3545-1) y «Hay una luz en Israel» (n.º 774-5). Las implicaciones de esta comprensión de fe para la teología cristiana, si se toman seriamente como el verdadero significado de la Escritura, son verdaderamente significativas.

También leemos: «Sabed hoy que no hay otra más que la encontrada en la admonición dada por Jesús de Nazaret, Jesús el Cristo: “Si crees en Dios, cree también en mí”» (n.º 2629-1; comparar Juan 14-1). Aquí, como a menudo en otros sitios, las lecturas de Cayce

toman las tesis de Juan de que es nuestra responsabilidad humana aceptar a aquel que Dios el Padre nos envió (comparar Juan 6:29; Marcos 12:1-12, y paralelos). Se dice que Jesús es «el único; porque, como El dijo: “Aquel que escala de otra manera es un ladrón... sólo hay uno”» (n.º 364-9; comparar Juan 10:1). El significado de esta interpretación de Cayce de la acotación de los versos de Juan parece ser que, mientras hay una exclusividad distintiva en la persona y papel de Jesús de Nazaret, el énfasis parece estar en lo distintivo de las maneras características de Jesús. Y, como hemos visto, este mismo Jesús, ya sea como Logos preexistente, o como Cristo ascendido, preside sobre una más amplia disponibilidad y práctica de su camino, que ha sido percibida por la mayoría de las tradiciones teológicas occidentales hasta años muy recientes.

Las lecturas de Cayce tienen que hacer todavía otra distinción. «¡CRISTO no es un hombre!, *Jesús* era el hombre, Cristo el mensajero, Cristo en todas las épocas, Jesús es uno, Josué otro, Melquisedec otro» (n.º 991-1). Este lenguaje parece diferir del de el Evangelio de Juan, donde leemos: «Y la palabra se hizo carne y habitó entre nosotros» (Juan 1:14), lenguaje que ha sido tomado históricamente como significando una encarnación literal del Logos divino, sin distinción de la persona implicada. El modo de hablar de Cayce parece implicar un habitante interior y una distinción ontológica de algún tipo entre el Logos y Jesús de Nazaret cuando escribe en *El Evangelio de San Lucas* que el «Cristo, o el Logos, se encarnó en el hombre, Jesús de Nazaret, quien experimentó interiormente el Logos en su forma original completa»).

Una lectura de Cayce habla del Cristo (el Logos) como «tomando la vida del hombre Jesús» hasta que su vida se convirtió en «vida en la gloria» (n.º 5749-4). Este tipo de expresión parece estar conectada en otro sitio con el bautismo de Jesús y las experiencias de la transfiguración, cuando recibió «el reconocimiento del Padre de que *era* aquel que podría, sería, mediante aquellas actividades, *convertirse* en el Salvador del hombre» (n.º 262-29; comparar Marcos 1:9-11; 9:7). Este lenguaje, sin embargo, en el contexto de las lecturas de Edgar Cayce no significa un desplazamiento de la personalidad. Las lecturas asumen consistentemente las operaciones personales de la consciencia de Jesús y de su voluntad. Parece aplicarse también a Jesús la siguiente descripción que puede ser usada por todas las personas que se abran a una relación con su Creador en

total consciencia: «La entidad individual abriendo la consciencia del ser a la continua Presencia» para «que entre la Luz» (n.º 2533-8). El resultado es una comunión espiritual en total y decidida consciencia, con armonía de propósitos y voluntad, con unión del espíritu, cooperación en el trabajo. Este resultado fue alcanzado perfectamente en el caso de Jesús. Con otros, el proceso, en el plano de la tierra, permanece incompleto.

Las lecturas de Cayce no ponen a Jesús, Josué y Melquisedec en el mismo plano precisamente. La entidad alma es vista como la misma, pero, sobre la base del desarrollo moral y espiritual mencionado encima, hay una perfección en la unión de Jesús y del Cristo que no es comparable en otros casos. Y, dada la elevada antropología expresada en las lecturas de Cayce —incluso más, la muy alta consideración de la entidad que se convirtió en Adán y después en Jesús de Nazaret—, la discontinuidad ontológica entre el hombre Jesús y el Logos universal no se percibe tan agudamente como en algunas de las formulaciones cristológicas tradicionales o contemporáneas. En cualquier caso, las lecturas sostienen que la unión que se manifestó en Jesús de Nazaret hizo posible cósmicamente la actividad humano-divina para la redención total y salvación final de toda la humanidad, que no hubiera sido posible de ninguna otra manera ni a través de cualquier otra persona histórica ni transhistórica.

Sin embargo, ya hemos señalado declaraciones de las lecturas de Cayce sugiriendo que esta elevada cristología, esta visión de la singularidad cósmica de la persona y trabajo de Jesús el Cristo, debe ser entendida de tal manera como para asignar a personajes y movimientos fuera de la tradición judeo-cristiana su propio significado bajo Dios. Es decir, las lecturas dan un apropiado, y en ciertos casos no pequeño, valor y significado a estas actividades, como incluidas en el más amplio trabajo de salvación de Dios en el mundo, un trabajo que los teólogos —a menudo con una visión mucho más estrecha— han llamado la historia de la salvación. Por ejemplo, aunque el trabajo de Jesús hacia otros en sus encarnaciones previas no se considera precisamente del mismo tipo o grado que su papel como Jesús de Nazaret, se dice que El «influyó ya fuera directa o indirectamente todas aquellas formas de filosofía y de pensamiento religioso que enseñaban que Dios era Uno» (n.º 364-9). La misma lectura dice que esta entidad que se convirtió en Jesús «se asoció con —en la meditación o espíritu de Gautama el Buda—. Estas dos aco-

taciones, si se toman juntas, deben ser entendidas, creo, sobre las bases de que la fe-objeto de Buda, el Dharma, fue percibida por él como unitiva y suprema hasta el punto de que podemos incluirle correctamente en la categoría de aquellos que enseñaban que Dios es uno. (Para un conocimiento de mi propio punto de vista de los más amplios informes concernientes a Buda y a Cristo, invito a los lectores a consultar mi libro *Gautama the Budha An Essay in Religious Understanding*).

Es más, se considera que en los subsiguientes desarrollos históricos del judaísmo, hinduismo, budismo, confucianismo, platonismo, e islam hubo «mucho añadido... mucho de lo que fue enseñado por Jesús en su andadura en Galilea y Judea» (n.º 364-9). Este lenguaje, desde luego, puede ser entendido como significando la influencia de Jesús sobre estos otros desarrollos religiosos, operando solamente en el plano histórico. Pero las lecturas de Cayce, aquí y en otras partes, parece indicar que la influencia también funciona en los planos sobrenaturales, debido al trabajo del Cristo ascendido. Ellas afirman que, como una operativa y accesible Realidad «en todos estos, por tanto, hay un mismo Espíritu impulsor (n.º 364-9).

Las lecturas de Cayce no pretenden, desde luego, dar una aprobación sin crítica ni análisis a todo lo que ha sido dicho y hecho en estos movimientos históricos, de la misma manera que tampoco se la daría totalmente al movimiento llamado cristiandad. Encontramos de hecho apreciaciones discriminatorias. Se nos dice específicamente que los fundadores históricos o los líderes subsiguientes de estos movimientos «son como maestros o representantes» que han de ser debidamente respetados pero no considerados totalmente comparables, como persona o como papel, con el Maestro, con Jesús el Cristo —aunque el Espíritu del Maestro, el Espíritu del Hijo, estuviera manifiesto—, tal como fue dicho —a cada uno en sus respectivas esferas... porque, tal como ha sido dicho, hay *uno* solamente—, los otros son como aquellos actuando en la capacidad del pensamiento que les fue dado a través del mismo Poder, que “En los últimos días nos habló a través del Hijo, como alguien nacido fuera de la debida estación”» (n.º 364-9; comparar *Hebr.* 1:1; *1 Cor.* 15:8).

Las otras grandes figuras del peregrinaje espiritual de la humanidad han sido como «escalones», al más alto conocimiento del Hijo de Dios, en las vidas de los seres humanos. En Jesús el Cristo se

encuentra el supremo Abogado del Padre (n.º 262-14; comparar 1 Juan 2:1). Así se nos dice: «Reza mejor al Hijo, al Padre a través del Hijo, El anda contigo: Y El caminará y hablará contigo. No estés satisfecho con NADIE más... *El* es el Camino; no hay otro» (n.º 5749-4; comparar Juan 14:6). «El Cristo es el Hijo, el Camino al Padre, y Uno que vino a la tierra como hombre, el Hijo del hombre, para que el hombre pueda tener acceso al Padre, por tanto es el Camino» (n.º 262-28; comparar *Rom.* 5:1-2; *Ef.* 2:18; 3:12).

Esta lectura, en el mismo contexto, habla de Miguel como «un arcángel que permanece delante del trono del Padre... Miguel es el señor de la guardia del cambio que llega a toda alma que busca el camino, incluso como en aquellos períodos cuando su manifestación (del Cristo) vino a la tierra» (n.º 262-28). Se puede notar que el lenguaje aquí parece más cercano a la fe-conocimiento de Juan 1:14: «Y la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros, llena de gracia y verdad; hemos contemplado su gloria, la gloria del único Hijo del Padre».

Resumiendo, las lecturas de Cayce hablan de «Jesús el Cristo... a quien todo honor y toda gloria fueron concedidas» (n.º 1158-5). «Jesús es Aquel que fue prometido en el día (cuando el Señor dijo a Eva), “y su progenie machacará su (la de la serpiente) cabeza”» (n.º 2067-1; comparar *Gén.* 3:15). Todo esto quiere decir que Jesús el Cristo es la figura central, en la historia del universo, de la salvación humana.

Interpretaciones

En este punto sería interesante intentar colocar la interpretación teológica de Jesús el Cristo que se encuentra en las lecturas de Edgar Cayce dentro de un punto de vista más amplio de Dios y el cosmos. Desde allí llegaremos a un profundo reconocimiento de las mismas interpretaciones, que constituirán, creo yo, al menos una recapitulación parcial de todo lo que ha sido dicho antes en este libro.

Las lecturas de Cayce afirman que «en el principio Dios se movió, y la mente, el conocimiento, se hizo ser —y la tierra y la totalidad se hicieron, por tanto, el resultado de ello» (n.º 5000-1; comparar *Gén.* 1:1-2:24; 5:1-2). Ya hemos señalado las similitudes de esta percepción cosmológica de Cayce con el punto de vista de

los *Upanisads* de la antigua India. También aparecieron correlaciones con las recientes especulaciones de la astrofísica y astrobiología (ver Lyall Watson, *Beyond Supernature*, para más datos). «Dios se movió y dijo: “Que se haga la luz”; y la luz fue hecha; no la luz del sol, sino aquella, a través de la cual, en la cual toda alma tuvo, tiene y tendrá su ser. Porque en verdad se vive, se mueve y se tiene el ser en El» (n.º 5246-1; comparar 3508-1; comparar *Gén.* 1:1-3; Juan 1:4-5, 9; 8:1; *Hech.* 17:28).

Dios es descrito como Consciencia Universal (n.º 2823-1). El es «aquello que dura siempre, que es y puede ser, solamente constructivo» (n.º 1493-1). Dios es también percibido como el «bien» (n.º 1580-1; comparar Marcos 10:18 y paralelos); como «amor que todo lo incluye» (n.º 2110-1; comparar 1 Juan 4:16); amor que se manifestó como un único y puro camino en Jesús el Cristo, él, «quien tomó sobre sí mismo las cargas del mundo» (n.º 2110-1; ver también n.º 1497-1; comparar Mateo 11:28-30). Esta manifestación por Jesús del amor divino, sin embargo, no solamente yace en la expresión de Jesús en la tierra de la misma cualidad de amor que la del Padre, sino especialmente en el hecho de que todo el evento de su vida, constituida por Cristo Jesús, es la consecuencia de la actividad del Padre, porque «tanto amó Dios al mundo como para concederle a su único Hijo engendrado, que tomó forma en la carne para que El pudiera conocer las maneras de la experiencia del hombre en la tierra» (n.º 276:2; comparar Juan 3:16; 5:17, 19, 30; 6:37, 44; *Fil.* 2:5-7). Jesús es «el regalo» del Padre (n.º 1504-1); Jesús el Cristo es, fue, y «SIEMPRE SERA la expresión, la expresión *concreta*» de ese amor (n.º 696-3; comparar 1 Juan 1:1-2). Jesús es «el amor manifestado de un Todo-Sabiduría, de un Todo-Piadoso Padre» (n.º 823-1), porque él está ascendido y, por tanto, está disponible universalmente:

Ningún alma ha sido dejada sin el acceso al trono de la gracia y de la piedad, a través del cual cada alma —según la promesa que fue dada— puede estar unida con las Fuerzas Creativas que se encuentran en El, que ha dicho: «Si me amas, mantendrás mis mandamientos, y Yo vendré y habitaré contigo», y tendrás paz en tu ser interior para que pases tu conocimiento a aquellos que no le conocen (n.º 823-1; comparar Juan 10:30; 14:15, 18, 27; 17:21; *Fil.* 4:7).

En las lecturas de Edgar Cayce, la Divinidad es frecuentemente descrita como trinidad: «La Divinidad es el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo» (n.º 1348-1; comparar 2 *Cor.* 13:14). Estamos informados hasta cierta medida de la interrelación entre los «Miembros» de la trinidad por la declaración de que el modelo ideal de la cooperación humana es «justo como en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo» (n.º 2396-2). Así, las tres «Partes» de la trinidad son vistas como de alguna manera «personal», pero «el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son Uno» (n.º 1597-1; comparar Juan 10:30; 1 *Cor.* 12:11; *Gál.* 3:20).

Como hemos visto, la unidad básica de Dios es una tesis central de las lecturas de Cayce (comparar Marcos 12:29 y paralelos). Esta fe-conocimiento, sin embargo, como la de los credos cristianos del siglo IV, afirma una unidad capaz de soportar distinciones dentro de ella, «capaz de manifestarse en los varios planos de desarrollo» (n.º 5749-3), con el término «entidad individual», incluso siendo utilizado para cada «Miembro» de la Trinidad. La relación dentro de los seres humanos entre nuestro cuerpo, mente y alma (o espíritu) es utilizada frecuentemente en las lecturas para indicar esta combinación de unidad y distinción dentro de la Divina Trinidad (n.º 1597-1; n.º 1348-1; n.º 2559-1).

Encontramos, no obstante, la aseveración de que con tal lenguaje trinitario estamos expresando conceptos humanos, que «los conceptos del hombre de la Divinidad son tridimensionales: Padre, Hijo y Espíritu Santo» (n.º 4035-1). Esto no quiere decir que el concepto trino de Dios no tenga relación con la realidad. Se debe ver mejor como la percepción humana de la divinidad, ya que esto es humanamente comprensible en un mundo de tres dimensiones. Aquí, nosotros somos capaces de percibir la Divinidad como una actividad tridimensional en un mundo de tres dimensiones» (n.º 2283-1), los componentes del cual son citados frecuentemente en las lecturas de Cayce como «tiempo, espacio y paciencia» (n.º 4035-1).

Así se afirma, ya que los seres humanos —nuestras almas— potencialmente «pueden pensar en una consciencia de ocho dimensiones... la Consciencia Universal manifestada o expresada como el tridimensional Padre, Hijo y Espíritu Santo... puede manifestarse o indicarse en muchas más» dimensiones en otros reinos aparte de la tierra (n.º 3037-1; ver también n.º 3188-1). Esto no quiere decir

más de lo que los teólogos sensibles están diciendo desde hace tiempo, que Dios es más de lo que nuestras teologías humanas son capaces de describir adecuadamente (comparar *Rom.* 11:33-36).

Las lecturas de Cayce, podemos añadir, ocasionalmente hacen referencia a la vastedad del cosmos, a «las otras cámaras del universo de Dios», por el hecho de que «pasamos de una habitación a otra, de una consciencia a otra», y que estos estados de consciencia son «simplemente escalones a la más grande consciencia que El (Dios Padre) hará alcanzar a cada alma en su relación con, y en el trato, de su vecino y compañero» (n.º 2282-1). En referencia a la posición y relación de este planeta Tierra con el todo, se nos dice que «la Tierra es esa mota, esa parte de la creación donde las almas (previamente creadas) se proyectaron a sí mismas en la materia» (n.º 5755-2). «¡La Tierra es solamente un átomo en el universo de los mundos!» (n.º 5749-3).

Un asunto teológico primario surge, no obstante, en relación a la naturaleza de la relación de Jesús de Nazaret con la Trinidad Divina, porque «En el comienzo era la Palabra, y aquel Espíritu, El Espíritu de Cristo, era la Palabra» (n.º 524-2; comparar Juan 1:1). El énfasis de las lecturas de Cayce está en que Jesús «se convirtió en el Hijo», y, por tanto, puede ser llamado Dios. Una cuestión, no obstante, se despierta acerca de si hubo un «tiempo» en que la entidad-alma que se convirtió en Jesús de Nazaret y llegó a ser llamado correctamente el Cristo, el Hijo de Dios, era una parte de la Trinidad.

La respuesta es tanto sí como no —no en el sentido de una evasión equívoca, sino porque las percepciones de las lecturas de Cayce involucran sutilidades de distinción que no han sido tomadas a menudo seriamente en los siglos recientes pero que pueden localizarse en varias de las corrientes teológicas en la primera Iglesia cristiana—. Sí, en el sentido de que esta alma-entidad fue creada, tanto en el sentido primario de la creación como el primer hombre, como en el de lo que ahora sabemos los seres humanos en la experiencia terrenal e histórica (n.º 1158-5; n.º 2072-4; n.º 5749-3; comparar *Gén.* 1:27; 5:1.2). No obstante, incluso con esta afirmación de Jesús perteneciendo al orden creado, las lecturas de Cayce insisten consistentemente en su singularidad. «Esa entidad, el alma llamada Jesús... es... el único engendrado, el primer nacido, el primero en conocer la carne, el primero en purificarla» (n.º 1158-5), un tema que las lecturas comparten particularmente con los autores del

Nuevo Testamento de la *Carta a los colosenses* y de la *Revelación* de Juan. Es también un tema significativo el de la *Carta a los romanos* del apóstol Pablo (comparar *Rom.* 8:29; *Col.* 1:15; *Rev.* 3:14). No solamente es Jesús «el Hermano Mayor de todos los nacidos en la tierra» (n.º 1158-5; comparar Mateo 28:10; *Rom.* 8:29; *Heb.* 2:11-12, 17), sino que también es conocido «como el Creador, el Hacedor, como el primero, como el último, como el comienzo, como el fin de la experiencia del hombre en la tierra y a través de las esferas de la consciencia dentro y alrededor de la tierra» (n.º 1158-5; comparar *Rev.* 22:13). Jesús es el Hijo del hombre por excelencia, y, por tanto, es también «el Hijo de Dios, el Hijo de la Primera Causa, haciéndose manifiesto en cuerpo material» (n.º 5749-3; comparar 1 Juan 1:2). La percepción de Cayce de Jesús, quien se convirtió en el Cristo, como participando de alguna manera en la actividad de la creación divina, es otro tema compartido con los escritores del Nuevo Testamento (comparar Juan 1:1-3, 10, 14; 1 *Cor.* 8:6; *Col.* 1:16; *Heb.* 1:2).

Sin embargo, la respuesta a la cuestión precedente es también no. Porque Jesús se dice que es «una parte del Creador» desde el comienzo (n.º 2072-4); «la parte de Dios que se manifiesta» (n.º 1158-5; comparar Juan 1:18; 1 Timoteo 3:16; 1 Juan 1:2). Esta conclusión es por lo menos en parte posible debido a la elevada visión de la humanidad, en las lecturas de Cayce, de que «cada alma es un hijo de Dios» (n.º 5252-1; comparar Lucas 3:38; Juan 10:31-39; *Ps.* 82:6). Otra lectura dice que «cada alma —no el cuerpo sino el alma— es la imagen de su Hacedor» (n.º 2246-1; comparar *Gén.* 1:27; 5:1). Somos «los descendientes de las Fuerzas Creativas», creadas para ser compañeras (n.º 2428-1; comparar *Hech.* 17:28-29; Juan 15:15; Lucas 12:4). «El alma de cada individuo es una porción del Todo, con el derecho de nacimiento de las Fuerzas Creativas de convertirse en co-creadores con el Padre, colaboradores con El» (n.º 1549-1; comparar 2 *Cor.* 6:1) y, por tanto, «en canales para bendecir a otros» (n.º 3161-1; comparar *Rom.* 15:29). La distinción entre alma y cuerpo, encontrada frecuentemente, no significa que las lecturas de Cayce menosprecien siempre el cuerpo físico humano. Todo lo contrario: Ellas enfatizan y comparten con el apóstol Pablo la fe-conocimiento de que el cuerpo es el templo del Dios viviente (n.º 262-10, 29, 67, 82, 86, 87, 89; comparar 1 *Cor.* 3:16-17; 6:15, 19; 2 *Cor.* 6:16).

Pero esta declaración es seguida inmediatamente, en la misma lectura, de la adición, «pero El fue el primero, la luz, el camino, la verdad, el sumo sacerdote de las almas de los hombres, el hermano en mente y en cuerpo, para que nosotros, como individuos, podamos conocer al Dios-Padre» (n.º 5252-1; comparar *Rev.* 1:8; 21:6; 22:13; Juan 1:4, 9; 8:12; 14:6; *Heb.* 3:1 y más). Las lecturas de Cayce, de esta manera, nos dicen en efecto que Jesús era tanto Dios como hombre desde el comienzo, pero que como hombre se convirtió en el perfecto, y como tal, el perfecto instrumento del Padre para la redención y completa salvación de toda la humanidad, y por supuesto para la restauración del cosmos entero.

Verdad y bondad

Las razones en la más amplia situación cósmica para que Jesús se convirtiera en el Cristo se dan en considerable abundancia, pero es necesario recordar que en las lecturas de Cayce la preexistencia no sólo es afirmada por Jesús. Se dice que todas las almas han preexistido desde el comienzo de la creación: «En el principio todas las almas eran una con el Padre. La separación o alejamiento trajo el mal» (n.º 262-56; comparar *Gén.* 3:1-24). En las lecturas de Cayce, esta «separación» no significa un fenómeno ontológico —aunque el hecho de la diferente consciencia que la del creador, o de la misma creación, constituye intrínsecamente el mal. Ello indica más un fenómeno ético primario, forjado por los poseedores de libre voluntad, y, por tanto, un «alejamiento».

Podemos recordar que en las lecturas de Cayce, como en la Biblia, como un todo, la esencia del mal es vista como la ruptura de las relaciones personales, primero (en prioridad teológica, no necesariamente temporal) con nuestro Hacedor, y después con los demás. La esencia de la salvación es la restauración de las relaciones personales en el mismo orden, la reconciliación de las personas. Las lecturas enfatizan de la manera más fuerte, y repetidamente, que los seres humanos —como almas— han recibido el libre albedrío de su Creador como un derecho de nacimiento (n.º 262-15, 52, 63, 64, 85). Y el Padre deseó desde el principio que ningún alma pereciera (n.º 262-85; n.º 1663-2; n.º 2081-1; n.º 3581-1; comparar 1 Timoteo 2:4; 4:10; 2 Pedro 3-9). En orden de que cada entidad indivi-

dual pudiera «en paz, en armonía, construir los propósitos para los que había sido designada, o los que el Espíritu de la Verdad había diseñado en la consciencia de cada entidad» (n.º 2812-1; comparar 1 *Cor.* 1:9; *Gál.* 5:13; *Ef.* 4:1-16; *Col.* 3:15; 1 Timoteo 6:12; 1 Pedro 2:21), Dios preparó el camino, la culminación del cual la encontramos en Jesús el Cristo (1458-1; 2397-1; 417-8; comparar 1 *Cor.* 10:13).

De acuerdo con las lecturas de Cayce, hay varios aspectos y variedades de significados en el evento de Cristo cuando se le observa como un todo. Por otro lado

cuando el hombre se encontró a sí mismo fuera de contacto con aquella completa consciencia de la unidad de Dios, se hizo necesario que la voluntad de Dios Padre se hiciera manifiesta, que un modelo fuera introducido en la consciencia del hombre. Así vino a la tierra el Hijo del hombre, hecho forma, a semejanza del hombre, con cuerpo, con mente, con alma. El alma era el Hijo, el alma era la Luz (n.º 3357-2; comparar *Fil.* 2:1-11).

Esto es para afirmar el papel de Jesús suministrando el modelo perfecto de la voluntad de Dios y también para decir que el alma de Jesús fue en verdad una con la Segunda Persona de la Trinidad Divina, la Luz primordial.

Por otro lado, en el mismo pasaje leemos del aspecto específicamente redentivo del trabajo de Jesús, su liberador, reconciliador, restaurador trabajo para los demás. «Porque todos los hombres (y El era un hombre) han adolecido de la gloria de Dios. Solamente en El, a través de El, por El, puede uno llegar a ser un verdadero hijo, un verdadero compañero, y alcanzar esa verdadera relación con las Fuerzas Creativas de Dios» (n.º 3357-2; comparar *Rom.* 8:15; *Gál.* 4:4-7; 1 Juan 1:1-3). Jesús de Nazaret es «Aquel que fue dado al mundo para convertirse en el Salvador, el Redentor del mundo» (n.º 413-3; comparar Juan 4:42; Timoteo 1:4; 2 Pedro 1:1-1; Juan 4:14).

Por tanto, el trabajo de Jesús representa la voluntad y acción tanto del Padre como del mismo Jesús. La misma voluntad y acción, sin embargo, se harán nuestras.

La Consciencia de Cristo en la tierra se manifestó a través del humilde Nazareno, que vino para que el hombre —mediante su ejemplo, su amor, su paciencia, su esperanza manifiesta, a través de los atributos del Espíritu que El ejemplarizó en su actividad, tanto en la palabra como en el precepto— pueda elegir, como El, lo que es honesto en las actividades con el prójimo (n.º 272-9; comparar *Hech.* 10:38; 1 *Cor.* 13:14-13; *Gál.* 5:22-23; *Fil.* 4:8).

«El niño Cristo nació en la tierra como hombre, alguien nacido en la debida estación, en el momento debido, en la evolución espiritual del hombre, para que el hombre pudiera tener un modelo de la personalidad e individualidad del mismo Dios» (n.º 5758-1; comparar *Gál.* 4:1-11; *Col.* 1:15; *Heb.* 1:1-3; *Fil.* 2:5; 1 Timoteo 1:16). Este papel de Cristo como marco o modelo para toda la humanidad, incluso como El fielmente, y desde luego perfectamente, representa el carácter del mismo Creador, y aparece en gran medida en las lecturas de Cayce. La percepción también de que el tiempo de su venida fue ordenado providencialmente, apropiadamente para las necesidades humanas en el momento justo en la evolución espiritual de la humanidad, está por supuesto de acuerdo con la fe-conocimiento apostólico del Nuevo Testamento. Esta misma lectura también afirma el redentivo, restaurador papel de Cristo diciendo: «Habéis sido justificados de una vez por todas, a través de la Consciencia Crística que buscáis» (n.º 5758-1; *Heb.* 7:27; 9:26-27; 10:10; 1 Pedro 3:18). Esta es la Consciencia Crística universal, la Consciencia Universal del Padre, con quien Jesús de Nazaret estaba en perfecta unión.

Pero que no haya malos entendidos, que nosotros, seres humanos, podemos asumir nuestras propias responsabilidades en el programa salvador universal de Dios, la misma lectura continúa diciendo: «Cada individuo debe hacer a otros como haría a su hermano, el Cristo, su Dios, como el Padre le haría a él mismo; y después aplicar primero, al final y siempre su perdón, oh Dios, como yo perdono a otros. Encuentra faltas en mí, oh Dios, como yo las encuentro en mi hermano» (n.º 5758-1; comparar Mateo 7:12; 6:14-15). Ya hemos señalado esta enseñanza bajo la rúbrica del principio de reciprocidad y de solidaridad. Las lecturas de Cayce son idénticas a cualquiera de las evangélicas conservadoras protestantes en su fuerte énfasis sobre la prioridad teológica del amor y la gracia de Dios en acción, manifestada supremamente en Jesús el Cristo. Nadie puede ganar o merecer el amor de Dios; no podemos ganar o merecer el amor de nuestro prójimo. Siempre hay algo más, generoso, libre, misterioso en el auténtico amor.

Pero las lecturas no nos dejan olvidar los llamados «dichos duros» del Nuevo Testamento, especialmente de la enseñanza de Jesús. Un caso es en la versión de la oración del Señor en el Evangelio de Mateo, en el cual Jesús escoge enfatizar, simplemente por la repetición, un elemento de la oración: «Si perdonas a los hombres

sus faltas, tú Padre no les perdonará sus ofensas» (Mateo 6:14-15). Las lecturas de Cayce nos harían recordar esta advertencia y perdón, incluso «setenta veces siete» (Mateo 18:22).

Las lecturas de Cayce, no obstante, también reflejan el aspecto más grande de la frase en que Jesús el Cristo «vino a la tierra para que a través de El pudiéramos tener vida eterna» (n.º 1747-5; comparar Juan 3:16). Esta misma gran verdad se expresa en otro sitio incluso en un lenguaje todavía más personal, donde leemos que El se hizo carne «para que pudiera convertirse en el camino a través del cual el hombre pudiera encontrar su camino al hogar» (n.º 849-18; comparar Juan 14:1-6; Lucas 15:11-32). Otra lectura habla de «el camino de la cruz que conduce al hogar» (n.º 3347-1; comparar Marcos 8:34-35 y paralelos). El significado cósmico del suceso de Cristo se enfatiza diciendo «Dios se manifestó en el Niño Cristo» (n.º 849-18).

Esta perspectiva cósmica, el amplio aspecto cósmico del evento de Jesús, es traído a un enfoque personal de comodidad útil en una lectura dirigida a una mujer de treinta años, «Es que no descendió el Hijo del Hombre de la presencia del Padre a la tierra, y después al mismo infierno, para... que todos podamos saber que El camina y habla con nosotros, simplemente si tú, hijo mío, escucharas la voz interior» (n.º 295-9; n.º 262-75; comparar *Ef.* 4:8-10; 1 *Ped.* 3:18-19; 4:6; 1 *Rey.* 19:12-13). Este antiguo tema cristiano del *Descensus ad Inferos*, el descendimiento del Cristo ascendido al infierno con propósitos redentores, un tema que continúa siendo afirmado en el culto cristiano en todo en el mundo en la recitación del Credo de los apóstoles, juega un papel muy importante en las percepciones de las lecturas de Cayce en relación con el trabajo de Jesús el Cristo. También para Rudolf Steiner el Descendimiento al infierno fue «un suceso de naturaleza espiritual que realmente ocurrió». Al mismo tiempo, la aplicación de esta grandiosidad teológica —tan grande como esperanzadora— recibe un enfoque personal en un gran número de lecturas enfatizando la importancia de escuchar a «la voz interior», «una pequeña y apaciguada voz» (1 *Rey.* 19:12-13), un método de comunicación que el Cristo ascendido todavía se digna usar con aquellos que oyen y escuchan.

Considerando, otra vez, la amplia postura teológica, muchas lecturas se refieren, o acotan, el famoso pasaje de la *Carta a los filipenses* del apóstol Pablo. Escrita hacia el final de su vida en el más

maduro y suave estado de su fe cristiana. Una lectura, dirigida a Edgar Cayce personalmente, habla de «Jesús el Cristo... que hizo su vida sin rango, para que otros pudieran conocer el amor paternal de Dios, para que El, el Cristo, pudiera convertirse en el Camino Viviente, en la Aproximación al Padre» (n.º 294-71; comparar *Fil.* 2:1-11; *Rom.* 5:1-2; *Ef.* 2:17-18; 3:11-12). En otro lugar leemos que el Cristo «pensó no ser un delito el hacerse a sí mismo igual a Dios, sin embargo, se hizo carne» (n.º 849-18; comparar *Fil.* 2:1-11).

Hay frecuentes referencias en las lecturas de Cayce al papel de Jesús como Cristo Victorioso, victorioso sobre las fuerzas del mal de cualquier tipo, manifestadas en cualquier forma, en la tierra y en los reinos supernaturales. También se habla de estas fuerzas como siendo específicamente obstáculos para la buena vida de los seres humanos. Así leemos que «El se manifestó en la carne para que las fuerzas del mal, tal como se manifiestan en las relaciones entre los individuos, pudieran ser erradicadas de la experiencia del hombre» (n.º 1293-1; comparar Juan 17:15; *Gál.* 1:4; 7 *Ped.* 1:3-5). «El venció a la carne, a la muerte, al mal —al diablo... El pasó a través del jardín, de la cruz, de la sepultura, del infierno, y ascendió con la *novedad* de poner a todos los seres *bajo* sumisión. Porque habiendo vencido, El se convirtió en el Camino, la Luz, el Salvador» (n.º 288-30; comparar Lucas 11:19-23; Juan 16:33; *Ef.* 4:8; *Rev.* 13:10; 1 Juan 5:4-5; *Rev.* 12:10-11; 17:14). Y debido a que Jesús venció, nosotros, también, morando en El, «podemos vencer también al mundo» (n.º 3051-2; ver también 3508-1; comparar Juan 15:5; 16:33; 17:15). En otro sitio leemos que «El venció al pecado, el error, la enfermedad, e incluso a la muerte misma en el plano material» (n.º 479-1; comparar *Rom.* 5:12-21; 6:9-11).

Se dice específicamente en las lecturas de Cayce que «En la *cruz* El se *hizo* el Salvador... El venció en la *cruz*» (n.º 793-2). Pero la base del suceso de la cruz y la base del triunfo de Jesús fue su «someter todo poder al poder mismo, el rendir toda voluntad a la voluntad del Padre, haciendo, por tanto, un canal del ser» (n.º 1152-1; comparar Marcos 14:36, 39 y paralelos, *Fil.* 2:7-8). Esta lectura continúa sugiriendo que el frecuente uso de la oración «Tu voluntad, oh Padre, y no la mía, sino la tuya, se haga en mí, a través de mí», puede facilitar una aplicación práctica por los seres humanos de este espíritu de autosumisión al Padre. Esta oración es citada como la oración de Jesús y también para todos aquellos que deseen «una

limpieza del cuerpo, de la carne, de la sangre, en tal medida, como para que puedan ser iluminados con el poder de lo alto» (n.º 1152-1).

La experiencia de Jesús en la cruz fue el foco de toda su vida en un profundo sentido espiritualmente representativo, en su cualidad de total sometimiento de su voluntad a la de Dios, el Padre, del todo de aquella vida. Así leemos:

Aunque El era el Hijo, aprendió obediencia a través de las cosas que sufrió. El las usó, porque era necesario en la tierra los períodos de sufrimiento, de rechazo, incluso por los mismos que El había llamado, que eran sus amigos —no como piedras de choque, sino como escalones para ellos, para el mundo, como acceso para cada alma, para una más cercana relación con el Padre, a través del Hijo, para los hijos de los hombres (n.º 2600-2; comparar *Heb.* 5:8; *Juan* 1:11; *Mateo* 26:50).

En otro lugar encontramos: «El alcanzó la Consciencia Crística dándose a sí mismo. Aunque capaz de dejar a un lado la cruz, física y mentalmente, El la aceptó, ofreciéndose como sacrificio, para que pudierais tener un abogado con el Padre. Así seréis salvados por la gracia» (n.º 3459-1; comparar *Mateo* 26:53-54; *Ef.* 5:2; *Heb.* 9:26; 10-12; 1 *Juan* 2:1-2; *Ef.* 2:8). «Porque la sangre del hombre perfecto fue derramada... para que se hiciera una ofrenda una vez por todas» (n.º 1504-1; comparar *Heb.* 7:27). «Su sacrificio fue de fe, para que os pueda ser contado como virtud» (n.º 683-2; comparar *Rom.* 5:17; *Fil.* 3:9). El, el Cristo, permanece como auxilio del ser» (n.º 288-36).

La palabra «rescate» usada en el Nuevo Testamento también se encuentra en las lecturas de Cayce para denotar la naturaleza y el efecto del trabajo de Jesús el Cristo. Se refiere específicamente al poder efectivo «del amor que El mostró dándose a sí mismo como rescate para muchos» (n.º 347-2; comparar *Marcos* 10:45; *Mateo* 20:28; 1 *Timoteo* 2:5-6). «El mismo pagó...» (n.º 3213-2; comparar 1 *Cor.* 6:20; 7:23). La relación de la persona y trabajo de Jesús con «el antiguo reparto» y, otra vez, los efectos en las vidas de los creyentes es maravillosamente expresado en la lectura siguiente.

La ley del sacrificio que había sido encomendada al hombre, anunció la llegada de la ley de la gracia que fue y es demostrada en la vida del hombre Jesús, el Cristo, que se ofreció a sí mismo como sacrificio una vez por todas, entrando entre los Santos de los Santos

donde El pudiera encontrarte día tras día, habéis llegado —como muchos han llamado al nombre— bajo la ley del perdón, no del sacrificio. Esto no es el sentido de que ningún hombre ofrece sacrificios, porque la vida de toda alma que busca en el mundo material demostrar la vida espiritual es una vida de sacrificio desde un ángulo material. Pero para aquel que ha pasado de la muerte a la vida, en esa ley del perdón llamándole como mi Dios, mi Hermano, mi Salvador, que ha pagado, que se ha ofrecido a sí mismo, ha pasado de la muerte a la vida —y el sacrificio es la misericordia de Dios—. Por tanto, para aquel que os use maliciosamente, una palabra amable es la misericordia. Si tienes piedad, muéstrala (n.º 262-72; comparar *Heb.* 9:11-12; *Mateo* 9:13; 12:7; 23:23; *Hos.* 6:6; *Juan* 5:24; *Mateo* 5:44).

El «espíritu de Aquel que se dio a Sí mismo como rescate para muchos» se describe como «haciéndose a sí mismo de bajo estado, como se dice en el reino de los hombres. Todo-poderoso —sin embargo, no usando nunca el poder de salvación para ayudar, asistir, para dar socorro a alguien que no esté en esa posición de ayudarse a sí mismo»— (n.º 900-147; comparar *Fil.* 2:5-8). Porque Jesús se dio a sí mismo como rescate al Padre, «Que cada alma... pueda saber que tiene un Abogado con el Padre» (n.º 524-2; comparar 1 *Juan* 2:1). Esto es esencialmente hasta el final de que a través de Jesús el Cristo podamos todos reconciliarnos con Dios Padre, porque «El día que le aceptes como sacrificio y vivas de acuerdo con sus preceptos, estarás reconciliado —a través de El— con el Padre, y El, también, caminará y hablará contigo» (n.º 2879-1; 2 *Cor.* 5:18-19; *Mateo* 7:21). Así, en la manera recíproca de Cayce, nuestra reconciliación con el Padre de todos nosotros —desde nuestra condición de alienados, de enajenados— es vista como basada en el trabajo de Jesús el Cristo, pero este mismo trabajo, poderosamente efectivo en sí mismo, no se percibe como funcionando automática o mecánicamente en la vida humana. Sin la cooperación humana no es realmente efectivo (comparar *Fil.* 2:12-13).

Aplicaciones personales y particulares

Estamos ahora en posición de movernos, por decirlo de alguna manera, de lo cósmico a lo más particular, contemporáneo y «práctico». Porque Jesús, el Cristo, como nuestro Mediador (n.º 357-13; n.º 2796-1; comparar 1 *Timoteo* 2:5; *Heb.* 8:6; 9:15) y Abogado

(comparar 1 Juan 2:1), es también «la respuesta a todo problema en la existencia material» (n.º 1981-1; comparar 1 Ped. 5:7). «En todo factor molesto, en todo mal, en todo asunto, siempre hay preparada una manera, un medio, un camino de escape en El» (n.º 540-3; comparar 1 Cor. 10:13). «Porque esta experiencia de cada alma en el plano material no es una simple casualidad» (n.º 1786-1; Mateo 10:29-31).

Porque a cada alma se la da aquello que si es aplicado en la vida diaria la haría hacerse una con el infinito. Manténte humilde, manténte paciente, manténte en la manera del modelo que se os ha dado. Porque es incluso como aquel manifestado en la carne, incluso como Jesús que se convirtió en el Cristo, que se ofreció a sí mismo para que tú, a través de la creencia, de la fe, mediante el modelo de su vida, puedas encontrar el camino... puedas encontrar tu verdadera relación con el Creador, Dios. Y El no te negará ninguna cosa buena (n.º 3660-1; comparar 1 Juan 4:2; Rom. 8:28, 32).

Estas sentencias nos dan una prueba de la gran cantidad de material que hay en las lecturas de Cayce indicativos y descriptivos de la providencia de Dios. El punto que se ha de enfatizar aquí, no obstante, es la reivindicación de la total suficiencia de esa providencia, de Dios operando en el mundo —tanto por él mismo como a través de sus agentes, y especialmente mediante Jesús el Cristo—, por todos los apuros y necesidades humanas. Se afirma que «todos los problemas se pueden solucionar en El» (n.º 288-36; comparar 2 Cor. 12:9). La promesa de Jesús es: «Si tú me amas, creyendo que Yo soy capaz, Yo te libraré de todo aquello que te acose en cualquier experiencia» (n.º 987-4; comparar 2 Tes. 3:3; Fil. 4:7; Rom. 8:28). «No tengas miedo, que El te guiará, si buscas su rostro» (n.º 2851-1; comparar Juan 14:1, 26; 16:13).

Estas promesas llevan naturalmente a las lecturas de Cayce a hacer un nuevo enfoque sobre la oración, sobre la meditación. Ambas palabras han sido definidas en varias ocasiones con gran riqueza de significado, pero una definición simple es ésta: «La oración es una súplica a Dios, y la meditación es la escucha de su respuesta» (n.º 2946-6). Otra es: «La oración, en breve, es apelar a lo divino dentro de uno mismo, y a lo divino fuera, y la meditación es mantener en calma el cuerpo, la mente, el corazón, y escuchar y escuchar la voz del Hacedor» (n.º 5368-1).

Una dimensión de la oración básica en las lecturas de Cayce se observa en la siguiente definición:

La oración es el esfuerzo concertado de la consciencia física para afinarse con la consciencia de su creador, ya sea colectiva o individualmente. La *meditación* es el *vaciarse* uno mismo de todo lo que obstaculiza a las Fuerzas Creativas el levantarse a lo largo de los canales del hombre natural... Entrando en el silencio, en el silencio de la meditación, con las manos limpias, el cuerpo limpio, la mente limpia, podemos recibir la fuerza y el poder adecuado para cada persona, que nos lleve a una mayor actividad en este mundo material (n.º 281-3; comparar 1 Rey. 19:8; Ps. 24:3-6).

Más que una aproximación pasiva a los problemas y desafíos de la vida, las lecturas de Cayce establecen claramente que uno debería ser

constante en la oración —sabiendo y aceptando, sabiendo y entendiendo que aquel que es fiel no va a recibir una carga más allá de lo que pueda soportar, si coloca la carga sobre El como ha sido prometido: «Yo estaré contigo; y no habrá nada que pueda dañarte; conque simplemente pongas tu confianza, tu fe, en mí» (n.º 290-1; comparar 1 Tes. 5:17; 1 Cor. 10:13; Mateo 11:28-30; 1 Pedro 5:7; Marcos 16:18).

En el lenguaje reminiscente del antiguo evangelicalismo protestante, se nos dice: «¡Llévaselo a Jesús! El es la respuesta. El es la Vida, la Luz y la Inmortalidad. El es la Verdad y el Hermano Mayor» (n.º 1326-1; 2 Timoteo 1:10; Juan 14:6; Heb. 2:11). (En la misma lectura encontramos un uso aprobatorio de la frase, bien conocida para los lectores de la novela clásica religiosa americana *In His Steps*, de Charles Monroe Sheldon: «¿Que querría Jesús que yo hiciera?» La lectura insiste en que esta cuestión —mejor que «¿Qué haré?»— debiera hacerse uno a sí mismo en todas las ocasiones «en la relación con tu prójimo, en tu casa, en tus problemas, día a día» (n.º 1326-1; ver también n.º 288-36). «Su gracia es suficiente —y ha sido la morada, manténte, porque eso es bueno» (n.º 513-2; comparar 2 Cor. 12:9; 1 Tes. 5:21).

Se nos dice que Dios el Señor «sabe de las oraciones de los hijos de los hombres» (n.º 845-6; comparar Ps. 102:17; Mateo 6:8). Por tanto, la promesa es: «Lo que pidas en mi nombre, creyendo, lo tendrás. Si me amas, mantén mis mandamientos, y Yo vendré y habita-

ré en tu mismo corazón. Es decir, Yo llenaré así tu mente, tus *fuerzas mentales con el bien*, hasta que todo lo demás sea desechado» (n.º 294-71; comparar Mateo 21:22; Juan 14:13-17). «Yo siempre estaré contigo, si buscas» (n.º 1877-1; comparar Mateo 28:20; 7:7-8). En este sentido de llenar nuestras mentes con el bien, estaría bien citar la recomendación de Cayce de lo útil de concentrarse uno en la lectura de la Biblia, como un acompañamiento de la oración y de la meditación.

Medita, reza, lee las escrituras —particularmente éstos: *Deuteronomio* 30, los primeros siete versos del sexto de Josué, el 23 de los *Salmos*, el primer Salmo, el 24, el 150, y conoce Juan 14, 15, 16, 17— no solamente de memoria, como rutina, sino como la ley, el amor, la gracia, la piedad, la verdad que se expresa en ellos. Porque como El dijo: «La tierra, los cielos pasarán, pero mis palabras no pasarán» (n.º 1376-1; comparar Marcos 13:31 y paralelos).

En relación a la esencia del contenido de la Biblia, la siguiente lectura acota la enseñanza de Jesús que hemos visto ya como su resumen de la ley de Dios para Israel —y para todos—: «Ama al Señor con todo tu corazón, con toda tu mente, con todo tu cuerpo, y al prójimo como a ti mismo» (comparar Marcos 12:28-34 y paralelos). La lectura continúa diciendo: «Esta es toda la voluntad del Padre para sus hijos. El resto de lo registrado en la Sagrada Escritura —como puede ser lo expresado por el hombre en sus relaciones, en el encuentro con los problemas de cada día, de cada edad, de cada experiencia— es meramente el intento de explicar, de analizar, de justificar, de reconocer tal dicho, tal verdad» (n.º 2524-3).

En este contexto de énfasis sobre las relaciones primarias y principios éticos dichos por Jesús para expresar la voluntad del Padre, observamos que: «El no estableció ninguna regla ética más que: “Como hagas a los demás, te será hecho a ti”, y sabe que: “Tanto como hagas al más pequeño de tus hermanos te será hecho a ti, porque lo haces a tu Hacedor”» (n.º 357-13; comparar Mateo 7:12; 25:40). Este enfoque sobre la Regla de Oro de la solidaridad, de la interconexión cósmica, de Dios con el todo de su creación como base central de la enseñanza —y vida— de Jesús se encuentra frecuentemente en las lecturas de Cayce.

Las lecturas de Cayce no tienen poco que decir en relación con la metodología de la oración y de la meditación —siempre mostrada

como para ser entendida de una manera libre de legalismos o coacciones de cualquier tipo, internos o externos—. Generalmente el consejo es simple: «Entra dentro del santo de los santos con tu Dios» (n.º 1376-1). Esto es una llamada a la interioridad, para encontrarnos con nuestro Hacedor en el ser interno, que es para las lecturas no solamente la arena primaria del encuentro con el Dios viviente, sino «el santo de los santos», el ser dentro del cuerpo (comparar Mateo 6:6). Y el cuerpo humano, como hemos visto ser también cierto en la fe-conocimiento del Apóstol Pablo, es frecuentemente descrito en las lecturas como el templo de Dios, o el templo del Espíritu Santo (comparar 1 *Cor.* 3:16-17; 6:15, 19; 2 *Cor.* 6:16).

La vida de oración terrenal de Jesús continúa, pero ahora con un hámbito cósmico ilimitado de contacto y efectos. «El intercede por el hombre. Aquellos que le llaman no serán dejados con las manos vacías» (n.º 3213-1; ver también n.º 938-1; comparar *Rom.* 8:34; *Heb.* 7:25). «Y su promesa es, ha sido (porque no ha cambiado): “Aunque estés lejos, si me llamas, Yo te escucharé —y te responderé rápidamente”—» (n.º 2524-3; ver también n.º 3902-2 y n.º 2900-2; comparar *Hech.* 2:39; Lucas 18:8; Jeremías 33:3).

Haciendo referencia otra vez al aspecto recíproco de la relación divino-humana, señalaremos la quizá sorprendente —«sorprendente» porque no se encuentra el tema en casi ninguna declaración histórica teológica o credo de la Iglesia cristiana —afirmación de que «El, vuestro Dios, vuestro Cristo, es consciente y tiene necesidad de vosotros» (n.º 5064-1). En otro lugar leemos una similar aseveración de fe: «Primero se consciente de esto, que el Señor tiene necesidad de ti, con tus faltas y virtudes» (n.º 3685-1).

Esta tesis de la «necesidad» divina, desde luego, no intenta sugerir limitaciones del poder de Dios. Más bien nos recuerda que el propósito original de la creación de almas fue el deseo de Dios de compañía, y que su voluntad para todos nosotros no es sólo que nos convirtamos en compañeros, sino en cooperadores, cocreadores con El en su programa para el universo (n.º 1567-2). El siguiente pasaje pone este gran tema en un lenguaje hermoso y emocionante:

¡Qué hermoso es el rostro de aquellos a quienes el Señor, el Cristo, les sonrío! El caminaría y charlaría con vosotros, hijos míos, si alejarais de vuestra mente aquellas cosas y condiciones que sentís estorbaros en el camino. Porque no son nada comparadas con el gran amor que El ha concedido a sus hermanos.

¡Qué hermoso es el rostro, qué delicadas las nubes! En su presencia moras tú, todos vosotros, estáis enfrente de El ahora mismo. Su cara se vuelva hacia ti, te ofrece su corazón y su mano. ¿Le aceptarás justo en este momento? Qué glorioso el conocimiento que su presencia debiera despertar en vuestros corazones, porque El está solo sin ti, porque os ha llamado a cada uno por el nombre. ¿Le defraudaréis ahora? (n.º 254-76; comparar 1 Juan 3:1; *Rom.* 10:15; 1:6; 1 *Cor.* 1:2).

Una palabra de conclusión

En verdad, cualquier cosa que pudiera decirse después del extracto anterior de las lecturas de Cayce tendría que considerarse como un apéndice. Unas cuantas palabras, no obstante, deben decirse para poner los temas anteriores en la adecuada perspectiva. Se nos ha dicho que nuestro Dios, y su Cristo, tienen necesidad de la cooperación y compañía nuestra, para ser «testigos de nuestro Hacedor» en las específicas «actividades materiales en las cuales podemos entrar» (n.º 5064-1). Esta llamada, como hemos señalado, es de hecho una demanda para participar en el más amplio trabajo de Dios en el mundo —y en el cosmos—, incluso en su vasto programa y actividades de redención universal, reconciliación, restauración y creatividad en marcha.

En las lecturas de Cayce, sin embargo, nuestra percepción y real participación dentro de un programa de tan grande alcance cósmico no implica necesariamente lo que nuestra sociedad llama coloquialmente «gran negocio». Cuando se nos dice que «ser un canal de bendición para otros es el propósito para el cual cada alma ha llegado a la actividad consciente en el mundo material», se nos informa que tal actividad puede no ser recibida con «grandes aplausos» (n.º 3161-1). Esta lectura da varias de las especificaciones involucradas en lo que ser «un canal de bendición para otros» significa, un paseo a menudo modesto en el sentido mundano pero nunca solitario.

El ser en lo físico se cansa, porque sois solamente humanos, porque sois finitos. Tenéis un principio, tenéis un fin para vuestra paciencia, vuestro amor, vuestra esperanza, vuestro miedo, vuestro deseo. Estos han de ser considerados también —no como del ser, pero sabe que cuando estos problemas se levantan, tal como El dijo, no podéis andar solos todo el camino, El ha prometido en la Cons-

ciencia Crística daros fortaleza, daros vida y aquello más abundante— (comparar Juan 10:10). ¿Qué es entonces la vida? —Dios, en poder, en la consciencia de la energía necesaria para enfrentarse a los problemas cotidianos (comparar *Fil.* 4:13; *Col.* 1:11).

Conócelo, está en las pequeñas cosas, no en los aplausos estruendosos, no en el repicar de campanas, no en el sonido de las sirenas, porque el Hijo del hombre llega —humilde, gentil, amable, sumiso—, porque «el más grande entre vosotros servirá a todos» (comparar Isaías 28: 10, 13; Mateo 11:29-30; Marcos 9:35 y paralelos) (n.º 3161-1).

Se nos dice que «El (el Cristo ascendido) volverá una vez y otra vez en los corazones, en las mentes, en las experiencias de aquellos que aman su vuelta» (n.º 1152-1; comparar 2 Pedro 3:12). Cristo Jesús «ofrece su mano a aquellos que están angustiados de cualquier manera, en cualquier problema, y promete darles esa paz —no como la que entiende el mundo, sino la que nace de la seguridad de ser uno con El»— (n.º 3165-1; comparar Juan 14:27; 17:21).

EPILOGO

Las lecturas de Edgar Cayce afirman repetidamente que Jesús el Cristo, en el Espíritu Santo, continúa estando presente y operando en el mundo, especialmente con, y dentro, de aquellos que le aman y le invitan. Hay una gran cantidad de material disponible —también acerca de las actividades de los discípulos de Jesús después de su resurrección y ascensión y después de la experiencia de la venida del Espíritu Santo con su poder en la fiesta de Pentecostés— (comparar *Hech.* 2:1-42).

También se puede discernir de las lecturas de Cayce un especial interés de Jesús por su Iglesia, aunque su presencia y trabajo no estén confinados a su expresión u organización institucional. En verdad, una definición de la Iglesia es aquella que dice: «Jesús, que fue establecido como Cabeza de la Iglesia, es la Iglesia» (n.º 262-87; comparar Mateo 16:13-20). La misma lectura continúa especificando que el papel de Jesús es básico en la vida de la Iglesia, que su «participación» consiste en el contacto con aquellos que están en relación con él como Cabeza de la Iglesia, aceptándole como Mediador entre Dios y uno mismo, entre uno mismo y otros. «Un alma *individual* se hace consciente de que ha tomado a esa cabeza, ese Hijo, incluso ese Hombre, como intermediario. Esa (asociación de individuos en comunión con la Cabeza, y, por tanto, con los demás) es la Iglesia. De la que se habla como de la Santa Iglesia» (n.º 262-87; comparar 1 *Cor.* 11:3; *Epi.* 5:23; *Col.* 1:18; 1 Timoteo 2:5; *Heb.* 9:15; 12:24).

En otro lugar leemos: «La verdadera Iglesia está dentro de vosotros, como el Maestro, como dijo Cristo... para vosotros soy la desposada: Yo, para vosotros, soy la iglesia. El reino está dentro de vosotros» (n.º 452-7; comparar Lucas 17:20-21; Marcos 2:19-20; Juan 3:29). Las lecturas de Cayce, por tanto, rechazan dar un *último* significado espiritual o autoridad a las organizaciones eclesiásticas, estructuras, o personajes, pero aconsejan a varias personas que es bueno y sabio participar en ellas. «Una iglesia organizada en particular está bien, porque centra la mente» (n.º 3350-1). «En cuanto a la organización, elige a aquella —no de conveniencia para ti, sino donde puedas servir mejor, cualquiera que sea su nombre—» (n.º 3342-1). «Da a la Iglesia aquello que es de la Iglesia, ya sea en credo o en organización, pero da a Dios, y a Cristo, el servicio que es suyo en cualquier campo de actividad» (n.º 556-1; comparar Marcos 12:13-17 y paralelos).

Como El ha dicho, siempre se encontrará que la Verdad —ya sea el culto que sea— es de una sola fuente. ¿No hay robles, fresnos y pinos? ¿Hay necesidades en estos de enfrentarse a una experiencia u otra. Has elegido a uno de estos para ser el *todo* en tus costumbres, en tu propia vida? Por tanto, todos cumplirán su tarea. No encuentres faltas en ninguno, sino muestra que buen pino, roble o fresno eres (n.º 254-87; comparar Juan 15:1-11).

BIBLIOGRAFIA

- Adriance, Robert A.: «The journey», en *Journey to Mount Carmel*, editada por Violet M. Shelley, Virginia Beach, VA: A.R.E. Press, 1972.
- Albright, W. F., & Mann, C. S.: «Matthew», *The Anchor Bible*, Garden City, NY. Doublerday, 1973.
- Anguttara-Nikaya: *The book of Gradual Sayings*. Traducido por F. L. Woodward. Londres: Luzac, 1951.
- Betz Otto: *What do We Know About Jesus*, Londres, S.C.M. Pres, 1968.
- Bornkamm, Günther: *Jesus of Nazareth*. San Francisco: Harper & Row, 1975.
- Bright, John: *A History of Israel*. Filadelfia, Westminster Press, 1959.
- Bro, Harmon H.: *Edgar Cayce on Religion and Psychic Experience*, Nueva York, Paperback Library, 1970.
- Finding the Way to Full Emptiness, *Venture Inward* 3, n.º 1 (enero-febrero 1987).
- Brown, Raymond E.: *The Gospel According to John, The Anchor Bible*. Nueva York, Doubleday, 1966.
- Bruns, J. Edgar: *The Christian Buddhism of St. John*, Nueva York, Paulist Press, 1971.
- Cayce, Edgar Evans, y Cayce, Hugh Lynn: *The Outer Limits of Edgar Cayce's Power*, Nueva York, Harper & Brothers, 1970.
- Cayce, Hugh Lynn: *Venture Inward*, Nueva York, Paperback Library, 1969.
- Chadwick, Henry: *Early Christian Thought and the Classical Tradition*, Oxford, Oxford University Press, 1966.
- Chambers, Franklin: *Juliana of Norwich*, Nueva York, Harper & Brothers, 1955.

Chandogya Upanishad.

Cross, F. L.: *The Earley Christian Fathers*, Londres, Gerald Duckworth, 1960.

Davies, W. D.: *Paul and Rabbinic Judaism*, Londres, S.P.C.K., 1955.

Dement, William C.: *Some Must Watch, While Some Must Sleep*, San Francisco, W. H. Freeman, 1974.

Didache (Apostolic Fathers). Traducido y editado por Kirsopp Lake, Cambridge, Harvard University.

Dowling, Levi H.: *The Aquarian Gospel of Jesus the Christ*, Santa Monica, CA, De Vorss, 1969.

Drummond, Richard H.: *Gautama the Budha: an Essay in Religous Understanding*, Grand Rapids, MI. Eerdmans Publishing Co., 1974.

Easton, Stewart C.: *Rudolf Steiner, Herald of a New Epoch*, Spring Valley, Nueva York, The Antroposofic Press, 1980.

Emmerich, Anne Catherine: *The Dolorous Passion of Our Lord Jesus the Christ*, Londres, Burns & Oates, 1956.

Endo, Shusaku: *A Life of Jesus*, Nueva York, Paulist Press, 1978.

Epifanio: *Adversus Haereses*.

The Gospel of the Nativity of Mary.

Guillaume, Alfred: *Prophecy and Divination*, Nueva York, Harper & Brothers, 1938

Haraldsson, Erlendur: *Modern Miracles*, Nueva York, Ballantine Books, 1987.

Hemleben, Johannes: *Rudolf Steiner*, East Grinstead, Sussex, U.K., Henry Goulden, Ltd., 1975.

Hipólito: *Ante-Nicene Fathers*.

Homilias clementinas.

James, M. R.: *The Apocryphal New Testament*, Oxford, The Clarendon Press, 1924.

Jerónimo: «Letters», *Epistula ad Demetriadem*.

Josefo, Flavio: *Contra Apion*.

— *Historia de la gerra de los judíos*.

— *Antigüedades judaicas*.

Jung, C. J.: *Memories, Dreams, Reflections*, editado por Aniela Jaffé, Nueva York, Random House, 1963.

Kittler, Glenn D.: *Edgar Cayce on the Dead Sea Scrolls*, Nueva York, Paperback Library, 1970.

Orígenes: *Comentarios a Juan*.

— *Contra Celso*.

— *De Principiis*.

Pagels, Elaine: *The Gnostic Gospels*, Nueva York, Random House, 1979.
The Protoevangelium of James.

- Raymond of Capua, Blessed: *The Life of St. Catherine of Siena*, Traducido por George Lamb, Nueva York, P. J. Kennedy, 1960.
- Rig-Veda*.
- Schillebeeckx, Edward: *Jesus, an Experiment in Christology*, Nueva York, Crossroad, 1979.
- Search for God*, Virginia Beach, VA, A.R.E. Press, 1970.
- Shakespeare, William: *Hamlet*.
- Sheldon, Charles Monroe: *In His Steps*, Nueva York, Grosset & Dunlap, 1935.
- Skinner, John: *Prophecy and Religion*, Cambridge, Inglaterra, The University Press, 1922.
- Steiner, Johannes: *Therese Neumann*, Staten Island, NY, Alba House, 1967.
- Steiner, Rudolf: *Background to the Gospel of St. Mark*, Londres, Rudolf Steiner Press, 1968.
- *From Jesus to Christ*, Londres, Rudolf Steiner Press, 1973.
- *The Fifth Gospel*, Londres, Rudolf Steiner Press, 1968.
- *The Gospel of St. Luke*, Londres, Rudolf Steiner Press, 1975.
- Streeter, B. H., y Appasamy, A. J.: *The Message of Sadhu Sundar Singh*, Nueva York, MacMillan, 1921.
- Traherne, Thomas: *Centuries*, Nueva York, Harper & Brothers, 1960.
- Watson, Lyall: *Beyond Supernature*, Nueva York, Bantam Books, 1988.
- Weisheipl, James A., O. P.: *Friar Thomas D'Aquino, His Life, Thought and Work*, Garden City, Nueva York, Doubleday, 1974.
- Zenger, Erich: «Jahwe und die Götter», *Theologie und Philosophie*. 1968.

INDICE DE NOMBRES

- Adriance, Robert F., 39.
Adulterio, 102, 104, 107, 108.
Afinamiento, 149, 169, 192.
Agustín, San (*Encheridion*), 94.
Alejandría (Egipto), 47, 48.
Alejandro el Grande, 48.
Amigos de Dios, 179.
Ana (madre de la Virgen), 40.
Anás, 117.
Andrés (hermano de Pedro), 65, 66, 70, 87, 137.
Angeles, 46, 66, 163, 164-165, 181-182.
Antioquía en Siria, 68.
Apócrifos. Ver Biblia (Escrituras).
Aquino, Tomás, 27.
Ascendido, Cristo, 139, 160, 163, 173, 174, 175, 179, 184, 195, 197, 215.
Ascensión, 52, 135, 146, 147, 159, 164, 165, 172, 173.
Astrología, 45, 48, 54.
A Search for God, 36.
Astronomía, 45.
Autocondena, 104.
- Bautismo, 56, 61, 63.
Bartimaeus, 126-129.
Beatitudes, 102.
- Belén, 35, 43, 44, 49.
Bengel, J.A., 13.
Betania, 106, 113-114, 122.
Betsaida, 89, 92, 93.
Betz, Otto (*¿Qué sabemos acerca de Jesus?*), 80.
Biblia (Escrituras), 10, 13, 16, 23, 26, 32, 34, 49, 93, 114, 118, 128, 140, 185, 193, 203, 282; *Hechos de los Apóstoles*, 134, 181; Apócrifos, 26; Evangelios Apócrifos, 48; *Colosenses*, *Carta a los*, 202; *Corintios*, *Primera carta a los*, 160; *Deuteronomio*, 212; Inspiración Divina, 16, 24; *a los Gálatas*, 191; Estudios Históricos Críticos, 11-15, 17; Hebreos, 52; *Hebreos*, *Carta a los*, 31, 38, 145-159; Juan, Evangelio de, 31, 65, 67, 75, 88, 89, 102, 103, 106, 112, 134, 135, 136, 140, 141, 145, 155, 162, 173, 179, 190, 195, 212; Literatura de Juan, 192; Josué, 212; Lucas, Evangelio de, 44, 62, 63, 71, 88, 89, 124, 125, 129, 135, 155, 164, 165; Evangelio de, Marcos, 81, 88, 89, 91, 97, 107, 112, 125, 134, 135, 155; Mateo, Evangelio de, 62, 81, 83, 88, 89, 91, 97, 98, 99, 125, 135,

- 164, 174, 205; Nuevo Testamento, 25, 31, 52, 58, 70, 83, 89, 97, 98, 103, 104, 113, 117, 126, 128, 129, 138, 143, 145, 146, 157, 159, 173, 192, 193, 205, 208; Antiguo Testamento, 22, 24, 26, 97, 104, 128; *Filipenses, Carta a*, 31, 206; Salmo 22, 147; Salmo 1, 212; Salmo 24, 212; *Romanos, Carta a*, 193, 202; *Revelación*, 165, 184; Percepción paranormal, 24; *Vulgata*, Latón, 97; Sangre, 145-146, 148, 152, 160, 165, 175, 208.
- Bornkamm, Günther (Jesús de Nazaret), 13.
- Bro, Harmon Hartzell, 18, 21.
- Buda, Gautama, 22, 36, 196-197.
- Budismo, 36, 197.
- Bultmann, Rudolf, 14.
- Burns, J., Edgar (El budismo cristiano de San Juan), 52.
- Cafarnaún (en Galilea), 48, 49, 51, 57, 63, 64, 65, 79.
- Caifás, 117, 144.
- Caldea, 45.
- Calígula, Cayo (emperador), 144.
- Calvario, 143, 166.
- Caná (en Galilea), 65, 66.
- Catalina de Siena, Santa, 26.
- Cena del Señor, 75-77.
- César, 144.
- Clarividencia, 15-17, 21-26.
- Comunismo (marxista), 110.
- Confucianismo, 36, 92.
- Consciencia crística, 177-178, 182, 205, 208, 215.
- Cristo Cósmico, 126.
- Cristo Universal, 75.
- Crito Victorioso, 207.
- Cristología, 35, 126, 193, 196.
- Crucifixión, 51, 52, 67, 114, 143.
- Cruz, de la, 36-37, 135, 143, 145-148, 151-155, 165, 175, 181, 207, 208-209; su dimensión cósmica, 154.
- Chadwick, Henry, (*El pensamiento cristiano primitivo y la traducción clásica*), 34.
- Chambers, P. Franklin (*Juliana of Norwich*), 122.
- Darío, rey de Persia, 62.
- David, rey, 44, 70, 193.
- De Cazales, Abate, (*La pasión dolorosa de Nuestro señor Jesús*), 27.
- De Mille, Cecil B. (*El Rey de Reyes*), 104.
- Dharma, 27, 197.
- Dios; proceso cósmico, 101-102; promesas de, 100; Fuerzas Creativas, 76, 77, 109, 117, 139, 149, 156, 199, 202, 204, 211; como Creador, 35, 210; el Padre, 31, 34, 35, 37, 42, 55, 56, 63, 68, 69, 74, 81, 82, 85, 87, 90, 99, 109, 111, 114, 117, 126, 129, 140, 146, 148, 149, 153, 162, 169, 174, 175, 179, 183, 194, 195, 198, 200-204, 207, 209; como Padre y Madre, 110, 161-162; como Divinidad, 77, 85, 110, 200; imagen de (*imago Dei*), 105, 129, 136, 193; Reino de Dios (Cielo), 88, 111-112, 128; como Hacedor, 76, 89, 92, 101, 102, 109, 135, 149, 160, 168, 169, 176, 192, 202, 210, 212, 214; unidad de, 197, 200; Personal, 108-109, 175; Providencia de, 49, 141, 210; Espíritu de, 174; «Transpersonal» dimensión, 109, 175; Trinidad, 85, 192, 200-201, 204; Consciencia Universal, 34, 177, 199, 200, 205; Fuer-

- za Universal, dentro, 112, 115, 127;
Palabra de, 24, 26, 34, 136; Yahvé,
24.
- Discípulo, 123.
- Dowling, Levi H. (*The Aquarian Gos-
pel of Jesus the Christ*), 100.
- Ebionita, 32.
- Egipto, 45-46, 47-49, 51, 53, 54-56.
- Elías, 33, 38, 39, 111; y Monte Car-
melo, 12.
- Elkasaítas, 32.
- Elohim, 109.
- Emaús, 171.
- Emmerich, Ana Catalina, 26.
- Encarnaciones previas de Jesús, 32.
- Endo, Shusaku (*Una vida de Jesús*),
13.
- Epifanio (*Adversus Haereses*), 32.
- Escrituras. Ver Biblia.
- Esenios, 38-42, 44-46, 47, 49, 51, 53,
57, 62, 67, 114; y medos, persas e
indios, 52; y el Mesías, 38-42; y
Monte Carmelo, 39-41; y mujeres,
42, 52, 67.
- ESP, 9.
- Espíritu de Cristo, 177, 183, 201.
- Espíritu Santo, 41, 67, 85, 126, 164,
173-174, 200, 213, 217.
- Estados alterados de consciencia, 16,
17, 21, 22, 23-24.
- Esteban (mártir), 55, 107.
- Ester, 89.
- Estrabón, 52.
- Estudios interdisciplinarios, 15-17.
- Eva, 42, 44, 198.
- Fariseos, 53, 62, 67, 109.
- Fe, 24, 89, 99, 114, 145, 147, 161-162,
165, 166, 173, 194.
- Felipe, 182.
- Filón (*De Legatione ad Gaium*), 144.
- Fiorenza, Elizabeth Schüssler, 14.
- Fox, George, 180.
- Frutos del Espíritu, 93, 178, 191.
- Fundamentalismo, 14, 15.
- Gabriel (ángel), 65.
- Galilea, 63, 81, 82, 83, 164, 181, 197;
Mar de, 81.
- Gadarenos (gerasenos), 81.
- Garnit, Evan, 27.
- Gentiles, 97, 134.
- Getsemaní, jardín de, 37, 140, 142-
143, 144, 175.
- Gobi, desierto de, 45.
- Gospel, Apócrifo. Ver Biblia (Escri-
turas).
- Grados de Hermandad, 56-57.
- Grecia, 55.
- Gregorio de Nisa (*Sobre el alma y la
resurrección*), 109.
- Halaliel (ángel), 182.
- Hamlet, 86.
- Haraldsson, Erlendur (*Moder Mira-
cles*), 27.
- Hebreos, *Carta a los*. Ver Biblia.
- Hebreos, gentes de, 99.
- Hemleben, Johannes (Rudolf Stei-
ner), 181.
- Herodes Antipas, 104, 144.
- Herodes, rey, 46, 47, 48, 49.
- Herodoto, 52.
- Hinduismo, 197.
- Hipólito, 32.
- Hipnosis, 10.
- Hombre, joven rico, 123-125.
- Hombres sabios (Magos), 45-46, psí-
quico, 45.
- Homilias Clementinas*, 32.
- Humildad, 129.

Iglesia Católica Romana. Ver Iglesia (Cristiana).

Iglesia Cristiana, 34, 40, 43, 57, 58, 67, 68, 98, 122, 160, 176, 213, 217-218; ortodoxos orientales, 39, 43, 53; protestantes, 43; católicos romanos, 43, 53.

Iglesia Ortodoxa, Oriental. Ver Iglesia (Cristiana).

Imago Dei, Ver Dios.

Imitatio Christy, 191.

Impulso de Cristo, 183.

India, 45, 199.

Isabel (prima de la Virgen María), 39, 65.

Isaías, 24, 48, 53-54; *Deuteronomio-Isaías*, 24.

Islam, 36, 197.

Israel, 38, 61, 95, 98, 114, 161, 163; gente de, 35.

Jacob, pozo de, 68.

Jaime (hermano de Jesús), 57, 58.

Jaime (hijo de Zebedeo), 103, 106, 111-112, 137, 151, 152, 164.

Jairo, 81.

Jeans, sir James, 16.

Jeremías, 25, 64.

Jeremías, Joachim, 14, 107.

Jericó, 126, 129.

Jerónimo, 34, 97.

Jerusalén, 69, 106, 113, 122, 134, 145, 164; templo de, 49, 51.

Jesúá, 32, 54.

Jesús Cristo, «continua presencia de», 172; como Adán, 32, 56, 63, 192, 196; nacimiento de, 37-46, 57, 65; fecha nacimiento, 43; Hermano (Mayor), 94, 148, 169, 178, 179, 202, 209, como niño, 44-46, 47-49; como Creador, Hacedor, 153, 159;

día del Señor, 182; descenso al Hades (*descensus ad inferos*), 160, 206; educación y preparación, 51-57; en Egipto, 54-56; entrando en Jerusalén, 134-136; y el Padre, 55, 56, 63, 69, 150, 153, 154, 161, 166, 176, 179, 194-195, 199-202, 207; primer nacido de la creación, 193, 201; y la Gran Comisión, 174; el Gran Yo Soy, 151; (dichos duros), 101-102, 205; Cabeza de la Iglesia, 217; sumo sacerdote, 193, 203; humanidad de, 37, 96, 202; ideal, 68, 192; imagen del Dios invisible, 193; en India, 53-54; iniciación de, 54-57; como prefiguración de su muerte, 56; «Consciencia de Jesús», 177; Cordero, 69, 169, 176; y la Ultima Cena, 136-141; «Presencia Real», 139; como vida, 170; Señor, 138, 142, 146, 148, 153, 178, 185, 193, 213; Señor de los señores, 72; intercediendo, 213; manifestación del amor divino, 199; Maestro, 65-73, 80-84, 87, 89, 92, 94, 98, 102, 105, 106, 108, 114, 122, 123-125, 127, 130, 135, 137, 138, 142-144, 153, 156, 183, 197; Maestro de maestros, 108; Mediador, 209, 217; Visión milenaria, 184; nombre de, 193-194; Nazareno, 49, 94, 204; un Maestro, 194; en Palestina, 53; Pasión (sufrimiento) y redención, 144-147, 150, 152, 153, 170; en Persia, 53-55; apariencia física, 70, 137; como rescate, 145-146, 208; como Redentor, 69, 204; trabajo redentivo, 176, 196, 203, 206; reencarnado, 32; representativo del amor del Uno, 156; como segundo Adán, 63, 192; la «segunda venida», 165, 181-185;

- como Segunda Persona de la Trinidad, 76, 192, 204; el Hijo, 31, 38, 42, 63, 82, 85, 92, 102, 115, 145, 149, 151, 155, 183, 185, 192-194, 197, 199-202, 208, 217; como Hijo del Hombre, 151, 198, 202, 206, 215; como Maestro, 79, 82, 122, 128; como Maestro de maestros, 72, 108; singularidad y supremacía, 154; Significado universal (cósmico), 190, 196, 198, 206; camino al Padre, 179, 198, 207; todo el Evangelio de, 189, experiencia en el desierto, 63, 64; y mujeres, 42, 67, 151, 155; la palabra de, 156, 195.
- Joás, rey de Judea, 62.
- Jordán, río, 56, 61, 65, 126.
- José, 39, 40-42, 43-44, 46, 48, 54, 57.
- José de Arimatea, 134, 155.
- Josué, 32, 195, 196.
- Juan (hijo de Zebedeo), 103-104, 106, 111-112, 137, 138, 151, 152, 153, 182.
- Juan el Bautista (primo de Jesús), 39, 42, 55, 56, 61-63, 82; como esenio, 42, 61-63.
- Juan, Evangelio de, ver Biblia (Escrituras).
- Judaísmo, 36, 197.
- Judas Iscariote, 117, 137, 141.
- Judea, 43, 197.
- Judíos: cristiandad, 32; judíos cristianos, 31-32.
- Judíos, 38, 42, 46, 61, 98, 99, 103, 117, 134, 135.
- Judy (maestra de Jesús), 49, 51, 52, 53.
- Jung, Carl Gustav (*Memorias, sueños y reflexiones*), 23.
- Karma, 36, 101.
- Kasai, Minoru, 23.
- Ketchum, Wesley, 10.
- Ley del Uno, 156.
- Lázaro (hermano de Marta y María), 67, 103-106, 108, 113-117, 122, 134.
- Logos, 31, 195-196.
- Lucas, Evangelio de. Ver Biblia.
- Lutero, Martín, 42.
- MacLeod, Ian, 191.
- Mal, 203, 207.
- Manuscritos del Mar Muerto. Ver Qumram.
- Marcelo (soldado al pie de la cruz), 151; su mujer, 151.
- Marcos, Evangelio de. Ver Biblia.
- María: nacida de virgen, 40-42, 43, 44, 46, 47-49, 57, 65, 66, 67, 106-107, 140, 163.
- María Magdalena, 100, 102-108, 122, 134, 151, 162, 163; como espía cortesana, 104.
- Marta: hermana de María y Lázaro, 67, 103-107, 108, 114, 122, 134; hermana de la suegra de Pedro y mujer de Nicodemo, 67-68.
- Mateo, Evangelio de, 46.
- Meditación, 210.
- Melquisedec, 3, 32, 38, 193, 195, 196.
- Mendeleyev, Dmitri, 16-17.
- Miguel, arcángel, 182-198.
- Milagros; expulsión de los demonios (exorcismo), 81, 97, 98, 104; distinción entre aspecto físico y moral-espiritual, 79, 86; alimentando a las multitudes, 83, 86, 87, 89; curando y «escatología verificada», 72; curaciones, 63, 66, 71, 79, 83, 115, 126; agua en vino, 65-66.
- Misterios religiosos, 56.

- Moisés, 32, 44, 55, 111, 115.
 Monte Carmelo, 39-41, 49, 51, 54.
 Muerte, 116, 118, 121, 122, 155, 159, 157, 162, 166, 143, 207.
- Naín, 80.
 Nacionalsocialismo, 119.
 Nazaret, 43, 47, 48, 49, 63.
 Neumann, Teresa, 26.
 Nicodemo, 41, 97, 134, 137, 155.
 Nuevo Testamento. Ver Biblia.
- Oceanía, 45.
 Oración, 210-213.
 Origen, 32-34.
- Pablo, apóstol, 31, 68, 88, 120, 160, 193, 202, 206, 213; y antropovisión tripartita, 160.
 Paciencia, 124.
 Padre Nuestro, 168, 205-206.
 Pagel, Elaine (*The Gnostic Gospel*), 110.
 Palestina, 47, 48, 49, 66, 71, 72.
 Pan ácimo, fiesta del, 138.
 Parábola de los terrenos, 93, 101.
 Pascua, 134; y cordero, 138.
 Pecado, 80, 127, 207.
 Percepción clarividente, 21-28.
 Pedro (Simón), 63, 65, 66, 67, 70, 85, 99, 111-113, 137, 151, 182.
 Perdón, 100-101, 205-206.
 Persia, 45-46, 47, 53, 54.
 Pilatos, Poncio, 127, 143, 144.
 Pío IX, Papa, 40.
 Pirámide, Gran (Giza), 55.
 Pitágoras, 52, 55.
 Platón, 55.
 Platonismo, 36, 197.
 Preexistencia, 31-36, 195; preexistencia de todas las almas, 203.
- Príncipe de la Paz, 71, 135, 151, 162.
 Promesas, Divinas, 185, 190, 210, 213.
 Profecía: Hebreos, 23; Antiguo Testamento, 47.
 Profetas, 24, 26, 42, 64, 174.
- Quáqueros, 180.
 Qumram, 38.
- Redacción crítica, 13-14.
 Reencarnación, 32-36; Judíos y, 33; Josefo y, 33.
 Reino de Dios (cielos). Ver Dios.
 Ley de, 161, 171; como sistema de Dios en el universo, 73, 74; como Torah, 73-74.
 Reinos (planos de existencia), 35, 36, 37, 38, 160, 182, 192, 200, 207.
 Resurrección, 52, 115, 135, 146, 147, 150, 159-172, 173, 176, 191; resurrección del cuerpo, 160-163; significado cósmico, 165, 168-169.
 Romanos, 46, 103, 104, 107, 114, 117, 151.
 Roma, 151.
 Ruth (hermana de Jesús), 53, 57-58, 152.
- Sacrificio, 149, 209.
 Saduceos, 53, 62, 109.
 Sagrada Familia, 47-49.
 Salvación, 149, 193, 196, 198, 203; reconciliación-restauración-transformación, 37, 63, 149-150, 203-204, 214.
 Salvador, 42, 44, 63, 68, 92, 94, 146, 155, 169, 180, 195, 204, 207, 209.
 Samaria, 68.
 Samaritanos, 68, 69; mujer en el pozo, 68-69.

- Samskara, 46.
 Samuel, 38.
 Sanedrín (corte judía), 67, 107, 143, 144.
 «Santas Mujeres», 150-151, 155.
 Sarracenos, 72.
 Satán, 66; demonio, 207.
 Schillebeeckx, Edward (un experimento en cristología), 13.
 Sembrando y cosechando, 101.
 Ser, 127-129.
 Servicio, 218.
 Setenta, los, 72-74.
 Shelley, Violet M. (*Viaje al Monte Carmelo*), 39.
 Siria, 72.
 Sirio-fenicia, mujer, 97-98; pan de los niños y perros, 97-100.
 Sociedad de Amigos, 180.
 Sociedad de Literatura Bíblica, 26.
 Solón, 52, 55.
 Steiner, Rudolf, 15, 16, 26, 57, 63, 181, 184, 206; clarividente, 15, 27, 181; *Bases del Evangelio de San Marcos*, 57; *El Evangelio de San Lucas*, 195.
 Suceso de Cristo, 34, 35, 206.
 Sugrue, Thomas, 40.
 Suministro divino de las necesidades, 83-92.
 Sundar Singh, 140.
 Szent-Györgi, Albert, 16.
 Tadeo, 89.
 Teudas, 114.
 Tiberio (emperador), 144.
 Tiro y Sidón, 134.
 «Toda la obligación del hombre», 189.
 Tolomeo, 48.
 Traherne, Thomas, 17.
 Transfiguración, 63, 111-113.
 Una búsqueda de Dios, 33, 36, 119-121, 129.
Unto the Churches, 17.
 von Stradonitz, F. A. Kekulé, 17.
 Watson, Lyall (*Beyond Supernature*), 199.
 Weisheipl, James A., O.P. (*Tomás de Aquino, su vida, pensamiento y trabajo*), 27.
 Zacarías (padre de Juan el Bautista), 39, 61-62; hijo de Barachiah, 61-62; hijo de Jehodiah, 62; profeta hebreo, 135.
 Zacchaeus, 129-130.
 Zebedeo (padre de Jaime y Juan), 137.
 Zoroastro, 46.

ACERCA DEL AUTOR

Richard Henry Drummond, Ph. D., realizó estudios clásicos en la Universidad de California, Los Angeles, y en la Universidad de Wisconsin, fue ordenado ministro presbiteriano en 1947. Desde entonces, ha servido como misionero académico y de campo, también ha sido corresponsal de la revista *The Christian Century* en Japón. Ha enseñado estudios clásicos y religiosos en un buen número de universidades y seminarios en Japón y en los Estados Unidos.

El doctor Drummond es actualmente profesor emérito en la Universidad de Dubuque Theological Seminary, y ha sido lector como profesor visitante en Aquinas Institute of Theologie, Divine Word College, International Christian University (Japón), Luther Theological Seminary, Meiji Gakuin University (Tokio), Old Dominion University, Tokio Union Theological Seminary, y en la Atlantic University.

LA SABIDURIA DE EDGAR CAYCE PARA LA NUEVA ERA

Más información de las lecturas de Edgar Cayce está disponible para ustedes en cientos de temas, desde astrología y artritis a leyes universales y asuntos del mundo, porque los amigos de Edgar Cayce establecieron una organización, la Association for Research and Enlightenment (A.R.E.), que facilita sus lecturas y hace disponible la información para la investigación.

Hoy en día, más de cien mil miembros de la A.R.E. reciben la revista bimensual *Venture Inward*, que contiene artículos sobre interpretación de sueños, vidas pasadas, salud y dietas, arqueología psíquica e investigación sobre percepción extrasensorial, así como críticas de libros y entrevistas con líderes y autores del campo metafísico. Los miembros también reciben extractos de lecturas médicas y no médicas para que puedan hacer sus propias investigaciones sobre las más de catorce mil lecturas que Edgar Cayce dio durante toda su vida.

Para recibir más información sobre la asociación, que continúa investigando y haciendo disponible la información de los temas de las lecturas de Edgar Cayce, por favor, escriba a A.R.E. Dept. M13; P.O. Box 595, Virginia Beach, VA 2345.1, o llame (804) 428-3588. La A.R.E. estará encantada de enviarle información describiendo las actividades presentes.

